

TO
ING
LES
A

T. 2854
cop. 525454

Lázaro Seco, O. S. B.

LOS
BENEDICTINOS
ESPAÑOLES
EN EL SIGLO XX



HIJOS DE SANTIAGO RODRÍGUEZ
Burgos



Jmaymerich
1941

Nº 339

**LOS BENEDICTINOS ESPAÑOLES
EN EL SIGLO XX**



LOS BENEDICTINOS ESPAÑOLES EN EL SIGLO XX

por

Lázaro Seco, O. S. B.,

Monje de la Abadía de Silos

PRIMERA EDICIÓN

ILUSTRADA CON 75 FOTOGRAFADOS Y DIBUJOS



HIJOS DE SANTIAGO RODRÍGUEZ
Imprenta :: Casa editorial :: Librería
B U R G O S

R. 30396

ES PROPIEDAD. CUMPLIDAS LAS PRESCRIPCIONES
DE LA LEY

Burgos, 1931

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA CASA EDITORIAL

Puede imprimirse

† FR. LUCIANO SERRANO,

Abad de Silos

Silos, 20 de Abril, 1930.



**Arzobispado
de Burgos**

Burgis, 5 Majii, 1930.

Nihil obstat

Imprimatur

DR. AEMILIUS RODERO

De Illmi. Vicarii Generalis mandato

DR. JOSEPHUS ORTEGA ALONSO,

Can. Scrius.





PRÓLOGO

Para nadie es desconocido el gran papel que desde su aparición ha desempeñado la Orden Benedictina en la Historia de la Iglesia y de la humanidad. Los siglos han pasado acumulando sobre ella contrariedades y ruinas, pero la gran familia del Patriarca San Benito no ha perdido por eso el derecho a la existencia.

Recientemente las turbulencias de los siglos XVIII y XIX cercenaron gran parte de su pujanza y esplendor amenazándola de muerte, y, sin embargo, aun podemos contemplarla llena de vida. Testigos los 483 monasterios esparcidos por las cinco partes del orbe, con una población total de 8.180 monjes y 12.982 monjas, sin incluir en estas cifras más que a los Benedictinos propiamente tales. Testigo el solemne culto litúrgico que a Dios se tributa en sus iglesias; testigos el gran número de obras de apostolado, científicas, artísticas, culturales, etc., etc., encomendadas a su sabia dirección. Realmente la Orden Benedictina ocupa en nuestros tiempos el puesto encumbrado que supo conquistar en las pasadas centurias. Después de crisis pasajeras nótase en todos los países un vivo anhelo por restaurar cenobios abandonados o establecer otros nuevos.

Tampoco en España debía dejar de advertirse ese esperanzador movimiento de restauración benedictina, no obstante el golpe casi mortal que asestó a su existencia en la península la funesta excomunión de 1835. Aquietados los ánimos revolucionarios y antirreligiosos, también les ha sido lícito a los benedictinos españoles volver a realizar en su patria el amplio programa de su tradicional divisa

Ora et Labora. La obra de restauración que dió comienzo en medio de graves dificultades ha seguido felizmente su curso y en nuestros días existen una veintena de monasterios, dentro o fuera de España, habitados por monjes españoles, quienes no contentos con reanudar en su patria la vida benedictina, han acometido la empresa—empresa que nunca acometieron sus antepasados—de implantarla en los países hispanoamericanos y aun entre las mismas tribus de infieles.

Los monjes Benedictinos se hacen de nuevo acreedores al agradecimiento de la Iglesia y de la sociedad española por las variadas obras que desde el momento de su restauración vienen realizando. Eso es lo que este libro quiere dar a conocer. Y lo quiere dar a conocer, en primer lugar, para que ceda en honra de la Iglesia y de la misma Orden de San Benito que cuenta en otras naciones con tan bella corona de monasterios y de monjes virtuosos y trabajadores. Después, para satisfacer los deseos reiteradas veces manifestados por los amantes de las cosas benedictinas, tanto nacionales como extranjeros, figurando en primer término todos aquellos que por cualquier motivo se dicen hijos del Patriarca San Benito.

Por consiguiente, este libro quiere responder a solos esos deseos: trazar un breve resumen de la historia de la Orden en España desde el año 1835 hasta nuestros días, e historiar por separado los orígenes, vicisitudes y estado actual de cada uno de los monasterios españoles o que por su carácter peculiar puedan considerarse como tales. De este modo se tendrá reunido en un solo volumen todo cuanto se relaciona con cada uno de los monasterios ya aisladamente considerados o ya vistos en un cuadro de conjunto. Por esta vez no hemos hecho alusión alguna a los monasterios y monjes de las otras ramas de la gran familia de San Benito, llamados vulgarmente *Monjes Blancos*. Tampoco hablamos de los monasterios de monjas benedictinas, porque, Dios mediante, también ellas tendrán un libro de idéntica factura al que ahora presentamos al público.

Para redactar la noticia histórica de la restauración de la Orden

Benedictina en España y las monografías de los monasterios, hemos acudido a las fuentes más autorizadas puestas a nuestra disposición. No siempre, sin embargo, principalmente al tratarse de los tiempos más modernos, hemos encontrado en ellas lo que deseábamos; por eso hemos solicitado informes particulares. Y hemos de decir aquí, que no han sido pocos ni faltos de interés los detalles que se nos han comunicado, muchos de ellos totalmente inéditos. Ha sido, pues, preciosa la colaboración de todos para hacer lo más completa posible esta obra, en la que por vez primera figuran íntegras las historias de algunas casas. A la amabilidad de los Rmos. Abades y Superiores de casi todos los monasterios debemos también buena parte de las fotografías que ilustran el texto, muchas de ellas también del todo inéditas. Así, pues, con sumo agrado hacemos constar el mérito de esta colaboración, a la vez que hacemos público el testimonio de nuestra gratitud.

PRIMERA PARTE

**NOTICIA HISTÓRICA DESDE 1835
HASTA NUESTROS DÍAS**



I

**LOS BENEDICTINOS ESPAÑOLES
Y LA EXCLAUSTRACIÓN DE 1835**

SUMARIO:

1. La Orden Benedictina en España a los comienzos del siglo XIX. Exclaustraciones de 1809 y 1820.—2. La funesta exclaustración de 1835. Estado de los benedictinos españoles en esta fecha.—3. La Congregación Tarraconense, sus monasterios y sus monjes; extinción total.—4. La Congregación de San Benito de Valladolid; número de monasterios abandonados. Los monjes exclaustrados; género de vida que se vieron obligados a llevar. Monjes exclaustrados promovidos al Episcopado. El Rmo. José Blanch.

BIBLIOGRAFÍA:

V. Lafuente, *Historia Eclesiástica de España*, t. VI (Madrid, 1875).—Dom Besse, *La congrégation espagnole de S. Benoit de Valladolid*, en «*Révue Bénédictine*», t. XIX (1902).—Id., *La congrégation bénédictine espagnole dite des Claustrales*, en «*Révue Bénédictine*», t. XVII (1900).—C. Barraquer, *Las casas religiosas en Cataluña durante el primer tercio del siglo XIX*. (Barcelona, 1906).—F. Curiel, O. S. B., *Congregatio Hispano-Benedictina alias S. Benedicti Vallisoleti*, en «*Studien und Mitteilungen aus dem Benediktiner und dem Cistercienser Orden*». (1906, 1907, 1908).—*La Congregación de San Benito de Valladolid*, en «*Enciclopedia Espasa*», t. 66.



1. Antes de reseñar las etapas de la restauración benedictina en España y dar a conocer el estado en que actualmente se encuentra, se impone la tarea de señalar el estado en que se encontraba en el preciso momento de decretarse la exclaustación de 1835 y en los años sucesivos.

Por espacio de más de diez siglos habían vivido en España los monjes benedictinos sin encontrar obstáculos a su vida interna ni a su exterior actuación, aportando al bien común de la patria el fruto de su celo abnegado y el ejemplo de su virtud. Sus compatriotas, juntamente con la admiración y el respeto, les tributaban agradecimiento. La variable voluntad de los hombres no debía mostrarles tanta simpatía en el decurso del siglo XIX.

La invasión napoleónica en España fué la precursora de grandes males. El intruso José Bonaparte promulgó un decreto el 18 de agosto de 1809 extinguiendo todas las casas de religiosos existentes en España. Por consiguiente, también quedaron comprendidos todos los monasterios benedictinos, cuyos moradores no pudieron volver a ellos hasta el año 1813, en el que una orden de Fernando VII anulaba la supresión bonapartista. A pesar de vivir la mayor parte fuera de sus monasterios, no fueron pocos los que tomaron parte activa en la inmortal epopeya de la guerra de la Independencia. Entonces se perdieron para siempre muchas alhajas de alto valor artístico, las iglesias quedaron profanadas y saqueadas, y los edificios monasteriales semiderruidos.

Los monjes benedictinos, como todos los demás religiosos, creyeron que pasada la anormalidad de unos años las cosas iban a seguir como antes; pero se equivocaron. Cual recompensa a su abnegado patriotismo, los gobernantes de la nación española venían preparando una abolición total de las órdenes monacales, con la única y bien evidente finalidad de apoderarse de sus bienes. En consecuencia, el día 23 de septiembre de 1820 aparecía en la *Gaceta*

el decreto de abolición. Los monjes no tuvieron más remedio que abandonar nuevamente sus monasterios, mientras contemplaban cómo los comisionados del Crédito público saqueaban a sangre fría lo poco de valor que habían podido sustraer a la rapacidad de los soldados franceses. Esta expulsión fué, sin embargo, momentánea, pues un decreto de la Regencia permitía volver de nuevo a sus claustros en el verano de 1823. La imposibilidad de recibir vocaciones por un lado y el fallecimiento de no pocos por otro, habían reducido de un modo alarmante los miembros de las distintas comunidades. A ruegos del Abad General de la Congregación de Valladolid expedía el rey Fernando VII un decreto fechado el 21 de marzo de 1824, para «que vista la escasez de religiosos pueda admitir a los que soliciten el hábito con las reservas necesarias».

2. Poco tiempo iban también a disfrutar los monjes benedictinos de las garantías que les brindaba esta nueva etapa de la política española. Los partidos anticlericales, instigados y favorecidos por las sociedades secretas, preparaban una asonada contra la Iglesia y los institutos religiosos. El advenimiento al trono de Isabel II bajo la regencia de doña María Cristina, dióles de nuevo gran preponderancia en el gobierno de la nación y decidieron realizar sus proyectos. La presencia en España del cólera vino a adelantarlos más de lo que ellos mismos esperaban. Propalóse en 1834 la calumnia de que los frailes habían envenenado las fuentes de Madrid y el populacho lanzóse a la calle el 17 de julio en busca de religiosos. Los asesinatos e ignominias que con ellos se cometieron hacen de este día una de las fechas más negras en los anales de España. Hay que reconocer que los benedictinos no fueron los más castigados en esta ocasión, pues como la mayor parte de sus monasterios estaban situados fuera de las grandes poblaciones, no se llegó a ellos la turba sanguinaria. Conocemos, no obstante, por un testimonio del P. Ignacio María Lerdo, S. J., la heroica resolución tomada por los benedictinos de la abadía de San Martín, de Madrid, quienes capitaneados por su abad permanecieron impávidos en su monasterio esperando la llegada de los asesinos.

Al acercarse en 1835 el aniversario del degüello del pasado año y queriendo el gobierno español conmemorar esta negra fecha, publicaba el preparado decreto el día 25 de julio suprimiendo todos los monasterios y conventos que no contasen con más de doce indi-

viduos. De los 900 que entonces fueron suprimidos, 18 eran de benedictinos; 11 pertenecientes a la Congregación Claustral Tarraconense y 7 a la de Valladolid, según consta por la Estadística publicada en dicho año por la Junta Eclesiástica. Un nuevo decreto vino a dar el golpe de gracia a lo que todavía quedaba en pie. En su virtud debían cerrarse todos los monasterios de órdenes monásticas. De la Orden Benedictina sólo quedaron exceptuados por entonces las abadías de Montserrat, San Juan de la Peña y San Benito de Valladolid. El 29 de julio de 1837 salía otro decreto suprimiendo a todos los exceptuados anteriormente.

He ahí resumida en pocas líneas una de las tropelías mayores que registra la historia moderna de España en contra de la Iglesia injuriada y vejada en sus institutos religiosos. Nunca se ponderará suficientemente el mal inmenso que supone esta disposición gubernamental tan injusta y tan extemporánea. Veamos en particular lo desastrosa que fué para la Orden de San Benito en España.

¿Cuál era el estado en que la Orden Benedictina se encontraba en nuestra patria al entrar en vigor la ley de exclaustación? Anticipando la respuesta debemos decir que, si no era el de su máximo esplendor —cosa imposible entonces—, la Orden Benedictina se encontraba en un estado de relativa prosperidad. El número de abadías o monasterios principales alcanzaba a 66 con un total de 1660 monjes, repartidos en dos distintas obediencias o Congregaciones: la Congregación Claustral de San Benito de las provincias Tarraconense, Cesaraugustana, Navarra y Obispado de Mallorca —en su forma abreviada: Congregación Tarraconense— y la de San Benito el Real de Valladolid.

3. La Congregación Tarraconense había empezado a formarse a mediados del siglo XIII en virtud de los decretos del Concilio IV de Letrán, celebrado en 1214 y en virtud principalmente de las disposiciones promulgadas por el Papa Gregorio IX. La Bula llamada Benedictina del Papa Benedicto XII publicada en 1336 vino a perfeccionar su organización y observancias. A ella pertenecieron todos los monasterios de la Corona de Aragón a excepción de Montserrat, Bages y Guixols.

En el momento de decretarse la exclaustación del 1835, esta Congregación estaba integrada por los siguientes monasterios, poblados por unos 150 monjes próximamente: Santa María de Ripoll, San

Pedro de Camprodón, San Pedro de Besalú, San Esteban de Bañolas, San Pedro de Galligáns en Gerona, San Pedro de Roda, Santa María de Amer, San Salvador de Breda, todos en la provincia de Gerona; San Pablo del Campo, en Barcelona, sin comunidad propia, destinado a colegio de filosofía y a Noviciado para toda la Congregación, San Cugat del Vallés, San Pedro de la Portella, y Santa María de Serrateix, en la provincia de Barcelona; Santa María de Gerri en la de Lérida; San Julián de la Peña, Nuestra Señora de la O, llamado también de Alaón y San Victorián, en Aragón. Además, figuraban en las listas de la Congregación numerosos prioratos, y los cinco monasterios de monjas, que todavía están habitados en nuestros días, llamados San Pedro de las Puellas, y Santa Clara y San Antón, en Barcelona, San Daniel en Gerona, Santa María en Jaca y Santa María Magdalena en Lumbier.

El decreto de exclaustración desbizo para siempre esta Congregación, alejando de sus monasterios a los monjes. No se les hizo a éstos muy difícil la transición de la vida que llevaban a la nueva que las circunstancias les imponían, obligándoles a vivir regentando alguna parroquia o retirados en su propia casa.

Efectivamente, los monjes de esta Congregación habían conservado casi intangibles las prerrogativas y mitigaciones de que disfrutaban la generalidad de los monasterios benedictinos antes de las diversas reformas. Los monjes de esta Congregación, salvo raras excepciones, reclutábanse únicamente entre las familias más nobles; tenían su peculio, gozaban de la distribución de coro y de las pensiones que les concedían sus familias. Esto, sin embargo, no quiere decir que su vida era relajada en absoluto, pues siendo esa la vida que habían profesado, no se les podía exigir más. Más bien que monjes eran una especie de canónigos, sometidos a las leyes de la vida regular. Además de celebrar solemnemente el Oficio divino, dedicábanse algunos al ministerio parroquial, a la enseñanza y a trabajos de erudición. Aunque no tantos como otras Congregaciones monásticas, la Congregación Tarraconense ha producido buen número de monjes ilustres, escritores y eruditos en su mayoría, cuyos nombres ni siquiera podemos citar aquí por no responder a nuestro intento.

Todos los monasterios pertenecientes a los benedictinos de la extinguida Congregación tarraconense, han sido destinados a usos diversos, ya sea por el Estado o por los propietarios particulares. Las

iglesias, notabilísimas algunas de ellas desde el punto de vista arqueológico, sirven al presente casi todas de iglesias parroquiales.

4. Todos los restantes monasterios que no estaban afiliados en el momento de la exclaustación a la Congregación Tarraconense formaban parte de la Congregación de San Benito de Valladolid. Habíase constituido esta Congregación benedictina en torno de la abadía de San Benito de Valladolid fundada en 1390 por el rey de Castilla Juan I, con el consentimiento del Papa Clemente VII. Poco a poco se fueron afiliando a ella los monasterios castellanos, merced al patrocinio de los Papas e intervención de los mismos reyes, considerando que sus observancias eran el mejor remedio para atajar los males de las encomiendas y reformar las costumbres monásticas un tanto relajadas. El Papa Inocencio VIII erigíala canónicamente en el año 1489. Por su espíritu y organización era totalmente distinta de la Tarraconense.

En la Congregación de Valladolid toda la autoridad se resumía en el Abad general, cuyo cargo, así como el de los demás abades, era temporal. Al Capítulo General competía el nombramiento de superiores y oficiales más importantes de la Congregación. En los comienzos se guardaba rigurosa clausura, a la que se unían otras prácticas bastante estrechas, por cuyo motivo los benedictinos de esta Congregación recibieron el nombre de *observantes*.

Hay que reconocer que al lado de los grandes titubeos y también no pequeños desaciertos, la Congregación Vallisoletana es una de las más gloriosas y de las que más monjes ilustres ha producido. Con gusto haríamos aquí una ligera enumeración si no fuera por miedo a rebasar los límites de nuestro programa.

Cuando apareció el decreto de exclaustación en 1835 la Congregación de Valladolid estaba integrada por 40 grandes abadías de las que dependían numerosísimos prioratos y casas menos importantes. Para mayor facilidad en el gobierno el Capítulo General de 1745 agrupó los monasterios en cuatro distintas provincias, distribución que confirmada por el Papa Benedicto XIV en 1749, todavía se conservaba en el siglo XIX. La provincia de Galicia comprendía los monasterios de San Martín de Compostela, San Salvador de Celanova, San Julián de Samos, San Esteban de Ribas del Sil, San Juan del Poyo, San Salvador de Lérez, San Salvador de Tenorio, San Salvador de Lorenzana, y San Vicente del Pino de Monforte. La provincia de

Campos comprendía los monasterios de San Benito de Valladolid, San Benito de Sahagún, San Zoil de Carrión, San Claudio de León, San Pedro de Exlonza, San Andrés de Espinareda (colegio), San Pedro de Montes, San Vicente de Salamanca (colegio), San Isidro de Dueñas, Nuestra señora del Bueso, San Benito de Zamora, San Bartolomé de Medina, Santa María de Frómista, y San Mancio de Rioseco. A la provincia de Rioja pertenecían los monasterios de San Millán de la Cogolla, Santa María de Nájera, Nuestra Señora de Valvanera, Santa María de Irache (universidad), San Salvador de Oña, San Juan de Burgos, Santo Domingo de Silos, San Pedro de Arlanza, San Pedro de Cardeña, Santa María del Espino, Santa María de Obarenes, Santo Toribio de Liébana y Santa María de Piasca. La provincia denominada de «Indiferentes» abarcaba los monasterios diseminados por Asturias, Castilla la Nueva, Cataluña y Andalucía y eran los siguientes: San Martín y Nuestra Señora de Montserrat en Madrid, Santa María de Sopetrán (Toledo), Santa María de Huete, San Benito de Sevilla, Nuestra señora de Montserrat, San Felú de Guixols, San Benito de Bages (estos tres en Cataluña); San Juan de Corias (Asturias), Santa María de Obona, San Salvador de Cornellana (Asturias), San Vicente de Oviedo (universidad), San Pedro de Villanueva y San Salvador de Celorio (colegio).

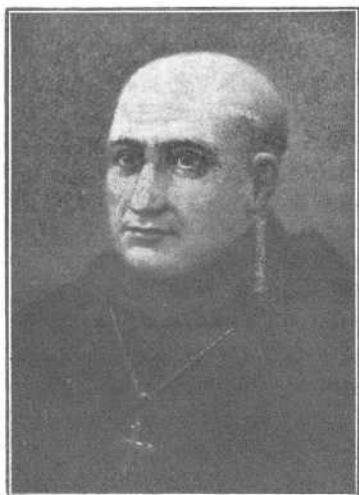
Tal era el considerable número de monasterios que formaban la Congregación de Valladolid, la mayor parte ilustrados por un pasado glorioso, cunas de hombres célebres y tesoros de valiosas alhajas arqueológicas, dilapidadas a los cuatro vientos por los enemigos de los monjes que supieron formarlas y guardarlas a través de las generaciones. Sólo una mínima parte de estos monasterios—Nuestra Señora de Montserrat, San Julián de Samos, Santo Domingo de Silos, Nuestra Señora de Valvanera, San Vicente del Pino de Monforte y San Salvador de Lorenzana—han sido de nuevo recuperados por la Orden Benedictina. San Isidro de Dueñas, está hoy habitado por monjes cistercienses; otros muchos como Oña, Celanova, Irache, San Millán de la Cogolla, Nuestra Señora del Espino, etc., pertenecen actualmente a religiosos de distintas órdenes, quienes los han salvado de inminente ruina. A los que no ha cabido esta suerte podemos contemplarles convertidos en tristes montones de escombros, o ya muy próximos a desaparecer.

La población monástica de los monasterios de la Congregación se

elevaba en 1835 al número de 1.510, quienes violentamente arrojados de sus moradas debieron disgregarse de sus respectivas comunidades. Como en un principio abrigaban esperanzas de volver a reanudar la vida de comunidad, la mayor parte refugiáronse en el seno de sus familias o en las de sus amigos. No obstante, desvaneciése muy pronto su optimismo viendo con dolor cómo eran vendidos en pública subasta y casi de balde gran número de monasterios con todas sus haciendas. Al mismo tiempo, la autoridad eclesiástica daba por caducadas las jurisdicciones y preeminencias de las abadías. Entonces ya no había lugar a dudas; la abolición de las órdenes monásticas tenía todos los visos de radical, y con amenazas ciertas de permanecer en vigor largo tiempo. Los monjes benedictinos decidieron a abrazar el género de vida que, dentro del estado eclesiástico, les deparase la suerte. Los más ancianos, a quienes ni siquiera se había permitido esperar la muerte en sus claustros, pasaron los postreros días en casa de sus parientes y amigos; los más jóvenes y todavía con bastantes bríos para sobrellevar el pesado trabajo del ministerio sacerdotal se encargaron de la dirección de parroquias en calidad de ecónomos; los más inteligentes y aventajados merecieron entrar en los seminarios en calidad de catedráticos, o figurar en los cabildos catedrales entre los canónigos y beneficiados. No pocos de los monjes exclaustros fueron decorados con la dignidad episcopal, cual si con semejante distinción quisiese honrar la Iglesia española a la generación que desaparecía de la Orden Benedictina. Sus nombres son dignos de memoria especial: Domingo de Silos Moreno, monje de Silos, Obispo de Cádiz (1824-1853); Vicente Horcos, monje de Arlanza, Obispo de Osma (1851-1861); Rodrigo Echevarría Briones, monje de Silos, Obispo de Segovia (1857-1875); Pedro Núñez Pernia, monje de Sahagún, Obispo de Coria (1868-1884); Ildefonso Infante y Macías, monje de Sevilla, primero Obispo titular de Claudiópolis (1876) y después de Tenerife (1877-1882), a cuya sede renunció seis años antes de su muerte.

En el momento de la supresión, estaba al frente de la Congregación Vallisoletana el Rmo. P. José Blanch, monje de Montserrat y abad varias veces del mismo monasterio, quien, por fallecimiento del Superior General, el Rmo. Beda Pérez, ocurrido el 13 de abril de 1835, había tenido que hacerse cargo del alto gobierno, considerándosele como al último Superior General de toda la Congregación. Al

igual que todos sus súbditos, vióse también en la precisión de alejarse de su monasterio y aun de su propia patria, pues tras varias peripecias se dirigió a Italia, fijando su residencia en Nápoles, en donde la



Rmo. D. José Blanch, último Superior General de la Congregación de Valladolid y abad de Montserrat († 15 septiembre 1851)

abadía de Montserrat poseía un priorato y santuario. Allí vivió varios años el Rmo. Blanch, esperando días más propicios en España para las órdenes religiosas, en particular para sus monjes de quienes le llegaban tristes noticias, pues poco a poco iban desapareciendo de este mundo.

Poquísimos son los detalles que hasta nosotros han llegado de la vida que llevaban los benedictinos exclaustros. De algunos sabemos que habiendo pertenecido a un mismo monasterio conservaban entre sí cierta unión, ayudándose mutuamente en sus tareas parroquiales o en sus apuros económicos, que no eran pocos. Otros también trazaban planes para el porvenir. A pesar de

la buena voluntad y del buen espíritu de muchos de estos monjes exclaustros, todo hacía presentir que habían ya llegado sus últimos momentos a la Congregación Vallisoletana. No obstante, las gestiones que realizaron algunos de los monjes exclaustros deben encabezar el capítulo sobre la restauración de la Orden Benedictina en España.





II

**RESTAURACIÓN DE LA ORDEN
BENEDICTINA EN ESPAÑA**

SUMARIO:

1. Los benedictinos vallisoletanos y la restauración. Restauración de la abadía de Montserrat por el Rmo. Blanch; el Rmo. Muntadas completa la restauración.—2. Últimos Superiores de la Congregación de Valladolid.—3. Los dos monjes exclaustrados Serra y Salvado fundan en Australia el monasterio-misión de Nueva Nursia. Proyectos para erigir en España un Colegio de Misioneros Benedictinos. Proyectos particulares del Ilmo. P. Serra en pro de la restauración benedictina; resultados. Los proyectos del Ilmo. P. Salvado; su Colegio de Misioneros del Escorial; fracaso.—4. Restauración de la abadía de Samos por el Rmo. de Villarreal. Restauración de la abadía de Silos por el Rmo. Guépin. Restauración de la abadía de Valvanera.—5. El Ilmo. Salvado funda en Montserrat el Colegio de Misioneros de Ultramar.—6. Síntesis de las etapas de la restauración de la Orden Benedictina en España.—7. Período de expansión; fundaciones de las abadías de Montserrat, Samos, Silos, etc.

BIBLIOGRAFÍA:

F. Crusellas, *Nueva Historia del Santuario y Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat* (1896).—Th. Bérengier, O. S. B., *La Nouvelle Nursie* (París, 1876.—A. P. Villanueva, *El Ilmo. P. José Serra, Obispo de Daulia* (Madrid, 1922).

N. B. Aparte de estas obras, casi todos los datos conocidos referentes a la restauración de la Orden en España han sido publicados en *Revista Montserratina*, *Boletín de Santo Domingo de Silos* y *Ecos del Colegio de San Beda*. Los demás los conocemos por detalles recogidos en diversidad de escritos, difíciles de citar en su totalidad, o transmitidos de viva voz.



1. Expulsados de sus monasterios, los benedictinos españoles no perdieron en modo alguno las esperanzas de volver a vivir en comunidad. Esas esperanzas eran las que los impulsaban a permanecer siempre en acecho de alguna coyuntura propicia para llevar adelante sus proyectos; así, que no es de extrañar el interés con que acogían las noticias optimistas, dispuestos en la mayoría de los casos a secundar cualquier intento de restauración. Este anhelo por reanudar la vida benedictina refiérese solamente a los monjes que pertenecieron a la Congregación de Valladolid, pues ya hemos insinuado que ninguna gestión se hizo en ese sentido por los de la Congregación Tarraconense, o si se hizo, nos es desconocida. Aun entre los monjes de la de Valladolid hubo no pocos que se amoldaron perfectamente al nuevo género de vida que las circunstancias les impusieron y ya no pensaron más en volver a sus abandonados claustros. Nosotros hacemos aquí mención de los que trabajaron en la obra de la restauración benedictina y de los resultados con que vieron coronados sus esfuerzos.

El Rmo. P. José Blanch seguía aún al frente del disperso rebaño monástico, y a nadie más que a él interesaba cualquier paso dado en el camino de la restauración. De la manera más inesperada iba él mismo a dar los primeros pasos.

El 20 de julio de 1844 la reina de España doña Isabel II manifestaba su piedad hacia la Virgen de Montserrat con la promulgación de un Real Decreto mandando proceder a la reapertura del famoso Santuario catalán. Quedó comisionado para cumplir las reales órdenes el Ilmo. señor Martínez de San Martín, obispo de Barcelona. Como resultasen inútiles todas las pesquisas para buscar la sagrada imagen, ocultada por los monjes en lugar seguro, el Prelado barcelonés optó por llamar al P. Blanch, sabedor del lugar en que se encontraba. No se hizo de rogar el exclaustrado abad, pues además de serle dado restaurar el amado Santuario montserratino, acaso podía

ser aquella restauración la vuelta a nueva vida de la Orden Benedictina en España. Abandonó la ciudad de Palermo, en donde a la sazón residía, y se personó en Barcelona para tratar el asunto con el Obispo. Quedaron ultimados todos los extremos y el Rmo. Blanch hizo llevar a Montserrat la verdadera imagen allí por tantos años venerada, teniendo el consuelo de abrir nuevamente al culto público el templo de María. Debemos consignar que durante el período de nueve años que había transcurrido desde la exclaustación, el culto privado a la Virgen en este Santuario no se había interrumpido, pues allí permaneció como custodio el hermano lego José Capderrós, acompañado después por un sobrino suyo, el cartujo exclaustado Luis Pagés y por el exprocurador de Montserrat, Jacinto Boada. No hay para que decir con cuánto regocijo vieron éstos la llegada de la sagrada imagen y también la de su antiguo abad.

El Rmo. Blanch pensó entonces en reunir en torno suyo a cuantos de los monjes exclaustados le fuese posible. Inmediatamente puso en práctica su proyecto y dirigió un llamamiento a aquellos que vivían más cerca y cuyo paradero le era conocido. No tardaron en presentarse a las puertas del monasterio montserratino unos pocos monjes, algunos profesos de la misma casa y los más cargados de años. Como las leyes vigentes no autorizaban la formación de comunidad alguna religiosa fuera de las exceptuadas por el decreto mismo de exclaustación, los monjes allí reunidos no pudieron aparecer ante el público como entidad monástica y tuvieron que contentarse con ser considerados cual simples capellanes del Santuario.

De todas las maneras, aquellos monjes así reunidos en comunidad, considerábase como verdaderos continuadores de la Congregación de Valladolid, ya que tenían como superior al mismo que lo era de todos los demás exclaustados. En ellos hemos de ver también nosotros las primeras tentativas de restauración benedictina, tentativas que llegaron a buen término, aunque encauzadas después por muy diversos derroteros.

Como no era posible reclutar nuevas vocaciones y los monjes eran ancianos, la muerte disminuyó el número de aquella semiculta comunidad.

El obispo de Vich creyóse entonces en la obligación de nombrar doce sacerdotes con el encargo de dirigir el culto en Montserrat. No permanecieron éstos allí mucho tiempo, pues no amoldándose al

género de vida un poco retirada que debían seguir, se volvieron a sus casas.

El 15 de septiembre de 1851 moría santamente el Rmo. don José Blanch. En la imposibilidad de nombrarse un nuevo abad los monjes montserratinos eligieron por su superior, sucesivamente, a los monjes don Ramiro Torrents, don Ignacio Corrons y, finalmente, a don Miguel Muntadas.

Durante el gobierno de los dos primeros la comunidad de Montserrat llevó una vida bastante precaria, debido principalmente a la falta de personal. Viendo el P. Muntadas, elegido superior con el título de Presidente en 1855, que de seguir así la comunidad acabaría por desaparecer, creyó oportuno hacer un nuevo llamamiento a los monjes exclaustrados. Esta vez respondieron en número de ocho, quienes, sumados a los que ya vivían en Montserrat, formaron una verdadera comunidad. No obstante, el P. Muntadas quiso asegurar aún más



Rmo. don Miguel Muntadas, restaurador y abad de Montserrat

la vida y la observancia monástica de sus monjes, por eso, contando con la aprobación de todos ellos, agregó el monasterio montserratino el 13 de diciembre de 1862 a la provincia Sublacense, hoy Congregación y que entonces formaba parte de la Casinense. En el mismo año el Papa Pío IX reconocía al monasterio su antiguo título abacial y nombraba por primer abad al mismo Rmo. Muntadas.

2. En el cargo de Superior General de la dispersa Congregación de Valladolid tuvo el Rvmo. Blanch por sucesores a aquellos que a ello tenían derecho según lo prescrito en las Constituciones. Fué el primero el P. Bartolomé Conde, segundo definidor de la Congregación, monje y abad que había sido de San Martín de Compostela. Muerto éste en 1859, ocupó la presidencia, más bien ya honoraria que efectiva, el P. Maestro Vicente Carrasco, exabad de San Juan

de Burgos. No tenemos noticia de la fecha de su fallecimiento y sólo sabemos que fué reconocido en su lugar como Superior el último superviviente de los Definidores elegidos en el Capítulo de 1832, el P. Maestro Juan Manuel García, monje exclaustrado de Lorenzana. Debió vivir el P. García hasta el año 1863 como se deduce—según afirma D. Fausto Curiel (1)—de una carta escrita por los monjes compostelanos al Rvmo. Muntadas, Abad de Montserrat.

Con la desaparición del P. Manuel García, no se halló monje alguno entre todos los exclaustrados que tuviese derecho reconocido a asumir el alto gobierno de la Congregación, de modo que los Benedictinos de Valladolid se quedaron, en frase del Papa Pío IX, «como ovejas sin pastor». En vista de esto, trataron algunos de los exclaustrados de suplir la falta proponiendo para el cargo de Presidente General al P. Maestro Benito González Araujo, antiguo abad de Samos. Sin embargo, el proyecto no logró convertirse en realidad, pues el P. González Araujo pasaba a mejor vida en 1883, de edad de más de noventa años.

Con esto quedó definitivamente disgregada la Congregación de Valladolid; pues al encontrarse sin un jefe superior, era natural que los monjes no tuviesen tanta comunicación mutua, ni que sus miras y gestiones en pro de la restauración benedictina llegasen a armonizar y, por lo mismo, a obtener los resultados que se pretendían. A pesar de esto, aun encontraremos algunos monjes vallisoletanos que por diversas maneras dieron pasos para realizar esa idea, pero obraron ya en eso como particulares, impulsados por su ardiente amor a la vida que habían profesado. Hay que reconocer que casi siempre halló eco su proyecto en un reducido número de sus hermanos exclaustrados.

3. Los primeros que después del Rvmo. Blanch y sus sucesores, intentaron seriamente la restauración de la Orden en España, fueron dos monjes profesos de la abadía de San Martín de Compostela, los padres don José Serra y don Rosendo Salvado. Estos dos monjes abandonaron el patrio suelo en el mismo año de la exclaustración y fijaron su residencia en la abadía italiana de la Santísima Trinidad de la Cava, de cuya comunidad recibieron grandes muestras de afecto. Al cabo de nueve años, precisamente en el de 1844 cuando

(1) *Revista Mon'serratina*, año X, (1916) página 60.

bajo la dirección del Rmo. Blanch se congregaban en Montserrat algunos de los monjes exclaustrados, los dos benedictinos españoles, refugiados en la Cava, planearon una gran empresa. Ambos deseaban ardientemente que llegase el día de poder retornar a su monasterio compostelano, pero no tardaron en convencerse de que se deslizarían los años sin lograr satisfacer sus deseos. Acordándose entonces de los monjes misioneros que en otros tiempos evangelizaron las naciones europeas decidieron abrazar también ellos el mismo género de vida. Contando con el beneplácito del abad cavense, pusieronse ambos a disposición del Secretario de la Congregación de Propaganda, quien los destinó a la diócesis recientemente creada de Perth, en la Australia Occidental, sometidos en todo a lo que dispusiera el Obispo Monseñor Brady.

El 7 de enero de 1846 llegaban a su destino los dos monjes españoles formando parte de la expedición misionera que conducía Monseñor Brady. Delimitados los campos de misión que se confiaban a cada grupo, los Padres Serra y Salvado pusieronse al frente de



Ilmo. D. Rosendo Salvado,
fundador de Nueva Nursia

la misión llamada del centro, recibiendo como auxiliares a dos catequistas ingleses y al novicio benedictino Leandro Fontaine, que luego les abandonó. Después de las más accidentadas peregrinaciones por entre la inmensidad de las selvas australianas, los dos monjes misioneros fijaron su campo de acción a orillas del río Moore, el más indicado paraje para crear una abadía benedictina en toda la extensión que las circunstancias aconsejasen. La ceremonia de la colocación de la primera piedra se verificó el 1.º de marzo de 1847. El naciente monasterio, llamado Nueva Nursia en memoria de la patria de San Benito, fué puesto bajo la advocación de la Santísima Trinidad y la especial protección de María Inmaculada.

Al sentar las bases de esta obra, los dos benedictinos españoles tuvieron en vista los ejemplos que les dejaron sus hermanos de hábito, colonizadores y apóstoles de Europa y no dudaron en imitar fielmente el antiguo método. Nueva Nursia sería con el tiempo una gran abadía benedictina, centro de apostolado intenso y faro de civilización entre los aborígenes australianos.

Naturalmente, que antes de ver convertida en halagüeña realidad esta idea, los Padres Serra y Salvado hubieron de afrontar graves problemas de cuya satisfactoria solución dependería el éxito de la obra. Uno de esos problemas y no el de menor cuantía era el del reclutamiento de personal apto. ¿Adónde y de qué medios debían servirse para buscar vocaciones y con ellas fieles colaboradores y después continuadores de su obra? Que esta fué la pesadilla de los dos benedictinos en aquellos primeros días de su apostolado, se echa fácilmente de ver por algunas de sus cartas y por las gestiones que emprendieron casi sin pérdida de tiempo para resolver el asunto.

A pesar de las desfavorables circunstancias por que aun atravesaba España, en ella ponen con preferencia sus miradas. Ya en 1847, con fecha 27 de diciembre, escribía el P. Serra a dos monjes exclaustrados españoles, al Rmo. Godos exabad de Celanova y General que había sido de la Congregación y al P. Granados, monje de Compostela, descubriéndoles parte del plan trazado. Al primero dirígale apremiantes ruegos para que haga saber a todos los benedictinos exclaustrados de España que en las remotas regiones de Australia viven dos hermanos suyos que les esperan con los brazos abiertos. Al P. Granados le comisiona para que dé los pasos necesarios con el fin de abrir secretamente en España un noviciado (1). La presencia del mismo P. Serra vino a dar todo el impulso posible a estos proyectos.

En una de las tres sesiones del primer sínodo diocesano de Perth, celebrado el 13 de enero de 1848 en la misión de Nueva Nursia, el P. Serra recibió el encargo de regresar a Europa para colectar recursos. Además de llenar esta comisión cumplidamente, el P. Serra ensayó la manera de resolver el problema del reclutamiento de personal. En las entrevistas que tuvo con Gregorio XVI no perdió la coyuntura para hablar al Pontífice del proyecto. Expúsole la conve-

(1). Cf. *El Ilmo. P. José Serra...*, por don Antolín Pablos Villanueva (Madrid, 1922), pág. 53.

nencia de fundar una Congregación de benedictinos misioneros en Australia. Entre las bases que presentó figuraba ésta: «2.ª Que se pudiera abrir en el sitio que se creyera conveniente en Europa noviciado para eclesiásticos y seculares de todas las naciones, a fin de formarlos en la vida benedictina que debían seguir en Australia.»

Con el beneplácito del Soberano Pontífice y su apostólica bendición, creyó el P. Serra que podía seguir adelante en sus gestiones, de cuyo feliz éxito abrigaba sólidas esperanzas. Recibió varias ofertas de comunidades benedictinas extranjeras, poniéndose a su disposición para establecer en sus monasterios el noviciado de la futura Congregación Misionera; entre ellos figuraba el de Farfa, ofrecido por los benedictinos italianos. El P. Serra no aceptó semejantes invitaciones, que no dejó de agradecer, pensando salir adelante con su intento en España, su patria. Pronto, sin embargo, se desvanecieron sus esperanzas. El Rmo. Godos y el P. Granados, a quienes ya había escrito de antemano, diéronle cuenta de sus gestiones, declarando que por el momento era irrealizable lo que se pretendía, por razón de las circunstancias creadas por el gobierno español, poco propicias a las órdenes religiosas.

En vista de esto, no quiso acelerar el P. Serra la marcha de las cosas y dejó dormir el proyecto. Como compensación, el ya entonces Ilmo. Serra, Obispo Coadjutor y Administrador temporal de la diócesis de Perth, se embarcaba el 6 de octubre del mismo año 1849, llevando consigo una expedición misionera compuesta de 33 individuos. Figuraba entre ellos el R. P. Venancio Garrido, antiguo mayordomo del monasterio de San Martín de Compostela y valioso auxiliar desde ahora de la misión neonursina.

Por gravísimas dificultades que luego surgieron y por encontrados intereses humanos, el Ilmo. D. José Serra vióse precisado a presentar la dimisión a la diócesis de Perth, con fecha 12 de diciembre de 1861, experimentando el desconsuelo de tener que separarse del Ilmo. D. Rosendo Salvado, a la sazón nombrado Obispo de Port Victoria. Por lo mismo, el Ilmo. Serra tampoco debía volver a ocuparse más de las cosas de Nueva Nursia, confiada únicamente a la dirección del Ilmo. Salvado.

Una vez que le fué admitida la renuncia, el Ilmo. Serra pidió licencia para retirarse a España, pero no para pasar en la ociosidad el resto de sus días, sino más bien para emprender obras y trabajos

en pro de la Iglesia y de la sociedad. El nombre del Obispo titular de Daulia, irá siempre ligado a la Congregación de Hermanas Oblatas del Santísimo Redentor, de las que él fué abnegado fundador.

¿Pero qué hizo el Ilmo. Serra de sus proyectos de restauración benedictina? Es verdad que acerbos sucesos habíanle precisado a no ocuparse más de ellos en la forma y con el fin para que había dado los primeros pasos. Descargado ahora de las atenciones que reclama el gobierno de una diócesis y desligado de toda obligación para con Nueva Nursia, el Ilmo. Serra sintió renacer en su espíritu el acariaciado proyecto de restauración benedictina.

¿Qué es lo que ahora pensaba hacer el Obispo de Daulia? Según se desprende de su correspondencia, sus planes pueden concretarse a estas pocas palabras escritas por él mismo: «Formar en cualquier rincón de España monjes a la antigua, *misioneros* para España y para sus colonias.» Durante su permanencia en París, en 1860, habló del asunto a la Reina Cristina, quien, aunque pintándole la actitud poco halagüeña de la política española para los religiosos, no le desanimó. También pidió consejo al Sr. Pidal y Mon, embajador de España en París y a dom Guéranger, Abad de Solesmes.

Para empezar bastábale—como él decía—cualquiera de los monasterios abandonados de los benedictinos, rodeado a ser posible de tierras laborables. Con este fin visitó poco después de entrar en España el grandioso cenobio-universidad de la Congregación de Valladolid, Santa María de Hirache. Cuando llegó a Madrid, tuvo ocasión el Ilmo. Serra de entrevistarse con varios benedictinos exclaustrados entre los que se encontraban los tres párrocos de San Martín, San Ildefonso y San Marcos. Todos se congratularon de ver al Prelado benedictino, animándole a realizar sus proyectos de restauración, con promesa de prestarle su ayuda. No escatimó el P. Serra visitas a altos personajes para buscar su apoyo; entrevistándose con la reina, quien se mostró muy complaciente, y con el general O'Donnell. Por consejo y conducto de este último, presentó el Ilmo. Serra un memorial a la Soberana, relatando las ventajas de su futura Congregación benedictino-misionera.

De sus comunicaciones con el Venerable P. Claret recibió el P. Serra consejos y alientos. Aun más, el arzobispo de Santiago de Cuba llegó a ofrecerle la vicepresidencia del Seminario y Asociación de Sacerdotes establecida en El Escorial. De momento halagó al

P. Serra esta proposición, pero en seguida declinó el aceptarla, alegando su edad avanzada y las pocas fuerzas que le acompañaban.

Desechada la idea de establecer en El Escorial su proyectado Colegio misionero y el correspondiente Noviciado, el Ilmo. Serra orientó sus pasos por otros caminos.

El Obispo de Calahorra, señor Monescillo, ofrecíale el Monasterio riojano de San Millán, de cuya exclaustrada comunidad aun vivían 22 monjes, deseosos de volver a él, según le escribía al Ilmo. Serra uno de ellos, el P. Faustino Matute. A pesar de todo, el asunto no pasó más adelante; obstáculos no pequeños poníanse de por medio.

Parece ser que más que nada dificultaron la marcha de la restauración benedictina acometida por el Ilmo. Serra las reclamaciones del Rmo. don Pedro Casaretto, fundador de la Congregación, entonces provincia Sublacense en Italia. En efecto, por esta misma fecha, como ya se indicó arriba, realizóse la unión del monasterio de Montserrat a esta provincia. Acaso de esta oposición tomó origen la actitud poco favorable adoptada en el Vaticano respecto a las gestiones de restauración benedictina que traía entre manos el Obispo de Daulia. En consecuencia, el Ilmo. Serra sintió que se le desvanecían todos los entusiasmos y desistió en absoluto de pasar adelante; tanto más que la misma Reina hubo de disuadirle porque no juzgaba oportuno dar cuerpo por entonces al proyecto.

Así quedaron fallidas tantas esperanzas como el Ilmo. Serra había visto brillar desde que comenzó a ocuparse con verdadero apasionamiento de esta magna empresa, digna de mejor fortuna. Unos quince años más tarde aun volvieron a brillar en su ánimo esas esperanzas. En 1878, a raíz de una visita que hizo a Covadonga el rey don Alfonso XII, pensóse en establecer para el servicio de aquel Real Sitio una comunidad religiosa, con preferencia a un cabildo de canónigos. Fueron comisionados para activar el proyecto el Ilmo. Sr. Sanz y Fores, Obispo de Oviedo y el Nuncio de Su Santidad en España, Monseñor Caltani, quienes obtuvieron de Roma las debidas licencias para instalar en Covadonga una comunidad benedictina. Los dos prelados transmitieron el proyecto al Ilmo. Serra, encargándole ultimase los detalles. Lleno de gozo ante coyuntura tan inesperada como magnífica para emprender la soñada restauración benedictina, no perdió un solo instante en hacer llegar la nueva a cuantos sabía le iban a secundar. Sin embargo, también esta vez cayeron por tierra

todos sus sueños. Una carta del Nuncio con fecha 17 de febrero de 1879 hacía saber al Ilmo. Serra que el Sr. Obispo de Oviedo no estimaba conveniente llevar una comunidad de benedictinos a Covadonga por miedo a la opinión pública.

Mientras el Ilmo. don José Serra trabajaba por cuenta propia en pro de la restauración benedictina, su antiguo compañero el Ilustrísimo don Rosendo Salvado, ya Abad «Nullius» de Nueva Nursia, andaba muy preocupado por la falta de personal. En 1852, poco después de las primeras gestiones del Ilmo. Serra para establecer en España un noviciado, el Ilmo. P. Salvado solicitó la ayuda de la Congregación italiana de Monte Casino. En el Capítulo celebrado en este archicenobio, el 18 de abril del mismo año, fué favorablemente acogida la petición del Ilmo. Salvado, autorizando el establecimiento en Subiaco de un Noviciado para educar los futuros misioneros y monjes de Nueva Nursia. En este Noviciado ingresaron algunos jóvenes, de los cuales sólo dos permanecieron fieles a su vocación. Las revueltas políticas de Italia, que cercenaron la vida de las comunidades, fueron también adversas a la expansión del Noviciado benedictino para Australia.

Entonces, y como en un principio hiciera su compañero el P. Serra, el P. Salvado puso también sus miras en España. Obligóle a tomar esta resolución la inesperada ruptura con los Sublacenses, originada por desagradables diferencias habidas en San Ambrosio con el Rmo. Casaretto. Cuando se dirigía a España, ya estaban enterados los monjes españoles de los proyectos que a ella traía el Ilmo. Salvado y despertóse entre todos gran entusiasmo, por considerar que este nuevo esfuerzo realizado por tan benemérito Prelado sería el comienzo cierto de una nueva era para la Orden Benedictina en España. Suscitóse, pues, laudable y general emulación entre gran parte de los monjes exclaustrados, quienes ya con dinero, ya con sus mismas personas poníanse de buen grado a las órdenes del Abad neonursino. Se indicaron como más convenientes para el fin propuesto los monasterios de San Millán, Obarenes, El Espino, y, sobre todo, Oña, en Castilla; Celanova, Lérez, Rivas del Sil, o Samos, en Galicia, y también la antigua universidad de Hirache, en Navarra.

Las ofertas e indicaciones que se hacían al Ilmo. Salvado eran muchas y estaban hechas con entusiasmo, pero éste no se resolvía a aceptar ninguno de los monasterios indicados. Esta indecisión en el

obrar del Ilmo. Salvado fué causa de que se perdiese para siempre tan espléndida ocasión de volver a la vida uno o acaso varios de los abandonados monasterios que entonces a poca costa podían haberse adquirido y que no tardando pasaron a otras manos. También contribuyó a aumentar esta indecisión la actitud poco resuelta de los monjes mejor dispuestos, que por lo general disfrutaban de excelentes colocaciones. De ellos decía el P. España que «algunos se hallaban bien entre los egipcios, y parece sentirían dejar las cebollas y puerros que los extraños los dan hace 31 años» (1). Tampoco había que contar con muchos elementos jóvenes, pues casi todos habían perdido ya el aprecio a su vocación.

Otra de las causas y, sin duda no la de menor peso, que apartó al Ilmo. Salvado de fijar su atención en alguno de los antiguos monasterios fué el ofrecimiento que se le hizo de El Escorial, incorporado desde 1835 al Patrimonio de la Corona. Como el Ilmo P. Serra, también el P. Salvado trabó amistad con el Venerable Claret y a él le confió en esta, como en otras ocasiones, sus planes. El P. Claret, cansado ya de la dirección del Seminario del Escorial, creyó llegado el momento de descargarse del todo ofreciendo la presidencia que él ostentaba al Ilmo. Salvado. Quedaron ultimados todos los extremos en una entrevista que tuvieron ambos Prelados el 14 de marzo de 1868. El P. Claret dió cuenta a la Reina de su decisión, que fué recibida con particulares muestras de agrado, tanto que el 22 de junio ya se publicaba el decreto nombrando Presidente del Seminario del Escorial al Ilmo. don Rosendo Salvado. Desgraciadamente la noticia de este nombramiento halló acogida muy desfavorable en el Vaticano, pues no podían comprender cómo se ponía al frente de este Centro el Obispo de Puerto Victoria, cuyo campo de acción estaba en la lejana Australia. Pero el paso estaba ya dado y el Ilmo. Salvado vióse forzado a seguir adelante hasta ver el sesgo que tomaban las cosas.

Una vez divulgada la noticia de que El Escorial quedaba sometido al poder del P. Salvado, que para el caso equivalía a decir puesto a disposición de la Orden Benedictina, fueron muchos los monjes exclaustrados que desinteresadamente se presentaron al Prelado benedictino como colaboradores de su obra. Todos estaban persuadidos

(1) *Rev. Montserratina*, año 1916, loc. cit.

de que la adquisición de este monasterio superaba a cuanto hubieran podido imaginar. Sin embargo, la idea que había presidido en este asunto implicaba graves inconvenientes. En primer lugar, en El Escorial la enseñanza debía estar a la orden del día y ya sabemos cuán acérrimos impugnadores fueron siempre de esta actividad, muy en armonía con la vida benedictina, los monjes de la Congregación de Valladolid. Por esta razón según escribía el vallisoletano P. Justo España (1) fueron rechazadas las ofertas que hicieron repetidas veces a los exclaustros los Obispos de Burgos, Lugo y Calahorra de los monasterios de Cardeña, Samos y San Millán, con la obligación de dedicarse a la enseñanza.

El otro inconveniente estaba en el falso concepto que tenía el ilustrísimo Salvado de las cosas. Con fecha 8 de noviembre de 1867 había presentado a la Reina doña Isabel II un memorial en el que insinuaba las conveniencias que tendría la creación en España y Filipinas de un monasterio semejante al de Nueva Nursia. Por este medio pretendía el P. Salvado enviar misioneros a Filipinas, pero pasando antes por Nueva Nursia, con el fin de adquirir práctica. «El Obispo de Puerto Victoria—como dice un abonado testigo, el P. Curiel—equivocábase en decir que Nueva Nursia serviría de aprendizaje a los Misioneros, pues dista, como un polo de otro, del modo de ser de Filipinas, como sabemos los que hemos vivido en ambos países. El sistema de Nueva Nursia es inaplicable al archipiélago magallánico y lo poco que se habría podido hacer, les habría dañado a los monjes después de muchos trabajos y sudores inútiles, pues los filipinos necesitan más sacerdotes y maestros que labradores y artesanos.»

Poco a poco fueron llegando al Escorial los monjes que se habían ofrecido, de modo que en septiembre del mismo año ya estaban allí casi todos, en total unos veinte. Entre ellos los había de verdadera valía, tanto por su vida ejemplar como por su talento. Allí estaba el P. Santos Salvado, hermano del mismo Obispo, capellán a la sazón en el Real Palacio; el P. Ildefonso Infante, Secretario de los Obispos Moreno y Echevarría, después Obispo de Tenerife; el P. Angel Sáenz de Valluerca, profeso de Valvanera, beneficiado entonces en la Catedral de Badajoz, vicerrector y catedrático de

(1) *Revista Montserratina*, año 1916, pág. 106.

Teología en el Seminario; el P. Hermenegildo del Río, profeso de Samos, y a la sazón catedrático de Moral en el Instituto de Vitoria-etcétera, etc.

Contados días llevaban reunidos en El Escorial aquellos monjes llenos de la mejor voluntad y que ya trazaban la distribución de los trabajos, cuando el 18 del mismo mes estalló la revolución en la bahía de Cádiz al grito de ¡abajo los Borbones! El 29 ya se había pronunciado Madrid, instalándose inmediatamente la junta revolucionaria. Pronto se procedió a la expulsión de las órdenes religiosas con amenazas de repetirse idénticos sucesos a los del año 1834. Como todos los demás religiosos, los benedictinos instalados en El Escorial hubieron de dispersarse, volviendo en su mayoría a ocupar los buenos puestos de que antes disfrutaban. Además del Decreto por el que se disolvían todas las comunidades religiosas, apareció uno especial el 27 de marzo de 1869 suprimiendo el Colegio de Benedictinos Misioneros de San Lorenzo del Escorial.

Ya no había, pues, esperanza alguna en aquellos luctuosos momentos para el Ilmo. Salvado, quien si por una parte lamentó lo indecible tan irreparable pérdida, por otra no pudo menos de experimentar cierto contento al verse desligado por tan imprevisto modo de una obra a cuyo frente se había puesto con el manifiesto desagrado de Roma. Sin demora de ninguna clase púsose a hacer los preparativos de su regreso a Nueva Holanda, llevando consigo a su hermano el P. Santos y a treinta de los jóvenes que estaban preparados para ingresar en El Escorial como alumnos del Colegio de Misioneros. Todos ellos recibieron el hábito benedictino en la iglesia de Nueva Nursia el 14 de agosto y fueron valiosos auxiliares para la misión en aquellos difíciles años en que tan exhausta se encontraba de personal.

El fracaso de su obra en El Escorial no fué más que un lamentable incidente en tantas idas y venidas como tuvo que hacer el Ilmo. Salvado para resolver el problema del reclutamiento de personal, problema que no debía perder de vista un solo instante de su vida. Dejémosle ahora descansar en Nueva Nursia y después asistir al Concilio Vaticano, en el que también tomaron parte otros Prelados de la Orden, y apuntemos otros sucesos de la restauración benedictina.

4. La revolución de 1868 que echó por tierra la obra del

Ilmo. P. Salvado fué un nuevo mal que se añadió a la interminable serie de los que ya habían caído sobre las órdenes religiosas, especialmente sobre la Orden Benedictina. Los escasos monjes que vivían, vieron desvanecerse con tristeza las pocas ilusiones que aun abrigaban.

Pasados estos breves años de revueltas políticas y al ser proclamado rey don Alfonso XII, amanecieron para España días de calma



Rmo. D. Gaspar de Villarroel,
restaurador y abad de Samos. († 1896)

y de serenidad pública. Entonces fué lícito a los hijos expulsados volver a pisar de nuevo el suelo de su patria. Si entonces no hubiese estado tan mermado el número de los benedictinos dispersos, indudablemente que, dados los buenos deseos que en general siempre les habían animado, la restauración de la Orden Benedictina se hubiera llevado a cabo con entero éxito. A falta de este ya imposible resurgimiento en masa, iban a ser devueltas a nueva vida por muy distintos caminos las dos antiguas abadías de San Julián de Samos y de Santo Domingo de Silos, ambas, con las

de Montserrat, principio del ulterior desarrollo en la iniciada restauración benedictina.

El R. P. Gaspar Villarroel, profeso de Celanova, era uno de los monjes exclaustros que más se había hecho notar por su ejemplaridad de vida. Sus méritos extraordinarios le valieron la dignidad de arcediano de Valladolid; pero, a pesar de su buena colocación y de los años transcurridos, nunca perdió el amor a su Orden. Cuando vió que era ya permitido en España el establecimiento de comunidades religiosas también él pensó en el modo de establecer alguna de benedictinos. Púsose al habla con algunos de los exclaustros que él conocía, deseosos también de terminar sus días en uno de los

antiguos monasterios, y optaron por reunirse en el de Samos, previa la autorización del Gobierno y del Nuncio de Su Santidad. El mismo P. de Villarroel fué constituido superior y poco después decorado con la dignidad abacial. En un principio la comunidad componíase sólo de cinco monjes, además del superior, pertenecientes todos a diversos monasterios de la Congregación de Valladolid. Poco a poco fueron presentándose hasta otros cinco, con lo que la comunidad vió duplicarse su número.

La comunidad así constituida en Samos podía considerarse como la verdadera continuadora de la Congregación Vallisoletana, ya que en ninguna otra parte habían tenido éxito los intentos de restauración y porque, además, la abadía de Montserrat aunque poblada en un principio por monjes vallisoletanos, formaba ya parte de una Congregación Benedictina extranjera, la Casinense. Sin embargo, tampoco la abadía de Samos lograría ser cabeza de una Congregación nacional sucesora de la de Valladolid.

Hubiera sido un motivo más para decidirse a dar este paso la restauración del monasterio cisterciense de San Clodio, en la provincia de Orense, verificada por algunos de los monjes refugiados en Samos. Pero como casi todos los miembros de ambas comunidades estaban ya entrados en años e iban paulatinamente desapareciendo, el Rmo. D. Gaspar de Villarroel no se juzgó con fuerzas suficientes para iniciar una Congregación nueva y, para asegurar el porvenir de Samos y de San Clodio, prefirió unirlos a la Congregación Casinense de la Primitiva Observancia, de la que ya formaba parte la abadía de Montserrat. Verificóse la unión de ambos monasterios en 1893.

Con la adopción de las Constituciones Casinenses quedó sin realizarse una vez más y ya para siempre el tan anhelado sueño de los exclaustros vallisoletanos de resucitar su antigua Congregación. Los titubeos y disparidad de miras de los pasados años imposibilitaron, ahora que había oportunidad, los esfuerzos del Rmo. de Villarroel, quien hubiera podido obtener éxito lisonjero con la cooperación de algunos monjes más.

La abadía de Santo Domingo de Silos, en la provincia de Burgos, empezó también a ser habitada en 1880 por una colonia de monjes, ahora que, a diferencia de los que poblaron a Samos, procedían del otro lado de los Pirineos.

El Rmo. Dom Próspero Guéranger había iniciado la restauración de la Orden Benedictina en Francia con la del antiguo Priorato de San Pedro de Solesmes, erigido en abadía y constituido como cabeza de la Congregación Francesa. La ley de Asociaciones que el Gobierno de la República promulgó en 1880 motivó el injusto cierre de conventos y monasterios. Las comunidades religiosas así imposibilitadas de seguir viviendo en su propio país, buscaron asilo en el extranjero. Muchas de entre ellas orientaron sus miras hacia España, en donde ya podían vivir sin ser molestadas. De los monasterios de la Congregación de Solesmes sólo buscó un refugio en la península el célebre de San Martín de Ligugé, cerca de Poitiers.

Para preparar a su comunidad un refugio en situación tan crítica, el Rmo. Abad de Ligugé, Dom José Bourigaud, envió a España al monje de la abadía de Solesmes Dom Ildefonso Guépin, quien visitó algunos de los abandonados cenobios benedictinos que, como Cardeña, Santo Toribio de Liébana, San Salvador de Oña y Santo Domingo de Silos, ponían amablemente a su disposición los Obispos en cuyas diócesis estaban enclavados. Dom Guépin dudó en hacer la elección, pero, al fin, decidióse por el de Santo Domingo de Silos, que aparentemente reunía menores ventajas materiales que los demás.

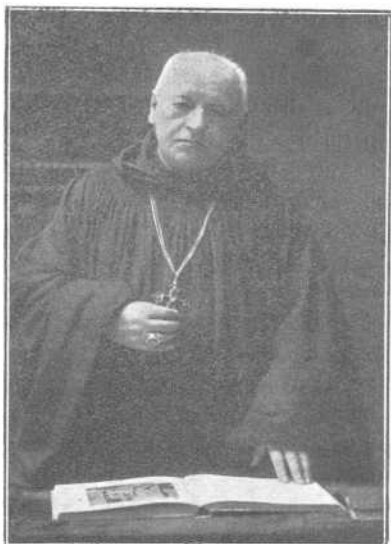
Obtenidas las autorizaciones necesarias del Prelado diocesano y del Gobierno de Su Majestad para la instalación en Silos de la comunidad francesa de Ligugé, llegaba la primera expedición de monjes con su abad Dom Bourigaud a la cabeza el 18 de diciembre de 1880. En la parte habitable del ruinoso monasterio empezó a vivir con gran angustia la comunidad, compuesta a la sazón de seis monjes sacerdotes y un hermano lego, número que fué posteriormente acrecentándose. Por una razón o por otra han vivido en Silos casi todos los monjes de la numerosa comunidad de Ligugé, y todos han contribuido a la obra de restauración material o espiritual del monasterio castellano.

En vista de que la comunidad de la abadía de Ligugé podía seguir viviendo en su patria, determinóse constituir en Silos una comunidad con vida propia y con ese fin se abrió en 1883 el noviciado. Para reclutar vocaciones habíase abierto ya en 1881 una escuela de externos que en 1884 se trocó en el Oblatorio, la obra más acertadamente emprendida por Dom Guépin, pues gracias a

ella le fué permitido elevar a gran esplendor la restauración de Silos. Pasan con mucho del centenar los monjes que han salido de esta Escuela Monástica.

Desde el momento en que Silos quedó separado de Ligugé, los monjes franceses que permanecieron en el monasterio, encaminaron todos sus esfuerzos a formar una comunidad enteramente española que, aunque afiliada temporalmente a la Congregación de Solesmes, pudiese ser considerada como un jalón más en la restauración de la Orden Benedictina en España y cabeza de otros monasterios. Dada la unidad de miras encauzadas por el celo incansable del Rmo. Dom Guépin, decorado desde 1894 con la dignidad abacial, los proyectos de restauración y de formación de una comunidad española pudieron llevarse adelante con una rapidez y seguridad verdaderamente pasmosas.

Dos años después de verificarse la restauración de las abadías de Samos y de Silos, comenzó a habitar en la antigua abadía riojana de Nuestra Señora de Valvanera una comunidad benedictina. La restauración propiamente dicha de este célebre Santuario había empezado en 1880 merced a la piedad de algunos fieles riojanos. Como complemento de su obra, la Junta que dirigía los trabajos de restauración resolvió encomendar la custodia del Santuario a una Corporación religiosa. Juzgando que la única que ostentaba más derechos era la Orden Benedictina, dirigiéronse a Montserrat, el único monasterio que entonces existía capacitado para aceptar su petición. El Rmo. D. Miguel Muntadas, abad del monasterio, y su comunidad



Rmo. D. Ildefonso Guépin,
restaurador y abad de Silos. († 30 abril 1917)

acogieron la súplica y en octubre de 1883 se hacían cargo del Santuario de los Montes Distercios. La comunidad que comenzó a poblar Valvanera componíase exclusivamente de monjes exclaustros de la antigua Congregación de San Benito de Valladolid, algunos de los cuales eran profesos del mismo monasterio de Valvanera, entre ellos el superior D. Francisco Sobrón.

La obra restauradora tuvo buenos comienzos y siguió después desenvolviéndose felizmente, hasta llegar al estado en que hoy se encuentra

5. Mientras en España volvían a gozar de vida nueva algunos de los abandonados monasterios, el Ilmo. D. Rosendo Salvado no permanecía inactivo. Los fracasos anteriores que había sufrido, no lograron desanimarle, pues comprendía que del reclutamiento de personal dependía todo el éxito presente y futuro de la misión neonursina. La libertad de que volvían a gozar en España las comunidades religiosas, invitó a trabajar de nuevo sus antiguos proyectos.

En 1879 se encuentra en la península su hermano el P. Santos explorando el terreno. Después de comprender que ya no era factible volver al Escorial por haberse vendido todas sus rentas, visita los monasterios de Cornellana, Celanova, y Sobrado, y sobre todo Oña, que pudo pasar fácilmente a sus manos. Este último que fué el que más cautivó su atención por responder cumplidamente la situación a sus planes, pasó en 1880 a poder de los jesuitas mediante la cantidad de 26.000 duros.

También pensó el P. Santos en el recientemente restaurado de Samos, pero la falta de terrenos laborables le hizo desistir de instalar allí el Colegio. En el de Silos se tropezaba con la dificultad de estar habitado por monjes extranjeros. En vista de esto, puso sus ojos en San Salvador de Lérez, en el que desde la exclaustro había vivido siempre algún monje, y a la sazón estaba a cargo del P. Juan Arribas, profeso de Obarenes. Para ayudarle envió algunos monjes el abad de Samos, pero como los edificios se encontraban en malísimo estado hubo pronto que desistir.

Descartadas ya todas las combinaciones posibles por entonces, no existía ningún otro monasterio que ofreciese tantas garantías como el de Montserrat, cuya restauración seguía por excelentes derroteros. Animado el Ilmo. Salvado a poner por obra su proyecto, se embarcó

en 1882 para Europa y, después de permanecer larga temporada en Roma, se vino hasta Barcelona en febrero de 1884. Sin pérdida de tiempo, subió a Montserrat para tratar acerca de la creación en aquel Santuario del Colegio de Misioneros de Ultramar. No se tomó por el momento ninguna resolución definitiva, pero el Ilmo. Salvado siguió trabajando con ahinco el asunto. De Montserrat pasó a la abadía de Silos donde vió que ninguna ayuda eficaz se le podía prestar por entonces; pero este viaje no resultó estéril. Al dirigirse desde Silos a Madrid hizo escala en Barbadillo del Mercado, de cuya parroquia estaba encargado a la sazón don Isidoro de Lope y Moral, que murió después siendo capellán de las Huelgas Reales de Burgos. Este sacerdote le prometió buscar jóvenes bien dispuestos para que fuesen los primeros alumnos de su proyectado colegio. Ya en Madrid, presentó el Ilmo. Salvado el 15 de mayo un memorial al rey don Alfonso XII, solicitando le fuese concedida licencia en las mismas condiciones que en 1888 para fundar un Colegio de Misioneros destinados a Filipinas, que antes debían pasar dos años en Nueva Nursia.

Gracias a la influencia de la reina doña Isabel, el 28 del mismo mes recibía el Ilmo. Salvado una contestación favorable. La misma reina animóle a instalar su colegio en el Santuario de Montserrat, consejo que pesó mucho en su ánimo, pues con fecha 11 de septiembre comunicaba al abad de aquel monasterio que su más ardiente deseo era el de establecer el Colegio en aquella santa montaña. Tres días más tarde participábale el Rmo. Muntadas su respuesta afirmativa. Ultimados todos los trámites, ya no quedaba otra cosa que dar comienzo a la obra. En seguida dió cuenta de su determinación el P. Salvado al párroco de Barbadillo. Llegaba éste a Montserrat el 6 de febrero de 1885 acompañado de los veintiún jóvenes que había reunido para inaugurar el Colegio. El 10 del mismo el Ilmo. Salvado imponía a todos el hábito de alumnos benedictinos, experimentando en medio de aquella conmovedora ceremonia el gozo de ver por fin cumplidos sus deseos por tanto tiempo acariciados.

Con la apertura del Colegio de Misioneros para Ultramar en la abadía de Montserrat, puede darse por terminada la época de restauración de la Orden Benedictina en España. Casi todos los monjes que intervinieron en esta obra restauradora, fueron desapareciendo uno tras otro, pero llevándose a la tumba el consuelo de ver que sus trabajos no habían sido totalmente inútiles.

6. Por lo que se ha dicho, habrá podido apreciarse lo lenta y dificultosa que resultó la obra restauradora de la Orden de San Benito en nuestra patria. Pero de ello tuvieron la culpa principal las circunstancias adversas que se oponían tenazmente a la realización de los proyectos restauradores. También fué obstáculo principalísimo la disparidad de miras que reinó entre los antiguos monjes de la Congregación de Valladolid, pues gastaban el tiempo en controversias entonces de ninguna utilidad, mientras dejaban marchar coyunturas, a veces sumamente favorables, para realizar sus intentos. Cuando, por ejemplo, respondiendo a los deseos del Rmo. D. Gaspar de Villarroel, quisieron algunos proceder con incansable celo, ya no fué tiempo, porque los colaboradores de que podían disponer eran pocos y de edad avanzada. Sin duda que muchas de esas diferencias habidas entre los monjes se hubieran zanjado con la presencia de alguno que ostentara el título de superior, pero también en este punto la fortuna les fué adversa, pues habían fallecido los que podían ser considerados como tales, quedando los monjes sin padre y pastor.

A falta de un solo hombre que diera impulso e informara la obra restauradora de la Orden Benedictina en España y que se hubiera hecho acreedor al título glorioso de restaurador, como por ejemplo Dom Guéranger en Francia y Dom Wolter en Alemania, lo comparten entre sí varios ilustres prelados, de cuyas gestiones para llevar a cabo, aunque por distintos caminos, la obra de restauración, hemos tratado en las páginas que preceden. Los Rmos. D. José Blanch y D. Miguel Muntadas con la restauración de Montserrat; el Ilmo. Salgado con la fundación del Colegio de Ultramar; el Rmo. D. Gaspar de Villarroel con la restauración de Samos y el Rmo. D. Ildefonso Guépin con la de Silos, son los que pueden llevar con idéntico derecho el título de restauradores de la Orden Benedictina en España.

7. Los monasterios así fundados o restaurados, fueron poco a poco poblándose de monjes, con lo que ya fué posible emprender algunas otras fundaciones o restauraciones.

La abadía de Montserrat que había sido la primera en volver a nueva vida, fué también la que inició ese movimiento de expansión. Como ya hemos apuntado, en 1883 envió algunos monjes para hacerse cargo de la restauración del Santuario de Nuestra Señora de Valvanera, en la Rioja. En 1890 enviaba otra nueva colonia de monjes al Santuario de Nuestra Señora del Pueyo, cerca de Bar-

bastro; en 1895 el Rmo. D. José Deás conducía personalmente a Filipinas a los primeros monjes salidos del Colegio de Ultramar, que se encargaron hasta 1909 de las misiones de la provincia de Surigao. Al traspasar éstas a los Misioneros del Corazón de Jesús, la vida de los benedictinos concentróse en la capital del Archipiélago, donde hoy forman la abadía floreciente de Nuestra Señora de Montserrat, de Manila, y regentan el grandioso Colegio de San Beda. En 1901 salía de Montserrat otra nueva colonia de monjes para hacerse cargo del Santuario de Nuestra Señora del Miracle, en la provincia de Lérida.

La abadía de Samos comenzaba la serie de sus fundaciones con la restauración del antiguo monasterio cisterciense de San Clodio, en la provincia de Orense, en 1891, a la que han seguido las fundaciones del monasterio de Nuestra Señora de los Cabos (Oviedo) en 1900, abandonado en 1924; los dos monasterios de Las Nieves y Viña del Mar, en la República de Chile, en los años 1915 y 1919 respectivamente, y la restauración del monasterio de San Vicente del Pino, en la ciudad de Monforte, provincia de Lugo. La restauración del monasterio de San Salvador de Lorenzana, en la provincia de Lugo, iniciada en 1914, corrió a cargo de toda la Provincia Española de la Congregación Sublacense, si bien el monasterio de Samos ha contribuido eficazmente a la empresa con ayuda de personal.

La abadía de Santo Domingo de Silos, que desde fines del siglo XIX estaba poblada por una comunidad casi totalmente española, acometió a principios del siguiente su obra de expansión con la fundación de San Juan de Dios en la capital de Méjico, en 1901, a la que han seguido la de Nuestra Señora de Guadalupe, en la ciudad de Saltillo, y la de San Rafael, en la capital Federal, ambas en 1910. La casa de Saltillo quedó cerrada a raíz de la revolución de 1914, precisamente en el mismo año en que se sentaban las bases de las fundaciones de Buenos Aires y de Madrid. Finalmente, en 1923, los monjes de Silos se hacían cargo del Santuario de Nuestra Señora de Estibaliz cerca de Vitoria. El monasterio de Nuestra Señora de Cogullada, habitado por benedictinos desde 1896 y en cuya fundación tomó parte la abadía de Silos, quedó poco después bajo la dependencia exclusiva de la abadía de San Martín de Ligugé.

Las nuevas leyes antirreligiosas promulgadas a principios del siglo actual por el Gobierno francés obligaron a buscar un refugio

en España a la comunidad de la abadía de Nuestra Señora de Belloc, en los Bajos Pirineos, que se instaló en el que fué convento de carmelitas llamado Santa Teresa de Lazcano. La abadía de Belloc había emprendido, además, en 1899, la fundación del monasterio de Niño Dios, en la provincia de Entre Ríos, en la República Argentina. Esta fundación, por su carácter de franca compenetración con el espíritu argentino, la hace figurar al lado de los monasterios españoles y particularmente de las fundaciones de Silos y de Samos para implantar la Orden Benedictina en la América Española. La fundación de Niño Dios puede gloriarse de ser la primera abadía benedictina en aquellas regiones.



III

**ESTADO ACTUAL DE LOS
BENEDICTINOS ESPAÑOLES**

SUMARIO

1. Número de monasterios y de monjes de los benedictinos españoles en el siglo XX: Congregaciones a que pertenecen.—2. La Provincia Española de la Congregación Sublacense. Monasterios de la Provincia Francesa de la misma Congregación.—3. Monasterios afiliados a la Congregación de Solesmes: organización.—4. Género de vida de los benedictinos españoles; celebración solemne del Oficio divino; ministerios parroquiales; Colegios que dirigen; actividades literarias; publicaciones periódicas.

BIBLIOGRAFÍA

Regula S. Benedicti Abbatis... cum Declarationibus et Constitutionibus Patrum Congregationis Casinensis a Primeva Observantia... (Roma, 1901).—*Revista Montserratina (passim)*.—*SS. Patriarchae Benedicti Familiæ Confederatæ*, (1915, 1920, 1926).—*Constitutiones S. Petri de Solesmis, Ord. S. Benedicti*.—*Bibliographie des Bénédictins de la Congr. de France*.—Dom A. Guépin, *La Vida monástica en la Real Abadía de Santo Domingo de Silos*.—*Boletín de Silos*.—*Annales Ordinis sancti Benedicti*.



1. El número de monasterios con que actualmente cuenta la Orden Benedictina en España o están habitados por monjes españoles se eleva a 21, con una población monástica que pasa ya del quinto centenar. Dentro o fuera de España ninguno forma parte de una Congregación Benedictina nacional, sino que todos se hallan afiliados a dos Congregaciones extranjeras: la Congregación Casinense de la Primitiva Observancia, llamada también Sublacense, y la Congregación Francesa de San Pedro de Solesmes. Para quien haya seguido las etapas de la restauración benedictina en nuestra patria después de la funesta exclaustación de 1835, no le será difícil hacerse cargo del por qué de este estado de cosas.

2. La Congregación Sublacense fué primitivamente una provincia monástica que formaba parte de la Congregación de Monte Casino y estaba compuesta de los monasterios situados en la provincia italiana de la Liguria. La preponderancia que muy pronto adquirió la Provincia Sublacense movió a Pío IX a erigirla en una Congregación independiente, con fecha 9 de marzo de 1872. En el año 1880 celebró en Roma el primer Capítulo General, en el cual elaboraron los capitulares las nuevas constituciones. La Congregación, que cuenta hoy con monasterios en casi todas las partes del mundo, está dividida en cinco provincias llamadas: italiana, belga, alemana, francesa y española. Tiene el supremo gobierno de toda la Congregación un Abad General, que reside en el Proto-cenobio de Subiaco, asistido por un Consejo de Consultores que representan a todas las cinco provincias. Un Abad Procurador General reside en Roma para tratar los asuntos con la Curia Vaticana. En cada provincia existe un Abad Visitador. Todos estos cargos duran ocho años, excepto el de los Consultores, que vale sólo para un cuatrienio. Los Abades perpetuos son elegidos por el Capítulo de cada abadía; los Piores, que permanecen en su cargo seis años, son elegidos por los Capítulos Provinciales.

Los monasterios que a nosotros nos interesan son los que forman la Provincia Española y dos que pertenecen a la Provincia Francesa.

La Provincia Española quedó constituida en 1893 con los monasterios de Montserrat, Samos, Valvanera y El Pueyo, a los que se fueron sumando los demás que se han indicado en el capítulo anterior. En la actualidad, la Provincia Española descuella entre casi todas las demás que integran la Congregación Sublacense tanto por el número de sus monasterios como por el de sus monjes y los trabajos variadísimos que éstos realizan en pro de la Iglesia y de la sociedad.

El número de sus monasterios elevase a 13 por este orden: 5 abadías: Nuestra Señora de Montserrat con 153 monjes, la Santísima Trinidad de Nueva Nursia y su Misión filial de Drysdale River en Australia con 47, San Julián de Samos con 59, Nuestra Señora de Valvanera con 21, Nuestra Señora de Montserrat de Manila con 26; 4 Prioratos independientes: Nuestra Señora de Pueyo con 29 monjes, San Clodio con 20, Nuestra Señora de Miracle con 15, San Salvador de Lorenzana con 10, San Vicente del Pino de Monforte dependiente de la abadía de Samos con 6, y los dos monasterios de Las Nieves y Viña del Mar, en la República de Chile, también dependientes de Samos, con 13

Los monasterios que forman parte de la provincia Francesa de la Congregación Sublacense son dos: La Abadía de Niño Dios en la República Argentina con sus dos dependencias en la ciudad de Victoria y en Azul poblados por 54 monjes y el monasterio de Santa Teresa de Lazcano por 14.

3. Todos los demás monasterios no comprendidos en la precedente enumeración, a saber: la abadía de Silos, y sus prioratos dependientes de San Benito de Buenos Aires, Nuestra Señora de Montserrat de Madrid, Nuestra Señora de Estibaliz y los monasterios de San Juan de Dios y de San Rafael en Méjico. con una población total de 90 monjes, y el monasterio de Nuestra Señora de Cogullada dependiente de la abadía de Ligugé con 16, forman parte de la Congregación de San Pedro de Solesmes.

Dicha Congregación, llamada también Francesa, fué fundada por el Rmo. Dom Próspero Guéranger, quien se estableció en el viejo priorato de San Pedro de Solesmes, logrando congregar en torno suyo algunos de sus discípulos con lo que le fué permitido sentar las bases

de la restauración de la Orden Benedictina en Francia, extinguida a raíz de las revoluciones. Un breve del Papa Gregorio XVI erigía el día 1.º de septiembre de 1837 la nueva Congregación Benedictina de Francia, afiliándola a la Casinense y declarándola heredera de las antiguas Congregaciones de San Pedro de Cluny, San Vitón y San Hidulfo y de la esclarecida de San Mauro. El Abad de Solesmes es el Superior General de toda la Congregación y a él compete el derecho de girar la visita canónica a cada uno de los monasterios. El Capítulo General se celebra cada tres años y en su celebración intervienen todos los Abades y Priors conventuales. Además de los asuntos propios de semejantes reuniones, renuévase la elección de los dos Abades Asistentes del Superior General.

Los abades son todos mitrados y perpetuos y los elige el capítulo de cada abadía. Los priores conventuales gozan de las mismas prerrogativas que los abades, a excepción del uso de las insignias pontificales. Los Priors simples y demás Superiores menores son nombrados por el abad del monasterio de que dependen y están sometidos en todo a sus órdenes.

Al leer la relación que acabamos de hacer de los monasterios españoles con que cuenta la Orden Benedictina, a más de uno le habrá parecido que su número no sufre comparación con los numerosos que antiguamente poseía. Es verdad que si se quiere establecer esta comparación numérica, la desproporción es considerable. Ya hemos señalado las causas que se opusieron a la pronta realización de los esfuerzos de los restauradores, pero desde que esas causas ya no existen en tan grande escala, los benedictinos españoles ven multiplicarse poco a poco el número de sus casas y el de sus hermanos. Y aunque así no fuera, sería ese el caso de decir que al número suple con creces la calidad de los monasterios y la intensidad de la vida que en ellos se vive. Los monjes españoles se hacen de nuevo acreedores ante la Iglesia y ante la sociedad por las variadas obras que vienen realizando desde el momento en que quedó asegurada su restauración en España.

4. ¿Cuál es el género de vida que llevan en nuestros días los benedictinos españoles? Ante todo es menester advertir que la diversidad de obediencias a que están sometidos no implica en modo alguno una diferencia radical en el espíritu de la vida benedictina. El estar sometidos a dos distintas Congregaciones quiere solamente decir que tienen distintos centros en que reside el gobierno superior que

sirve de lazo de unión entre los diversos monasterios y vela por la guarda de ciertas prácticas y observancias particulares. Salvo esas pequeñas diferencias, que en la Orden Benedictina también son perceptibles aun entre cada monasterio, los benedictinos españoles permanecen fieles a sus tradiciones seculares y se esfuerzan en mantener en todo su vigor y pujanza las hermosas normas de oración y de trabajo que les legaron sus mayores.

Hoy, como hace catorce siglos, la nota característica de un monasterio benedictino es la celebración solemne del Oficio Divino, la «obra de Dios» que dice N. P. San Benito. En sus iglesias, si ya no siempre magníficas, si revestidas de todos los encantos del buen gusto, las ceremonias litúrgicas alcanzan su grado máximo de esplendor y de piedad penetrante. Siete veces al día se presentan ante el divino acatamiento los monjes benedictinos para alabar al Señor, darle gracias por todos los beneficios recibidos y pedir el perdón de los pecados, y esto siempre de una manera oficial en nombre de toda la Iglesia y de cada uno de sus miembros.

No es, pues, extraño que sean incontables los sacerdotes y simples fieles que se presentan a las puertas de sus monasterios para gustar de estas bellezas espirituales y también para recibir las enseñanzas de los ejemplos vivos que se ofrecen ante sus ojos. Este género de apostolado calladamente hecho, es de los más fructíferos, según el testimonio que se desprende de la misma experiencia. Añádase a esto que muchos de los monasterios españoles son celeberrimos santuarios marianos en los que se tributa a la Santísima Virgen un culto especial al mismo tiempo que los fieles recogen las enseñanzas y direcciones espirituales que los benedictinos les ofrecen. Montserrat, privilegiado Santuario centro de Cataluña y al que acuden peregrinos procedentes de todo el mundo; Valvanera, en la Rioja; El Pueyo y Cogullada en tierras de Aragón; El Miracle, en la diócesis de Solsona; Estibaliz, trono de la patrona de Alava, son hogares en los que se caldea la piedad cristiana. En los demás monasterios, principalmente en Silos, Samos y San Clodio, los católicos españoles miran los custodios venerandos del fervor y entusiasmo religioso de sus antepasados.

Como todos los demás hermanos suyos de otras naciones, los benedictinos españoles no se contentan únicamente con edificarse a sí mismos y a aquellos que viven a su alrededor, quieren que todos los



fieles sepan también aprovecharse de los inmensos tesoros que pone a su disposición la Iglesia en las fórmulas de la Liturgia Sagrada. Alentados por la voz de los Sumos Pontífices, los monjes benedictinos han sido siempre los más decididos promotores de la piedad litúrgica. Los monjes españoles no se han quedado atrás en estas campañas tan beneméritas; buena prueba de ello la tenemos en las obras e innumerables artículos que han publicado sobre el particular y que pueden verse después en la historia de cada monasterio. Cuando en nuestro tiempo empezó a tomarse con calor el resurgimiento litúrgico iniciado por el Papa Pío X, los monjes de las abadías de Montserrat, Silos, Samos, El Pueyo, etcétera, recorrieron casi todas las catedrales españolas y muchísimas comunidades religiosas y colegios de ambos sexos pronunciando conferencias y dando lecciones particulares sobre Liturgia y Canto Gregoriano.

Una vez que ha cumplido con su obligación principal de cada día, la celebración solemne de la «obra de Dios», el benedictino español trabaja y estudia para ser útil a sí mismo y a los demás. Bien conocidas son de todos las grandes obras realizadas en las pasadas centurias por los hijos de San Benito dentro y fuera de nuestra patria. Desde que el Patriarca de Casino escribió su Santa Regla y hasta la aparición de nuevas órdenes religiosas, los monjes benedictinos tomaron sobre sí la responsabilidad de proveer a todas las exigencias de la civilización cristiana. Esta misión no ha terminado todavía aunque otra cosa pudiera parecer.

La mayor parte de los monasterios españoles dirigen alguna parroquia, más o menos numerosa, pero que siempre es un campo en el que se desarrolla ampliamente su actividad. El número de las parroquias que dirigen los benedictinos españoles se eleva a 14 con una población total de 45.000 almas, distribuidas en la siguiente forma.

La abadía «Nullius» de Nueva Nursia en Australia es cabeza de una importante diócesis que abarca unos 50.000 kilómetros cuadrados de extensión, dividida en seis parroquias, 27 estaciones misionales y 16 iglesias y oratorios públicos con una población de 4.500 almas. Esta abadía no ha perdido aún el carácter de centro misional y ejerce gran influencia entre los aborígenes australianos. Además, desde 1908 los monjes neonursinos están al frente de la misión de Drysdale River en el Noroeste de Australia que ya cuenta con algunos católicos y unos 200 catecúmenos. La abadía de Samos tiene una

parroquia y una iglesia filial con 500 almas. El monasterio de San Clodio una parroquia y dos oratorios públicos con 800. El monasterio de Lorenzana una parroquia y tres oratorios públicos con 2.800. El monasterio de Monforte una parroquia y una iglesia filial con 10.000, el monasterio de Viña del Mar, en Chile, una parroquia con unas 5.000 almas. El monasterio de Niño Dios, en la República Argentina, una parroquia, cinco iglesias filiales y cinco oratorios públicos con 25.000 almas. La abadía de Silos una parroquia con 400 almas, el monasterio de Estíbaliz otra con 50, y el Priorato de Buenos Aires otra con 60.000. Las asociaciones piadosas, cofradías, etcétera, etc., que en ellas radican son numerosísimas y muy florecientes

Las abadías y monasterios de los benedictinos españoles no son solamente una cátedra de piedad cristiana, sino también una tribuna autorizada desde donde se predica el amor al trabajo y se abren ante los ojos de la juventud estudiosa los caminos de la ciencia. En casi todos los monasterios existe algún colegio en el que los monjes ejercen el benemérito apostolado de la enseñanza. La finalidad de esos colegios es muy distinta, pues mientras en unos sólo se educan los futuros monjes y en otros se inician los futuros ministros del clero secular, en no pocos reciben esmerada educación y formación intelectual multitud de alumnos que más tarde serán honrados padres de familia, directores de industrias, empleados, escritores... Los primeros reciben la denominación de Oblatorios, Escuelas monásticas o Colegios de alumnos benedictinos; los segundos preceptorías o seminarios y los terceros son llamados simplemente Colegios.

La abadía de Silos tiene un Oblatorio con 20 alumnos. La abadía de Montserrat un colegio la famosa Escolanía—con 35. La abadía de Nueva Nursia 4 colegios y un instituto con 350. La abadía de Samos una preceptoría con 50. La abadía de Montserrat de Manila un colegio—el grandioso Colegio de San Beda—con 500. El monasterio del Pueyo un colegio de alumnos benedictinos con 32. El de San Clodio una preceptoría con 58. El del Miracle un colegio-escuela monástica con 20 internos y una escuela gratuita de primeras letras. El de Lorenzana un Oblatorio con 10. El de las Nieves en Chile un colegio con 100 alumnos.

Además de estos centros docentes, en que los benedictinos españoles trabajan de una manera oficial, hay otros muchos en que expli-

can determinadas materias, principalmente Liturgia, Historia Eclesiástica, Canto Gregoriano y Sagrada Escritura...

Otra de las ocupaciones que el monje benedictino se entrega con placer es el trabajo intelectual. El trabajo intelectual, junto con el manual, ha compartido, desde casi los comienzos de la Orden, la atención de los benedictinos. Ellos ennoblecieron en las pasadas centurias el trabajo manual haciéndole amar de los bárbaros, y ellos también pusieron en honor el trabajo del espíritu. Las abadías benedictinas han sido siempre centros de laboriosidad intelectual y este carácter no queda desmentido tampoco en nuestros días. Y claro está que los monjes españoles quieren dedicar también una especial atención a este aspecto tradicional en su Orden.

Si echamos una ojeada a la labor llevada a cabo en este sentido no podemos menos de reconocer que es mucho lo ya realizado, sobre todo desde hace algunos años. En los primeros tiempos de la restauración de la Orden en España, sobrada tarea tenían sobre sí las comunidades que empezaban a formarse con la solución que debían dar al problema del reclutamiento y formación del personal y a la consolidación de la obra restauradora. A medida que se iban llenando esas exigencias, ampliáronse también los horizontes que se abrían a su actividad literaria. Si sus antepasados en la vida monástica transcribían con delicado esmero las obras maestras de la antigüedad, o componían nuevas obras de alto valor literario y doctrinal, los benedictinos de nuestros días no han dejado dormir su pluma, a cuyas producciones tan amplia difusión ofrece el arte moderno de imprimir. Montserrat, donde es ya tradicional, Manila, Niño Dios tienen en sus claustros imprentas bien montadas.

Las materias a que con preferencia consagran sus fatigas y sus ocios los benedictinos modernos son las mismas que atraían la atención de los que les precedieron, tan en armonía con las tradiciones y el espíritu de su Orden. A ellas dedican también sus trabajos los monjes españoles y con notable fruto según lo atestiguan las obras que ya han visto la luz pública. El estudio de todas las ciencias eclesásticas: Teología, Liturgia, Hagiografía, etcétera, etc., a las que hay que añadir buen número de las que abarcan otras ramas del saber humano, merecen la atención siempre constante de los monjes españoles. La larga lista de autores que pueden mostrar la mayor parte de los monasterios habla bien alto de esa benemérita labor.

Sobre temas litúrgicos y canto gregoriano han escrito, entre otros, D. Gregorio Sunyol y D. Alfonso Gubianas, monjes de Montserrat; D. Casiano Rojo, D. Agustín Rojo, D. Santiago Alameda y D. Germán Prado, monjes de Silos. Como exégeta, descuella D. Buenaventura Ubach, director en jefe de la magnífica traducción al catalán de la Sagrada Biblia, acometida por los monjes montserratinos. De ella han visto ya la luz pública los primeros volúmenes. En el terreno de la historia sobresalen con honor los monjes silenses, que han escrito innumerables trabajos sobre estos temas. Figura en primer término la colección titulada *Fuentes para la historia de Castilla*, que abarca ya cinco tomos. Los monjes de Montserrat se consagran también a la historia, particularmente a la de su monasterio y a la de Cataluña. Tienen en curso de publicación las colecciones llamadas *Analecta Montserratensia* y *Catalonia Monástica*. Alma de estas publicaciones es el infatigable D. Anselmo Albareda.

Fácilmente se comprenderá que aquí no hacemos más que estampar los nombres de los que hasta ahora más se han significado, a cuyo lado figuran otros muchos monjes y otros muchos trabajos a cual más notables y dignos de atención. En la monografía de cada monasterio podrá encontrarse la lista completa de esta bella corona de monjes laboriosos y eruditos.

Además de esas obras debidas casi siempre al esfuerzo particular, merecen señalarse las que por su carácter ocupan o han ocupado hasta hace muy poco un digno puesto en la prensa llamada periódica. La abadía silense emprendió en 1898 la publicación del *Boletín de Santo Domingo de Silos*, la primera revista mensual que haya aparecido en España dirigida por benedictinos. En 1923 suspendióse temporalmente su publicación, después de haber conquistado incontables simpatías para la Orden Benedictina y la causa de la Liturgia, Canto gregoriano y devoción a las Ánimas del Purgatorio. Desde 1907 hasta 1927, los monjes de Silos dirigieron la *Revista Eclesiástica*, importantísima publicación dedicada al Clero de habla española.

Por su parte, los monjes de Montserrat iniciaban en 1900 la publicación de la *Revista Montserratina*, con idéntico programa al del *Boletín de Silos*. Dejó de publicarse en 1917. Desde 1914 hasta 1927 también dirigieron la revista mensual *Vida Cristiana*, divulgadora del movimiento litúrgico en Cataluña.

Los monjes del monasterio de Manila hicieron su aparición en la

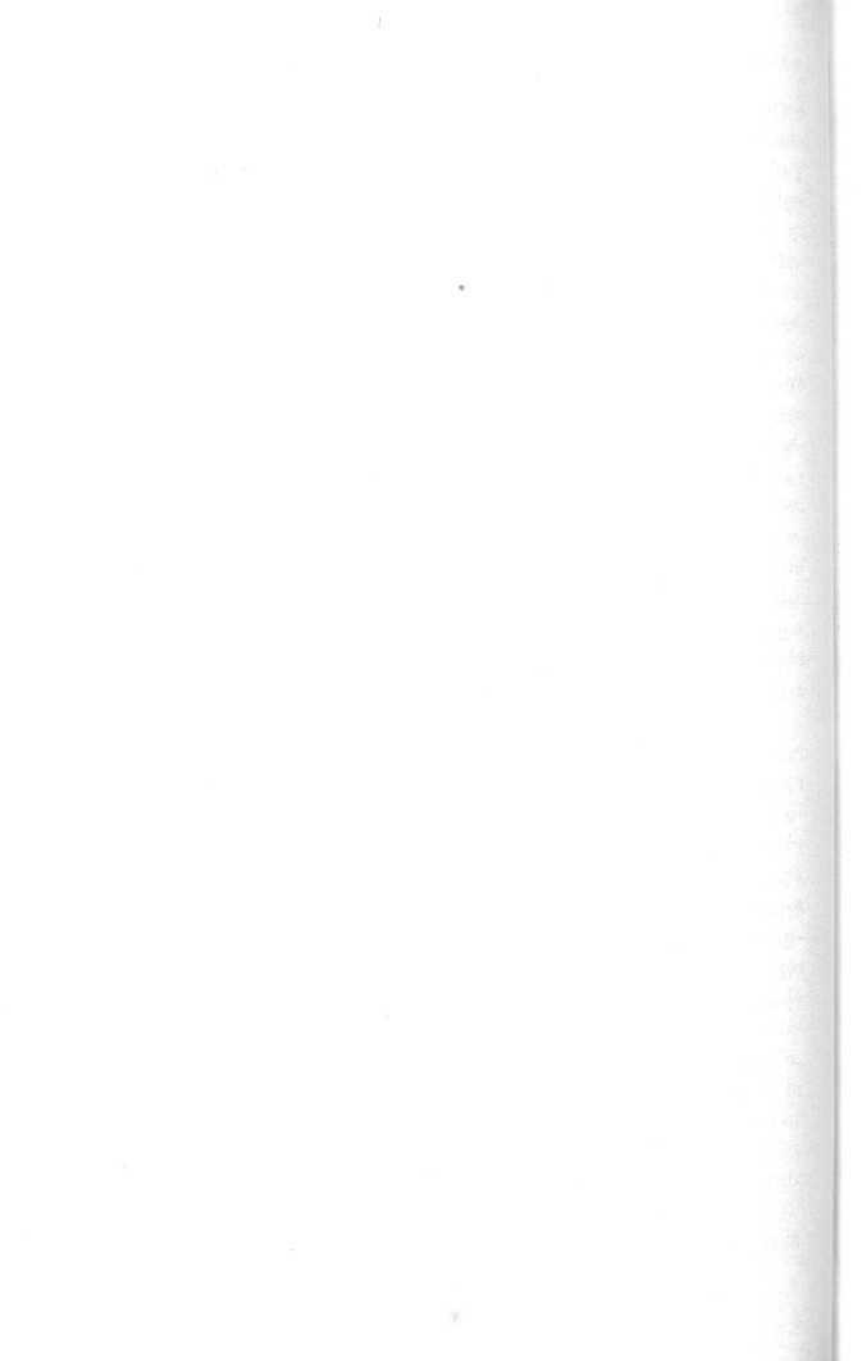
vida de prensa periódica del Archipiélago Filipino con la publicación en 1916 de *Ecos de la Congregación del Niño Jesús de Praga y del Colegio de San Beda*. Sigue aun publicándose llena de vida y es considerada como una de las mejores de Filipinas.

Los monjes del Pueyo dirigen y redactan desde 1926 el *Boletín de Información Benedictina*. Es hoy la única revista en lengua española que consagra sus páginas a noticias de interés general para la gran familia de San Benito. Ha venido a continuar el apostolado benedictino iniciado por el *Boletín de Silos* y la *Revista Montserratina*. Hasta iniciarse la revolución en Méjico los monjes de San Juan de Dios publicaron la revista mensual titulada *La Santa Cruz*. Los monjes de Valvanera publican desde 1928 la simpática revista mensual *Ecos de Valvanera*, órgano del Santuario y de la Cofradía. El Santuario de Estibaliz tiene también su órgano propio de publicidad en la hojita mensual *Floreillas de Estibaliz*.

En la América Española los benedictinos publican dos revistas mensuales. Los monjes de Niño Dios la titulada *El Mensajero de las Ánimas*, comenzada en 1921, y los monjes de San Benito de Buenos Aires, *PAX*, Revista litúrgico-benedictina, bellamente ilustrada. Apareció desde 1921 hasta 1927 como una sencilla hoja mensual.

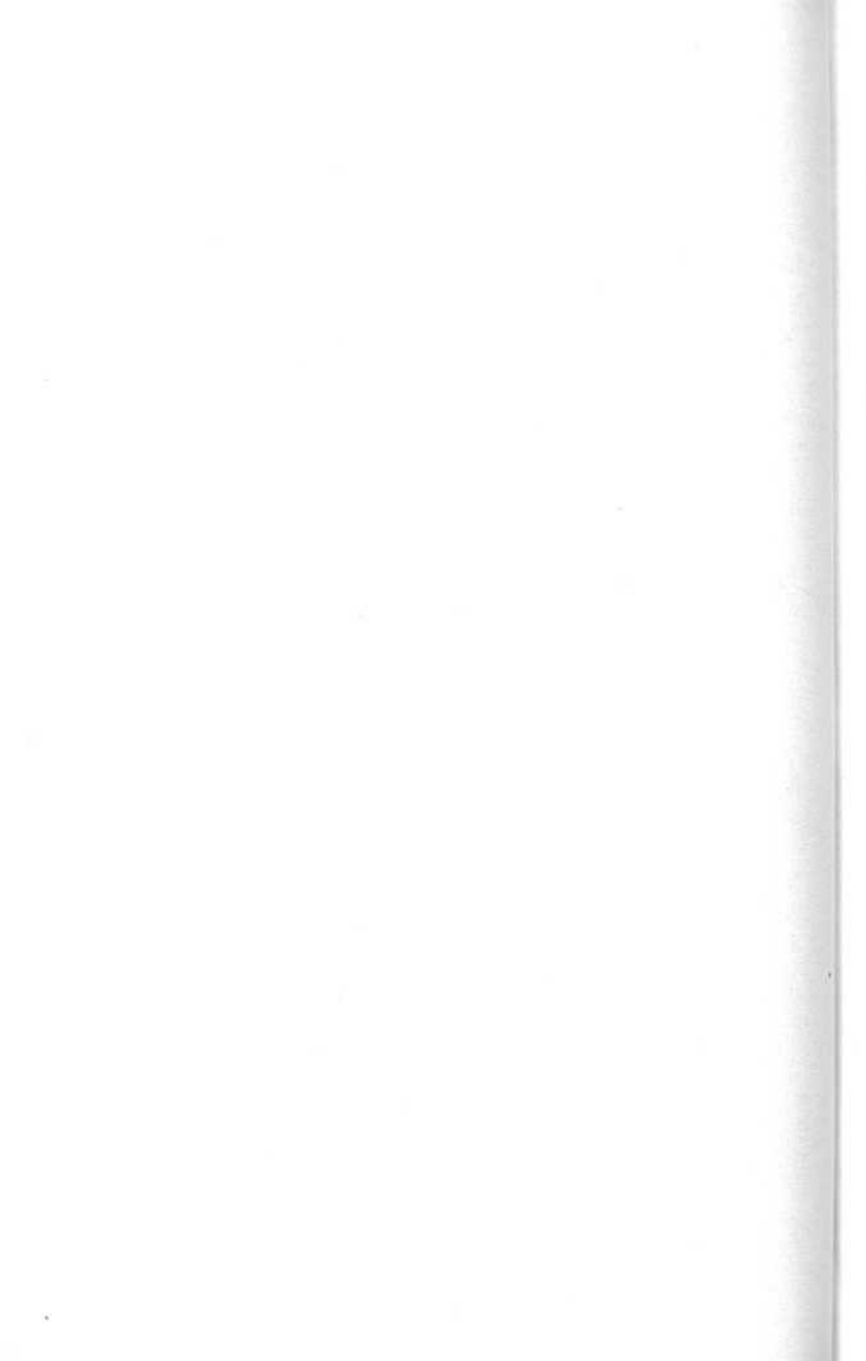
En todas estas publicaciones que con acierto dirigen los benedictinos españoles, encuentran privilegiado lugar todas aquellas materias que dicen relación con los estudios predilectos y tradicionales en su Orden.

Añádase a este breve recuento de la labor literaria de los monjes españoles, el gran número de artículos insertos en muchas revistas nacionales y extranjeras y el cuadro resultará completo, y hará ver la actividad que en nuestros días desarrollan y que en nada desmerece de la de sus hermanos de otros países, en los que la Orden ha logrado encontrar más arraigo y expansión.



SEGUNDA PARTE

**MONOGRAFÍAS HISTÓRICAS
DE ABADÍAS Y MONASTERIOS**



Monasterios afiliados a la
Congregación de Solesmes



I

LA ABADÍA DE SANTO DOMINGO DE SILOS

SUMARIO:

1. Situación geográfica. Orígenes. El conde Fernán- González. Decadencia.—
2. El restaurador Santo Domingo de Silos; su obra.—3. El abad D. Fortunio. Pe-
grinaciones al sepulcro del santo Restaurador. Acrecentamiento de la villa; mercede-
s regias; esplendor de la abadía. El señorío de Silos. Santo Domingo de Guzmán.
4. Silos en el siglo XIII; síntomas de decadencia; pleitos.—5. El Beato Rodrigo.
Alfonso X. Milagros de Santo Domingo. Litigio con los franciscanos. Preponderan-
cia material.—6. Sigue la decadencia. La reforma benedictina de 1336 —7. Herman-
dad de Santo Domingo. Venta del señorío. Abades comendatarios. El Obispo-abad
D. Luis Méndez. Unión a la Congregación de Valladolid —8. Silos durante el pe-
ríodo Vallisoletano. Principales sucesos, abades y monjes hasta el siglo XIX —9. Si-
los en la guerra de la independencia; el P. Moreno. Exclaustración de 1810; la guerra
carlista; exclaustración de 1835; abandono; el obispo Echevarría.—10. Restauración
en 1880. Don Ildefonso Guépin. Inauguración del Obatorio y Noviciado. Funda-
ciones en Méjico, Madrid y Buenos Aires. Trabajos de los monjes. El *Boletín de Silos*
y otras producciones literarias. Colaboradores de D. Guépin.—11. El P. L. Serrano;
desarrollo de las fundaciones; la fundación de Estíbaliz; estado actual de la comuni-
dad. Múltiples actividades de los monjes. La producción literaria —12. Descripción
de la iglesia abacial; el coro; la capilla de Santo Domingo de Silos; la Sacristía; el
relicario. El claustro románico; la Cámara Santa; el Archivo; alhajas; la Biblioteca;
el Museo y otras dependencias.

BIBLIOGRAFÍA:

Gaspar Ruíz, O. S. B., *Historia Milagrosa de Santo Domingo de Silos* (Ms. del s.
XVII en el Archivo de Silos).—Juan de Castro. *El Glorioso Taumaturgo español . . .
Santo Domingo de Silos. . . noticia del Real Monasterio y sus prioratos* (Madrid, 1688 .
Baltasar Díaz, *Memorias Silenses* (ms. del s. XVIII en el Archivo de la Abadía; conti-
nuadas por el Ilmo. Don Domingo de Silos Moreno).—Sebastián Vergara. *Vida y mi-
lagros de . . . Santo Domingo de Silos* (Madrid, 1736).—Dom M. Férotin. *Histoire de
l'Abbaye de Silos* (París, 1897) y *Recueil des chartes de l'Abbaye de Silos* (id. ibid) —
Dom M. Besse. *Histoire d'un dépôt littéraire* (1897).—Don Juan Pedro Rodrigo. *Recuer-
do del monasterio de Santo Domingo de Silos* (Madrid, 1916).—Don Ramiro de Pinedo.
Ensayo sobre el simbolismo religioso en el arte de la Edad Media (Burgos, 1924).—Don
Rafael Alcocer. *Vida de Santo Domingo de Silos* (Valladolid, 1925 .—Rmo. Don Lucia-
no Serrano. *El Real Monasterio de Santo Domingo de Silos* (Burgos, 1926) — *Boletín de
Santo Domingo de Silos* (Contiene la crónica al día de la obra de la restauración,
además de numerosos y serios trabajos sobre la historia y el arte de la abadía de
Silos).



1. Numerosas y muy importantes eran las abadías con que en otros tiempos contaba la Orden Benedictina en tierras burgalesas. Baste recordar las de Nuestra Señora del Espino, San Juan de Burgos, San Pedro de Cardeña, San Pedro de Arlanza, Santo Domingo de Silos, todas ellas ilustradas por un pasado glorioso. Pero, desgraciadamente, de todas fueron arrojados sus legítimos poseedores. Actualmente unas están habitadas por religiosos de otras órdenes, algunas están destinadas a fines profanos y algunas otras conviértense poco a poco en montón de ruinas. Sólo la abadía de Santo Domingo de Silos ha tenido la fortuna de incorporarse nuevamente, desde 1880, a la Orden de sus antiguos moradores, los hijos de San Benito.

La abadía de Silos tiene su asiento en el apartado valle de Tabladillo, al Sureste de la provincia, a una distancia de la capital de 57 kilómetros. Por casi todos los costados rodean a este valle bravías montañas, en parte completamente peladas y en parte cubiertas de enebros y encinas, tomillos y espliegos, de cuyo néctar elaboran las abejas exquisita miel. El clima participa de todo el rigor y saludable pureza de los aires de Castilla. La estación estival es sumamente agradable.

¿Cuándo hay que colocar los orígenes del monasterio silense? La opinión corriente asegura que, antes de la dominación árabe ya existía en el valle de Tabladillo una casa religiosa. De este sentir era en el siglo xv Alfonso de Cartagena, opinión que parece aceptable desde que se descubrió en unas excavaciones la presencia de un capitel visigótico, creído procedente de la antigua iglesia. Nada, sin embargo, puede darse por hecho histórico irrecusable y nada tampoco se sabe de la suerte que corrió el monasterio durante la dominación árabe.

Rescatadas estas tierras castellanas del poder de los moros, el monasterio de Silos entra en una nueva fase de su historia. Fijó en

él su atención el Conde Fernán-González, y en 933 interviene a su favor, dotándole de terrenos y propiedades, y, sobre todo, dándole completa autonomía para administrar sus nuevos dominios y para nombrar sus abades. Esta generosa actitud del Conde castellano levantó la decaída vida del cenobio silense, puesto entonces bajo la advocación del mártir San Sebastián. Por un breve espacio de tiempo el monasterio de Silos es el centro de una comunidad de monjes sabios y santos. Entonces brilla la santidad del Beato Gonzalo, y el monje Juan, siendo abad D. Gaudencio, copia delicadamente el Comentario de Esmargrado a la Regla de San Benito, precioso códice que aun se custodia en el archivo del monasterio. Los abades — conocemos los nombres de Placencio, Gaudencio, Belasio — estampan sus firmas en los documentos de los Condes de Castilla y gozan de autoridad en todo el país. También dilatan sus límites las posesiones del monasterio, radicadas muchas de ellas en territorios de Clunia y Salas de los Infantes.

Data también de estos tiempos la fundación del monasterio dedicado a San Miguel, contíguo al de San Sebastián de Silos, y que si no superaba en esplendor a éste, estaba suficientemente dotado para sostener una buena comunidad de religiosos, provistos de abundante y escogida librería. Unos años nada más y el nombre de este monasterio se incorporará por completo al de San Sebastián.

A fines del siglo décimo, el capitán moro Almanzor se adueña de parte del Condado de Garci Fernández, y la región castellana sufre una pasajera crisis en su renaciente prosperidad. Este desastre repercutió con todas sus graves consecuencias en el monasterio de San Sebastián de Silos. Perdieron los monjes gran parte de sus bienes y a la vez decayó entre ellos la observancia regular. El monasterio de Silos parecía llamado a desaparecer. No obstante, un venerable varón, el monje Liciniano, imploraba del cielo el remedio para tan grandes males.

2. Mientras el monasterio de Silos caminaba hacia el fin de su total ruina, y el monje Liciniano imploraba el auxilio de lo alto, Dios preparaba por caminos no soñados el hombre providencial que el monasterio de Silos necesitaba.

Domingo era el nombre de este providencial sujeto. Nacido en el seno de una familia hidalga de la villa de Cañas, en la Rioja, guardó en su juventud el rebaño de sus padres, víctimas de la adversa for-

tuna. Puesto después al servicio del párroco de su pueblo natal, dedicóse a aprender letras, despertándose pronto en su alma la vocación al sacerdocio. Ordenado de sacerdote desplegó celo apostólico entre sus compaisanos; pero deseoso de mayor perfección huyó a la soledad de Cameros, en donde se dedicó a la práctica de dura penitencia.

Aun le llamaba Dios a mayor perfección, y por eso se presentó al abad del vecino cenobio de San Millán de la Cogolla. Allí recibió el hábito benedictino hacia 1030, y allí fué modelo para todos los monjes. Distinguíase por sus grandes virtudes y por su acendrado amor al estudio. Los jóvenes educandos de la abadía, puestos bajo su dirección, recibían de su boca sabias y santas instrucciones. No le faltaron envidiosos enemigos que quisieron comprometer su buen nombre en el delicado cargo que desempeñaba y, para probarle, envióle su abad a su mismo pueblo con encargo de ocuparse de la iglesia y monasterio de Santa María, ya semiderruidos. Tan bien salió con su cometido, que el abad de San Millán llamó en seguida a su lado al envidiado Domingo y le nombró su prior; nuevo cargo que desempeñó a conciencia.

Reinaba a la sazón en Navarra el rey don García, poco propicio para las casas religiosas, cuyas riquezas halagaban su ambición. No le pasaron desapercibidas las que el monasterio de San Millán poseía, y tampoco tardó en reclamarlas para sí. Pero el prior Domingo se opone resueltamente a tan injustas exigencias reales. Herida la ambición del rey, y para huir de su furor, abandona Domingo su monasterio y se refugia en el priorato de Tres Celdas, de donde se trasladó a las cercanías de Burgos, bajo el amparo del rey de Castilla don Fernando I. No ignoraba este monarca las excelentes dotes de aquel monje perseguido por su hermano el rey navarro y con consentimiento del Obispo de Burgos y los personajes de su corte, resolvió enviarle al decaído monasterio de San Sebastián de Silos con el título y prerrogativas de abad.

A principios de 1041 el abad Domingo llegaba a Silos en el momento en que el monje Liciniano cantaba el *Dominus vobiscum* de la Misa conventual, palabras que, según la tradición, trocó por las proféticas de *Ecce reparator venit*. Desde aquel momento el abad Domingo emprendió la reconstrucción del miserable monasterio que se le había confiado y, merced a su perseverante constancia, favore-

cida por los príncipes y fieles, levantó y encumbró la abadía, empobrecida, del valle de Tabladillo.

La restauración material empezó por la reedificación de las construcciones monasteriales y el ensanchamiento y adorno de la iglesia, coronada por grandiosa cúpula, y enriquecida por notables obras de arte: frontales, arquetas-relicarios y objetos preciosos para el culto, entre los que ocupaban privilegiado lugar el cáliz ministerial y su correspondiente patena, obras únicas en su género por su valor arqueológico y artístico, y que, por felicísima fortuna, todavía ennoblecen el tesoro de la abadía. Al lado de la iglesia comenzó la construcción del estupendo claustro románico que es hoy día la más preciada joya de la abadía, verdadera maravilla de arte, y la notable sala capitular del mismo estilo, de la que aún quedan vestigios. Intensificó los trabajos del escritorio silense establecido en la gran torre. En él copiaban y miniaban los monjes maravillosos códices que, con los que en otras partes adquirió el incansable abad, formaron la más valiosa y escogida biblioteca visigótica. Cuando pocos años después conseguía Santo Domingo la anexión del contiguo monasterio de San Miguel con todas sus ricas posesiones, la librería de los monjes del de San Sebastián engrosó aun más el catálogo de sus manuscritos.

Los reyes castellanos otorgaron al cenobio en atención a las buenas gestiones de su abad, crecidas donaciones. Sancho II concedióle la posesión del priorato de Santa María de Duero, una de las más productivas posesiones que tuvo el monasterio. En 1072 Alfonso VI le daba posesión sobre el pueblo de Cobiellas en territorio de Clunia.

En medio de tanta prosperidad material la comunidad, puesta bajo la dirección del abad Domingo, había alcanzado alto grado de regularidad. Efectivamente, el abad Domingo a sus raras prendas de gobierno unía el nimbo de la santidad. Numerosos son los milagros que de por vida obró a favor de toda clase de necesitados, especialmente de los cristianos cautivos en las mazmorras de los moros. No es, pues, extraño, que su nombre gozara de prestigio extraordinario en toda Castilla.

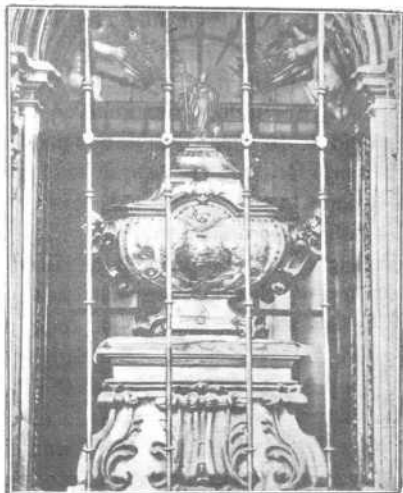
Ya había tocado a su fin la obra gigantesca que Dios había confiado a Domingo en este mundo. Después de confortarle en una visión prometiéndole tres brillantes coronas, una por haber guardado

la castidad, la segunda por la restauración de Santa María de Cañas y la tercera y más hermosa por la restauración de la abadía de Silos, sintió que se acercaba su muerte. Tres días antes de exhalar su último suspiro, recibió la visita de Jesús y de su Madre María. Por fin, el 20 de Diciembre de 1073 entregó al Criador su santa alma, asistido por el Obispo de Burgos D. Simón, y rodeado de la numerosa comunidad de monjes que él había sabido formar e imbuir en la verdadera santidad. Su cuerpo fué sepultado en la galería norte recién construida del grandioso claustro.

A su muerte dejaba Santo Domingo impregnado todo el ambiente de la abadía en la santidad de su vida singular. Aun más que en vida, su santa figura ha continuado presidiendo los destinos de aquel monasterio que él encontró casi deshecho y que, gracias a su trabajo y santidad, se elevó a tanto esplendor. Pero su nombre no solamente llena

de orgullo a su abadía, sino también a la Rioja que le vió nacer, y a Castilla, que fué su segunda patria, y a España entera, por la que él tanto se interesó en vida y más después de muerto. Eso es lo que la historia nos cuenta desde el preciso momento en que dejó de existir.

Tantos eran los milagros que Santo Domingo comenzó a obrar después de su muerte, que su sepulcro fué desde aquel instante un centro concurridísimo de peregrinaciones. El mismo Obispo burgense que le había asistido en su agonía y había presidido sus funerales, determinóse dos años y medio después a tributar a sus venerandos restos el honor de los altares. Con este fin, y según la manera de canonizar que entonces se tenía, decidió elevar su cuerpo del sepulcro



SILOS. Altar y urna de Santo Domingo

en que se le había colocado, trasladándole al interior de la iglesia abacial; ceremonia a que asistió el rey Alfonso VI, rodeado de su corte y multitud de prelados, dignatarios eclesiásticos e innumerable concurso de fieles. No tardó mucho tiempo en prosperar la devoción hacia el santo Taumaturgo, en cuyo honor se levantaron en el correr de los años unas 50 iglesias y número considerable de altares. El mismo monasterio que el Santo había gobernado, comenzó desde entonces a recibir en su honor la denominación de Santo Domingo de Silos.

3. Para ocupar la vacante que dejaba el santo abad fué designado D. Fortunio, quien gobernó el monasterio con gran acierto por espacio de 40 años. Una de sus primeras providencias fué comisionar al monje Grimaldo para que redactase la vida y milagros de Santo Domingo. Aun podemos saborear el fruto de la tarea de aquel piadoso discípulo del santo abad.

Las ininterrumpidas peregrinaciones que se llegaban hasta el sepulcro del Santo, peregrinaciones procedentes de todas las regiones de la península, daban a Silos todo el aspecto de un gran centro de romería, sólo comparable con Santiago de Compostela.

En 1076 se prosternaba el Cid Campeador ante el sepulcro del Taumaturgo de Silos, ofreciendo al monasterio los pueblos de Peñacoba y Frescinosa. Alfonso VI aumentaba el número de sus esplendices para con el monasterio otorgándole el priorato de San Frutos en tierras de Segovia, la iglesia de San Martín en las afueras de Madrid, y los pueblos de Valnegral y Villanueva de Jarama y, más tarde, en 1085, el de Villabáñez.

El pueblo que a la sombra del monasterio habíase comenzado a constituir en tiempos de Santo Domingo, vió acrecentarse el número de sus vecinos, y desde entonces fué rápidamente creciendo hasta llegar a ser cabeza de la merindad de su nombre.

Para atender a las necesidades de los numerosos peregrinos, multiplicáronse al rededor del monasterio los albergues, levantóse un hospital para pobres y un lazareto para la asistencia de los leprosos. La cercana iglesia de San Pedro, fundada tal vez por el mismo Santo Domingo, fué notablemente ampliada, pues la abacial no era siempre capaz para contener a los romeros.

La comunidad silense siguió viviendo el mismo género de vida que en tiempos del Santo Restaurador. Los artistas daban la última

mano al maravilloso claustro y los copistas no dejaban descansar sus plumas. A este tiempo pertenece la magnífica copia del Comentario de Beato sobre el Apocalipsis.

Muerto el abad D. Fortunio, la abadía no decayó en el apogeo a que había llegado, antes vió aumentar su prestigio y su esplendor, gravitando siempre esta gloria en torno del sepulcro del Santo Redentor de cautivos.

El abad D. Juan obtuvo en 1118 una Bula del Papa por la que sujetaba inmediatamente a la Santa Sede la abadía de Silos, singularísimo privilegio por aquel entonces. La jurisdicción del abad silense se extendía a mediados del siglo XII a unas veintinueve iglesias, radicadas en distintas diócesis españolas.

Los reyes siguen prodigando sus mercedes al monasterio. Doña Urraca le hace donación del priorato de Moroso, en Santander, más nueve iglesias y varias aldeas. Alfonso VII, principal bienhechor de la abadía, a la que visitó con toda la corte en 1135, otorgó a su favor más de quince diplomas. En 1125 le cedió la villa y todo el territorio de Tabladillo; y en 1126 expidió una carta puebla por la que concedía la formación de un barrio en torno del priorato de San Martín de Madrid, que adquirió en lo sucesivo extraordinario desarrollo. También fué donación de este monarca la villa real de Huerta de Rey con sus ocho aldeas y toda la jurisdicción civil. Sería prolija tarea seguir enumerando minuciosamente las donaciones y privilegios concedidos por este rey y sus sucesores, todos ellos devotos del Cuerpo Santo del gran Redentor de cautivos y decididos protectores de la abadía silense.

Únicamente apuntaremos que, gracias a tantas y tan repetidas mercedes reales, la abadía de Silos alcanzó a fines de la duodécima centuria increíble grado de esplendor material. El señorío del abad se extendía al territorio de unos quince pueblos cercanos al monasterio, y en más de treinta situados en distintas partes del reino castellano, nombraba justicias y cobraba tributos. Del abad de Silos dependían también seis monasterios benedictinos que, no tardando, llegarían a extraordinario grado de florecimiento.

Señalaremos en la historia del siglo XII un suceso que la ilustra del más admirable modo. Siendo abad D. Pascasio, el que ciñó de fuertes muros a la ciudad de Silos, visitó el sepulcro de Santo Domingo doña Juana de Aza. Por la intercesión del santo Taumaturgo

obtuvo esta dama sucesión, mereciendo ser madre del fundador de la Orden de Predicadores, a quien, en reconocimiento, impuso el nombre del santo abad de Silos. Repite la tradición que Santo Domingo de Guzmán pasó su niñez en la escuela de la abadía, figurando en el número de los niños que en ella recibían educación.

4. Al comenzar el siglo XIII sostiénese todavía en el grado a que había subido el esplendor de la abadía de Silos. No obstante, ya se notan los primeros síntomas de decadencia; inicianse pleitos interminables; los derechos señoriales de la abadía son conculcados y el rico patrimonio del monasterio comienza a desmoronarse.

Abre esta poco halagüeña lista el pleito tristemente célebre de la abadía con los clérigos de la iglesia de San Pedro, que comenzó en 1210, siendo abad D. Domingo, y que, con diversas alternativas, debía prolongarse por espacio de más de seis siglos.

Para dotar de mejor asistencia espiritual a los habitantes de la villa y a los peregrinos que aun en crecido número visitaban el sepulcro del Santo, el abad de Silos juzgó oportuno crear una nueva parroquia en la pequeña iglesia dedicada a San Pedro, edificada en tiempo de Santo Domingo. Al principio las cosas marchaban bien y los clérigos del clero secular, a cuyos cuidados había sido confiada la nueva parroquia, entregaban al monasterio los diezmos estipulados. Pero considerándose con derecho a percibir más de lo que se les había asignado, negáronse en absoluto a satisfacer lo que al monasterio correspondía. Amparaba esta rebelión contra el abad y monjes de Silos el arzobispo de Burgos D. Mauricio, quien hizo suya la iglesia de San Pedro y atrevióse a erigir otra nueva parroquia en la ermita de San Pelayo; y hasta llegó a excomulgar al abad y monjes. Gran parte del pueblo de Silos púsose del lado de los clérigos y del arzobispo. Intervinieron en la contienda los Legados del Sumo Pontífice y el mismo rey de Castilla San Fernando. Sólo en 1222 se amainaron temporalmente los ánimos, mediante la cesión que hacía el monasterio de su jurisdicción espiritual de la iglesia en cuestión a favor de los revoltosos clérigos, quienes se quedaban con el derecho de percibir diezmos y otros tributos a cambio de determinada cantidad de dinero que entregarían al abad.

El mismo santo rey D. Fernando, que intervino en este litigio a favor de la abadía de Silos, declaróse en generoso protector de los monjes, en contra de los habitantes de la villa y de los grandes seño-

res del país que se atrevían a usurpar sus bienes y prerrogativas. De las numerosas donaciones que le hizo, señalaremos la iglesia de Santo Domingo de Silos en Sevilla y algunas ricas posesiones en Úbeda.

5. Entre los personajes insignes que durante esta época ocuparon la silla abacial de Silos, sobresale D. Rodrigo Iñíguez de Guzmán, desde el año 1242 al de 1276. Trabajó sin descanso en la defensa de los derechos de su abadía, no perdonando gastos ni fatigas y utilizando todos los medios que se le alcanzaban para salir adelante con sus propósitos. El principal problema en que entendió fué el pleito siempre insoluble con los clérigos de San Pedro. Apellidáronle sus contemporáneos el «Abad pleitista»; calificativo con que la historia todavía le distingue.

D. Rodrigo era, más que pleitista, un varón sabio y santo; infatigable sostenedor de la grandeza, que empezaba a mermar, de su amada abadía. Ligóle estrecho lazo de amistad con el rey de Castilla don Alfonso X el Sabio. Exteriorizó este monarca la devoción que sentía hacia la abadía y hacia su Santo Abad Domingo de Silos, visitándola en repetidas ocasiones, particularmente en 1246, cuando sólo contaba 24 años de edad y en 1255. Es célebre sobre todo la visita de esta última fecha, pues se le apareció Santo Domingo entre sueños, asegurándole su protección para llevar a feliz término algunos asuntos intrincados que traía entre manos con los reyes de Navarra y Aragón. En agradecimiento a la protección del Santo, dispensó al monasterio de la martiniega, único tributo que el rey percibía en Silos. Poco después, a fines de septiembre de 1274, volvía a visitar el sepulcro del Taumaturgo, pudiendo ver él mismo la llegada de un hombre sordo y mudo, curado por intercesión de Santo Domingo. En memoria de este prodigio concedió el Rey Sabio que los rebaños del monasterio pastasen libremente en todas las tierras de Castilla. Al mismo monarca debe el monasterio importantes posesiones en territorio de Sanlúcar y el solar en que más tarde había de levantarse el priorato de Santo Domingo de Silos.

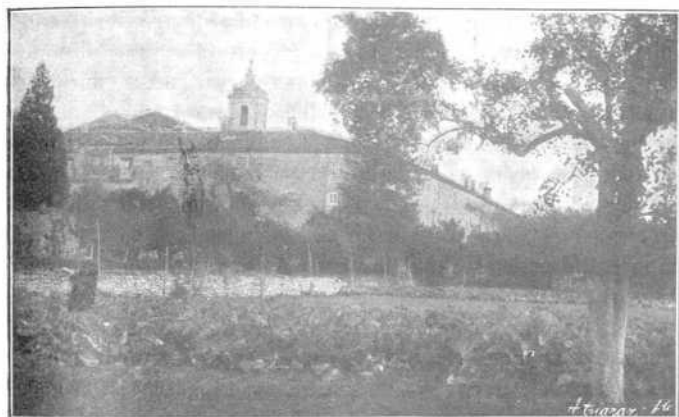
D. Rodrigo renunció a la dignidad abacial cuatro años antes de su muerte con el sólo fin de prepararse a bien morir. El 19 de septiembre de 1280 pasaba de esta a la otra vida, rodeado del nimbo de la santidad, pues aunque la Iglesia no le ha puesto en el catálogo oficial de sus santos, siempre se le designa con el epíteto de Beato.

Su cuerpo consérvase entero e incorrupto en el relicario del monasterio, dentro de un sencillo mausoleo, obra del siglo XIV.

Debemos hacer notar que ya en vida del Beato abad D. Rodrigo y más aún después de su muerte, siendo gobernada la abadía por su sobrino D. Sancho Pérez de Guzmán, multiplicáronse en gran manera los milagros de Santo Domingo de Silos en favor de los cristianos cautivos. El monje del monasterio Pedro Marín, registró la mayor parte de ellos en sus deliciosos *Miráculos romanizados*. Con sus propios ojos vió este cronista gran número de los libertados que se llegaban hasta el sepulcro del Santo en acción de gracias; sólo en el año de 1285 se presentaron en Silos 203. Estos extraordinarios prodigios sostuvieron por un poco más de tiempo la devoción hacia el Redentor de cautivos, que no tardará en sufrir gran decaimiento. El Papa Bonifacio VIII concedió en 1297 espirituales favores al monasterio y peregrinos, confirmando al primero sus exenciones y privilegios. Cerca de 36 Obispos concedieron también a los devotos del Santo particulares indulgencias.

En las postrimerías del siglo XIII envuélvese el monasterio en una nueva contienda. Mediando el siglo se habían fundado en las cercanías de la villa de Silos, previo el consentimiento del abad, un convento de frailes franciscanos, dedicado a su santo fundador, en la que fué ermita apellidada Santa María del Paraíso. Los religiosos franciscanos desempeñaban cuantos ministerios les confiaba el abad silense; pero no contentos aquéllos con vivir fuera del radio de la población, aventuráronse a instalar una casa dentro de sus muros. No agradó esta atrevida resolución al abad D. Juan ni a sus monjes, quienes dieron órdenes a gente armada para que les expulsara y saquease el convento. Los frailes se quejaron al Obispo de Burgos, quien excomulgó al abad y monjes, escudado en sus derechos. Con escaso intervalo murieron el Obispo de Burgos y el abad de Silos D. Juan. El sucesor de éste, D. Fernando Ibañez, no fué reconocido en su cargo, sino después de algún tiempo, por el nuevo Obispo de Burgos D. Pedro. Sometido el pleito a la sentencia de D. Pedro López de Fontecha, alcalde real y notario mayor de Castilla, resolvióse en 1302 que el abad tenía pleno derecho para oponerse a la decisión tomada por los franciscanos, pero que debía satisfacer a éstos 15.000 maravedises, pagaderos en tres plazos, como compensación de los daños causado en casa, muebles y ornamentos.

La prosperidad material del monasterio no dejaba aún de ser floreciente en esta centuria. El abad tenía jurisdicción plena en su iglesia abacial y en la de San Pedro, en las de Peñacoba, Hortezuelos, Hinojar, Santibáñez del Val, todas dentro del término municipal de Silos, y en las de los prioratos de San Frutos, Moroso, San Martín de Madrid, Santa María de Duero y Santo Domingo de Villanueva de Jarama. La ganadería del monasterio constaba hacia 1293 de 4.000 ovejas, 100 cabras, 50 jumentos y 150 vacas. La leprosería llamada de San Lázaro era considerada como una de las más importantes de Castilla.



SILOS. Fachadas S. y O. del Monasterio. (Siglos XVI, XVII XVIII)

6. No obstante, el estado económico del monasterio debilitase de día en día, pues los pleitos consumen parte de su hacienda, los reyes escatiman sus mercedes y las peregrinaciones al sepulcro del Santo escasean cada vez más. A esto se sumaron las desastrosas consecuencias de las contiendas políticas durante la menor edad de Alfonso XI, las incursiones que hacían en el territorio del abad silense las gentes de Juan Núñez de Lara y el azote de la peste negra de 1340.

El mal que aquejaba a la abadía de Silos no era privativo suyo, pues en casi todas las demás casas religiosas de entonces había hecho mayores destrozos e introducido más graves desórdenes. Prueba de

ello la magna reforma iniciada por el Papa Benedicto XII a favor de las familias monásticas. Con este fin, publicaba en 1336 la llamada *Bula Benedictina*. Para hacer cumplir sus disposiciones en Castilla, Benedicto XII comisionó a don Juan, abad de Silos, en unión del de Cardaña, D. Juan del Campo. En el monasterio de San Juan de Burgos convocóse en 1337 el primero de los Capítulos generales, presidido por el abad silense, quien en unión de su compañero de Cardaña visitaba al siguiente año todos los monasterios benedictinos de Castilla.

Merced a las actas levantadas a raíz de esta visita, podemos formarnos cabal idea del estado en que se encontraba la abadía silense el día 21 de abril del año apuntado. Vivían en el monasterio, además del abad, 30 monjes, beneficiando una renta total de 38.693 maravedises, que no llegaban ni con mucho a cubrir gastos, pues anualmente se registraba un déficit de 7.292 en las cuentas de la mesa abacial y proporcionalmente en las de los demás oficiales del monasterio que tenían entre sí dividida toda la hacienda, y eran entonces el cillerizo, el camarero, el sacristán, el mayordomo, el hospitalero, el enfermero, el cocinero y el subprior. Además de las necesidades de los monjes, el monasterio debía atender al sustentamiento de dos reclusas, 8 familiares y 60 criados; de los enfermos recogidos en el hospital de San Lázaro y de varios ermitaños retirados en los cercanos montes. Para acudir a todas estas obligaciones, no eran despreciable ayuda las limosnas procedentes de varias diócesis de España, recolectadas para mantener el culto del Santo y la leprosería de San Lázaro, para cuyo fin autorizó Enrique II en 1371 la postulación en todo su reino.

Alfonso XI, Pedro el Cruel y otros reyes de esta época intervienen a favor del monasterio otorgándole algunos privilegios de escasa importancia y defendiendo sus derechos contra los nobles ambiciosos de las cercanías.

Cual si aun fueran pocos los apuros en que el monasterio se veía, declaróse en 1384 un terrible incendio que redujo a cenizas gran parte de los edificios y consumió buen número de documentos. A los fieles que concurrieron con sus limosnas a la obra de la restauración, concedió varias indulgencias el Obispo de Burgos D. Gonzalo de Mena. Cuatro años después de este suceso visitaba la abadía el Cardenal Pedro de Luna, después antipapa, quien concedió indul-

gencias a una ermita de Nuestra Señora de la Peña, muy venerada por los milagros que hacía.

7. Dedúcese fácilmente de cuanto acabamos de decir, que el glorioso apogeo de la abadía de Silos iniciaba su ocaso. El síntoma más explícito lo encontramos en la mengua que sufrieron las peregrinaciones al sepulcro de Santo Domingo. Para suplir en alguna manera la falta de éstas, organizóse, probablemente a fines del siglo XIV, la «Hermandad de Santo Domingo de Silos», que a mediados del siglo XV, siendo abad D. Juan V, habíase extendido por todas las regiones de la Península. En 1439 alcanzaba el número de sus adscritos a la cifra de 45.000, con los reyes de Castilla, Aragón, Navarra y Portugal a la cabeza. Esta «Hermandad» continuó pujante en lo restante del siglo y aun en todo el siguiente, desapareciendo en el XVII. Los ingresos bastante crecidos que se percibían por razón de las cuotas fijas y limosnas voluntarias de los asociados se invertían en la celebración de Misas, sostenimiento del culto en honor del Santo y variadas obras de caridad.

El abad D. Juan, promovedor entusiasta de esta piadosa asociación, fué quien dió uno de los pasos que aceleraron la marcha decadente de la abadía. Íntimo amigo del conde de Haro D. Pedro Velasco, y queriendo complacerle en sus pretensiones, renunció a su favor todos sus derechos señoriales a cambio de una renta anual de 26.000 maravedises. Los monjes elevaron a Roma sus justificadas quejas y el abad fué depuesto; pero ya era tarde para reparar todo lo mal hecho, y el conde de Haro se posesionó en 1445 del rico señorío de Silos. Los monjes no renunciaron oficialmente a sus derechos mas que en el siglo XVI, cuando ya vieron que todo esfuerzo resultaba inútil.

Un impremeditado proceder del abad D. Francisco de Torresandino (1445-1480), acarrió al monasterio el único mal de que hasta entonces se había visto libre: el de los abades comendatarios. Este prelado, demasiado solícito para privar al Obispo de Brgos del derecho que le estaba reservado en la confirmación de los abades electos, alcanzó del Papa Calixto III que esta facultad fuese exclusiva de la Santa Sede. Al principio los Sumos Pontífices se reservaron únicamente el derecho de confirmación, pero no pasó mucho tiempo sin que también se abrogasen el de elección. Por eso, desde 1480 hasta 1512, salvo el breve gobierno de tres abades elegidos por los

mismos monjes, la abadía estuvo a merced de los abades nombrados por los papas Sixto IV, Alejandro VI y Julio II. Y como los monjes protestasen enérgicamente de tan injusto proceder y desacatasen las disposiciones del Papa, nombrando ellos mismos abad propio, lanzóse entonces contra ellos un entredicho de dos años. Pero ni esto acalló las protestas de los monjes, decididos a atajar tanto mal como de aquellos nombramientos dimanaba para su monasterio.

El abad que los monjes eligieron llamábase D. Luis de Soto, prior entonces de Silos. El P. Soto envió a Roma para arreglar la enmarañada cuestión al P. Luis Méndez, exfraile dominico, por autorización pontificia monje de Silos desde 1484 y obispo titular de Sidonia por gracioso nombramiento de su amigo el Papa Alejandro VI. Sus gestiones dieron por resultado la renuncia que hizo de la abadía el abad comendatario Covarrubias, mediando una renta anual de 100.000 maravedises. Pero en vez de gestionar la confirmación del abad elegido por la comunidad, D. Luis Méndez presentóse en Silos, ante el natural estupor de todos, mostrando las cartas que acreditaban el nombramiento hecho en su propia persona.

Aunque de vida no muy ajustada a la observancia monástica, el abad-obispo laboró con denuedo en la defensa de su monasterio tanto temporal como espiritualmente. El acto más importante de su gobierno fué el de unir la abadía en 1512 a la Congregación de San Benito de Valladolid, si bien él mismo rehuyó el someterse a los artículos de las nuevas constituciones. A propuesta suya fueron erigidos en abadías los dos prioratos de San Benito de Huete y San Benito (Santo Domingo) de Sevilla, dependencias de Silos, y unidos a la vez a la misma Congregación. Entre otras cosas, adquirió la magnífica custodia procesional de plata que aun se conserva en el tesoro del monasterio. Con su muerte, ocurrida en Burgos el año 1529, empezó a regir en Silos con todo su rigor la reforma vallisoletana, entrando el monasterio en una nueva etapa de su ya larga historia.

En el momento de su unión a la Congregación de Valladolid, la abadía silense conservaba aun algunos restos y prerrogativas de su esplendor. A su jurisdicción estaban sometidos 22 monasterios, de los que algunos, como San Martín de Madrid, San Benito de Sevilla, Huete, San Frutos, Santa María de Duero, disfrutaban de vida próspera. Las iglesias que inmediatamente le estaban sujetas pasaban

de 50. En todas las situadas dentro del que fué señorío de la abadía ejercían las funciones de párrocos los sacerdotes nombrados por el abad que, casi siempre, eran monjes. Este último dato nos ofrece uno de los aspectos a que se consagraba la actividad externa de los monjes de Silos, con la particularidad de que siguieron ejercitándolo en la misma escala hasta 1835.

8. ¿Reportó algunas ventajas a la abadía de Silos la nueva norma de vida según el espíritu vallisoletano? Evidentemente que sí, pues Silos se vió libre ya para siempre de los abades comendatarios. En cambio, perdió su peculiar característica de gran abadía, pasando a ser una entidad de tantas en las listas de la Congregación, cuyo capítulo general le enviaba cada tres o cuatro años un superior con título de abad.

Apuntemos ahora los hechos más salientes que encierra durante este período la historia de Silos y los abades con ellos relacionados hasta los comienzos del siglo XIX. A su lado brilla una larga serie de monjes esclarecidos por su virtud y por su ciencia.

El abad José Méndez, sobrino del famoso abad-obispo de Sidonia, ocupó la silla abacial de 1562 a 1565, enriqueciendo la librería del monasterio con magníficos cantorales y otros libros de música. Su sucesor Diego de Zamora (1565-1568), se opuso enérgicamente al proyecto ya muy adelantado del rey Felipe II, que pretendía trasladar al priorato de San Martín de Madrid los clérigos de la colegiata de Parraces en la diócesis de Segovia. Más tarde, en 1592, el intrépido abad Juan de Azpeitia tuvo también que defender los derechos de Silos en su codiciado priorato madrileño. En dicho año decretó el Capítulo de la Congregación elevarle a la categoría de abadía; pero levantáronse en contra de semejante determinación los monjes silenses capitaneados por su abad, quien apeló a la curia de Roma y al tribunal del rey, aunque sin resultado; pues, en castigo, fué privado por el Capítulo de su abadía y siguieron adelante los planes de la Congregación, si bien reconociendo a la abadía de Silos ciertos derechos y preeminencias. Pero su triunfo principal estuvo en conseguir que el cuerpo de Santo Domingo no fuese trasladado a Madrid, como se pretendía, pues si esta injustificada determinación llega a verificarse, la abadía de Silos hubiese dejado de existir para siempre.

En la última mitad del siglo XVI se llevaron a cabo en el monas-

terio algunas reformas materiales. El abad Alonso de Figueroa (1578-1584), hizo levantar los grandiosos muros almenados que cercan la huerta y que aun están en pie. En 1595 entraba a gobernar el abad Pedro de la Cueva y en el mismo año se comenzó la construcción de la sacristía, obra que duró hasta 1598 y que es una de las mejores en su género de las conocidas en España.

Por otro concepto ilustran la historia de Silos en este siglo los abades Antonio Hurtado y Jerónimo Nebreda. El primero fué abad de Silos de 1571 a 1572 y era considerado en su tiempo como la gran figura de la Congregación Vallisoletana. Después de ejercer en varios monasterios el cargo de abad y el de visitador de la Congregación, fué elegido para el cargo de General de la misma durante los años 1580 a 1583. Le sucedió en la silla abacial de Silos el P. Nebreda, a quien comisionó el Papa Gregorio XIII para introducir la reforma entre los Premostratenses de Portugal. Debemos a este Prelado una *Noticia sobre el Monasterio de Silos*.

Los anales silenses del siglo XVII se abren con la regia visita que hizo al monasterio el rey Felipe III en unión de su esposa Margarita de Austria, seguidos de muchos nobles de la corte. Cuentan los historiadores de entonces, que visitaron con gran devoción y con los pies descalzos la Cámara Santa. Como recuerdo de su visita ofrecieron un cáliz y una lámpara de plata, más 1.500 ducados de limosna.

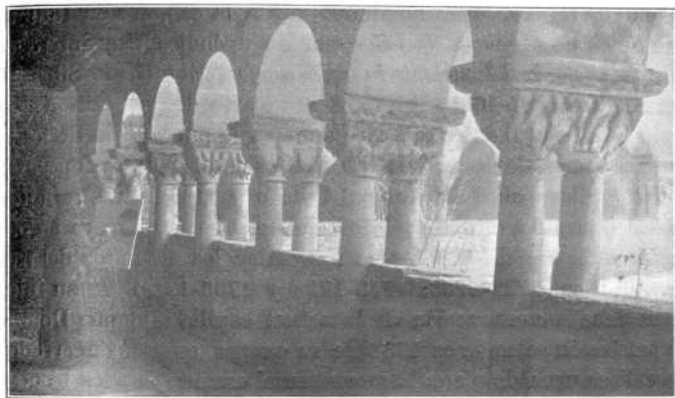
Durante el abadiato del P. Nicolás Meléndez (1637-1641), enriquecese el tesoro del monasterio con una copia notabilísima del Santo Sudario de Turín, donativo de la noble dama doña Mariana de Rendón.

Entre otras alhajas y ornamentos de culto que por entonces acrecentaron el tesoro y ornato de la antigua iglesia, figuran un valioso cuadro de Santa Catalina y una píxide afilligranada, ofrecidas al monasterio por el abad Juan de Castro, virtuoso y sabio prelado que estuvo al frente de la comunidad en tres cuatrienios distintos: (1681-1685; 1689-1693 y 1697-1701).

Lleváronse adelante grandes mejoras materiales. En 1630 comenzóse la construcción de la parte de la fachada Sur. Esta obra se prosiguió hasta 1677, a pesar de la situación económica poco desahogada en que estaba el monasterio.

Por la memoria de 1616 presentada al Capítulo general de la

Congregación, sabemos que había en Silos un número bastante crecido de monjes, pues contando a su abad Pedro de Monte (1613-1617), eran 40, de ellos 8 hermanos legos. De cuantos honraron al monasterio de su profesión por su ciencia y virtud, mencionemos en primer lugar, al Ilmo. D. Antonio Pérez, hijo insigne de Silos. Estudió y desempeñó la cátedra de Teología en la Universidad de Salamanca. Fué abad de San Vicente, en la misma ciudad, y de San Martín de Madrid. En 1607 entró a gobernar por un cuatrienio la Congregación de Valladolid. A instancias de Felipe IV aceptó el



SILOS. Vista parcial de la galería E. del claustro románico

obispado de Urgel en 1627, de donde fué trasladado al de Lérida y de allí nuevamente, en 1634, al arzobispado de Tarragona. Por graves motivos renunció a esta silla en 1637 para ocupar la de Ávila, si bien murió en Madrid el 1.º de mayo, antes de posesionarse de ella. Poseía esta gloria de la Orden Benedictina en España un espíritu cultivado y profundo. Sus obras forman un total de trece volúmenes, cinco de ellos en folio y siete en cuarto. De entre ellos sólo destacamos aquí el *Comentaria in Regulam SS. P. Benedicti* (Lyon, 1625, y Barcelona, 1632), digno de ser conocido y estudiado por todo monje benedictino.

Al Ilmo. Pérez sigue en gloria y méritos el Ilmo. D. Bernardo de Hontiveros, que profesó en Silos el 8 de diciembre de 1611. Ejer-

ció importantes cargos en la Congregación, siendo su General durante el cuatrienio 1653-1657. En 1658 fué nombrado obispo de Calahorra, donde murió tenido por verdadero siervo de Dios el 2 de noviembre de 1662. Escribió contra el probabilismo un libro titulado *Lacrymae Militantis Ecclesiae*, todavía inédito, pero del que corrieron varias copias manuscritas entre los eruditos de su tiempo.

Al lado de estos dos esclarecidos varones, pueden figurar el padre Gaspar Ruiz († 1639), prior algún tiempo de Madrid, y autor de una *Historia de Santo Domingo de Silos y de sus prioratos y filiaciones*, que se conserva manuscrita en el Archivo de la abadía. El P. Juan de Castro, antes nombrado, dió a la estampa en 1688 una *Vida de Santo Domingo de Silos* con un apéndice muy interesante sobre la *Historia del monasterio y sus anejos*. El abad de Silos, Manuel Anglés (1621-1625), hijo del secretario del rey don Antonio Anglés, contribuyó con una buena suma a la publicación de los tres primeros tomos de la *Crónica de San Benito*, del P. Yepes. Otro monje de Silos y abad de Samos, Oviedo y Huete, el P. Baltasar Guerrero, prestó a este historiador generoso concurso para su obra.

En el decurso del siglo XVIII sobresalen los abadiatos del padre Baltasar Díaz (1729-1733; 1749-1753 y 1765-1769). A su iniciativa se debe la construcción de la actual capilla de Santo Domingo y la traslación solemne en 1733 de su cuerpo, que fué encerrado en una valiosa urna de plata; la monumental escalera de «los leones» y otros edificios. En 1751 arremetió con otro proyecto, determinación que no le perdonan los arqueólogos modernos. Oído el parecer jurado de varios arquitectos, entre ellos el del célebre Ventura Rodríguez, determinó demoler la antigua iglesia románica que amenazaba ruina, y el 21 de octubre puso la primera piedra de la actual, según los planos del mismo Ventura Rodríguez. Esta magna obra, que no llegó a terminarse por completo, absorbió todas las energías de los abades y monjes de Silos hasta el fin del siglo.

Por su virtud brilló el P. José Ceballos que gobernó la abadía en tres distintas ocasiones. En 1799 pasaba a mejor vida en olor de santidad. Distinguióse también por su vida observante y dotes de gobierno el Rmo. Benito Camba, fallecido en Madrid el 4 de enero de 1804. Desempeñó varias cátedras y abadías en los monasterios de la Congregación, y en 1789 era decorado con el cargo de Superior general.

La producción literaria de los monjes silenses en esta centuria, supera a la de las dos anteriores.

El P. Sebastián Vergara publicó en Madrid en 1736 una *Vida y Milagros del Taumaturgo español... Santo Domingo de Silos*, que lleva como apéndices las vidas del Santo, escritas por Grimaldo, Berceo y Pedro Marín. El abad Baltasar Díaz compuso sus *Memorias Silenses*, que llegan hasta 1774, y un tratado sobre la *Oración*, todavía inédito. El sabio P. Beda Hibiricu escribió el libro *Diacrisis de la luz*.—*La Iglesia Romana es la apostólica, columna y firmamento de la verdad*, que no pudo imprimir.

Alcanzaron más nombradía que los anteriores los monjes de Silos Domingo de Ibarreta y Liciniano Sáez. La Academia de la Historia nombróle al primero académico de número, encomendándole a la vez la dirección de la proyectada *Diplomática Española*, confiada a los monjes de la Congregación Vallisoletana. El P. Ibarreta reunió considerable cantidad de materiales, pero con su muerte, acaecida en Madrid el 20 de octubre de 1875, el proyecto no siguió adelante. El P. Liciniano Sáez fué archivero de Silos y prior de San Frutos y académico de número. Catalogó los archivos de don Diego Gil de Gibaja, el de Reales Contos de Pamplona y el de los duques de Osuna y Béjar. Escribió tres *Demostraciones históricas* sobre el valor de las monedas en los reinados de Enrique III, Juan II y Enrique IV de Castilla.

El P. Isidoro Saracha no ha dejado ninguna obra escrita, pero era considerado como uno de los mejores botánicos de su tiempo y como excelente farmacéutico.

9. Al cerrarse el siglo XVIII, se cierra también para Silos y sus monjes la manifestación de sus actividades. La invasión de las tropas francesas y los sobresaltos de la guerra de la Independencia vienen a turbar su retiro.

La comunidad se vió forzada a dispersarse en noviembre de 1808, para no reunirse hasta 1812. Silos fué por todo este tiempo el teatro de bárbaros atentados por parte de las tropas invasoras. Para librar de su total ruina y aun hacer que nada de precio le fuese arrebatado, Dios se sirvió de la energía y destreza del P. Domingo de Silos Moreno, nacido en el mismo pueblo riojano que su santo patrono. La urna que encerraba el cuerpo de Santo Domingo fué escondida en Moncalvillo de la Sierra, donde permaneció hasta

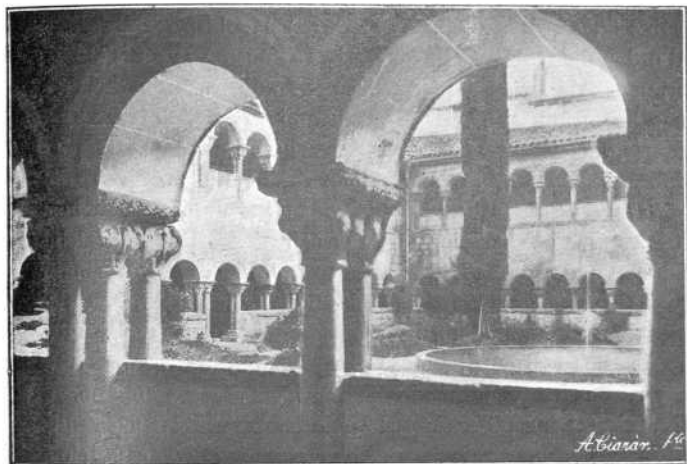
1813. El P. Moreno discurrió ingeniosas estratagemas para salvar las alhajas de cierto valor, simulando que el monasterio había ya sido saqueado por los guerrilleros del cura Merino. También consiguió salvar de la pública subasta las posesiones del monasterio. Los interrogatorios, prisiones, multas y malos tratos que sufrió el padre Moreno no tienen cuento. Pueden leerse en las interesantísimas *Memorias silenses* que él mismo redactó a raíz de los sucesos.

Pasado este tiempo tan revuelto, los monjes de Silos reuniéronse en septiembre de 1812, recobrando al siguiente la propiedad de los bienes aun no enajenados. El Capítulo de 1814 nombró al P. Moreno, para premiar sus desvelos y fatigas, abad del monasterio. En 1816 procuró la consagración de la nueva iglesia. El Papa Pío VII preconizóle en 1817 Obispo titular de Canata y administrador apostólico de Caracas (Venezuela), sede que no pudo ocupar a causa de la insurrección suscitada en aquel país. En 1825 fué designado para la sede de Cádiz, a cuyo frente estuvo por espacio de 28 años, dejando como perpetua memoria de su episcopado la grandiosa catedral actual.

Su sucesor en la silla abacial de Silos, el P. Antonio Calonge, intrépido defensor de la independencia nacional, tuvo el sentimiento de ver dispersada de nuevo en 1820 su comunidad en virtud del decreto firmado por las Cortes. Esta segunda expulsión produjo lamentables pérdidas en el tesoro artístico de la abadía, pues un emisario del Gobierno se llevó cuantas alhajas pudo haber a las manos, que hacían en total treinta arrobas de plata.

Cuando los monjes pudieron regresar nuevamente a su monasterio en 1823, ignoraban que un nuevo decreto de sus enemigos les iba a arrojar una vez más de su pacífico retiro. El decreto aparecía en 1835 suprimiendo las órdenes religiosas. La comunidad de Silos, que había presenciado a su alrededor las encarnizadas luchas de cristinos y carlistas, vióse precisada a disolverse el 17 de noviembre de aquel año, después de cantar la misa mayor. Constaba entonces la comunidad de 25 monjes y dos hermanos legos. Era su abad el P. Rodrigo Echevarría, quien pudo permanecer en el monasterio para hacer el inventario de los bienes, en compañía del P. Fulgencio Palomero, que se quedaba a título de párroco y farmacéutico. Los bienes monasteriales fueron confiscados y el Museo y Biblioteca de la provincia se enriquecieron con sus despojos artísticos

Muerto el P. Palomero, asumió la carga de párroco el mismo abad Echevarría, quien en 1857 era nombrado Obispo de Segovia, sede que rigió por espacio de diecisiete años. A la prudente actividad del Ilmo. Echevarría debe el monasterio su salvación, pues pasó a ser propiedad de la diócesis de Burgos. A las gestiones del mismo Prelado se debe también la salvación del archivo y de algunos manuscritos y alhajas más importantes, que a su muerte legó en testamento al P. Sebastián Fernández, exclaustro de Silos y



SILOS. Vista de conjunto de maravilloso claustro

párroco entonces de San Martín de Madrid. Algunos de estos códices y alhajas se malvendieron para reparar los edificios; otros, en cambio, fueron puestos después a disposición de los monjes restauradores.

Todos los párrocos que siguieron al Ilmo. abad Echevarría, excepto uno, fueron benedictinos, quienes habitaban parte del monasterio destinado a casa rectoral. Lo restante del edificio estaba deshabitado y muy pronto empezaron a desplomarse las techumbres. Pero Santo Domingo de Silos velaba por su obra y estaba ya cerca el monje que debía ser llamado el «segundo restaurador».

10. Cuando en España parecía serenarse el cielo de la política

antirreligiosa, Francia arrojaba de su suelo en 1880 a casi todos los institutos religiosos. Entre ellos se encontraban los monasterios de la Congregación de Solesmes, fundada por Dom Guéranger, que debieron buscar un refugio en el extranjero. La abadía de San Martín de Ligugé, cerca de Poitiers, prefirió buscarlo en España, y para prepararle envió su abad, el Rmo. Dom José Bourigaud, al monje de Solesmes Dom Ildefonso Guépin, adornado con envidiables prendas de espíritu. Después de visitar varios monasterios, sintióse atraído Dom Guépin hacia el de Silos.

Obtenidas las necesarias licencias del Arzobispo de Burgos y una Real orden del Gobierno de S. M. D. Alfonso XII, dirigióse a Silos la primera expedición de benedictinos franceses, capitaneada por el mismo Dom Bourigaud. El 18 de diciembre, fiesta de la Expectación de María, llegaba a su nueva casa, ya habilitada en parte por Dom Guépin. Componíase la comunidad, desde el primer día, de siete sacerdotes, entre los que se encontraban los hermanos Buchot (don Eduardo y D. Francisco) y un hermano lego. Con la celebración solemne el día 20 de la fiesta de Santo Domingo, quedó formalmente establecida la celebración del Oficio divino y la observancia regular. La pequeña comunidad reconoció como su superior desde el 18 de enero de 1881 a Dom Ildefonso Guépin, alma de la obra restauradora y varón siempre animado del más alentador optimismo.

La primera providencia que se imponía, era la de reedificar o consolidar las construcciones medio en ruinas. Dióse principio a esta empresa en el mismo mes de enero, bajo la dirección del monje arquitecto de Santa Magdalena de Marsella, D. Juan Bautista Gibbal. Trabajaban diariamente 40 obreros, quienes al cabo de ocho meses dejaron terminadas las obras más urgentes. Los elevados gastos que originaron estas obras, fueron generosamente cubiertos por la comunidad de Ligugé, generosidad nunca desmentida por espacio de largos años. La obra benéfica «El Denario de los expulsados», dirigida por el conde de Beaurepaire, proporcionó también abundantes limosnas para la obra de la restauración. A esto se añadieron las sumas recaudadas en su patria por Dom Guépin y las pensiones vitalicias de éste y otros de los miembros de la comunidad.

Apenas terminadas las más urgentes reparaciones, dióse comienzo a otra obra mucho más importante. El 15 de octubre de 1881 inaugurábase con 20 niños el Oblatorio o Escuela monástica, bajo la

dirección de D. Eduardo Buchot y D. Ernesto Laurent. Esta empresa fué la principal fuente de vida para la nueva comunidad benedictina, pues de ella han salido casi todas las vocaciones necesarias para formar un floreciente monasterio.

En marzo de 1883 se abrió el noviciado canónico, ingresando ya cuatro españoles. Cinco años más tarde, el monasterio de Silos recibía su independencia, reconociéndole la Santa Sede la antigua dignidad abacial. Dom Guépin continuó siempre al frente de todos con el título de superior, prior claustral y prior perpetuo, hasta que en 1894 fué nombrado primer abad después de la restauración.

El gobierno del Rmo. Dom Guépin fué toda una larga serie de acertadas disposiciones encaminadas a consolidar la obra restauradora. Todos sus afanes tendían a hacer de Silos una gran abadía benedictina en toda la extensión de la palabra; a hacer de ella —como el mismo llorado abad solía decir muchas veces— un Solesmes español. La historia nos dice que sus deseos no salieron fallidos. Cuando el Rmo. Dom Guépin bajaba a la tumba el 30 de abril de 1917 la comunidad silense se componía de 76 monjes españoles, de los que 53 eran sacerdotes o clérigos y 23 hermanos legos.

De la intensa labor realizada durante el abadiato de Dom Guépin son buenas pruebas, además de las ya enumeradas, los hechos siguientes: Fundación en Méjico de las casas de San Juan de Dios y San Rafael, en la capital, en 1902 y 1910 respectivamente, y la de Nuestra Señora de Guadalupe, en la ciudad de Saltillo, en el mismo año de 1910. Las dos primeras, cerradas temporalmente en 1914 por la revolución, han llegado en floreciente estado hasta el momento de estallar la persecución del Gobierno de Calles. La casa de Saltillo se perdió pasada la revolución de 1914. En este último año se iniciaban también las fundaciones de Madrid y Buenos Aires.

La producción literaria de los monjes silenses está representada por varios importantes trabajos. En 1898 fundaban el *Boletín de Silos* los dos hermanos D. Eduardo y D. Francisco Buchot. Esta publicación prosiguió editándose hasta 1923, año en que se suspendió temporalmente. El *Boletín de Silos* ha sido poderoso instrumento para dar a conocer en España la Orden Benedictina, extender la devoción a las Ánimas del Purgatorio y propagar el amor a la liturgia y al canto gregoriano. En sus páginas quedan registrados multitud de trabajos serios, entre los que ocupan privilegiado lugar

los de Dom Guépin. En 1907 adquiría la comunidad la *Revista Eclesiástica*, órgano del Clero español, desde cuyas columnas han ejercido los monjes un fecundo apostolado entre la clase sacerdotal.

El monasterio de Silos tuvo su mejor historiador en Dom Mario Férotin, con la publicación de su *Histoire de l'Abbaye de Silos y Recueil des Chartes de l'Abbaye de Silos* (Paris, 1897). A este erudito archivero de Silos debemos también la publicación del *Liber Ordinum* y del *Liber mozarabicus*.

Dom Roulin, monje de Solesmes, además de varios artículos, publicó en 1900 su libro *L'ancien trésor de l'Abbaye de Silos*. Dom Beda Plaine se especializó en la hagiografía de Bretaña, su patria, y publicó en español la *Vida inédita de San Pedro de Osma*, la *Regla de San Benito y su introducción en España* y *Serie cronológica de escritores benedictino-españoles que vivieron desde 1750 a 1884*.

El ejemplo de laboriosidad que les daban los monjes franceses, luego fué imitado por los jóvenes españoles. Su mérito principal en estos tiempos fué el haber cooperado a la divulgación del canto gregoriano en España, pues dieron lecciones especiales en la mayor parte de las catedrales y gran número de comunidades religiosas, además de atender a los muchos que se presentaban en el monasterio con idéntico fin.

Fruto de estos estudios son el *Manual de Canto gregoriano y Programa de Canto Gregoriano* (Valladolid, 1908 y 1910), compuestos por D. Casiano Rojo; *Qué es Canto gregoriano y Música Religiosa* (Barcelona, 1905 y 1906), por D. Luciano Serrano.

En el terreno litúrgico, además de los incontables artículos que abarcan las colecciones del *Boletín de Silos* y *Revista Eclesiástica* y otras revistas nacionales y extranjeras, aparecieron los dos libritos muy divulgados de D. Antolín Pablos Villanueva: *Manual del feligrés* y *La Santa Misa* (Barcelona, 1907 y 1908). D. Hermenegildo Nebreda se encargó de reeditar varios «opúsculos» del Venerable Ludovico Blosio y los *Ejercicios* de Santa Gertrudis.

Hacia 1905 la comunidad de Silos acometió la magna empresa de publicar la colección *Fuentes para la Historia de Castilla*. De 1906 a 1910 aparecieron ya los tres primeros tomos con los Cartularios de San Salvador del Moral, Infantazgo de Covarrubias y San Pedro de Cardeña, por el P. D. Luciano Serrano.

Del mismo autor son los cuatro tomos de *Correspondencia Di-*

plomática entre España y la Santa Sede durante el Pontificado de S. Pío V. (Roma 1914-1915); *Índice del Archivo de España cerca de la Santa Sede* (id. 1915), además de otros muchos trabajos de la misma índole en el *Boletín de la Real Academia Española*. A D. Timoteo Ortega se debe el práctico librito *Arte de utilizar nuestras faltas* (Madrid, 1915).

Tal es, en resumen, la obra realizada o patrocinada por el Reverendísimo Dom Ildefonso Guépin. Por ello se ha hecho acreedor este esclarecido Prelado al honroso título, que todos le reconocen, de «segundo restaurador de la abadía de Silos».

De los colaboradores abnegados que secundaron a Dom Guépin en su ardua empresa, ya hemos citado algunos anteriormente; hagamos, no obstante, mención especial del Rvmo. Dom Leopoldo Gaugain, actual abad de Ligugé y

mayordomo en Silos largos años; de Dom Luis Pierdait, sucesor de Dom Pothier, el célebre gregoriano, en la abadía de Fontenelle, prior y promovedor en Silos de las ciencias eclesiásticas; de Dom Eduardo du Coëtlosquet, abad algún tiempo de San Mauro de Glanfeuil y antiguo maestro de novicios en Silos.

11. Para ocupar la vacante producida por la muerte del Reverendísimo Dom Guépin, fué elegido el 9 de Junio de 1917 el Rvmo. D. Luciano Serrano, quien desde entonces sigue al frente de la abadía que se le ha encomendado. Durante su gobierno se han consolidado las fundaciones de Méjico, Buenos Aires y Madrid, además de hacerse cargo la abadía del Santuario de Nuestra Señora de Estibaliz, cerca de Vitoria, el año 1923. Todas fueron elevadas a Prioratos simples en 1926, con excepción de las de Méjico, pues la



SILOS. Vista parcial de la biblioteca.

persecución allí suscitada contra la Iglesia impidió realizar estos mismos planes.

Las actividades, sobre todo científico-literarias, de la comunidad, se han intensificado todavía más. A Silos acuden los sacerdotes y aun los mismos seglares para practicar sus días de retiro o adiestrarse en la práctica del Canto Gregoriano o recibir lecciones particulares para el perfeccionamiento de sus estudios. Además de las clases que exige la formación de los oblatos, novicios y escolásticos, son muchos los monjes de Silos que ejercen ministerios en las parroquias vecinas y en el seno de las comunidades religiosas, principalmente de nuestra Orden. La parroquia silense, con 400 almas, está confiada siempre a uno de los monjes. Son frecuentes las invitaciones, casi siempre atendidas, que se reciben de Congresos o Corporaciones científicas reclamando la intervención de monjes de Silos: Se dan preferencia a las relacionadas con la Liturgia, Canto Gregoriano e Historia.

La producción literaria de estos últimos años, está representada por las siguientes obras.

Entre las de erudición y crítica histórica están en primer término las del Rmo. D. Luciano Serrano. En 1918 y 1919 publicaba los dos gruesos tomos sobre *La Liga de Lepanto entre España, Venecia y la Santa Sede*; en 1922 *Don Mauricio, obispo de Burgos y fundador de su Catedral*; en 1924 *El Papa Pio V y dos embajadores de Felipe II* y *Una estigmatizada Cisterciense*; en 1925 el *Cartulario de San Pedro de Arlanza*; en 1926 *El Real Monasterio de Santo Domingo de Silos*; en 1927 el *Cartulario del Monasterio de Vega*.

De carácter histórico son también las de D. Alfonso Andrés tituladas: *Notable manuscrito de los tres primeros hagiógrafos de Santo Domingo de Silos*; *Don Pedro González de Mendoza, el de Aljubarrota*, y *Proyecto de una Diplomática Española*. D. Rafael Alcocer es autor del folleto *Domus seminis* o disertación sobre el Cronicón del monje de Silos.

La hagiografía y biografía abarcan las obras: *El Ilmo. José Serra, de la Orden de San Benito*, y su complemento la *Madre Antonia de la Misericordia, fundadora de las Oblatas del Santísimo Redentor*, de D. Antolín Pablos Villanueva; *Semblanzas Benedictinas* (3 tomos) y *Vida de San Eulogio de Córdoba*, por el P. Justo Pérez de Urbel; *Vida de Santo Domingo de Silos*, de D. Rafael Alcocer.

Las obras litúrgicas son aún más numerosas. *La Misa y su Liturgia; La Oración Litúrgica por los enfermos; La Santa Misa en unión del Sacerdote; Instrucciones Litúrgicas; La Sagrada Liturgia*, todas del P. Agustín Rojo del Pozo. *La Liturgia Eucarística y Misal Diario y Vespéral*, además de varios folletos, de D. Germán Prado; *Nociones fundamentales sobre el Oficio Divino*, del P. Santiago Alameda; *Pascua y el Tiempo Pascual*, del P. Casiano Rojo.

Forman grupo aparte los estudios publicados sobre la Liturgia mozárabe, y son: *Textos inéditos del rito hispano-gótico mozárabe*, e *Historia del Rito Mozárabe y Toledano*, de D. Germán Prado (el último fué premiado en el certamen celebrado con ocasión del VII Centenario de la Catedral de Toledo); *El Canto mozárabe, estudio crítico-histórico*, de los PP. D. Casiano Rojo y D. Germán Prado, premiado en el mismo certamen que el anterior; *Origen de los Himnos de la Liturgia mozárabe*, de D. Justo Pérez; y el *Antiphonarium Mozarabicum Legionense*, transcrito por varios monjes de Silos, prologado por el Rmo. D. Luciano Serrano.

De las obras que no entran en estos grupos, mencionaremos: *La Oración mental según San Juan de la Cruz y Santa Teresa*, del P. Prior D. Casiano Rojo; *Manual canónico de religiosas*, del P. Germán Prado; *Novena en honor de N. P. S. Benito*, de D. Mateo del Álamo; *Ensayo sobre el simbolismo religioso en las construcciones de la Edad Media*, de D. Ramiro de Pinedo; *Libros de Epopeya: Plus Ultra y La Escuadrilla Elcano y El Claustro de Silos*, de D. Justo Pérez de Urbel; *Despojos de Amor* (novela), de D. Rafael Alcocer; *Higiene y medicina popular*, de D. Saturio González.

Por supuesto que no citamos aquí las numerosas traducciones hechas por monjes de Silos, ni siquiera los principales artículos de revistas, ni los trabajos doctrinales, históricos, etc., intercalados desde 1918 en las columnas de la gran *Enciclopedia Espasa*.

12. Recorramos ahora rápidamente los edificios de la abadía silense, enumerando las principales alhajas y bellezas artísticas que encierra, salvadas de su desaparición o de su total ruina por los monjes restauradores de Ligugé, suficiente motivo para que los españoles les estemos siempre reconocidos.

La iglesia actual reemplaza desde 1751 a la antigua románica tan celebrada entre los historiadores de la antigüedad por su belleza y magnificencia. Los planos son de Ventura Rodríguez, creador en

su época de numerosos montamentos neoclásicos. Se construyó bajo la dirección de los hermanos Veremundo Toral, profeso de Cardaña, y Simón Lejalde, de Silos. Tiene su planta la forma de una cruz y mide 45 metros de largo por 28 de ancho. En el exterior se alza majestuosa la sólida torre, única que se construyó de las dos que figuraban en los planos. Tampoco se pudo construir la grandiosa cúpula, sustituida por una media naranja; ni el pórtico de ingreso. La falta de estos detalles hacen que la iglesia de Silos aparezca muy incompleta. En el interior, fuera de la serenidad de sus líneas, nada de notable llama la atención si se exceptúan algunos cuadros, entre ellos una hermosa tela de Santa Catalina de Alejandría, atribuida al Guercino, y una estatua de piedra de Santa Ana con la Virgen y el Niño Jesús, del siglo XIV.

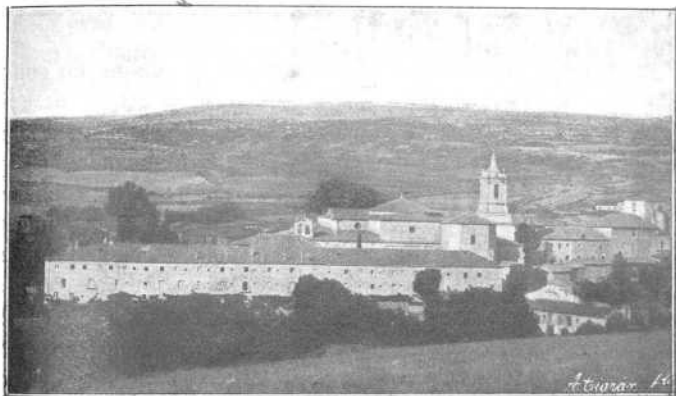
El coro, que no entra dentro de la planta de la iglesia, es amplio, pues mide 12,20 m. de largo por 10,54 de ancho. La sillería data de 1888 y es de estilo renacimiento francés.

Por el lado de la Epístola comunicase con la Capilla del Santo y la Sacristía. La primera se construyó en 1732 y presenta forma octogonal. Mide de 10 a 11 metros por unos 18 de altura. Los muros están decorados con 16 grandes cuadros que representan escenas de la vida del Santo, obra de Barambio. La joya única y más preciada de esta capilla es la urna que contiene todos los restos de Santo Domingo de Silos. Destácase elegantemente en medio de un arco abierto en el muro, ante el cual se ve el retablo a modo de baldaquino, pintado y dorado. La urna es una buena obra del siglo XVIII, toda ella cincelada en plata y adornada de pedrería. Está rematada por una estatuita del Santo Abad y tres ángeles sostienen encima y a los lados las tres simbólicas coronas de plata. Por detrás se encuentra el Camarín, modesta pieza que permite ver más de cerca la urna santa. El paso que pone en comunicación con la iglesia tiene cubiertos sus muros de los grillos y cadenas que traían los cautivos libertados por la intercesión del Santo.

La Sacristía es una construcción excelente del siglo XVI. En las paredes, todas de hermosos sillares, penden varios cuadros. La cajonería es bastante vistosa y está bien surtida de ropas para el culto. De los 24 cálices que allí se guardan, son notables dos de fines del siglo XVI.

Una amplia arcada comunica con el relicario, construido en la

misma época que la Sacristía. Es copiosísimo el número y calidad de las reliquias que se guardan en el Tesoro de Silos, aunque no todas estén encerradas en los antiguos y ricos relicarios, que desaparecieron a través de las vicisitudes del siglo XIX. En total pasan de 190, todas de distintos santos. Son las más notables el cuerpo momificado del Beato Abad Rodrigo, guardado en un vistoso mausoleo de piedra; la Sábana Santa, que es una copia tenida por milagrosa del Santo Sudario de Turín. Todos los años, el día 3 de Mayo, acude a Silos una multitud de 3.000 a 4.000 personas para verla y tocar a



SILOS. La Abadía y la Villa

ella objetos piadosos. Lllaman la atención por su valor artístico un busto de N. P. S. Benito, del siglo XVI, procedente de la escuela escultórica de Valladolid; una hermosa Inmaculada en talla del siglo XIV; una mano de plata del siglo XV con reliquias de San Valentín.

De las construcciones monasteriales ocupa el primer puesto el *Claustro*, joya única en el mundo del estilo románico. Consta de dos cuerpos superpuestos, que forman un cuadrilátero irregular, con un total de 60 arcadas y 136 columnas. El claustro inferior fué construido siendo abad el mismo Santo Domingo de Silos. Cada grupo de columnas está rematado por un capitel maravillosamente cincelado. Flores, leones, águilas, sagitarios, ciervos, arpías..., todo está

ejecutado con maestría singular por una mano, si no oriental, dirigida por maestros o modelos traídos del Oriente. Sin duda alguna en esta obra trabajaron los esclavos moros que en el siglo XI poseía el monasterio. Los cuatro ángulos están decorados con ocho soberbios bajorrelieves que representan escenas evangélicas. En las paredes interiores se ven numerosas inscripciones, casi todas funerarias, varias estatuas yacentes, el primitivo sepulcro de Santo Domingo formado por una estatua yacente del siglo XIII que descansa sobre tres leones obra del siglo XII, y una majestuosa estatua de la Virgen, obra del siglo XIII. La importancia del Claustro inferior de Silos es enorme en el campo de la arqueología, por eso se multiplican los estudios sobre él en nuestros tiempos.

El Claustro superior es obra del siglo XII y, aunque no comparable con el inferior, encierra también interesante mérito artístico.

La *Cámara Santa* es la celda donde vivió y murió Santo Domingo. En el siglo XVII recibió esta pieza la forma octogonal que hoy tiene. Una tela del pincel del P. Rizi representa a Santo Domingo recibiendo la visita de Jesús y de su Madre Santísima. La Sagrada Eucaristía se guarda en una monísima pixide del siglo XV.

En frente de la Cámara Santa está el Archivo, que es una sala abovedada del siglo XVIII. De la riquísima colección de códices, deshecha en tiempo de la exclaustación, sólo quedan unos pocos. Entre ellos está un *Comentario de la Regla de San Benito*, por Esmaragdo (s. XI), el *Liber Ordinum* de la Liturgia mozárabe (s. XI), un *Breviarium Gothicum* (s. XI), que es el códice en papel más antiguo que se conoce. También se guardan los 38 tomos de los documentos de la Congregación de Valladolid coleccionados en 1830. En dos vitrinas se tienen cuidadosamente custodiadas varias joyas artísticas, únicas en el mundo, que son a la vez preciosas reliquias. Allí está el Cáliz ministerial de Santo Domingo de Silos, mandado hacer por el mismo Santo, y su correspondiente patena, dos alhajas delicadamente afiligranadas; una Columba eucarística del siglo XII, montada sobre un busto de diosa o emperatriz romana; una arqueta esmaltada para guardar reliquias, del siglo XIII; una Custodia portátil de plata, que mide un metro de altura, del siglo XVI; el Báculo de Santo Domingo, encerrado en un estuche de plata por los Duques de Frías, y, finalmente, parte del retablo bizantino de la antigua iglesia (s. XII). A lo largo de uno de los muros de esta sala están colocados los tarros

de la antigua farmacia de la abadía, comprados y regalados a la comunidad actual en 1927 por el señor Aguirre. Todas las piezas de esta interesante colección provienen de las fábricas de Talavera y en todas campean las armas del monasterio.

De las demás piezas de la casa llaman la atención la grandiosa escalera de «Los Leones», obra del siglo XVIII, lo mismo que el primer patio interior, rodeado de grandes muros de hermosa piedra de sillería con amplios ventanales; la Biblioteca, espaciosa sala colocada en el palacio de la hospedería antigua del siglo XII. Comprende unos 30.000 volúmenes y varios incunables.

El Museo de Arqueología y de Historia Natural, fundado por D. Saturio González, posee notables colecciones, muy principalmente de la región castellana.

En la Sala Capitular se ven algunas pinturas de no escaso mérito, entre ellas una primorosa de San Francisco de Asís y otras dos de Rizi. El refectorio es amplio y bien iluminado. Mide 22 metros de largo por 8 de ancho. En el testero pende una buena copia del Cristo de Velázquez y a los lados varios cuadros, entre ellos dos altos relieves que representan a San Gregorio Magno y a Santa Escolástica, restos del antiguo altar mayor.

El exterior de las construcciones del monasterio de Silos ofrece un conjunto de grandiosidad, sobre todo si se atiende a la ingente masa de piedra en ellos acumulada. Casi todo lo que se ve es obra del siglo XVI en adelante. La fachada principal que mira al Oeste mide 65 metros de largo. En el centro se abre amplio arco de entrada, sobre el que descansa una hornacina con una estatua de San Benito, de mediano gusto y un aparatoso escudo con las armas de Castilla. La fachada del Mediodía mide 100 metros de largo y está ocupada por el Noviciado, celdas de los monjes, refectorio, etc. Una hermosa huerta, la llamada el Jardín de la Sierra, de dos hectáreas, y circundada de fuertes murallas almenadas, rodea al monasterio por los lados Sur y Oeste.

Atraídos por la devoción hacia el taumaturgo Redentor de cautivos o por las bellezas artísticas incomparables que guarda el monasterio, son numerosísimos los visitantes que se presentan todos los años en Silos. Entre ellos se encuentran representantes de todas las clases sociales, empezando por S. M. D. Alfonso XIII, miembros de la familia Real, ex emperatriz de Austria D.^a Zita, presidentes del

Consejo de Ministros, Prelados, nobles... Todos ellos se despiden de Santo Domingo de Silos y de sus monjes admirados de la gran obra allí realizada a través de los siglos, salvada por Dom Guépin de su total desaparición y guardada y continuada en nuestros días por una floreciente comunidad española, émula de imitar las glorias de los antepasados que moraron en tan venerando lugar de Castilla.



II

EL PRIORATO DE NUESTRA
SEÑORA DE COGULLADA

SUMARIO:

1. Situación y comienzos del Santuario.—2. Cogullada en el siglo XII. La Cofradía de la Virgen. Las Pascuas de Cogullada.—3. Reparaciones en la ermita; traslados de la Imagen. La Virgen de Cogullada protectora de Zaragoza; crisis de su culto.—4. Llegada de los religiosos capuchinos en 1657. Mejoras en el Santuario. Resumen histórico de la vida capuchina en Cogullada. Capuchinos ilustres. Los sitios de Zaragoza. La exclaustación.—5. Los Benedictinos en Cogullada; sus trabajos. Embellecimiento de la iglesia; su estado actual. La «Pia Unión de Nuestra Señora de la Paz».—6. La biblioteca y el archivo.

BIBLIOGRAFÍA:

Estatutos de la Cofradía de Cogullada. Ms. del 1582, en 20 hojas de papel y dos folios de pergamino. (Es propiedad actualmente del librero de Leipzig Sr. Hiersemn). F. Diego Murillo, *Fundación milagrosa de la Capilla... del Pilar y Excellencias de la ciudad de Zaragoza* (Barcelona, 1616), Parte I, págs. 240-241. *Aparición de la Imagen de Nuestra Señora de la Cogullada*.—V. Blasco de Lanuza, *Historias eclesiásticas y seculares de Aragón*. (Zaragoza, 1662); t. I.; Libro I, cap. 29 y Libro V, cap. 25.—Juan de Aniax, *Ramillete de flores de Nuestra Señora de Codes de la villa de Viana*. (Pamplona, 1608); Libro I, cap. 9.—J. F. Andrés de Uztarroz, *Certamen poético de Nuestra Señora de Cogullada*. . . (Zaragoza, 1644).—*Manifiesto que la M. N. L. y H. ciudad de Zaragoza ofrece al público de los . . . regocijos . . . durante la permanencia en la misma de sus . . . Soberanos al regreso de Cataluña para la Corte*. (Zaragoza, 1828); páginas 133-135-178-180. *Visita a Cogullada de Fernando VII*.—P. Madoz, *Diccionario*. . . t. IX, págs. 378-379.—*Boletín de Santo Domingo de Silos y Bulletin de Saint Martin et Saint Benoît (passim)*; principalmente año 1917 y siguientes).

Hasta el presente no se ha escrito la historia del Santuario de Cogullada. El bibliotecario del monasterio D. A. Lambert, se ha dedicado activamente a la búsqueda de datos, con los que ha podido redactar sus *Notes sur l'histoire et la préhistoire du Monastère de Cogullada*, que hemos tenido a la vista mientras redactábamos la siguiente monografía histórica.



1. La presencia de los benedictinos en el Santuario de Nuestra Señora de Cogullada data sólo del año 1896. Anteriormente fué un convento de capuchinos, los cuales permanecieron allí hasta la exclaustación de 1835. Historiemos, antes de reseñar el último período, los orígenes y acontecimientos más notables que han sucedido en el Santuario.

Levántase éste 3 kilómetros al norte de Zaragoza en la rica huerta aragonesa, regada por las aguas del Gállego, que pasan casi lamiendo sus muros. A su alrededor se extienden vegas bien cultivadas y frondosas arboledas.

La tradición, basada en la leyenda, se complace en colocar los orígenes de este santuario mariano en el año 637, cuando San Braulio estabu al frente de la diócesis cesaraugustana. El relato más antiguo, que todavía se conserva en Leipzig, y que fué redactado en 1582 nos refiere los comienzos con estas palabras: «...Fué acaso por una devota mujer hallada en la dicha partida de corbera en el mismo y propio lugar donde de presente está y se halla la dicha hermita de Nra. Señora de Cugullada, una ymagen y figura de Nra. Señora con el niño jesus en los braços y sobre ella una ave llamada cugullada; y aunque dicha ymagen fué trayda a la presente ciudad (de Zaragoza), por voluntad de nro. sr. y permisión suya se bolvió y fué después hallada en el mismo lugar y parte donde antes estava. Por lo cual muchos fieles y catholicos xpianos, movidos con santa inspiración y zelo, entendiendo que dios nro. señor quería de aquella manera que su venditísima madre en dicho lugar fuesse venerada y honrrada, a sus propias costas y expensas edificaron una hermita, capilla y cassa de devocion en el propio lugar y asiento donde la ymagen fue hallada, y allí la dicha ymagen hasta de presente ha seydo y esta guardada y conservada... a la qual capilla y cassa por

ocasion de dicho misterio, se dió por nombre nra. Sa. de Cugullada» (1).

Eso es lo que únicamente sabemos de los orígenes del santuario, y eso es lo que repiten aún en sus coplas piadosas los devotos de la Virgen de Cogullada. Nada por ahora puede afirmar la crítica; pero es bien claro, que la pequeña estatua actual de María es una graciosa obra policromada del siglo XIV o XV.

Algunas monedas con inscripción árabe, recientemente descubiertas en sepulcros cercanos al monasterio, hacen creer que aquel lugar estuvo habitado durante la dominación sarracena.

2. Por otra parte, sabemos con certidumbre que en el siglo XII el cabildo del Pilar era propietario de la heredad de Santa María de Cogullada —*campi beatae Mariae de Cocolata*. Con fundamento puede admitirse que la heredad recibía esa denominación porque en ella estaba enclavada alguna ermita dedicada a la Santísima Virgen María. Y esa ermita sería, sin duda, la misma a que alude la leyenda, siquiera no sea tan antigua que remonte a los tiempos del rey Chintila.

Para apuntar algún dato más sobre el santuario, tenemos que bajar hasta el siglo XV. Entonces se estableció la «Cofradía de Nuestra Señora de Cogullada». En sus listas figuraban, principalmente, las familias más nobles de Aragón, más algunos clérigos y unos pocos labradores. Entre los clérigos se hallan varios individuos del cabildo del Pilar, encargados tal vez del servicio religioso del pequeño santuario en favor de los campesinos del contorno. Celebrábase la fiesta principal el Lunes de Pentecostés, fiesta que ha dado origen a las famosas *Pascuas de Cogullada*. En tal día reuniase en las proximidades del santuario gentío inmenso, en el que se veían mezclados con los sencillos torreros los aristócratas llegados de Zaragoza en magníficas carrozas. Después de las solemnes funciones religiosas, la muchedumbre se desparramaba por el soto y las frescas arboledas de la orilla del río, mientras tocaban los músicos alquilados las mejores piezas de su repertorio. El carácter de estas fiestas, si bien no tan concurridas como antaño, se ha conservado hasta nues-

(1) *Estatutos de la Cofradía de Cogullada*. Ms. de 1582, 20 hojas en papel, con dos folios en pergamino del siglo XV y con miniatura. Está este ms. en poder del Sr. Hiersemn, librero de Leipzig. D. Lambert, O. S. B., monje de Cogullada, ha podido sacar una copia que es la que hemos tenido delante.

tros días. Gregorio XIII concedió el 17 de marzo de 1584 que los fieles pudiesen ganar indulgencia plenaria en este día o en el siguiente. El martes convocábase el cabildo plenario de la Cofradía para deliberar sobre los asuntos referentes a la buena marcha de la misma.

3. En 1639, probablemente en la reunión general del martes de Pentecostés, se acordó introducir algunas mejoras en el edificio de la ermita, pues en tal pésimo estado se encontraba, que amenazaba ruina. Mientras se ejecutaban las obras de reparación, que no fueron grandiosas ni mucho menos, la sagrada imagen fué trasladada a Zaragoza, colocándola primeramente en el altar mayor, y después en una capilla del trascoro de La Seo. La presencia de la imagen en la ciudad suscitó entre los fieles grandes muestras de devoción a la Virgen de Cogullada. En su honor celebróse el memorable «Certámen poético», al que concurrieron prestigiosos literatos del país: el marqués de Osera, el arcediano don A. Francés de Urrutigoiti y los dos cronistas de Aragón don Francisco Jiménez de Urrea y don J. Andrés de

Uztarroz, autor este último del volumen en que nos ha conservado reunidos los poemas presentados al certamen, más una breve noticia sobre Nuestra Señora de Cogullada. Este libro, rarísimo hoy día, fué impreso en Zaragoza en 1644.

Mientras tanto, las obras habían ya tocado a su fin y el 18 de setiembre pudo ser reintegrada a su santuario la veneranda imagen, en medio de una lucida procesión. Desde esta época el número de



COGULLADA.—Imagen de Nuestra Señora de Cogullada.

cofrades y de romeros aumentó considerablemente. Además, el cabildo de La Seo asumió el título de protector del santuario el 28 de junio de 1641. En lo sucesivo, todos los años enviaba algunos comisionados suyos a las fiestas que se celebraban el Domingo que caía dentro de la octava de la Natividad de la Sma. Virgen.

Nuestra Señora de Cogullada fué luego tenida como una de las tres Vírgenes protectoras de Zaragoza; por eso el P. Diego Murillo, que escribía en 1617, pone estas palabras en labios de la Virgen de Cogullada: «La ciudad tiene dentro de sí una Imagen que le sirve de columna para sustentalla que es el Pilar; y otra de muro para defendella que es la del Portillo, ha menester otra, que le guarde su término y essa quiero ser yo, para que dentro y fuera tenga imágenes mías que le sirvan de guarda».

Refieren las crónicas que cuando el primogénito de Felipe IV, el príncipe de Asturias Baltasar Carlos de Austria, enfermaba en Zaragoza, para no levantarse más, en 1646, la Virgen de Cogullada fué llevada a su cámara con toda pompa para que le protegiese.

Poco después de estos sucesos, debió atravesar por alguna crisis el pequeño santuario de las orillas del Gállego, pues, en fecha que no se puede fijar exactamente, el culto a la imagen de la Virgen de Cogullada fué trasladado a la villa de Azuara, en el partido de Belchite. Aun hoy venérase allí una estatua de la misma advocación en la iglesia de San Nicolás.

4. Si existió esa crisis, no tardó empero en llegar la reacción con la venida de los padres capuchinos en el año 1657. El canónigo de La Seo, D. Claudio Mateo Sorbes, rector en 1632 de la Universidad de Huesca y consultor de la Inquisición, profesaba gran devoción a Nuestra Señora de Cogullada. Deseoso de contribuir al mejoramiento de su santuario y animado por el venerable padre José de Caravantes, misionero capuchino, decidió levantar a sus expensas un convento que puso a disposición de la Orden de San Francisco. Además del convento, que, aunque de modesta arquitectura, era bastante capaz, edificóse también una iglesia, en cuya planta quedó enclavada la ermita primitiva. Una verja la aislaba del resto de la nueva iglesia y en ella tenía su sede la Cofradía, ya que allí recibía culto la estatua de Nuestra Señora de Cogullada.

En el altar mayor colocaron los capuchinos una imagen de la Virgen del Pilar. Duró este estado de cosas hasta el siglo XVIII, en

que hubo intercambio de estatuas, ocupando la de Cogullada el altar mayor. El coro que hasta entonces se encontraba en el ábside, fué trasladado encima de la puerta de entrada que es el lugar que hoy ocupa.

De la vida de la comunidad capuchina pocas noticias se pueden apuntar. Durante varios años estuvo instalado en Cogullada el noviciado de la orden. En 1675, a propuesta de Fr. Francisco de Barbastro, congregóse un capítulo con muestras de marcado carácter cismático, pues se oponían a su celebración tanto el General de la Orden como el Nuncio de Su Santidad. Aun tuvo osadía el P. fray Francisco de cohonestar su proceder en dos folletos publicados en el mismo año.

Por su vasta erudición distinguéronse en el siglo XVIII dos religiosos de Cogullada. Son estos los Padres Fr. Lamberto de Zaragoza, guardián del convento en 1777 y Fr. Ramón de Huesca, bibliotecario por el mismo tiempo, según la noticia que D. Lambert ha encontrado recientemente en un libro que perteneció a la antigua biblioteca capuchina. Los dos religiosos escribieron en colaboración la gran obra titulada: *Teatro histórico de las Iglesias de Aragón*.

Al acercarse los tristes días de los sitios de Zaragoza de 1808, tomaron los capuchinos sus precauciones; y fué la primera la de poner en lugar seguro la imagen de la Virgen, trasladándola a La Seo. En las cercanías libráronse violentos combates, que por lo visto no causaron al convento perjuicios de consideración.

Poco después visitó la casa el venerable misionero capuchino Fr. Diego de Cádiz, de quien se cuenta haber convertido a un joven que inmediatamente se hizo religioso en Cogullada. En 1828 recibió el convento otra honrosa visita en las reales personas de D. Fernando VII y D.^a María Josefa Amalia de Sajonia. Durante su estancia en Zaragoza, estos dos ilustres personajes pasaron en Cogullada el 30 de abril y el 11 de mayo. Quedaron ambos maravillados de los encantos naturales que allí había, y disfrutaron en gran manera con el banquete que los padres capuchinos les ofrecieron, en el que no faltó la famosa tortilla de yerbas que era especialidad del cocinero del convento y que se hizo célebre en toda la comarca. Apuntamos como dato curioso que esta tortilla era muy solicitada en los días de romería, pagándose a buen precio. Esta costumbre ha

perdurado hasta hace pocos años, aun después de la estancia de los monjes benedictinos.

Llegó, por fin, el año 1835, y el infausto decreto de supresión de las Órdenes religiosas, alejó de Cogullada a los capuchinos. El santuario quedó al cuidado exclusivo de la «Cofradía» casi hasta fines del siglo, pues en 1896 debía establecerse en Cogullada una Comunidad Benedictina.

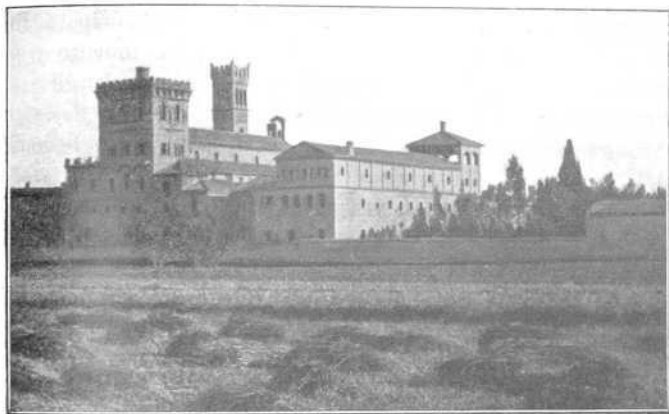
5. Quince años hacia que el monasterio burgalés de Santo Domingo de Silos había vuelto a nueva vida merced al esfuerzo de los benedictinos expulsados de San Martín de Ligugé (Francia). Ofrecióse por entonces ocasión de emprender una nueva fundación en el extinguido convento de las orillas del Gállego. Después de aceptada, pusieron de acuerdo el abad de Ligugé Rmo. D. José Bourigand y el abad de Silos Rmo. D. Ildelfonso Guépin, para llevarla a efecto. Fué nombrado primer superior el R. P. D. Esteban Babin, quien hasta 1929, salvo cortos intervalos, ha gobernado la casa. Para dotarla de personal, enviaron dichos abades a varios monjes sacerdotes y hermanos legos de sus respectivos monasterios. Algún tiempo más tarde, la nueva fundación quedaba bajo la dirección exclusiva de la abadía de Ligugé, de la que actualmente depende.

Las graves crisis que trajo la guerra europea a los monasterios franceses, no permitieron a Ligugé dar un impulso decisivo a la fundación aragonesa. No obstante, la pequeña comunidad ha ido sosteniéndose, y actualmente se compone de 9 monjes clérigos y 7 hermanos legos. Lleva el título de Prior el R. P. Dom Pedro Basset, monje de Ligugé.

Los Benedictinos han efectuado en Cogullada algunos trabajos que son dignos de señalarse. Siguiendo los más modernos métodos de cultivo, han dirigido la explotación de la finca magnífica que rodea al monasterio. Con laborioso afán han formado una nutrida biblioteca histórica, notabilísima por la rica colección allí reunida de libros referentes a la historia de Aragón. Sólo esta labor bastaba para que los eruditos de España y, sobre todo, de la región aragonesa, quedasen eternamente reconocidos a la comunidad de Cogullada.

Pero, como buenos hijos de la Orden Benedictina, los monjes de este monasterio se han esmerado en el embellecimiento del Santuario

que les confiara el Sr. Arzobispo de Zaragoza. Han tratado de mantener la devoción a la Virgen, fomentando las romerías, principalmente la del Lunes de Pentecostés. Es verdad que ha desaparecido gran parte del tupido soto de antaño, pero, en cambio, la iglesia ha sido notablemente reformada. Sin ser ésta de vastas proporciones, es bastante capaz. A su entrada corre un alto pórtico, a uno de cuyos lados se yergue una esbelta torre mudéjar que dobla su altura sobre la que está construida encima del ábside. En el interior de éste divísase un bonito baldaquino sostenido por cuatro columnas de mármol.



COGULLADA. Vista N. del Santuario

En el nicho abierto en la pared está colocada la veneranda imagen de Nuestra Señora de Cogullada. Ya quedó indicado que la escultura remonta a los siglos XIV o XV. Tiene la particularidad de que la Sma. Virgen sostiene sobre el brazo derecho al Niño Jesús. Al parecer, y según se desprende del testimonio de Uztarroz en 1644, el Niño tenía entre sus manos el globo del mundo y no, como ahora, la Cogujada. Los capuchinos se encargaron de reemplazar el primero por la segunda.

Los muros de la iglesia están decorados con pinturas de gusto arábigo-mudéjar, que no dejan de presentar excelente impresión de conjunto. De la nave, que antiguamente fué la primitiva ermita, arranca una escalera que conduce a la cripta dedicada a S. Martín,

en cuyo fondo se abre un ventanal policromado. En el tesoro guardase un notable fragmento de las reliquias del taumaturgo de Francia, procedente de la abadía de Cuxa.

Como digno remate a las obras realizadas por los Benedictinos en la iglesia de Cogullada, consagrábase ésta según el ceremonial de rúbrica el 14 de octubre de 1917. Ofició en la ceremonia El Nuncio de Su Santidad en España Monseñor Ragonesi, hoy Cardenal, en calidad de Legado pontificio. Al mismo tiempo inicióse la «Pía Unión de Ntra. Señora de la Paz», asociación bendecida por el Papa Benedicto XV y erigida canónicamente por el Emmo. Cardenal Soldevila, Arzobispo de Zaragoza, el 7 de mayo de 1918. Los principales fines de esa «Asociación de oraciones» son dos: el establecimiento y conservación de la paz en el mundo, en la sociedad y en la familia; y el socorro de las Benditas Almas de las numerosas víctimas de la guerra europea. Encabezaron las listas de inscripción el Papa Benedicto XV, el Cardenal Gasparri, S. M. la Reina María Cristina y otros varios personajes eclesiásticos y seculares. En los frecuentes sufragios que se celebran únese la memoria de todos los valientes soldados españoles muertos por la patria en los campos africanos.

6. En torno de la iglesia se alzan los edificios del monasterio, lo suficientemente espacioso para que pueda vivir en él una numerosa comunidad. Merecen visitarse las tres grandes salas en que está dividida la biblioteca. La primera de esas salas comprende 22.000 volúmenes. Guárdanse en ella la mayor parte de las recientes colecciones de erudición, historia eclesiástica y antigüedades cristianas, publicadas en Francia y en Alemania, y que no existen en ninguna biblioteca del país. Abundan los volúmenes antiguos, hoy difíciles de hallar en otras partes, sobre historia de España y sobre historia religiosa desde los orígenes.

En las dos salas reservadas a la historia de Aragón hanse reunido más de 2.500 volúmenes y 5.000 folletos que con ella dicen relación. Existen numerosas impresiones del siglo XVI y unos veinte incunables españoles o extranjeros. Entre ellos figuran algunas obras que hoy son rarísimas: el *Breviario de Zaragoza*, impreso en 1479 en Venecia; el *Misal de Zaragoza de 1485* (incompleto); de Pablo Huros; las *Constituciones sinodales de Zaragoza de 1500*; más varios textos litúrgicos cesaraugustanos del siglo XVI.

En el Archivo custódiáanse los «Archivos generales de la Congre-

gación Cisterciense de Aragón», documentos reales y privados de Aragón desde 1104; una importante serie de documentos de la historia de Zaragoza, procedentes de diversos archivos, hoy desaparecidos; copias hechas en el siglo XVIII de documentos antiguos, y algunos textos relativos a la historia de Navarra, Castilla, etcétera, etc.

No es, pues, extraño que tan rico venero para la historia, atraiga al monasterio de Cogullada numerosos eruditos y sabios no sólo de España, sino también de casi todas las partes del mundo. En la rica biblioteca encuentran casi siempre lo que en vano buscaban en otros lugares.

Además de los que llegan al monasterio en busca de erudición, son numerosos los Sacerdotes que practican al lado de la Virgen sus ejercicios espirituales.

Por fin, queriendo los Benedictinos contribuir en la medida de sus fuerzas a la instrucción de los campesinos del contorno, han abierto una escuela de primeras letras a la que acude un crecido contingente de alumnos. Dificultades de personal no ha permitido desarrollar esta actividad pedagógica con toda la intensidad que los Benedictinos de Cogullada desean.

1870
1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900



III - IV

**LAS FUNDACIONES DE LA ABADÍA DE SILOS
EN LA REPÚBLICA DE MÉJICO**

SUMARIO:

1. Implantación de la Orden Benedictina en la República de Méjico.—2. Fundación de la casa de San Juan. La iglesia. Primeros ministerios de los monjes. Las misiones a los indios.—3. Proyecto de una fundación en Temascalillos. El Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en la ciudad de Saltillo. Desarrollo de esta fundación.—4. La fundación de San Rafael: su desenvolvimiento. Progresos de la casa de San Juan.—5. Vida, ministerios y trabajos de los monjes.—6. La revolución carrancista de 1914 paraliza la marcha de las fundaciones benedictinas. Cierre de las casas. Desafueros de los revolucionarios. El refugio de la isla de Pinos.—7. Amaina la revolución y los benedictinos regresan a Méjico. Se reanuda en San Rafael la vida benedictina. Pérdida de la casa de Saltillo. Recuperación de la de San Juan: restauración y embellecimiento de su iglesia. Construcción de una nueva en San Rafael. Amagos de persecución. Actividades de los monjes.—8. La persecución iniciada por Calles en 1926 contra la Iglesia. Deportación de los monjes de San Juan. Persecución declarada a los de San Rafael. Estado actual de ambas casas.

BIBLIOGRAFÍA:

Domingo Lerena, O. S. B., *Mis Memorias de las Fundaciones Silenses en la República Mexicana*. (Tres gruesos cuadernos manuscritos desde 1902 hasta nuestros días).—*La Santa Cruz* (1905-1914).—*Boletín de Santo Domingo de Silos* (1906-1923).



1. Con los comienzos del siglo xx, la abadía de Santo Domingo de Silos acometió la gran empresa de implantar la Orden Benedictina en la República Mejicana. Tan íntimamente está ligada entre sí la vida de estas fundaciones que es casi imposible el pretender separarlas; por eso, preferimos reunir en un solo capítulo las fechas y acontecimientos más salientes de su historia.

En el año 1900 recibía el monasterio de Silos la visita de un ilustre Prelado mejicano en la persona del Ilmo. y Rmo. D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de San Luis Potosí, muy conocido por sus grandes dotes de orador sagrado. En un discurso que pronunció en la iglesia abacial de Silos el día 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen, y en las conversaciones que sostuvo con el abad D. Ildefonso Guépin y los monjes de Silos, insinuó con marcada insistencia la necesidad que Méjico tenía de obreros evangélicos, aludiendo también al gran papel que allí podían desempeñar los hijos de San Benito. Halagó la idea del señor Obispo Potosino a los monjes de Silos, quienes animados principalmente por su abad D. Guépin, decidieron emprender, por vía de ensayo, una fundación benedictina en tierras mejicanas.

En el mes de mayo de 1901 salían de la abadía silense con dirección a Méjico los dos monjes sacerdotes D. Pedro Palacios Marín y D. Antolín Pablos Villanueva. A principios de junio pisaban las costas mejicanas, siendo recibidos con exquisitas atenciones por el Ilmo. Sr. Montes de Oca. Mientras buscaban la manera de dar comienzo a la fundación proyectada, permanecieron hospedados en el palacio episcopal del Obispo de San Luis Potosí. Entretanto llegaba ese día, no perdieron el tiempo los dos monjes de Silos; pues poco después de su llegada, dirigieron en la catedral potosina los ejercicios del mes del Sagrado Corazón de Jesús, encargándose, además, de dar ejercicios espirituales en diferentes casas religiosas.

También extendieron sus trabajos apostólicos a diversos puntos de los Estados de Morella, Guanajuato y Jalisco. En todas partes despertaron grandes simpatías a favor de la Orden Benedictina y no tardaron en ofrecérseles lugares más o menos a propósito para emprender una fundación.

2. Así trascurrió todo el primer año de su estancia en Méjico para los dos monjes de Silos. Por fin, en agosto de 1902, y después de maduro estudio, decidieron trasladarse a la capital de la República para comenzar la fundación. El Ilmo. Sr. D. Próspero María Alarcón, a la sazón Arzobispo de Méjico, otorgóles muy gustoso el permiso que le pedían, ofreciéndoles las iglesias que entonces tenía disponibles.

Mirado el pro y el contra que para una comunidad benedictina presentaba cada una de las que se les ofrecían, determinaron los dos monjes encargarse de la iglesia denominada de San Juan de Dios, situada en la céntrica Avenida de Hombres Ilustres. Esta iglesia había pertenecido a los Hermanos de San Juan de Dios, quienes también sirvieron al hospital contiguo. En aquella fecha encontraba al cuidado de un solo capellán del clero secular. Por su arquitectura es una de las más notables y bellas de Méjico. Llama la atención la rica concha que se abre en la portada principal. En su estilo campea el llamado colonial, más discreto allí que en otras muchas de sus similares. A pesar del lamentable estado de abandono en que se encontraba, veíase bastante frecuentada por encerrar en su recinto una milagrosa imagen de San Antonio de Padua. Puede decirse que toda la capital mejicana profesa gran devoción a esta imagen, acudiendo a visitarla singularmente los martes y el día 13 de cada mes, en los cuales la iglesia parece lugar de romería.

Obtenida la competente licencia del Sr. Arzobispo, apresuráronse los dos benedictinos a tomar de ella posesión a fines del mes de agosto. Empezaron por hacer una limpieza general e inauguraron los cultos con la mayor pompa que se les alcanzó. De Silos recibieron nuevos refuerzos con la llegada de D. Hermenegildo Nebreda y don Domingo Lerena, el 13 de septiembre, y la del hermano Felipe Alcalde a fines de año. Quedó, pues, establecida la vida de comunidad, llevando el título de superior D. Pedro Palacios. Provisionalmente vivieron en una casa de la calle de Alvarado; pero en este mismo año habilitaron para vivienda un local junto al templo que,

aunque reducido, proporcionábales la inmensa ventaja de permanecer siempre al cuidado y servicio de la iglesia

La vida que llevaba la incipiente comunidad ateniase, en todo lo posible, a las tradiciones de la Orden Benedictina, celebrando con solemnidad los divinos oficios, característica que pronto les hizo distinguirse en la capital. Su iglesia veíase cada vez más concurrida y en ella se celebraron varias funciones religiosas en medio de multitud de fieles. Para responder a la piedad e interés que los mejicanos mostraban por San Juan de Dios, los monjes embellecieron en 1903 toda la iglesia, decorando sus muros los pintores catalanes Casimiro Mas y Francisco Casanovas; erigiéronse los altares nuevos de San Benito y San Antonio y pavimentóse de mosaico todo el piso del presbiterio. El 5 de octubre se verificó la inauguración del templo completamente restaurado.

Otra de las ocupaciones a que más se dedicaron, fué la predicación de misiones en los pueblos y haciendas de la República. Duraban esas giras apostólicas de 20 a 30 días y era inmenso el bien que hacían entre los abandonados indios.

3. Los asuntos de la fundación marchaban con toda prosperidad, cuando en 1909 presentóse otro nuevo campo que, al parecer, venía a favorecer la obra de implantar en Méjico la Orden Benedictina. A fines de dicho año ofrecióseles a los monjes de San Juan de Dios la hacienda de Temascalillos, para que pudiesen emprender en ella otra fundación. Fué aceptada la proposición y allá se trasladaron dos monjes y dos hermanos. Pero, como el lugar no presentaba ninguna ventaja ni porvenir seguro, abandonóse el proyecto en absoluto.

Vino a acelerar esta determinación la oferta que les hizo el Ilmo. Sr. Echevarría, Obispo de Saltillo, Estado de Coahuila, poniendo a su disposición el Santuario dedicado en aquella ciudad a Nuestra Señora de Guadalupe. Prefirieron como más a propósito para sus planes este Santuario y a él se trasladaron a fines de febrero de 1910, llevando por superior a D. Fermín de Melchor.

La nueva fundación de Saltillo tomó en breve tiempo rápido desarrollo. A ello contribuyó la popularidad que entre el pueblo católico gozaba el Santuario, al que acudían millares y millares de devotos, formando las típicas romerías del país.

Pronto pareció insuficiente y mal acondicionada la pequeña

capilla en que se veneraba a la Virgen de Guadalupe, y se formaron proyectos para construir un nuevo templo. El 12 de julio de 1911 colocóse solemnemente la primera piedra de una hermosa iglesia de tres naves, de 60 metros de largo por 16 de ancho, conforme al estilo de las iglesias góticas. Al cabo de un año abrióse al culto casi terminada, y juntamente una casa, de nueva planta, destinada a monasterio.

4. Casi a la vez que se emprendía la fundación del Santuario de Saltillo, los monjes de Silos se hacían cargo de una tercera, y ésta, como la de San Juan, en la misma capital. Ofrecióseles una finca que hacía el número 34 de la calle de Francisco Pimentel, dentro del radio de la populosa colonia de San Rafael. La Junta organizadora, encargada de ayudar en su empresa a los benedictinos, allegó los recursos necesarios para edificar una capilla provisional, que fué abierta al culto el 23 de octubre de 1910, bajo la advocación del arcángel San Rafael. Fué nombrado primer superior de esta casa D. Antolín Pablos Villanueva.

En el espacio de un año escaso desarrollóse notablemente la vida de esta fundación; de modo que se logró inaugurar durante 1911 un pequeño monasterio.

La vida que allí llevaban los monjes era idéntica en todo a la que llevaban los de San Juan de Dios y los de Saltillo. En la iglesia quedaron establecidas varias asociaciones piadosas que, como la del «Apostolado de la Oración», la «Catequesis», etc., contaron con numerosos asociados.

Por otra parte, la casa de San Juan seguía afirmándose sobre sus bases. En este mismo año de 1911 se realizaron en ella grandes mejoras materiales. En la iglesia aumentaba aún más la concurrencia y la solemnidad del culto. Entre las asociaciones, merece apuntarse la «Pía Unión de San Antonio», que repartía a los pobres socorros diarios, primero en especie y después en metálico. El día de la octava de la fiesta del Santo Taumaturgo, daba de comer a más de 150 pobres.

5. Tanto los monjes de San Juan, como los de las otras casas, contaban cada vez con mayores simpatías en la República y eran buscados con interés para el sagrado ministerio. Las misiones que durante estos años dirigieron en las haciendas y aun en poblaciones importantes, forman un bello capítulo de la historia de las fundaciones de Silos en Méjico.

No desperdiciaban los monjes de Silos ninguna ocasión para hacer el bien entre todas las clases de la sociedad, procurando también dar a conocer en todas partes las glorias y el espíritu de la Orden Benedictina. En cada una de sus iglesias radicaba un centro de «Oblatos seculares benedictinos», medio excelente para hacer amar a la Orden. Siempre hemos oído hablar con encomio de este apostolado benedictino entre el pueblo mejicano, realizado por los monjes de Silos.

Como medio de divulgar más aún estos ideales, comenzaron a publicar en 1905 los monjes de San Juan la revista mensual titulada «*La Santa Cruz*». Aunque aparecía como órgano exclusivo de las asociaciones establecidas en el templo de San Juan, era en realidad, el órgano de todas las casas de Méjico; pues en sus columnas se registraban las crónicas de todas ellas. Además, se publicaban artículos de propaganda católica, liturgia, canto gregoriano e historia benedictina.

6. Cuando todas las cosas parecían prometer días no lejanos de mayor prosperidad, desencadenóse sobre la República Mejicana una horrible tormenta revolucionaria, de fatales consecuencias para la Iglesia Católica y, en particular, para las fundaciones de Silos en aquel país. La sangrienta decena trágica de 1913 fué un anticipo de peores días. Por entonces los benedictinos no tuvieron nada que sufrir, aparte de los inevitables sobresaltos. Los monjes de San Juan no dudaron en ofrecerse para prestar sus servicios a los soldados moribundos que eran concentrados en el vecino hospital.

Al siguiente año estalló la revolución capitaneada por los generales Villa y Carranza contra el Presidente de la República, el general Huerta. La casa de Saltillo fué la primera que sufrió el avance arrollador de los revolucionarios. Para no exponerse a caer en sus manos, no tuvieron otro remedio que huir precipitadamente todos los que componían aquella comunidad, y refugiarse en las casas de la capital en espera de lo que el porvenir les deparase. El Santuario de Guadalupe quedó entre tanto al cuidado del Obispo de Saltillo.

Las tropas revolucionarias seguían avanzando victoriosas en dirección de la Capital Federal, su principal objetivo. El proceder incorrecto y cruel que guardaban con toda persona eclesiástica o religiosa que caía en sus garras, no prometía nada bueno para cuantos se habían retirado a la ciudad de Méjico. Comprendieron los nuestros

el peligro a que se exponían quedándose allí y optaron por alejarse del foco revolucionario, internándose unos en los Estados Unidos y otros quedándose escondidos a la expectativa en el puerto de Vera Cruz. Poco después, y con las más extremadas reservas regresaron algunos de ellos a Méjico y aun se atrevieron a abrir las dos iglesias de San Juan y San Rafael. Los hermanos legos fueron respetados y se encargaban de vigilarlas, pues los sacerdotes sólo celebraban la Santa Misa y después se ocultaban, desempeñando con toda prudencia algunos ministerios que reclamaban los fieles.

Pero el odio anticlerical no amainaba sino que crecía en rabia y astucia. El 5 de octubre de 1915 el general Carranza ordenó el cierre de la iglesia de San Juan de Dios. A duras penas pudieron huir los dos padres que allí estaban llevándose lo más indispensable, mientras los esbirros carrancistas daban cuenta de la modesta cena que tenían preparada y se bebían las botellas del vino para celebrar. No obstante, tuvieron tiempo para trasladar el Santísimo a la capilla de San Rafael, juntamente con algunos objetos del culto, y la estatua milagrosa de San Antonio. El Gobierno carrancista confiscó la iglesia de San Juan con la idea de poner en ella una imprenta. No se realizó este proyecto, destinándose, así como la casa, a oficinas generales de la beneficencia pública. Para este fin se quitó de ella todo cuanto revelase lo que había sido, destrozándola lastimosamente. Así quedó sacrilegamente clausurado este hermoso templo, en el que venían trabajando los benedictinos hacia casi 14 años. Sólo después de algunos años podrán volver a él sus legítimos propietarios.

Como ya era del todo imposible su permanencia en la nación, debieron todos alejarse, a excepción de don Nicasio García que quedó oculto al cuidado de la iglesia de San Rafael y de la casa, de las que aparentemente estaba encargado un sacerdote del clero secular mejicano.

Expulsados de Méjico, los benedictinos de Silos estudiaron qué es lo que procedía hacer entre tanto se despejaba la situación. Parecióles aceptable el refugio que se les ofrecía en Pinos, pequeña isla al sur de la de Cuba, y a ella se encaminaron a fines de noviembre de 1917. Allí permanecieron un año largo regentando la parroquia de Nueva Gerona. Durante su permanencia en Pinos, falleció el incansable D. Pedro Palacios, que desde un principio estuvo al frente de las fundaciones mejicanas. Poco antes le había precedido a

la tumba D. Venancio Sancha, uno de los trabajadores más beneméritos.

7. En el curso de ese año de destierro fué despejando algún tanto el encapotado cielo de la política en Méjico. Con ese motivo animáronse los benedictinos expulsados a volver a la capital federal y en ella penetraron el 5 de marzo de 1919 los padres D. Domingo Lerena, D. Carlos Azcárate y el hermano Rafael García, quienes en unión de su superior D. Nicasio, que no se ausentó un momento de la ciudad, y del hermano Fermín, reanudaron la vida monástica y la celebración del culto en la iglesia de San Rafael que era la única que les quedaba. En el mes de octubre el segundo abad de Silos después de la restauración, Rmo. D. Luciano Serrano, hacía a la casa su primera visita.

Trataron de recuperar las otras dos casas; pero los trabajos dieron resultados muy diversos. Desistióse de regresar al Santuario de Saltillo a causa de las graves dificultades que surgieron. La revolución había tronchado la vida pujante que alcanzara esta fundación de Silos.

Después de una serie interminable de difíciles gestiones, el Presidente provisional de la República D. Adolfo de la Huerta, ordenó la devolución del templo de San Juan de Dios a sus antiguos poseedores los benedictinos de Silos. Con eso, también quedó reanudada la vida benedictina en esta fundación, de la que fué nombrado superior D. Gregorio Arroyo. Como todo se encontraba en un estado desastroso, pues no había quedado ni siquiera una imagen ni restos de ningún altar, y los muros estaban enormemente resentidos y en la casa no había ni una sola puerta, hubo necesidad de gastar elevadas sumas de dinero en su reparación y a ella contribuyeron con esplendidez los fieles mejicanos, antiguos amigos de los benedictinos. El 23 de mayo de 1921 quedó abierta al culto enteramente renovada. El altar mayor era nuevo y de buen gusto, y más tarde, en 1925, el pintor mejicano Germán Gedovius lo decoró con una pintura al fresco, copia de un cuadro de Murillo, representando a San Juan de Dios con un enfermo sobre sus espaldas y asistido por el arcángel San Rafael. El mismo pintor ejecutó los cuatro grandes cuadros que desde la misma fecha adornan los entropaños de los muros. Los dos del lado del Evangelio representan a la Santísima Trinidad y a la Virgen del Carmen, y los del lado de la Epístola a la Virgen de Gua-

dalupe con sus cuatro apariciones y a San Benito y su hermana Santa Escolástica.

Poco después, el genial pintor catalán Juan Fábregas decoraba con exquisito buen gusto el intradós de la esbelta cúpula. En ocho grandes círculos dejó representados a los cuatro célebres apóstoles benedictinos y a los cuatro capellanes de la Santísima Virgen, también benedictinos.

Completábase el mobiliario del templo con la instalación de un hermoso órgano neumático tubular de 40 registros, tres teclados y pedalier. De la misma fecha data la adquisición de una custodia de plata dorada a fuego, de unos 80 centímetros de alto.

Si la fundación de San Juan, después de tan grave crisis, lograba volver a su pasado esplendor y aun con creces, tampoco se quedaba paralizada la de San Rafael. Como la capilla provisional resultaba ya del todo insuficiente, acometiéndose la construcción de una gran iglesia estilo gótico, según los planos del arquitecto español José Verdaguer. Púsose la primera piedra en febrero de 1921, y ya casi terminada en su conjunto, se inauguró el 21 de noviembre de 1925. Cuando esté terminada—pues se podrá alargar todavía más—medirá 40 metros de largo por 20 de ancho. En el testero una pintura al fresco representa la muerte de San Benito. La estatua de San Rafael está colocada en el centro del altar bajo elegante baldaquino.

Como se ve, todo parecía indicar un brillante porvenir para las casas benedictinas en Méjico. Pero, a pesar de la calma aparente, bullían en el ambiente del país síntomas de malestar y desorden político y, sobre todo, de enemiga contra la Iglesia Católica. Los benedictinos sabían muy bien todo eso y, sin embargo, creyeron que debían ocuparse en dar impulso a la obra de las dos casas, confiando en el auxilio de lo alto.

No obstante, Dios tenía determinado para ellos, a la par que para todos los religiosos y también para todos los católicos mejicanos una gran prueba. Se preparaba la persecución más sañuda contra la Iglesia en los tiempos modernos.

En mayo de 1925 dejóse ya sentir un primer amago de la persecución que se fraguaba, en la casa de San Juan de Dios. En el mismo mes presentóse en ella el director del hospital contiguo reclamando parte del local que ocupaban los monjes. No hubo más remedio que ceder ante tales exigencias, amparadas por los gobernantes.

A pesar de eso, tanto en la Iglesia de San Juan como en la de San Rafael, seguía celebrándose el culto con toda normalidad y los monjes giraban por las haciendas y los pueblos de los indios sus acostumbradas misiones. En ambas iglesias habíanse restablecido todas las antiguas asociaciones. Significáronse en diversas ocasiones por sus trabajos en pro de la Iglesia, principalmente en el Congreso Eucarístico Nacional de Méjico, pues, además de tomar parte en las sesiones, dirigieron los coros de niños y niñas que bajo su dirección cantaron con éxito varias piezas litúrgicas en canto gregoriano.

8. Así las cosas, llegó el año 1926, año lleno de amarguras para la Iglesia de Méjico y de tristes acontecimientos para las fundaciones benedictinas. Detalle interesante: la persecución antirreligiosa cometió uno de sus primeros actos de violencia en la casa de San Juan de Dios.

El día 10 de febrero, festividad de Santa Escolástica, presentáronse en la portería de la casa preguntando por los capellanes del templo. Hicieron comparecer en su presencia a cuantos allí se encontraban y que por lo imprevisto de la visita policiaca no pudieron huir. Sin darles tiempo para tomar cosa alguna, condujéronlos en automóvil a la Inspección general y de allí los embarcaron en un tren con dirección a Vera Cruz, custodiados por un piquete de soldados armados hasta los dientes. Ya en el puerto hicieronlos subir al transatlántico francés *Espagne*, alojándolos como a malhechores de última clase en las bodegas del barco en calidad de sacerdotes expulsados de Méjico y deportados, sin consentir escala hasta España su patria. Los monjes de San Juan así desechados de la nación mejicana, eran cuatro, cuyos nombres debemos estampar aquí por ser de entera justicia: D. Domingo Lerena, que ya llevaba trabajando en Méjico por la Religión y por la Orden 24 años; D. Timoteo Ortega, 7; D. Plácido Aseguinolaza, 5, y, finalmente, D. Cecilio Gutiérrez, 2 años.

Durante el trayecto de Méjico a Vera Cruz y a la Isla de Cuba y de allí a España, llevaron por compañeros a 14 religiosos de distintas órdenes, expulsados como ellos de Méjico por mandato del presidente Calles, con el único crimen de ser religiosos y sacerdotes españoles. Los cuatro monjes deportados fueron cariñosamente atendidos por el Sr. Arzobispo y católicos de La Habana, alcanzando que no se les obligase a continuar el viaje en las infames bodegas del

Espagne. Así pudieron llegar a su patria a bordo del transatlántico español Alfonso XIII.

Mientras los monjes expulsados regresaban a su monasterio, la chispa antirreligiosa que saltó el 10 de febrero, iba convirtiéndose en hoguera de odio contra todo lo que fuese o revelase religión. El superior de San Juan de Dios, entonces D. Nicasio García, por una verdadera casualidad no fué preso por los agentes de Calles, pues se disponía a entrar cuando sacaban de la casa a sus compañeros. Tampoco fué molestado el hermano Antonio, quien inmediatamente telefonó a la casa de San Rafael informándoles de lo que allí acababa de ocurrir. El superior de San Rafael, D. Carlos Azcárate, dió en seguida cuenta a su comunidad de lo que pasaba y, por lo desagradable que pudiera suceder, dispuso que cada cual tomase sus precauciones.

Desde ese instante todos los cinco monjes que allí vivían debieron permanecer ocultos, esquivando las pesquisas que practicaban para detenerlos los agentes del Gobierno. Al cuidado de la iglesia logró quedarse un hermano, en la que celebraba el culto un sacerdote mejicano, hasta el 31 de julio en que fué promulgado el entredicho a toda la nación. No obstante, los fieles, dirigidos por el hermano que allí permanecía en su puesto o por personas piadosas, continuaron practicando ciertos ejercicios de devoción. Cosa parecida sucedió en la Iglesia de San Juan, si bien no había quedado en ella ningún miembro de la comunidad.

Los monjes se han visto ostensiblemente favorecidos por la divina Providencia durante el período de la persecución; pues pudieron vivir casi siempre bajo un mismo techo, practicando del modo más ajustado la vida regular. Celebraban a diario la Santa Misa, prestando los servicios de su sagrado ministerio en las casas de los católicos mejicanos que lo solicitaban.

Con el cambio de gobierno en 1929, y después de ciertos arreglos entre la Iglesia y los poderes de la nación, el culto católico quedó restablecido en los templos. En consecuencia, también los monjes benedictinos han vuelto a sus antiguos puestos, en los cuales continúan hasta el presente.



V

**EL PRIORATO DE SAN BENITO
DE BUENOS AIRES**

SUMARIO:

1. Ensayos de una fundación en Bellocq.—2. Su traslación a Buenos Aires; la nueva residencia de la calle de Olleros.—3. Gestiones para la fundación de un gran monasterio; sus favorables resultados. La capilla del Santo Cristo; los nuevos edificios. El Priorato de San Benito.—4. La parroquia. Descripción de la capilla del Santo Cristo; ornamentos y alhajas. Asociaciones. La capilla de Olleros; actividades literarias; la biblioteca en formación.

BIBLIOGRAFÍA:

«PAX», Revista Litúrgico-benedictina (Buenos Aires, 1921-1928).—*Boletín de Santo Domingo de Silos* (1914-1923).—*Boletín de Información Benedictina* (1926-1929).—*Centro de Estudios Religiosos para señoras y señoritas de Buenos Aires* (1919-1926).—*Futura Abadía benedictina de Buenos Aires* (1924).—*Capilla Benedictina del Santo Cristo: Horario de los Cultos; Asociaciones.*



1. Deseosos los monjes de la vieja abadía castellana de Santo Domingo de Silos de implantar y extender la Orden Benedictina por la América Española, habían ya fundado las dos casas de San Juan de Dios y de San Rafael en la ciudad de Méjico, más la de Nuestra Señora de Guadalupe en Saltillo. La revolución que estalló en 1914 en aquel país, obligóles a cerrar casas e iglesias, alejándolos de allí temporalmente.

No se desanimaron por eso el abad y los monjes de Silos; y ya que por el momento no podían seguir trabajando en la República Mejicana, orientaron sus miras hacia la República Argentina, adonde fué enviado a principios del mismo año el R. P. D. Fermín de Melchor. Después de varios meses de inútiles trabajos, dicho Padre trabó relaciones con la familia Bellocq, la cual le ofreció un refugio en Santa María de Bellocq, estancia situada en la provincia de Buenos Aires, partido de Carlos Casares, distante 360 kilómetros de la Capital Federal. La referida estancia tenía una capilla y una casa con todas las comodidades propias del campo argentino. A su alrededor se extendía un terreno laborable de unas 100 hectáreas.

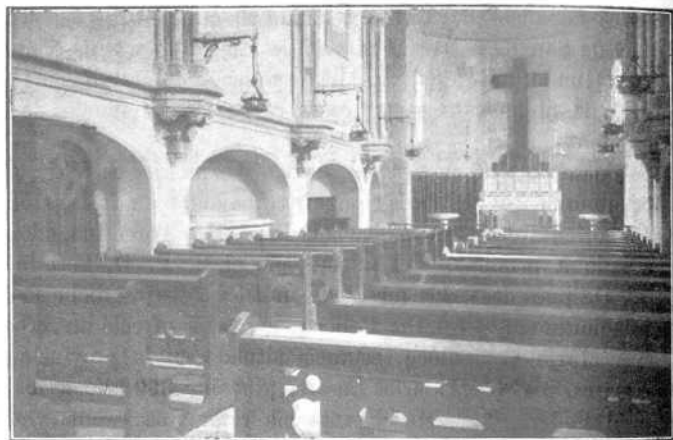
El R. P. Fermín de Melchor tomó posesión de la estancia de Santa María de Bellocq, en nombre de la abadía fundadora, el día 8 de diciembre del apuntado año 1914. Pronto se le unieron varios monjes procedentes de Silos y de Méjico.

2. Instalada, por vía de ensayo, la incipiente comunidad en Bellocq, hiciéronse seguros tanteos para cimentar sobre firmes bases la comenzada fundación; pero al cabo de dos años, y en vista de las insuperables dificultades que por motivo del aislamiento de lugar se presentaban, los monjes de Silos, con gran pesar suyo, lo mismo que de la virtuosa familia Bellocq, viéronse precisados a abandonar aquel lugar poco indicado para dar expansión a sus ideales.

Así pues, en julio de 1916 se instalaban en Buenos Aires, Capital, ocupando un modesto local de la calle Colpayo, número 69. En espe-

ra de una coyuntura favorable para realizar sus planes, desempeñaban varias capellanías, ayudaban a los párrocos vecinos y daban conferencias científicas y religiosas en algunos centros de la ciudad.

Así transcurrieron tres años más. Por fin, después de repetidas tentativas, lograron encontrar una capilla con su correspondiente casa, las cuales, aunque de reducidas proporciones, parecían indicadas para dar comienzo a la obra que a la República Argentina les había llevado.



BUENOS AIRES. Interior de la Capilla del Santo Cristo

La casa y capilla referidas estaban situadas en el Barrio de Belgrano, calle Ollereros, número 2342, propiedad del joven Vicentino D. Adolfo Tornquist, quien la cedió en usufructo a la Conferencia titulada «Nuestra señora del Perpetuo Socorro». Ocupáronla algunos sacerdotes italianos, hasta el momento en que, por iniciativa de Monseñor Perazo, Vicario General entonces del Arzobispado, fué entregada a los monjes Benedictinos por don Antonio Solari, presidente de la aludida Conferencia, previa la autorización de la Curia diocesana y escrituración legal de su dueño Sr. Tornquist. Los nuevos propietarios tomaban posesión de esta residencia el 1.º de octubre de 1919.

Instalados ya en casa independiente y capilla propia, los monjes

de Silos inauguraron con toda pompa la celebración del Oficio divino, cantando desde entonces todos los días la Misa conventual y las Vísperas. La dignidad con que se celebraban las ceremonias litúrgicas fué llamando poco a poco la atención en toda la Capital Federal. En la capilla se organizaban conferencias de carácter litúrgico, y se celebraban todas las funciones religiosas dentro de un ambiente marcadamente benedictino. El 5 de abril de 1921 hacían su oblación los primeros «Oblatos benedictinos» en Buenos Aires, cuyo número había de crecer notablemente en lo sucesivo.

Los monjes, que antes se habían encargado de dar clases de Canto Gregoriano en el Seminario Conciliar, y en varios colegios, emprendieron otras de liturgia e historia eclesiástica en el «Centro de Estudios Religiosos», publicando, además, artículos en revistas de la capital con el único fin de dar a conocer la liturgia y la historia de la Orden Benedictina. En 1921 aparecía el primer número de «PAX», hojita mensual litúrgico-benedictina, la primera publicación de su género en la República.

3. Mientras los monjes se dedicaban con fruto a estas y otras similares tareas, no descuidaban las ocasiones para poder asentar las bases de la futura abadía que se proyectaba levantar. A resolver este problema se encaminaron todos los trabajos de los dos primeros superiores, los padres D. Fermín de Melchor y D. Andrés Azcárate. La providencia principal que se imponía era la adquisición de un terreno espacioso para poder dar a la idea toda la expansión requerida. Entusiasmáronse varias distinguidas personas con el proyecto y formóse una comisión de entre ellas con el exclusivo encargo de allegar recursos para comprar el terreno que se necesitaba. Las gestiones viéronse coronadas por el éxito y en 1920 se adquiría un hermoso solar de 4.666 metros cuadrados, situado en las Barrancas de Belgrano, al que el Sr. Adolfo Tornquist añadió generosamente 8.834 metros cuadrados más, que eran propiedad suya. La elección de aquel lugar no podía ser más acertada para el fin que se perseguía. Una pequeña loma, levantada sobre la inmensa llanura de la capital argentina, desde donde se divisan las aguas del Río de la Plata, poblada de árboles corpulentos y adornada de césped y flores. Está limitada por la avenida Luisa María Campos y las calles Villanueva y Maure.

Dueños de terreno tan a propósito para realizar sus planes, los

benedictinos trabajaron para ponerlos en vías de hecho. El P. Eleuterio González, monje de la casa, trazaba los planos de la iglesia y monasterio. Ambos edificios serían grandiosos por su arquitectura; la iglesia, de estilo románico, de tres naves, con capillas laterales, crucero, ábside y coro espaciosos, girola, cúpula, triforium, y dos torres. Como se ve, los proyectos eran vastísimos y los benedictinos debían ir realizándolos poco a poco. Púsose, sin embargo, la primera piedra el 5 de octubre de 1920, y el 22 de diciembre de 1925, siendo superior el P. Nicolás Rubín, el Rmo. D. Luciano Serrano, abad de Silos, abría al culto la Capilla del Santo Cristo, que corre al costado derecho del ábside de la futura iglesia abacial.

En enero del mismo año comenzó la construcción del monasterio y en mayo ya estaba terminado el primer piso, pudiéndose trasladar a él los monjes, desde Olleros, el 20 de dicho mes, víspera de la Ascensión. Habíanse visto cumplidos sus deseos y ya sólo faltaba ir perfeccionando la obra.

Viendo la marcha próspera de la fundación, el abad de Silos la elevaba a la categoría de Priorato simple el 28 de junio de 1926, siendo nombrado primer prior D. Andrés Azcárate, que ya había sido superior varios años seguidos. En octubre de 1927 fué reemplazado por D. Fermín de Melchor. Finalmente, en 1930, y considerando el desarrollo adquirido, la fundación de Buenos Aires mereció alcanzar la independencia total, siendo el primer priorato independiente de todas las fundaciones de Silos. Componen la comunidad diez religiosos, de ellos ocho sacerdotes, y dos hermanos legos. Para reclutar personal, sostiene, en el Santuario de Nuestra Señora de Estibaliz (España), un grupo de jóvenes que se preparan para vestir el hábito benedictino y engrosar así el número de monjes de esta casa.

4. Los monjes del Priorato bonaerense han intensificado su labor desde que se encuentran en el nuevo monasterio, debiendo tenerse en cuenta que, desde el 1.º de enero de 1929, regentan una parroquia de más de 30.000 almas. Radica ésta en la Capilla del Santo Cristo, y tiene como ayuda la iglesita de la calle de Olleros. Esta última ha sido entregada por vía de ensayo, por el plazo de tres años, a partir de 1929, a las Hijas de María Inmaculada del Servicio doméstico.

En ambos templos se celebra con esplendidez el Oficio litúrgico,

dando así una lección práctica en la gran urbe de la República Argentina, y realizando a la vez un intenso apostolado.

La construcción de la Capilla del Santo Cristo débese a la generosidad de una distinguida familia. Es de depurado estilo románico, y mide 25 metros de largo por 7 de ancho y 10 de alto. Diez vistosas vidrieras policromadas, que representan santos y personajes de la Orden Benedictina, dan luz a todo el artístico conjunto, revestido de serena gravedad. En el fondo del ábside se ve una cruz de mármol rojo, sobre la cual se destaca la imagen de Jesús Crucificado. En sus extremidades sobresalen unos artísticos medallones que llevan representadas las figuras del Padre Eterno, de la Santísima Virgen y de San Juan Evangelista.

De los dos altares laterales, está dedicado a la «Reina de la Misericordia» el del lado del Evangelio, y a San Benito, Abad, el de la Epístola. Las mesas de altar están formadas de una

losa monolítica sostenida por cuatro columnitas. Los retablos son de un gusto exquisito; cada uno de ellos consta de tres placas de bronce encuadradas en un marco liso de piedra, y en bajorrelieve aparecen las imágenes de los santos representados. Tanto los altares como los bajorrelieves son obra del P. Eleuterio González y del escultor señor Portas, que se han inspirado en las pinturas de la escuela benedictina de Beuron.

El mobiliario y los demás ornamentos y alhajas del culto van en armonía con el gusto que ha presidido en la obra de la capilla. Todos



BUENOS AIRES. Monasterio en construcción y ábside de la Capilla del Santo Cristo

ellos —al decir de un testigo ocular— son de lo más hermoso y rico que tiene Buenos Aires. Merece señalarse en particular una vistosa custodia de plata y oro, adornada de 98 piedras distribuidas desde su base hasta el remate de la cruz. Un acabado órgano eléctrico, estrenado el 21 de marzo de 1927, completa el escogido ornato de la Capilla del Santo Cristo, a la que acuden cada día más numerosos los fieles, ávidos de oír el canto gregoriano y de gustar las bellezas litúrgicas.

En la Capilla del Santo Cristo han establecido los benedictinos varias asociaciones, algunas de ellas muy prósperas. Son las principales: «Los Oblatos seculares de San Benito»; el «Apostolado de la Oración»; la «Corte de María»; la «Asociación de Hijas de María»; la «Cofradía de Ánimas»; la «Academia Benedictina de Maestras», y la «Obra catequístico-escolar».

A pesar de las múltiples atenciones que reclama el servicio de tan vasta parroquia, los monjes de Buenos Aires no han descuidado las tareas anteriormente emprendidas, tan en consonancia con las tradiciones de la Orden y de la Abadía fundadora.

«PAX», aquella hojita que salió a luz por vez primera en 1921, se ha convertido desde 1927 en una elegante revista ilustrada litúrgico-benedictina. En sus páginas publicanse trabajos sabios e interesantes. En 1923 tradujeron los monjes de Buenos Aires el libro *Religio Religiosi*, del Cardenal Gasquet, benedictino, como recuerdo de la visita que hizo a la capital. En 1926 publicaba D. Clemente Martínez su obrita *Para mejor ganar el Jubileo*, que alcanzó a ver varias ediciones. Algunos de los monjes colaboran en buen número de revistas de la capital; señalaremos únicamente las *Instrucciones Litúrgicas*, de D. Andrés Azcárate, que desde hace algunos años aparecen en la leída revista «Noel». En 1929, el P. Julián Alameda publicó su primer tomo sobre las *Iglesias de Oriente*, y una interesante *Vida de San Benito*. En 1930 aparecía el *Guía litúrgico para las Misas de los niños*, obra del padre don Andrés Azcárate.

En el Seminario continúan dando clases de canto gregoriano, y en el Centro de Estudios Religiosos explican Liturgia e Historia Eclesiástica.

Buena prueba del amor por los trabajos intelectuales de los Monjes de Buenos Aires la encontramos en la escogida biblioteca que están formando.

Podemos, pues, afirmar con toda verdad que la fundación de Silos en la capital de la República Argentina está ya cimentada sobre terreno firme. Ahora sólo falta que, aumentando su radio de acción con el número de monjes, sea pronto una realidad la construcción de la magnífica iglesia proyectada, y que los edificios del monasterio, ya en parte construido, se vayan levantando, en la certeza de que cuando estén terminados, será uno de los monumentos más artísticos de Buenos Aires. Con esto, la obra de los benedictinos podrá llegar a su perfecto grado de desenvolvimiento.

1870
1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900



VI

**EL PRIORATO DE NUESTRA SEÑORA
DE MONTSERRAT DE MADRID**

SUMARIO:

1. Ensayo de una fundación en Madrid de la Abadía de Silos. Adquisición de la iglesia de Nuestra Señora de Montserrat.—2. Erección de la residencia en Priorato; inauguración de un pequeño monasterio y de toda la iglesia restaurada.—3. Ocupaciones de los monjes. La Cofradía de Ánimas y la Visita Domiciliaria de la Virgen del Carmen.—4. Ojeada a la antigua historia del Montserrat de Madrid. La odisea de los monjes que fueron expulsados del Montserrat catalán; su instalación en Abroñigal.—5. Gestiones de Felipe IV a favor del nuevo monasterio; dotación; prerrogativas.—6. Se intenta trasladar los monjes al interior de la villa; dificultades; traslación definitiva a la calle de San Bernardo; erección en Abadía.—7. Construcción de iglesia y monasterio. Vicisitudes del Montserratico en los siglos sucesivos; expulsión de los monjes y destino del edificio hasta nuestros días.—8. Descripción de la iglesia.

BIBLIOGRAFÍA:

Sucesos del Gran Santuario de Nuestra Señora de Montserrat. Salida del Padre Abad y de sus Religiosos. Entrada en la Corte y Mercedes que el Rey Nuestro Señor les ha hecho.—Escritura de fundación que otorgó el Rey D. Felipe IV del nuevo Montserrat de Madrid (impreso). (Ambos documentos figuran en el Vol. 16 del Archivo de la Cong. de San Benito).—*Relación histórica de los principios, progresos y motivos de la fundación del Real Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat de Madrid*. (Comprende los folios 3.330-3.336 del «Manuscrito español» 3.217 de la Biblioteca Nacional de París; escritura de principios del siglo XVIII. Fué de los manuscritos que desde España se enviaron a Mabillon para la redacción de sus *Annales O. S. B.* Lo ha publicado recientemente el P. Anselmo Albareda, en *Analecta Montserratensis*, Vol. IV; (año 1920-1921) —Antolín Pablos, O. S. B., *La Iglesia de Nuestra Señora de Montserrat de Madrid*, en *Bol. de Información Benedictina*; noviembre-diciembre 1927. — Manuel Pérez Villamil, *La Iglesia de Santa María la Real de Montserrat, sita en esta Corte*, en *Bol. de la Real Academia de la Historia* (1914, t. LXV).



1. En 1914, el mismo año en que se iniciaba la fundación de Buenos Aires, la abadía de Santo Domingo de Silos enviaba a la capital de España a algunos de sus monjes. Al enviarles a Madrid, sólo pretendía el Rmo. Abad Silense Dom Guépin proporcionar un director a las monjas benedictinas de San Plácido, y al mismo tiempo una pequeña residencia a los monjes de su monasterio para perfeccionarse en algún ramo del saber o para completar trabajos de erudición. Vivían en un piso de una casa de vecindad de la calle del Pez y celebraban Misa en la iglesia de las monjas de San Plácido. Fué el primer superior de aquel pequeño núcleo monástico el R. P. D. Leandro Pérez Quirantes. El personal fijo se dedicaba a la dirección espiritual de algunas comunidades religiosas, a la predicación y también a la divulgación de la liturgia y del canto gregoriano. De cuando en cuando llegaban por breve tiempo algunos monjes estudiosos procedentes de Silos. Los monjes de la calle del Pez ostentaban, además, el título de «Procura general de los Benedictinos Españoles».

En esta situación siguieron viviendo hasta 1918. Las nuevas orientaciones que entre tanto se fueron presentando, animaron a los monjes de Silos a acariciar la idea de una fundación en toda forma. Animábales a ello el recuerdo de las antiguas e importantes casas que tuvo la Orden Benedictina en Madrid, principalmente la abadía de San Martín que fué fundación y dependencia de la de Silos, y también la conveniencia de que la Orden contase en nuestros días con alguna casa en la Corte.

Después de muchos ensayos y tanteos, fijaron sus ojos los monjes de Silos en la antigua iglesia de Nuestra Señora de Montserrat, sita en la calle Ancha de San Bernardo, núm. 81, propiedad en otros tiempos de los Benedictinos. A raíz de la exclaustración de 1835 la iglesia fué clausurada y el monasterio contiguo destinado a cárcel de mujeres. Este estado de cosas presentaba sumamente difícil el éxito feliz de la empresa; pero los benedictinos de Silos no desmayaron.

En el año 1918 empezó a abrirse el horizonte. Una Real Orden, firmada por el Sr. Conde de Romanones, les encomendaba la iglesia que ellos deseaban, a título de custodios, pues por su maravillosa portada barroca había sido declarada monumento nacional. El P. Leandro era el que llevaba oficialmente el nombramiento de conservador del edificio.

Adquirido el derecho sobre la iglesia de Montserrat de la calle de San Bernardo, vieron los monjes silenses que les convenía establecerse lo más pronto posible en casa independiente. Las dificultades no eran ni escasas ni pequeñas: porque, ¿adónde improvisar el monasterio? Con el antiguo no había que contar por el momento, ocupado como estaba por las presas y por las religiosas al servicio de la cárcel, quienes, además, disponían libremente de la iglesia. Aunque costosa, pareció la mejor solución del problema la inmediata construcción de algunas habitaciones al lado norte y aun sobre el mismo muro de la iglesia.

El 7 de julio de 1922, siendo Obispo de Madrid-Alcalá el Excelentísimo Dr. D. Prudencio Melo, el Nuncio de Su Santidad Monseñor Tedeschini erigía canónicamente la fundación silense en la capital de España. En el mismo año abandonaban los monjes el piso de la calle del Pez y se posesionaban de su pequeño monasterio. Componíase entonces aquella comunidad de cinco monjes sacerdotes y un hermano lego. Era superior el R. P. José Antón.

Ante la imposibilidad de abrir inmediatamente al culto toda la iglesia, habilitóse tan sólo la nave de la Epístola, tirando para eso los tabiques que formaban las distintas capillas. El 16 de julio de 1923 quedaba abierta al culto esta nave lateral, convertida en iglesia bajo la advocación de Nuestra Señora del Carmen. Aunque de una manera muy modesta, los benedictinos tenían ya a su disposición iglesia y casa propias; más el desarrollo de su actuación y el desarrollo de la misma comunidad exigían un campo todavía más vasto.

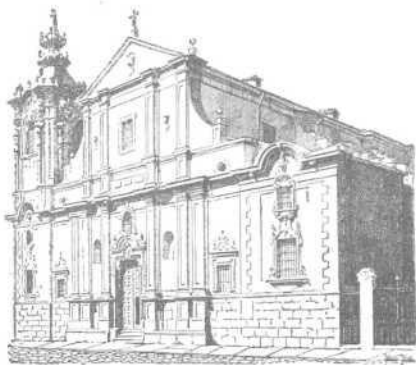
2. El 23 de mayo de 1923, la residencia benedictina de la calle de San Bernardo fué elevada a la categoría de Priorato simple. En la misma fecha entró a desempeñar el cargo de primer prior el P. D. Leandro Pérez Quirantes, quien al cabo de un año de gobierno fué sustituido por el P. D. José Antón, que es quien actualmente se encuentra a la cabeza de la comunidad. Está integrada ésta por ocho monjes sacerdotes y dos hermanos.

Por otra parte, en el número de «La Gaceta», correspondiente al 19 de noviembre de 1927, se publicaba una Real Orden entregando a los Benedictinos todo lo restante de la iglesia de Montserrat de que aun no disponían. Semejante disposición gubernamental, era un paso más hacia la consolidación de la fundación de Silos en la Corte. Sin pérdida de momento comenzáronse los trabajos de reparación, pues la acción del tiempo al cabo de tantos años había dejado sentir sus destructores efectos. El 24 de junio de 1928 quedaba solemnemente reintegrada al culto, mediante la celebración de un triduo y una concurren-rida ceremonia religiosa.

3. Las ocupaciones a que los monjes de Madrid consagran sus energías son idénticas a las que están consagradas las de los monjes de la Abadía de Silos y de las otras fundaciones suyas. Celebración solemne del culto litúrgico y propaganda del mismo; estudios de erudición, predicación sagrada,

confesonario y dirección de varias comunidades religiosas. Dos asociaciones principales reclaman la atención de la Comunidad de Madrid: la Cofradía de Ánimas y la Visita Domiciliaria de Nuestra Señora del Carmen. La primera, que es simplemente una filiación de la erigida en Silos, fué establecida provisionalmente, en diciembre de 1916, en la iglesia de las Benedictinas de San Plácido, con la autorización del Ilmo. Sr. D. Salvador Barrera, obispo entonces de Madrid-Alcalá. En 1923 quedó definitivamente aprobada por el Excmo. Sr. D. Leopoldo Eijo y Garay y trasladada a la iglesia de Montserrat de la Corte. Esta Cofradía cuenta al presente con un total de cerca de diez mil socios perpetuos y veintiocho mil quinientos anuales.

La Visita Domiciliaria de la Virgen del Carmen inicióse en el año 1919 bajo la dirección de los Benedictinos, en especial del P. Ti-



MADRID. Vista exterior de la Iglesia de Nuestra Señora de Montserrat

moteo Ortega, y con el decidido apoyo de D.^a Amparo de Blas, su más entusiasta propagadora. Un decreto del Excmo. Sr. Eijo, firmado el 12 de junio de 1924, establecía la canónicamente en la iglesia de Montserrat. Tan halagüeño ha sido hasta ahora el éxito de esta piadosa asociación, que en sus listas figuran ya 135 coros, y como quiera que cada uno de estos coros está formado por treinta familias, resulta que el número de las que están inscritas se eleva a 4.050. Las limosnas recolectadas entre los socios de esta asociación y la de Ánimas se destinan a la celebración de Misas y funerales por los fieles difuntos.

He ahí trazado en pocas palabras el origen y posterior desenvolvimiento de esta nueva fundación de la Abadía de Silos, fundación que, con derecho, merece llamarse ya sucesora del antiguo cenobio benedictino sito en la calle de San Bernardo. Por eso vamos a dar un resumen de su historia y a describir lo que es su grandioso templo.

4. Siendo rey de España Felipe IV, estalló en 1640 una lucha fratricida entre Castilla y Cataluña. Todo el Principado levantóse en armas para defender sus derechos y sus fueros. En todos los sitios estratégicos veíanse soldados, la mayoría de ellos totalmente improvisados, en actitud de defensa. Temiendo los Diputados de la provincia de Tarragona que el Marqués de los Vélez se hiciese fuerte en la montaña de Montserrat, distante de la ciudad unos 80 kilómetros, enviaron al caballero catalán Francisco de Escallar con una compañía de arcabuceros, para que se atrincherase en aquel célebre lugar. Escallar cumplió sin tardanza las órdenes que le habían sido comunicadas. Pero creyendo los habitantes del contorno que su ida a Montserrat no tenía más objeto que sacar de allí a los monjes naturales de Castilla, por propia iniciativa subieron a la montaña el segundo día de Pascua de Resurrección y atropellaron sin consideración alguna a los ermitaños que allí vivían, reuniéndolos con malos tratos en la ermita de Santa Ana, en donde les tuvieron detenidos durante todo un día. Noticioso del suceso, mandó D. Francisco de Escallar que fuesen puestos en libertad, pues no era esa por entonces su misión.

Lo que no se intentó aquella vez oficialmente, ibase a realizar al siguiente año. El 4 de enero fué comunicada a Escallar una orden terminante de los Diputados, intimando al abad de Montserrat, que

lo era entonces el Rmo. Juan Manuel de Espinosa, natural de Andalucía, para que fuesen trasladadas a Barcelona todas las joyas de la Virgen, pretextando su mayor seguridad. El Abad y todos sus monjes se negaron rotundamente a ejecutar tales órdenes, que, de momento, fueron también suspendidas por parte de los Diputados.

Sin embargo, tres días después presentábanse en Montserrat el Rmo. D. Gaspar Gisbert Amat, Abad del Monasterio de San Pedro de Galligans, D. Francisco Gomar y D. Ramón Romeu. Iban éstos, según dijo el Abad de Galligans, delegados en nombre de la Diputación y de la Ciudad para participar al Abad y monjes de Montserrat que, «los Diputados, Consellers de Barcelona y sabio Consejo de Ciento movidos de la devoción grande que tenían a Nuestra Señora y el deseo de amparar y servir en cuanto les fuese posible a los religiosos y riqueza de aquel Santuario, habiendo considerado los peligros grandes que en estos tiempos podían temerse, así del ejército con que estaba en Cataluña el Marqués de los Vélez, como de alguna gente desmandada de la misma provincia: habían deliberado de enviarle en compañía de Francisco Gomar y Ramón Romeu, para representar al Abad y todo su Convento el santo celo con que los Diputados y Ciudad de Barcelona cuidaban de aquel Santuario y que pareciéndoles ser inminentes los peligros, habían determinado para su mayor seguridad que los Padres monjes, ermitaños, novicios y frailes legos de la Corona de Castilla, junto con las joyas y tesoro de la Virgen, fuesen llevados a la ciudad de Barcelona con toda la seguridad y asistencia necesaria para que traían poder y orden de juntar la gente que fuese menester hasta levantar Somatent. Que las joyas y tesoro de Nuestra Señora se pondrían en parte segura; y que los Religiosos estarían con la decencia y buen tratamiento que su estado requiere; a que con gran voluntad se ofrecían los Diputados y Ciudad movidos de su celo, y de la obligación que tenían al Santuario de Montserrat. Que suplicaban al Padre Abad tuviese por bien que se les entregasen las joyas y tesoro, y que su Paternidad con todos sus Religiosos, Padres monjes, ermitaños, novicios y frailes legos de Castilla, fuesen en su compañía a Barcelona». (1)

El Abad y los monjes montserratinos escucharon las palabras

(1) *Sucesos del Gran Santuario de Nuestra Señora de Montserrat. Salida del Padre Abad y de sus Religiosos, etc.* Vol. 16 del Archivo de la Cong. de San Benito de Valladolid.

del Abad de San Pedro de Galligans y las cartas oficiales a que se dió lectura, pero ni el Abad de Montserrat y ni uno solo de sus monjes castellanos accedieron a las demandas de los enviados catalanes. Todos protestaron que querían vivir y morir a la sombra de la Reina del cielo y en compañía de sus hermanos.

En vista de tan decidida resolución, los comisionados procedieron a hacer el inventario y a incautarse de todas las más ricas alhajas de la iglesia y monasterio, que fueron trasladadas a Barcelona.

En cuanto a los monjes castellanos que tan poco dispuestos se mostraban a obedecer sus mandatos, los Diputados de Barcelona tomaron una resolución extrema: arrojarles por la fuerza de su monasterio e internarlos en Castilla. Después de su primera tentativa en la que nada se llevó a efecto, los Diputados de Barcelona despacharon de nuevo al Abad de Galligans para que, en compañía de Escallar, procediese a la expulsión de aquellos monjes que rehusaren trasladarse de grado a Barcelona, pues si así obraban era sólo «atendiendo a la mayor conservación de la provincia de Cataluña, beneficio público y particular, para que los castellanos en su tierra y los catalanes en la suya cada uno sin perjuicio de tercera persona pudiese mirar por su patria». En su orden de expulsión declarábase que no estaban comprendidos los Padres ermitaños de Castilla, ni tampoco los Padres monjes, ermitaños ni frailes del Reino de Aragón, Valencia y Navarra. Mas, sin embargo, nadie de los así exceptuados quiso quedarse y, con su abad a la cabeza y el P. Alonso Cano, Presidente del Monasterio de San Feliu de Guixols, que allí se encontraba y que era molestado también por ser castellano, todos los monjes interesados en aquel asunto volvieron a declarar que no se moverían de aquel Santuario si no intervenía la violencia.

Dilucidados todos los extremos de una parte y de otra, fijóse para la salida el día 23 de Febrero de aquel año 1641. Después de una solemnisima función religiosa con Misa cantada ante la imagen de la Virgen, y después de una conmovedora despedida que se tuvo en la Sala Capitular, emprendieron la marcha hacia su tierra los religiosos expulsados. Componíase aquella caravana monástica, además del Rmo. P. Abad Juan Manuel de Espinosa, de treinta y tres monjes, seis ermitaños, catorce frailes legos y tres niños escolares, en total 56 individuos, a quienes no se les permitió sacar cosa alguna más que sus hábitos y alguna ropa interior para mudarse.

Era digno de ver el convento ambulante que caminaba en perfecta formación detrás de la imagen de Nuestra Señora de Montserrat, pintada sobre un lienzo, y custodiados por un piquete de soldados que la Diputación barcelonesa había puesto a su disposición. Después de pasar por Igualada y Lérida, dieron vista a Fraga donde ya había gente del Rey de Castilla, que se hizo cargo de los monjes expulsados. Desde Fraga pasaron todos a Zaragoza, donde descansaron cuatro días. Allí escribió el Abad a Felipe IV, dándole cuenta detallada de todo lo sucedido. En cuanto el rey tuvo noticia de lo que pasaba, quiso generosamente tomar como suya la causa de aquellos pobres desterrados que, al fin de todo, eran desterrados por ser súbditos suyos. Dictó, pues, en seguida urgentes disposiciones para que se adquiriese en su justo precio una hermosa quinta que el Condestable de Castilla poseía en el lugar llamado Abroñigal, a media legua corta de Madrid. Dió el rey 8.000 ducados para disponerla en forma de monasterio y dotarla de lo más indispensable para el culto divino y servicio de los monjes.

Los monjes desterrados tuvieron muy pronto noticia de las buenas gestiones que Felipe IV estaba haciendo a su favor y de que serían por él muy bien recibidos en la Corte. Se despidieron, pues, de Zaragoza, cuyos habitantes tan obsequiosamente les habían atendido, y el día 17 de marzo llegaron a Alcalá. Como aun no estaba del todo habilitada su futura morada de Abroñigal, detuviéronse en esta ciudad ocho días. El día 25 de marzo, que era Lunes Santo aquel año, hicieron su entrada en Madrid. Tras un corto descanso en la abadía de San Martín, pasaron a besar la mano al rey y desde palacio, rodeados de un gran concurso de nobles y de gente del pueblo, se trasladaron al nuevo monasterio, cantando un solemne *Te Deum*. No se quedaron en Abroñigal más que los Monjes y Hermanos legos, pues los Padres Ermitaños pasaron a ocupar la ermita de San Antonio del Real Sitio del Retiro que el Rey ponía generosamente a su disposición.

5. Desde el primer momento en que el Rey había tomado por su cuenta la instalación de los monjes castellanos expulsados de Montserrat, concibió la idea de fundar un monasterio, al menos de una manera provisional, que fuese en todo la reproducción del gran Santuario catalán, hacia cuya Virgen sentía extraordinaria devoción. Animado de tales sentimientos designó al Comisario regio don Jeró-

nimo de Villanueva para que, en unión del Rmo. P. Gabriel de la Riva de Herrera, General de la Congregación Vallisoletana, concertase todo lo concerniente a la nueva fundación benedictina en la Corte.

Las partes concertantes dispusieron que el nuevo monasterio fuese puesto bajo la advocación de Nuestra Señora de Montserrat, según eran los deseos del Rey, perteneciéndole a éste exclusivamente el patronazgo, por lo cual se pondrían en las principales puertas las armas reales. La regla que en él se guardaría había de ser la de San Benito de la manera que se profesaba en el Montserrat de Cataluña y que para no dejar lugar a dudas se especifica en la misma escritura de fundación, añadiendo a continuación: «Es voluntad del Rey precisa e indispensable haya en él siempre, por lo menos, doce hijos de profesión y hábito de la casa antigua de Montserrate, y que haya de ser un cuadrienio Abad hijo de la dicha casa y otro hijo de toda la Religión, incluyéndose en ella la misma casa de esta fundación. Y se advierte que, el cuadrienio que fuere Abad hijo de la casa de Montserrate antigua, haya de ser el Prior de la Religión o del Convento de esta fundación. Y al contrario cuando el Abad que fuere en él, y fuere hijo de la Religión o de esta casa, el Prior ha de ser hijo de la casa antigua de Montserrate».

En la dotación que el Rey hacía a los monjes figura la misma quinta de Abroñigal, «con todo lo labrado y edificado en ella y sitios que le pertenecen, y muebles y menaje, y ornamentos y demás cosas que en ella están, sin reservar en sí cosa alguna más del derecho tocante y perteneciente al patronazgo de la dicha casa»... También les promete para su sustento 500 ducados de vellón al mes entretanto haga a su favor una fundación de 6.000 ducados de la misma moneda. Los Padres Ermitaños también debían participar de estas rentas, además de tener como suyas las ermitas del Buen Retiro, en las que debían llevar el mismo género de vida que en las de la montaña montserratina. En pago de su largueza, exígeles el Rey a todos los monjes ciertas obligaciones piadosas de Misas y oraciones. También se apunta que la fundación sería en tiempo oportuno erigida en Abadía, perteneciéndole al Rey hacer la presentación de los candidatos para desempeñar el cargo abacial. Todo lo estipulado en la escritura de fundación fué aprobado por Felipe IV encontrándose en Cuenca el 15 de junio de 1642.

6. Mientras se llevaban a cabo estas gestiones, no todo marchaba a pedir de boca en la nueva fundación, pues varios eran los enemigos que en su contra se habían levantado. Era el primero el sitio mismo del arroyo de Abroñigal en donde estaba enclavado el improvisado monasterio. Tan poco salubre era su clima que en breve tiempo se resintió la salud de casi todos los monjes y hasta se registraron algunas defunciones. En vista de esto, dirigióse al Rey el P. Juan Manuel de Espinosa, que desde el Capitulo general de la Congregación celebrado en abril de 1641 seguía gobernando la casa. Escuchó Su Majestad las justificadas quejas que se le exponían y, sin pérdida de tiempo, dispuso que se buscara un lugar más a propósito para instalar a los monjes. El 17 de marzo de 1643 publicaba el Rey un decreto encargando a don Pedro Valle de la Cerda para que comprase unas casas en la calle de Alcalá y trasladase a ellas a los moradores de Abroñigal. Cuando ya todo estaba dispuesto para efectuar el traslado, fué presentada en el Consejo de Castilla una demanda firmada por los Padres Agustinos Recoletos, quienes suplicaban no tuviesen efecto alguno las gestiones hechas para el traslado de los Benedictinos a la nueva residencia, pues se les seguirían a ellos graves perjuicios.

La demanda presentada surtió los deseados efectos porque tenía un buen padrino en el Canciller de Castilla que desde un principio se había declarado en abierto adversario de la fundación benedictina. Hasta llegó a conseguir que sus monjes fuesen distribuidos en distintos monasterios de España; determinación que casi resultó fatal para el nuevo Montserrat. Sólo la invicta energía del P. Juan Manuel de Espinosa conjuró el peligro, y la fundación pudo seguir adelante, no sin haber experimentado antes alguna animadversión por parte de los monjes del Montserrat de Cataluña.

Pasado un período de tantas contrariedades, presentóse más sereno el porvenir de la nueva fundación, y el Rey pudo tener la seguridad de realizar tranquilamente todos sus planes. En el Capitulo de la Congregación del año 1645, fué nombrado Superior General el P. Juan Manuel de Espinosa, el incansable sostén de aquellos monjes que después de sufrir la expulsión de su monasterio, no habían disfrutado en Madrid de un verdadero momento de tranquilidad. Entró a sucederle en la Presidencia de la casa su hermano el Padre Luis Manuel de Espinosa, que desempeñó el cargo hasta 1649 en el



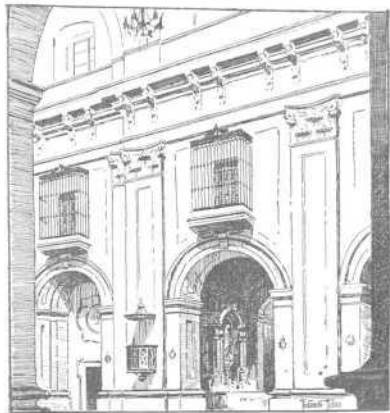
que de nuevo fué restituido su hermano al dejar de ser General. Su promoción al Obispado de Urgel le apartó para siempre de aquel amado monasterio, confiado nuevamente al cuidado del P. Luis Manuel.

El P. Luis Manuel fué el que consiguió en 1645 la traslación definitiva de los monjes al interior de la Villa. Con la aprobación del Rey compráronse unas casas situadas en la calle Ancha de San Bernardo: pero ante el miedo de que no sucediese lo que la vez pasada, se hizo correr la voz de que se compraban para hospedería. Cuando ya todo estuvo dispuesto, escogióse la noche del 31 de octubre para efectuar el traslado. Con las mayores cautelas se dió comienzo a la tarea a eso de las dos de la mañana. Llevóse la imagen de la Virgen, los utensilios del culto y hasta se colocó una campana que, en medio de la estupefacción general, llamaba a los fieles al siguiente día a una Misa solemne. Pronto llegó la noticia de tan osado proceder a oídos del Canciller de Castilla, quien coreado por el Cardenal Sandoval — que creía menospreciada su jurisdicción — y por los Premostratenses de San Joaquín y las Carmelitas de las Maravillas — que tenían próximos sus conventos y se creían perjudicados —, presentaron al Rey sus enojadas quejas. Pero el Rey no se arredró esta vez como las anteriores, y para evidenciar que aprobaba todo lo hecho, pasó a visitar a la Virgen y a los monjes de aquel monasterio que, andando el tiempo, sería llamado el *Montserratico*.

No obstante, las partes que se creían perjudicadas, seguían acumulando cargos, especialmente el Cardenal Arzobispo Sandoval, llegando a ordenar, bajo severísimas penas, que se quitase el Santísimo y se demoliesen los altares. Mas habiendo presentado el enojoso pleito ante el Nuncio de Su Santidad, quedó zanjado a favor de los monjes. Además, Felipe IV, como queriendo celebrar el triunfo, se dirigió al Papa por medio de su embajador Tribulci, para que expidiese la Bula de erección en Abadía del Montserrat de Madrid, confirmando sus privilegios. El 18 de septiembre de 1654 publicaba Inocencio X la Bula de erección que se le pedía. Como en ella no estaban aclarados algunos de los extremos que le interesaban, pidió el Rey otra nueva Bula, que fué expedida por el Papa Alejandro VII con carácter definitivo. El Capítulo General de la Congregación Vallisoleтана de 1656 se hizo cargo del reciente estado de cosas en la fundación de Madrid y aprobó el nombramiento del P. Juan Barreda

para primer abad. Entre los sucesores de éste, merece citarse el Rmo. P. Benito Salazar, profeso del Monasterio de San Millán de la Cogolla y que después de haber desempeñado el cargo de Superior General de la Congregación, fué elegido abad de esta casa en 1681. Al siguiente año fué nombrado Obispo de Barcelona, diócesis que gobernó con mucho tino.

7. El Montserratico fué desenvolviéndose paulatinamente, siendo sus religiosos muy apreciados en la Corte. Al lado de las casas en que fueron instalados a costa de Felipe IV, se iba levantando un monasterio en forma con su iglesia que, por los vastos planes que se habían trazado, prometía ser magnífica. La penuria económica de aquellos tiempos no permitió llevarla a su estado de perfección arquitectónica, pues en 1720 se trasladó la imagen de Nuestra Señora a la parte que se había construido, formada por una nave central y dos laterales.



MADRID. Un detalle del interior de la Iglesia

Las revueltas políticas del siglo XIX vinieron a empeorar las cosas. Primeramente, los franceses dejaron casa e iglesia en un estado lamentable. Cuando se retiraron, pudiéronse habilitar cinco celdas y la iglesia, pero en malísimas condiciones, pues hasta el único cáliz con que se decía Misa era prestado y lo mismo todos los demás ornamentos y servicio de altar. Apenas empezada la restauración, salió el decreto de 1820 contra las órdenes religiosas. Dispersos ya los monjes del Montserratico, quedóse sólo el abad P. Pablo Colmenares con un criado, evitando así que los vecinos se apoderasen de lo poco que aun había. Pero a principios de mayo de 1821 presentáronse los Padres de San Gil dando al abad tres días de término para que dejase casa e iglesia a su disposición. El P. Colmenares no tuvo más remedio que alejarse de allí, mientras contemplaba cómo los Padres Gilistas disponían las celdas y amueblaban la iglesia a su sabor. Con

el advenimiento de la Regencia se consiguió una orden expulsando de allí a aquellos intrusos, aunque hubo que abonarles 10.000 reales que exigían por las mejoras que habían introducido.

Dueños otra vez de la iglesia y del monasterio, los benedictinos reunidos, en número de ocho, se entregaron a la restauración de tanta cosa destrozada como encontraron, alhajando la iglesia con mucho gusto.

La exclaustación de 1835 vino a alejarles definitivamente de aquel monasterio con tantas fatigas fundado y sostenido. En 1836 pasó el edificio a ser propiedad de la Junta de Prisiones, destinándole a galera de mujeres. En 1851 se incautó de iglesia y casa el ministerio de Gracia y Justicia. Isabel II se lo ofreció en 1854 a Sor Patrocinio, quien vivió allí con sus monjas hasta la revolución septembrina, fecha en que de nuevo se destinó a cárcel de mujeres. Desde entonces hasta nuestros mismos días tiene el mismo destino, a excepción de la iglesia, que ha pasado otra vez a manos de los benedictinos.

8. La construcción de esta iglesia, que es una de las mejores de Madrid, comenzó en 1668, colocando el Rey la primera piedra. Cesaron las obras en 1720, pero el templo quedó incompleto. Los planos fueron trazados por el maestro Combonel bajo la inspiración de Felipe IV. Debía tener forma de cruz latina, pero no llegó a hacerse más que hasta el arranque del crucero, de modo que sólo consta actualmente de la nave central y de las dos laterales. En su exterior llama la atención la airosa torre, única de las dos que debían haberse levantado, además de la gran cúpula central que tampoco se construyó. Es de exquisita elegancia el movimiento de líneas que ostenta esta torre. Sobre el cuerpo principal en que se abren cuatro grandes troneras descansan dos cupulitas rematadas por una atrevidísima flecha. La portada de ingreso, que mira a la calle de San Bernardo, modelo único de su estilo, es obra del arquitecto Pedro de Ribera, que supo dejar en ella el más fino gusto del barroco madrileño.

El interior del templo no desentona lo más mínimo de la buena impresión que la vista ha recibido al contemplar su silueta externa. En el centro se yerguen cuatro robustas pilastras que sirven de apoyo a tres arcos, línea divisoria de la nave central y de las dos laterales. Sobre cada arco hay otras tantas tribunas con celosías,

desde donde los antiguos monjes asistían a las funciones de iglesia. Da la vuelta a todo el interior del templo una cornisa sostenida por graciosos angelillos, que añaden una nota de simpatía a la pureza de líneas que acertó a trazar el arquitecto. En el fondo se ofrece un retablo provisional, pintado recientemente. En un nicho central se ve la imagen de Nuestra Señora de Montserrat, la misma que en 1720 fué puesta por los benedictinos. A los lados, descansando sobre unas sencillas repisas, están colocadas las estatuas de Santo Domingo de Silos y Santa Gertrudis.

En la nave del Evangelio hay una capilla dedicada a San Benito. En la nave de la Epístola está la capilla «expiatoria» de Nuestra Señora del Carmen. La imagen de la Virgen es de factura moderna, pero hecha con muy buen gusto. Otra capilla de la misma nave está dedicada al Santo Cristo de la Agonía de Limpias.

En el Coro, situado sobre la puerta de ingreso, se ve un magnífico escudo de la Casa Real de España, interesante y acaso único ejemplar heráldico de aquel tiempo.

El aspecto de conjunto que ofrece la iglesia de Nuestra Señora de Montserrat de Madrid, es de una belleza serena y recogida, según el testimonio de cuantos la han contemplado siquiera unos momentos. Tal vez no exista ningún otro edificio de la escuela barroca que sea tan discreto y en el que mejor se hayan interpretado las características del estilo.

En la iglesia de Montserrat puede verse el sepulcro de don Luis de Salazar y Castro, cronista de Castilla y de Indias, llamado el príncipe de los genealogistas españoles. Este esclarecido personaje dejó en su testamento a los monjes del Montserrático todos sus libros y manuscritos, que desde la desamortización figuran en la biblioteca de la Real Academia de la Historia. Fundó, además, una capellanía dotándola con 200 ducados anuales, a la cual debía estar siempre anejo el cargo de bibliotecario de la abadía madrileña.



1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900
1901
1902
1903
1904
1905
1906
1907
1908
1909
1910
1911
1912
1913
1914
1915
1916
1917
1918
1919
1920
1921
1922
1923
1924
1925
1926
1927
1928
1929
1930
1931
1932
1933
1934
1935
1936
1937
1938
1939
1940
1941
1942
1943
1944
1945
1946
1947
1948
1949
1950
1951
1952
1953
1954
1955
1956
1957
1958
1959
1960
1961
1962
1963
1964
1965
1966
1967
1968
1969
1970
1971
1972
1973
1974
1975
1976
1977
1978
1979
1980
1981
1982
1983
1984
1985
1986
1987
1988
1989
1990
1991
1992
1993
1994
1995
1996
1997
1998
1999
2000
2001
2002
2003
2004
2005
2006
2007
2008
2009
2010
2011
2012
2013
2014
2015
2016
2017
2018
2019
2020
2021
2022
2023
2024
2025
2026
2027
2028
2029
2030
2031
2032
2033
2034
2035
2036
2037
2038
2039
2040
2041
2042
2043
2044
2045
2046
2047
2048
2049
2050
2051
2052
2053
2054
2055
2056
2057
2058
2059
2060
2061
2062
2063
2064
2065
2066
2067
2068
2069
2070
2071
2072
2073
2074
2075
2076
2077
2078
2079
2080
2081
2082
2083
2084
2085
2086
2087
2088
2089
2090
2091
2092
2093
2094
2095
2096
2097
2098
2099
2100



VII

EL SANTUARIO Y PRIORATO DE
NUESTRA SEÑORA DE ESTÍBALIZ

SUMARIO:

1. Situación y primeros tiempos.—2. Estibaliz priorato dependiente de Nájera.—3. Los Juicios de Dios; el gran Cirio; las Juntas de Arriaga.—4. Vicisitudes del Santuario hasta su abandono.—5. Restauración.—6. Los Benedictinos vuelven al Santuario; sus trabajos.—7. La basilica; la sagrada imagen; edificios monasteriales; la Colonia Escolar; peregrinaciones.

BIBLIOGRAFÍA:

Manuel Díaz de Arcaya, *La Basílica de Nuestra Señora de Estibaliz* (Vitoria, 1904).—Juan de Esnaola, *Monografía del culto a Santa María de Estibaliz* (Vitoria, 1919).—J. de Izarra Retana, *Crónica de Estibaliz* (Vitoria, 1921).—Herminio Madina-veitia, *La Coronación de Santa María de Estibaliz. Crónica* (Vitoria, 1923).—*Novena en honor de la Virgen de Estibaliz*, 3.^a edic. (Vitoria, 1927).—*Floreillas de Estibaliz* (1925-1930).



1. Nuestra Señora de Estibaliz es la Reina de los alaveses. Ante la milenaria imagen se han escrito páginas bellas de su historia; por eso, ha conquistado legítimo derecho a ese título glorioso que los hijos de la provincia repiten con cariño.

Sugiere esta misma idea de señorío la posición privilegiada del Santuario. El cerro de Estibaliz sobresale unos 80 metros por encima de toda la llanura alavesa, y coronan su cima, cubierta de verdor perenne y salpicada de robles y encinas seculares, el templo de la Virgen y el monasterio de sus capellanes los monjes benedictinos, que allí han vuelto a morar en 1923. En los días claros divisanse a simple vista desde la cumbre del cerro casi un centenar de pueblecillos. Sólo dista 10 kilómetros de la ciudad de Vitoria.

Se ignora hasta el presente la fecha exacta de la fundación del Santuario, pero un documento del año 1074 presupone su existencia. El 12 de abril de dicho año, D. Álvaro González de Guinea hace donación al abad y monjes de la abadía benedictina de San Millán de la Cogolla en la Rioja de un altar situado dentro de la iglesia de Santa María de Estibaliz, para dedicarlo a San Millán. Todo lo demás del Santuario debía de ser propiedad particular, pues una escritura de venta del año 1106 está firmada por un tal D. Lope González, que se dice señor del territorio de Estibaliz.

2. Treinta y dos años más tarde era propiedad de una hija de este conde, quien voluntariamente la traspasa al monasterio de benedictinos de Santa María la Real, de Nájera, dándole derecho absoluto sobre el templo de Santa María y sus posesiones. Casi trescientos años fué Estibaliz dependencia de esta abadía. Al estilo de los prioratos anejos a los grandes monasterios de entonces, vivirían en el cerro algunos monjes profesos de aquella abadía, encargados del culto en el Santuario y de cobrar las rentas de sus posesiones. La estancia de estos monjes dejó marcada huella de su paso. Entonces probablemente se llevó a feliz término la construcción del hermoso

templo románico que aun vemos actualmente en pie. Pero a la sazón no estaba, como ahora, solitario; el Santuario debía de ser el centro de una feligresía, que poco a poco se fué despoblando, porque sus habitantes descaban aprovecharse de los privilegios extraordinarios que los reyes ofrecían en otras partes, sobre todo en Vitoria. De esta época es también, sin duda alguna, la artística pila bautismal que ha llegado hasta nosotros.

3. La construcción de un templo tan esmeradamente bello, respondía necesariamente al deseo de los alaveses de consagrar digna morada a aquella sagrada imagen de María, lazo de unión en sus mutuas relaciones. Varios hechos rigurosamente históricos nos dicen claramente el alto significado que para la región alavesa el Santuario de Estíbaliz encerraba.

Todos los años, el día 1.º de mayo, acudía al pintoresco cerro inmenso gentío. Aquel día era el tradicional para celebrar la emocionante ceremonia llamada de los «Juicios de Dios o desagraviamientos». Era el único día en que cesaba la tregua ordenada por la Cofradía de Álava prohibiendo vengar los agravios recibidos. En Estíbaliz se personaban todos los agraviados y exponían sus quejas ante el tribunal que constituían los más ancianos presididos por el Justicia Mayor. Antes de que los agraviados se batieran, celebrábase una solemnísimas Misa en el templo de María, y muchas veces el conmovedor espectáculo borraba en los pechos la huella del odio y los enemigos se perdonaban. Esta costumbre, que aisladamente considerada tiene visos de cruel, no era otra cosa que los esfuerzos realizados por la cristiana Junta de Álava para extirpar el desafío, entonces tan en boga. Y para despertar mayor aborrecimiento a costumbre tan bárbara sólo permitía que sus súbditos lo pudiesen realizar un solo día del año, el 1.º de mayo, y eso en presencia de la amada Virgen de Estíbaliz.

Créese que en ese mismo día la Cofradía de Álava ofrendaba a la Virgen el monumental y tradicional «Cirio», que llegaba a pesar dos y hasta tres quintales. Llevábase en medio de lucida procesión y era luego colocado en el Santuario en el lado del Evangelio como mudo representante ante María de todo su pueblo.

Pero el hecho más significativo de lo que era la Virgen de Estíbaliz para los alaveses, podemos verlo en la celebración de las *Juntas de Arriaga*. Reuníanse éstas anualmente el 24 de junio en el campo

del mismo nombre o de Lecua para deliberar sobre los más trascendentes problemas de la vida del país y para proceder a la elección de los cuatro Alcaldes Mayores que debían regir los destinos de la región por todo el siguiente año. El día señalado, muy de mañana, se encontraban ya en el cerro de Estíbaliz los grandes señores, los hijosdalgo y los campesinos. La sagrada imagen era paseada en triunfo por los campos hasta llegar al de Arriaga. Allí se colocaba en el sitio de honor para que presidiese y diese luces a toda la asamblea. Ante ella prestaban también juramento de fidelidad a las tradiciones los nuevos Alcaldes Mayores. Después era devuelta, entre las aclamaciones de la muchedumbre, al Santuario.

Y así un año, y otro, por espacio de más de dos siglos, la Virgen de Estíbaliz era la Presidenta obligada en las Asambleas anuales de la Cofradía de Alava. Sólo en 1832 cuando Alava se incorporaba a Castilla y las Juntas ya no volvieron a funcionar, la Virgen de Estíbaliz no volvió tampoco a hacer por los campos alaveses su tradicional recorrido.

La sola presencia de la sagrada imagen bendiciendo aquellas tradicionales reuniones era más que suficiente para mantener su alto significado en la vida del pueblo. Suprimidas las Juntas, también fué decayendo paulatinamente el culto de María. Si la devoción perseveraba aún en muchos corazones, sólo contados devotos aparecen rindiendo a la Virgen en el histórico cerro el tributo de su veneración. No obstante, de tarde en tarde, en verano y en invierno, llegan a Estíbaliz personas piadosas que quieren bautizar a sus hijos junto



Santa María de Estíbaliz

al altar de Santa María, considerada como particular abogada de la infancia.

4. Ya hemos dicho que desde 1138 Estíbaliz era una dependencia de la abadía de Nájera, cuyos monjes fomentaron la devoción y dieron mayor amplitud al culto y aun al mismo edificio del Santuario. Mucho debía ya de haber caído de su pasado esplendor cuando en 1431 no vieron inconveniente alguno en vendérselo a D. Fernán Pérez de Ayala, señor de Ayala, hijo del famoso canciller de Enrique III, D. Pedro López de Ayala. El nuevo propietario quiso reintegrar el templo de Estíbaliz a su antigua importancia, pero no debieron de lograr gran éxito sus deseos. Más de cien años estuvo el Santuario en posesión de la casa de Ayala, hasta que uno de sus descendientes, D. Atanasio de Ayala, se lo cedió al Hospital de Santiago de la ciudad de Vitoria y al Ayuntamiento, Justicia y Regimiento de la misma, mediante la suma de 1.500 escudos. La escritura está fechada el 5 de mayo de 1542, y en ella se especifican las posesiones que el Santuario tenía en los cercanos pueblos de Villafranca, Argóniz, Arbulo, Oreitia, Matáuco y Argandoña.

Desde entonces corría al cuidado del Ayuntamiento de Vitoria el Santuario con sus dependencias, debiendo proveerle de capellanes. Llevaron este título, no sacerdotes especialmente consagrados a su servicio, sino los párrocos de las feligresías circunvecinas. Este solo dato, señala otro paso más en la decadencia progresiva del culto en el Santuario. Por lo visto, ya no era necesaria la continuada presencia de un sacerdote; bastaba que uno de los párrocos cercanos subiera al templo cada ocho o quince días para renovar el Santísimo Sacramento. Lo custodiaba un ermitaño o sacristán, que percibía todos los diezmos y primicias como honorarios de su trabajo.

En los siguientes, XVII y XVIII, Estíbaliz continuaba siendo el centro espiritual del pueblo alavés, si bien hay que decir que se fue descuidando cada vez más en el Santuario la celebración del culto. En varias ocasiones pensóse, no obstante, en restaurarlo.

Así, en 1608 se proyectó instalar una comunidad de franciscanos; pero las circunstancias no permitieron que el proyecto se tradujese en realidad. El Santuario sigue atendido, como ya se venía haciendo, por los sacerdotes de las cercanías, y, por cierto, que el abandono iba en aumento. En las Actas de Visita pueden leerse las quejas acerca del estado del templo y objetos para el culto. Celebrábanse, sin em-

bargo, algunas romerías, y la Virgen era llevada en procesión por los campos en rogativas públicas. Hacia 1728 radicaba en Estíbaliz la «Cofradía de traxineros o caminantes», que hubo de ser suprimida por los abusos que cometieron sus miembros. En 1702 se fundó por el dominico Fr. Juan de Villodas la Cofradía del Santísimo Rosario, pero no llegó a tener más cofrades que al capellán, sacristán y familiares.

Las revueltas del siglo XIX también repercutieron en el viejo Santuario de Estíbaliz. La iglesia y sus dependencias fueron pasto de las llamas, según se cree, a raíz de la guerra de la Independencia. Sólo quedaron en pie las paredes escuetas de la basilica y la sagrada imagen tuvo que ser trasladada poco después por manos piadosas al vecino pueblo de Villafranca. Una casa de labor adosada al templo sustituyó a las antiguas edificaciones, y hasta destinóse parte del Santuario a pajar y establos.

5. A pesar del lastimoso estado a que todo se redujo en el cerro de Estíbaliz, no se olvidaron los buenos alaveses de lo que en su historia había significado; y así, ya en 1867 las Juntas de Álava, respondiendo a la propuesta de don Pedro de Egaña, acordaron gestionar la restauración. La segunda guerra civil estorbó que se llevase a efecto; pero sirvió para despertar grandes entusiasmos entre el pueblo que unánimemente pedía la restauración de la imagen y del templo.

En 1893 tomó cuerpo la idea, gracias al desinteresado proceder de la Diputación de Álava y del Ayuntamiento de Vitoria. Se acordó unánimemente gestionar la adquisición del Santuario; lo que se



ESTÍBALIZ. Interior de la basilica

efectuó en 1901, mediante la compensación anual de 250 pesetas que se hizo al Hospital de Santiago de Vitoria. Nombróse una «Junta de Restauración» con el exclusivo objeto de estudiar el modo de llevar los proyectos al terreno de la realidad. Se abrió una suscripción popular y con los donativos que se recogieron, además de las cantidades consignadas por la Diputación y por el Ayuntamiento, se procedió a la obra de restauración, que llegaba muy a tiempo, pues, un poco más, y las bóvedas del templo se hubieran derrumbado.

El 21 de octubre de 1906 se abrió de nuevo al culto la vieja iglesia, abandonada y desierta desde mediados del siglo XIX. Esa fecha señalará siempre el comienzo de una nueva época para el histórico cerro, que desde entonces ha recobrado el esplendor y la importancia que tuvo en pasados tiempos.

La restauración del Santuario seguía, entre tanto, adelantando. Se consolidaban los muros, se colocaba un nuevo altar, se ponían campanas, se edificaban dos vistosas casas para el capellán y sacristán, y hasta se trazó un ramal de bonita carretera que hizo más fácil el acceso a la cumbre del cerro. No faltaba ya otra cosa que reintegrar a su secular morada a la Virgen de Estíbaliz. Realizóse este general deseo el día 21 de octubre 1906, con el concurso de todas las autoridades de la provincia y de la capital y un inmenso gentío que representaba a toda la región alavesa. Según dicen las crónicas de aquel año, más de 12.000 almas asistieron a la solemne traslación de la imagen.

En marzo de 1918 recibió poderoso impulso la vida del Santuario, pues la presencia de la venerada imagen en la ciudad de Vitoria con motivo de la Entronización del Sagrado Corazón de Jesús en el palacio de la Diputación provincial, despertó aún más la devoción de los alaveses. En ese mismo año, con fecha 16 de septiembre, se fundaba la «Cofradía de Santa María de Estíbaliz», que dió el decisivo movimiento a la obra de la restauración del culto de la Reina y Patrona de Alava. Aunque todavía no lo hemos dicho, es justo reconocer que, además del noble proceder de la Diputación de Alava y del Ayuntamiento de Vitoria, que tanto habla en su honor, fué palanca principal en el éxito de la restauración el Excmo. Sr. Don Leopoldo Eíjo y Garay, Obispo, a la sazón, de la diócesis.

Como digno remate del rápido resurgimiento a nueva vida del culto de Nuestra Señora de Estíbaliz, el Dr. Eíjo y Garay acarició

el pensamiento de coronar canónicamente a la Virgen; y la coronación se celebró con magnificencia regia el día 6 de mayo de 1923 en la extensa plaza que se levanta delante del palacio de la Diputación. Las ricas coronas que ciñeron las frentes de la Virgen Santísima y del Niño, fueron costeadas por suscripción popular.

6. En el mismo año de 1923 se registra otro notable acontecimiento en Estíbaliz: la llegada de los monjes benedictinos para hacerse cargo del Santuario.

Juzgando las autoridades de la provincia que sólo una comunidad religiosa podría mantener el culto con el esplendor que se deseaba, se dirigieron a la Orden Benedictina, ya que en pasados tiempos había sido Estíbaliz dependencia de una de sus abadías. El celoso Prelado de Vitoria Dr. D. Leopoldo Eijo y Garay, tuvo a bien ofrecérselo a la Abadía de Santo Domingo de Silos. Examinada la propuesta, el abad de Silos, D. Luciano Serrano y los monjes del mismo monasterio aceptáronla gustosos. El 10 de febrero se presentaba en Estíbaliz el monje de Silos D. Sabino Olalla con un hermano; y en marzo llegaba el primer superior D. Fructuoso Nieto, con otros monjes.

Comenzóse inmediatamente la construcción de un ala del futuro monasterio, que ya pudo ser habitada en 1924. En el mismo año entraba a gobernar la comunidad el P. D. Andrés Azcárate, que continuó las obras comenzadas, dotándose al Santuario de luz propia y servicio de agua corriente. Entretanto la nueva fundación de Silos se desenvolvía felizmente, de modo que el 16 de julio de 1926 mereció ser elevada a la categoría de Priorato simple. Abría la serie de los priores D. Simón Andrés, que sigue en su cargo hasta el presente.

A principios de octubre de 1930 inauguróse el Oblatorio, con el fin de reclutar vocaciones, no sólo para la casa de Estíbaliz, sino también para el Priorato de San Benito de Buenos Aires.

La Comunidad actual se compone de siete monjes sacerdotes y dos hermanos conversos. Además de las ocupaciones inherentes a los comienzos de toda fundación, los monjes de Estíbaliz han iniciado algunas obras muy en armonía con las tradiciones de la Orden benedictina. En su monasterio admiten a muchos sacerdotes seculares que se ponen bajo su dirección para practicar ejercicios espirituales junto al Santuario de María. Con el mismo fin, suben al cerro en determinadas épocas los moradores de la llanada alavesa. En 1925

inauguróse la publicación de *Floreillas de Estibaliz*, órgano del Santuario y de la Cofradía de la Virgen. En sus páginas aparecen piadosos y eruditos trabajos sobre temas marianos, benedictinos y artísticos, muy gustados por los amantes de Estibaliz y de la Orden Benedictina. Algunos de los monjes han dado conferencias litúrgicas en autorizados centros de Bilbao y Vitoria, y realzan con su firma varias revistas nacionales y extranjeras. Mencionaremos: «Revista Española de Estudios Bíblicos», en que aparecen estudios del Padre Don Santiago Alameda con el título *La Virgen en la Biblia*. Del mismo padre son *Maria Medianera*, *El Sallerio Romano* y *La Piedad antigua*.

En la «Raza Española», «Floreillas de Estibaliz» y otras, publica el P. D. Ramiro de Pinedo sus trabajos sobre arte y simbolismo religioso. En la «Revista de Estudios Bíblicos» escribió el mismo padre en 1927 un interesante estudio sobre el Santuario titulado: *La Puerta Speciosa del Santuario de Estibaliz y la Profecía de Isaías*.

En 1930 ha publicado el sugestivo libro: *El Simbolismo en la escultura medieval española*.

7. La presencia de los benedictinos de Silos en Estibaliz ha contribuido grandemente al refluorecimiento del culto en el histórico cerro. Hoy, como en los pasados tiempos, el principal objeto de sus cuidados es el templo y la imagen de Santa María. Por eso se han dedicado a perfeccionar la obra restauradora, esmerándose en el embellecimiento de la basílica.

Afortunadamente, la basílica es la misma que a fines del siglo XII levantaron los abades de Nájera. Presenta planta de cruz latina de una sola nave, a pesar de tener tres ábsides. Casi todos sus muros son de piedra de sillería muy bien trabajada. Las líneas son severas, pero serenas y elegantes.

Dos puertas permiten el acceso a la basílica. La principal, situada al Oeste, es sencilla, con columnas también sencillas pero muy airoas. La puerta que mira al Sur, llamada Speciosa, aparece adornada de rica ornamentación, y es una bella muestra de estilo románico. El artista ha combinado con maestría las esbeltas columnas y los vistosos capiteles, trabajados con exquisito gusto. A la derecha de esta puerta está colocado un bajorrelieve que representa la Anunciación de Nuestra Señora, que, al decir de los entendidos, pertenece a la primera mitad del siglo XII.

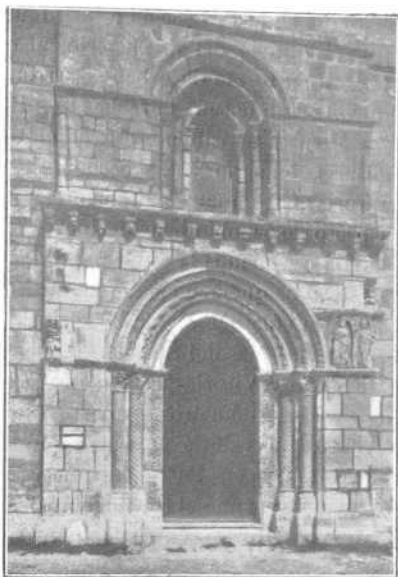
El altar mayor está exclusivamente reservado a la Santísima Virgen. Un precioso baldaquino cobija a la sagrada imagen, que por sus características puede remontar hasta la segunda mitad del siglo XII. Está sentada en un bonito sillón, con el Niño Jesús en el regazo, al que sostiene ligeramente con su mano izquierda, mientras en su derecha muestra una flor. En las grandes solemnidades el Niño y la Virgen lucen las valiosas coronas de oro y pedrería estrenadas el día de la coronación solemne. A causa del mal estado en que se hallaba, hubo de ser restaurada la sagrada imagen en 1897 por el escultor D. Pedro de Viana, quien la puso cabeza y manos enteramente nuevas; pero eso no es obstáculo para que los alaveses puedan contemplarla casi en el mismo estado en que la contemplaron sus mayores cuando presidía las Juntas de Arriaga.

El altar es de moderna fabricación, pero de muy buen gusto y en armonía con el estilo del templo. Fue costeado por la piadosa señora doña Felicia Olave. En la parte del Evangelio destá-

case el gigantesco cirio, que por tradición ofrece Alava a su Reina y Señora. Mide dos metros y medio de altura y llega a pesar hasta 100 kilos. Frente al altar mayor, y del centro de la cúpula, está suspendida una hermosa araña labrada en hierro forjado.

En el crucero, frente a la puerta, hay un altar dedicado a San Prudencio, embellecido por un artístico frontal de piedra. En el ábside de la izquierda se conserva la pila bautismal que data de fines del siglo XII, y es una verdadera joya del arte románico.

En 1927, la iglesia ya resultaba un poco pequeña, sobre todo en



ESTÍBALIZ. La puerta «Speciosa». (Siglo XII)

los días de peregrinación, pues sólo tenía de largo 27 metros. Para ampliarla trasladóse seis metros más afuera, y piedra por piedra, la fachada principal, disponiendo ahora los monjes de un coro bastante espacioso.

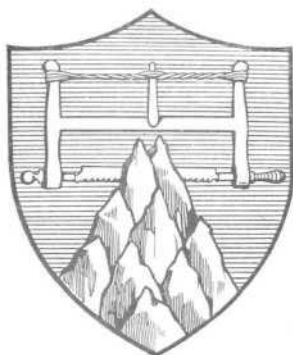
El ala construída del monasterio es toda ella de nueva planta; mide 38 metros de longitud y tiene dos pisos. Siguiendo la misma línea, se levanta desde 1927 la Colonia Escolar costeada por la Junta Provincial de Protección a la Infancia. Tiene idénticas dimensiones que el edificio del monasterio, al que está unida por un pabellón central en forma de esbelto torreón de 12 metros de largo, de modo que el total de toda la fachada en línea recta mide 88,80 metros.

Mientras escribimos estos apuntes, se están montando las arcadas góticas, del siglo XIV, procedentes del convento de San Francisco de Vitoria. Este nuevo aditamento, acabará de dar a Estibaliz todo el aspecto de cenobio benedictino.

La casa ocupada antes por el sacristán sirve de hospedería para los devotos que acuden a venerar a la Patrona de Alava.

Para efectuar el viaje, además de la carretera que deja a las puertas mismas del Santuario, pueden utilizarse las vías férreas Madrid-Irún y Vitoria-Estella. La estación de esta última se encuentra a solos dos kilómetros del cerro, al que da acceso una hermosa avenida. Además de la devoción que siempre han tenido y tienen los alaveses por su Patrona, tanta facilidad en las comunicaciones aumenta cada año el contingente de los peregrinos que se llegan hasta Estibaliz, el viejo y artístico Santuario, lazo de unión entre los hijos de Alava.

Monasterios de la Provincia Española
de la Congregación Sublacense



I

LA ABADÍA DE NUESTRA SEÑORA
DE MONTSERRAT

SUMARIO:

1. Situación y orígenes del Santuario y del Monasterio. Montserrat, priorato dependiente de la abadía de Ripoll.—2. Incremento de la devoción a la Virgen Morena y desarrollo de la comunidad. Las peregrinaciones medievales.—3. Esfuerzos del priorato montserratino para adquirir la independencia. Los incidentes de este litigio: resultados. El infante D. Juan de Aragón.—4. Montserrat en tiempo del Cisma de Occidente. El antipapa Benedicto XIII visita el monasterio; otórgale su independencia y le da el título de abadía. El primer abad y la comunidad de entonces. Tentativas para introducir la reforma de la Congregación de Santa Justina de Padua. Los abades comendatarios.—5. Introducción de la reforma vallisoletana. El venerable abad D. García de Cisneros y su gran obra.—6. Estado del monasterio después de la muerte del P. Cisneros. Los Prioratos-procuras. Las peregrinaciones.—7. Los monjes montserratinos colaboradores en la reforma de los benedictinos portugueses y austriacos. Fundación de Montserrat de Madrid.—8. Hijos ilustres de Montserrat por su virtud, por su ciencia y otras prerrogativas. Esplendor del culto y de la comunidad.—9. Desventuras del monasterio en tiempos de la invasión napoleónica y guerra de la Independencia. Exclaustración de 1820. El abandono del Santuario en 1835.—10. Reapertura del templo y vuelta de los benedictinos. El abad Blanch y sus sucesores. Magnífico desarrollo de la restauración.—11. Floreciente estado de la comunidad actual y del Santuario. Múltiples trabajos de los monjes; trabajos científicos. La Escolanía. Otras actividades. Cooperación al restablecimiento de la Orden Benedictina en España.—12. Breve descripción de la santa Imagen. La Basílica. El monasterio; el refectorio; el claustro románico; la Biblioteca; los Museos; las Hospederías. Monumentos diversos.

BIBLIOGRAFÍA:

Pedro de Burgos, *Historia y milagros de Nuestra Señora de Montserrat* (1514).—A. de Yepes, *Crónica general de la Ord. de S. Benito*, t. IV (1613).—J. Argáiz, *La Perla de Cataluña, historia universal de Nuestra Señora de Montserrat* (1677).—V. Balaguer, *Montserrat. Su historia, sus tradiciones...*—M. Muntadas, *Montserrat. Su pasado, su presente y su porvenir* (1867).—F. Sardá y Salvany, *Montserrat. Noticias históricas*.—F. Crusellas, *Nueva historia del Santuario y Monasterio de Ntra. Sra. de Montserrat* (1896).—Jacinto Verdaguer, *Montserrat* (1916).—*Revista Montserratina* (passim).—*Enciclopedia Espasa*, t. XXXVI.

N. B. Solo citamos las obras más importantes, pues la Bibliografía montserratina es copiosísima en todos sus aspectos.



1. En todas las partes del mundo se tiene noticia de este singular Santuario, en el que tan esplendoroso culto ha recibido siempre la *Virgen Morena*. Está colocado casi en el centro de la provincia de Barcelona y dista de la capital unos 35 kilómetros. Elévase, severa y magnífica a la vez, 1.235 metros sobre el nivel del mar, la sin par montaña de Montserrat, con sus picachos de granito que se estiran atrevidos hasta el cielo. Un manto de verdor perenne, esmaltado de flores, cubre de amenidad a aquellas ingentes moles; por eso pudo cantar el piadoso poeta montserratino, P. Figuerola: «Aquí como es María la hortelana — medran las plantas sin la industria humana.»

En medio de este conjunto espléndido de bellezas naturales está emplazada la abadía benedictina de Montserrat, cuyos monjes vienen siendo por espacio de más de diez siglos, casi ininterrumpidos, los fieles custodios de la Patrona de Cataluña.

Ningún documento nos atestigua la fecha de la fundación del monasterio, pero se puede asegurar que es posterior a la invención de la sagrada imagen. La tradición nos dice que antes de la invasión árabe un monje llamado Quirico había ya fundado un monasterio en el actual lugar que ocupa Monistrol, en cuya iglesia recibía culto una estatua de María, que fué ocultada al acercarse los ejércitos sarracenos. La invención milagrosa de la imagen por unos pastores sucedió a mediados del siglo IX. Para darla culto edificóse una capilla, a la que Wifredo el Velloso juntó un monasterio de monjas benedictinas, procedentes de San Pedro de las Puellas.

Las religiosas sólo permanecieron en Montserrat 78 años, pues el conde Borrell las restituyó al monasterio de su profesión, reemplazándolas por monjes. Como la montaña caía dentro de la jurisdicción de Ripoll, sin duda alguna de este monasterio fueron los primeros monjes que poblaron a Montserrat. La comunidad era gobernada por priores, nombrados por el abad de Ripoll. El primero de que encon-

tramos memoria es el prior don Raimundo, que entró a gobernar el monasterio a fines de 986.

2. Entonces, como al presente, la Virgen Morena era el alma de la vida en aquellas montañas. A medida que aumentaba el culto afluían también más numerosas las donaciones. Así se explica que el monasterio pudiese comprar hacia 1252, siendo prior D. Bertrando de Bach, la hacienda Cuadra de Oruz por 5.000 sueldos, y por 4.500 maravedises de oro la villa de Olesa.

Por estos mismos años estaba ya muy floreciente la «Cofradía de la Virgen», lo que indica que había empezado a funcionar algunos años antes. En 1223 logró ser agraciada con el título de «Real». Los Sumos Pontífices enriquecieronla con particularísimos privilegios, y en sus listas se inscribían personas de todas las categorías sociales. Cofrades eran, entre otros, la esposa de Jaime I de Aragón, D.^a Leonor de Castilla, el arzobispo de Tarragona D. Ramón de Rocaberti, el abad de Ripoll, etc., etc. La capilla levantada a raíz de la invención de la imagen fué sustituida por una iglesia de estilo románico.

Con los siglos XII y XIII había ya comenzado una época de oro para la devoción a la Virgen de Montserrat. Eran tantos los peregrinos que visitaban la santa montaña que Jaime I el Conquistador hubo de dar un bando estableciendo que todos fuesen provistos de las vituallas necesarias, porque el monasterio no podía atender a todos debidamente. No obstante, los peregrinos pobres eran siempre alimentados gratuitamente por los monjes; por eso el mismo rey habiales concedido exención de consumos, privilegio que fué ratificado por varios monarcas posteriores, entre ellos por Jaime II, Alfonso III, Juan II y por los Reyes Católicos. A los peregrinos concedíanseles también amplias garantías para subir seguros a Montserrat. Los milagros que la Santísima Virgen obraba en obsequio de sus devotos hacían que las peregrinaciones fuesen cada vez más numerosas.

3. A tan rápido y próspero desarrollo de la devoción a la Virgen de Montserrat no respondía como fuera menester el estado moral y material del monasterio. Hacía ya algún tiempo que el priorato dependiente de la abadía de Ripoll estaba bastante descuidado por los priores que le gobernaban. Tan lastimoso estado de cosas se acentuó aun más a fines del siglo XIII a causa de las discordias que

reinaban entre los monjes de la abadía, divididos en dos bandos al tratarse de la elección de sus abades. Todo esto contribuyó a que los monjes de Montserrat pensasen seriamente en separarse de Ripoll para constituirse en abadía independiente. Un peregrino casi providencial iba a hacer saltar la chispa. Por aquellos días visitó la sagrada montaña el Cardenal Juan, Legado Pontificio en Cataluña. Dióse cuenta este príncipe de la Iglesia de la situación en que el monasterio se encontraba, y decidió poner remedio. Aprovechándose de las discordias de los monjes de Ripoll, recrudecidas a raíz de la muerte o renuncia del abad Pedro de Bach, nombró, usando de sus poderes de Legado, prior de Monserrat a D. Bernardo Salvador, profeso del monasterio de Lagrasse, y sujeto de excelentes cualidades. Era la primera vez que entraba a gobernar el monasterio de Montserrat un superior que no procedía de Ripoll. Los monjes de esta abadía, demasiado entretenidos en la elección de su abad, no se ocuparon por el momento de defender sus derechos; sin embargo, el paso más difícil para activar la independencia de Montserrat estaba ya dado. Esto sucedía entre los años 1284 a 1287 (1).



Nuestra Señora de Montserrat

El nuevo prior saneó la hacienda casi totalmente abandonada por sus antecesores, reedificó los edificios medio arruinados del monasterio y aumentó el número de monjes. Pero hacia donde con más solicitud orientó sus gestiones fué hacia el problema planteado con Ripoll. Para ese fin tuvo la valentía de dirigirse al Sumo Pontífice solicitando la ansiada emancipación. En su relación exponíanse los desaciertos de algunos de los priores nombrados por el abad de

(1) Cfr. *Analecta Montserratensia*: Cronología dels darrers priors de Montserrat, 1284-1409, por el R. P. Arxiver del Monestir. Vol. IV. 1922.

Ripoll y los grandes escándalos que continuamente daban a los peregrinos los donados que permitían vivir en Montserrat. Pedíase que en lo sucesivo el prior de Montserrat fuese elegido por la comunidad del mismo monasterio, requiriéndose solamente la confirmación del abad de Ripoll. Asimismo pedíase también que los monjes fueran doce. La relación quedó algún tiempo sin ser contestada; pero entre tanto, el Papa Bonifacio VIII solicitaba informes al Arzobispo de Tarragona, y aun escuchaba la relación que le hizo de viva voz el mismo prior D. Bernardo Salvador. Moría este intrépido defensor de los derechos de Montserrat el 12 de agosto de 1299.

Bonifacio VIII, desoyendo las quejas de los de Ripoll que trabajaban para recobrar sus derechos, nombró prior de Montserrat a D. Bernardo Escarrer, casi a la vez que el abad de Ripoll designaba para el mismo cargo al monje de su monasterio D. Berenguer de Rocamora. Ambos priores parece ser que tomaron posesión de Montserrat. D. Bernardo Escarrer abogó por las pretensiones de su monasterio y citó al abad de Ripoll ante el arzobispo de Tarragona, que debía dictar sentencia entre las partes litigantes. En tan delicado asunto optó el Arzobispo por un término medio, que, en realidad, perjudicó la causa de Montserrat. Ordenó que se expulsase a los donados indignos y que la comunidad pudiese constar de doce monjes. En cambio reconoció al abad de Ripoll el derecho de elegir prior y de visitar al monasterio. Sin embargo, los siguientes priores continuaron siendo nombrados por el Papa; mereciendo una mención especial el infante don Juan de Aragón, que fué administrador del priorato de Montserrat desde 1328 a 1334. Poco tiempo después renunciaba D. Juan de Aragón al arzobispado de Toledo y era nombrado patriarca de Alejandría y administrador de la diócesis Tarraconense. Gobernaba el monasterio por medio de procuradores, obteniendo para él de la Santa Sede extraordinarios privilegios; por eso débese incluir a este prelado comendatario entre los bienhechores de Montserrat. Visitóle en 1330 y prestaronle obediencia los monjes y también los diez ermitaños que vivían retirados en lo alto de la montaña.

4. Sucediéronse los priores nombrados por el Papa hasta que entró a gobernar el monasterio, en 1384, D. Vicente de Ribas, más tarde creado Cardenal de la Santa Iglesia Romana. Tocóle gobernar la casa en los enmarañados tiempos del Cisma de Occidente. Los

antipapas Clemente VII y Benedicto XIII nombraron toda una serie de priores de Montserrat, aunque bien es verdad que sólo lo fueron de título, pues D. Vicente de Ribas gobernó el monasterio pacíficamente, por más que Pedro de Luna le llenase de improperios. A su muerte, acaecida en 1408, iban a poder realizarse los dorados ensueños de independencia que acariciaban los monjes del priorato montserratino.

El antipapa Benedicto XIII, que estaba atisbando el momento de posesionarse de Montserrat, creyó que, con la muerte del prior Vicente, había ya llegado el momento oportuno. Sin fiarse de nadie, presentóse él mismo en el Santuario, acompañado de doce Cardenales de su obediencia, y de gran aparato. Mostró mucho interés por la casa y prometió dar satisfacción a los deseos de los monjes. En consecuencia, el 10 de marzo de 1409 Benedicto XIII expedía en Perpiñán un decreto por el que elevaba el priorato de Montserrat a la categoría de abadía. En el decreto quedaba establecido que el abad sería elegido por los monjes de Montserrat; que el número de monjes sería de doce sin contar los ermitaños y criados, y que al abad correspondía el derecho de amonestar y corregir a sus súbditos. Al abad de Ripoll sólo se le otorgaba derecho de voto en la elección de los abades y de visita del monasterio. En 1430 Eugenio IV confirmaba todo lo hecho por Benedicto XIII, pero privando de los dos derechos que le quedaban al abad de Ripoll, y sujetando inmediatamente a la Silla Apostólica la abadía de Nuestra Señora de Montserrat.

En el mismo día referido expidió el antipapa Benedicto la bula nombrando primer abad de Montserrat a D. Marcos de Villalba, que desempeñaba el mismo cargo en Ripoll desde el año anterior. Era varón de gran virtud y ciencia, y fué muy provechoso su gobierno para Montserrat, pues dictó sabias leyes disciplinando la vida de los monjes, ermitaños y donados. En su tiempo —16 de julio de 1415— visitó el Santuario el rey Fernando de Aragón, quien se inscribió en la Cofradía por entonces en estado muy floreciente.

En 1440 entró a gobernar la abadía D. Antonio de Aviñón. Durante su gobierno hicieron tanteos para introducir la reforma de la floreciente Congregación benedictina italiana de Santa Justina de Padua. A ruegos del rey Alfonso V, gran entusiasta de las cosas montserratinas, llegaban al monasterio el 9 de octubre de 1443

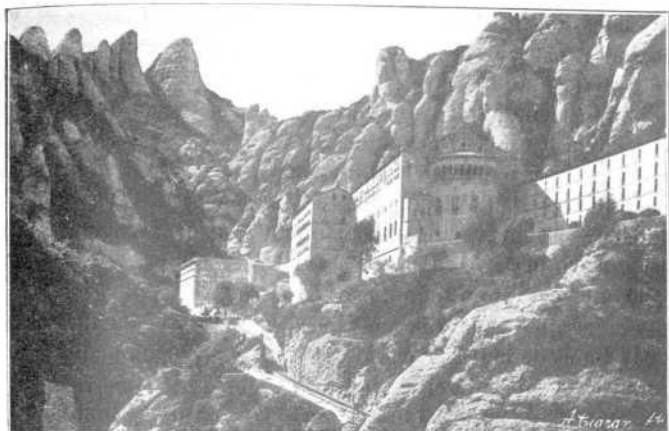
cinco monjes del monasterio de Monte Casino, presididos por el prior Enrique. Los ensayos que se efectuaron para introducir en Montserrat su método de vida no alcanzaron el éxito apetecido; así que pronto hubieron de volverse a su monasterio los monjes casinenses.

D. Antonio Pedro Ferrer fué el último abad claustral benedictino, quien alcanzó de Roma algunas gracias para Montserrat. A su muerte, acaecida probablemente en 1471, la abadía fué entregada a abades comendatarios, que no fueron, por ventura, más que dos: el Cardenal Julián de la Rovere y D. Juan de Peralta. El Cardenal Julián de la Rovere, después Papa con el nombre de Julio II, tuvo en encomienda la abadía desde 1472 á 1483, año en que la conmutó con D. Juan de Peralta, por el monasterio de Santa María de la Grotta en Sicilia. Gobernóla los once años por medio de procuradores, mandando construir el bello claustro gótico del que aun se conserva una galería, en cuyos ángulos campean las armas de su escudo. D. Juan de Peralta, segundo y último abad comendatario, residió en el mismo monasterio durante su gobierno, y con ayuda de Fernando el Católico, comenzó la construcción de un gran edificio monasterial.

5. Mientras se ponían los cimientos del nuevo monasterio, los Reyes Católicos, fervientes favorecedores del Santuario montserratino, proyectaban introducir en él la observancia de la Congregación española de San Benito de Valladolid. El 19 de abril de 1492 recibíanse las Bulas del Papa Alejandro VI autorizando la reforma. A tales proyectos se opuso tenazmente el abad D. Juan, y ningunas razones pudieron hacerle cambiar de parecer. Para deshacerse de él y lograr realizar la proyectada reforma, consiguió D. Fernando el Católico que el Sumo Pontífice le nombrase obispo de Vich; de modo que el 27 de marzo de 1493 ya dejaba de ser abad de Montserrat.

El 2 de junio de 1493 llegaba al monasterio el Rmo. P. Juan de San Juan, Prior General de San Benito de Valladolid, llevando consigo varios monjes para implantar la reforma. A la entrada de los vallisoletanos componíase la comunidad montserratina de solos siete monjes, que abrazaron la reforma juntamente con cinco ermitaños. La observancia de las reglas se encontraba bastante desatendida; sólo se mantenía en pie, y cada vez más ferviente, la devoción de los fieles hacia la Virgen Morena.

Cuando se trató de elegir abad para comenzar la nueva vida, todos los capitulares eligieron por unanimidad al P. Francisco García de Cisneros, uno de los que acompañaban al P. General y que había desempeñado en la abadía de San Benito de Valladolid el cargo de prior segundo. El P. Antonio Yepes ha sintetizado muy bien el gran alcance que tuvo para Montserrat tan acertada elección. «Fue ventura de Montserrat, —dice el cronista benedictino— y aun de toda la Congregación, que aceptase el cargo; porque él se dió tal cobro y maña en la administración de la abadía, que de una casa



MONTSERRAT. Vista general del Monasterio

mediana, la hizo subir a que fuese una de las grandes y más principales que hay en España y aun en Europa.» Así fué en efecto, y la historia de Montserrat tiene una de sus más opulentas páginas en los diecisiete años que la gobernó el P. García de Cisneros.

Reorganizó este Prelado las cuatro clases de religiosos que habitaban en Montserrat: monjes, ermitaños, hermanos legos y escolanes. Para estos últimos que, probablemente, ya desde el siglo XIII formaban la simpática Escolanía tan típica de este monasterio, escribió una regla y un ceremonial que en sus grandes líneas todavía están en vigor. El P. García de Cisneros dióse de lleno a la reconstitución de la observancia, y tan buenos resultados alcanzó, que la comunidad

llegó a contar casi un centenar de monjes, muchos de ellos procedentes de otros monasterios y que allí acudían atraídos por la fama de santidad del reformador vallisoletano. Para que sus monjes pudiesen desempeñar con acierto los ministerios sagrados cerca de los peregrinos, estableció cursos de Teología y Artes. En 1499 llamó al célebre impresor alemán Juan Luschner para montar una imprenta en el monasterio. En sus prensas se imprimieron diversos libros de ascética y mística, entre ellos los dos preciosos tratados del mismo abad García de Cisneros, titulados: *Exercitatorium vitae spiritualis*, y *Directorium horarum canonicarum*. También se estamparon con gran esmero los libros litúrgicos que necesitaba la Congregación de Valladolid: 120 misales, 400 breviarios y 150 procesionarios. En 1518 y en los años sucesivos, se reimprimió el Misal y el Leccionario, bajo la dirección de Juan Rosembach, de nacionalidad alemana.

En el orden material también introdujo el abad García de Cisneros grandes mejoras. Restauró casi por completo el monasterio y las ermitas de Santa Ana y Santa Magdalena; construyó el noviciado, el oratorio privado de la comunidad, la biblioteca, numerosas celdas y un gran depósito para recoger las aguas.

Dió, además, gran impulso a la devoción hacia la Virgen de Montserrat, que cada día era más universal. Distribuyó unas 208.244 bulas de indulgencias o cédulas de inscripción en la Cofradía. De éstas, imprimiéronse en la imprenta de Montserrat desde el 4 de febrero de 1499 hasta fines de abril del siguiente año, 189.430. Por una Bula de Inocencio VIII del 17 de mayo de 1488 disfrutaban los cofrades de extraordinarios privilegios, muy semejantes a los que hoy concede la Bula de la Santa Cruzada.

El 24 de noviembre de 1510 moría el venerable abad García de Cisneros en olor de santidad, dejando en pos de sí imperecederas huellas de su actividad y de sus virtudes. Su nombre brilla en la historia de Montserrat, señalando en él a su abad más santo y más grande de los tiempos antiguos.

6. Muerto el P. Cisneros, los monjes montserratinos eligieron ellos mismos sus abades hasta el año 1592, en que por Bula de Clemente VIII se establecía fuesen elegidos por el Definitorio, al igual que los de los otros monasterios de la Congregación Vallisoletana. Desde 1586, a raíz de la Visita Apostólica que hizo al monasterio montserratino el obispo de Lérida y su secretario S. José

de Calasanz, dispúsose la alternativa entre los monjes de la Corona de Aragón y de la Corona de Castilla para desempeñar el cargo abacial. En virtud de ese acuerdo, dictado para evitar discordias, cada trienio gobernaba un monje de distinta Corona, y, además, el prior debía ser siempre de la Corona contraria a la del abad. Desde 1621 los monjes montserratinos volvieron a elegir otra vez sus abades, pero esta prerrogativa duró tan sólo hasta 1717, pues en este año nombraba los abades el Definitorio de la Congregación.

La obra comenzada por el abad García de Cisneros, siguió desenvolviéndose bajo el gobierno de los 72 abades que se sucedieron hasta la exclaustación de 1835. Repasando el Abaciologio de Montserrat en esta tres centurias, puede afirmarse que, en general, tuvo el monasterio la ventura de ser regido por excelentes sujetos que engrandecieron no sólo los edificios del Santuario, sino que hicieron de él un centro casi único de devoción y peregrinaciones marianas. Los Prioratos o Procuras que se establecieron en Europa y en América y, sobre todo, en España, con el fin de recolectar limosnas son numerosísimos. Recordemos solamente que el Priorato de Nuestra Señora de Montserrat en Lima (Perú), y el del mismo nombre en la ciudad de Méjico, hacia 1598, nunca fueron más que simples dependencias de Montserrat. En ellas, como en todas las demás, vivían uno o dos monjes y algún hermano lego, que llevaba el nombre de *baciner*, o colector de limosnas.

Con el dinero que esas casas enviaban al monasterio podían los monjes practicar con esplendidez la hospitalidad. Los peregrinos recibían además del hospedaje, pan, vino, aceite, sal, carne y queso; y en caso de enfermedad la asistencia médica y las medicinas. Merced a esas limosnas, también se pudo levantar la nueva iglesia, que es la misma que hoy subsiste. Dió comienzo a esta grandiosa obra el Rmo. Bartolomé Garriga, antiguo escolán y abad dos veces—1559-1562 y 1566-1568— del monasterio. En 1599, siendo abad D. Joaquín Bonanat, se trasladó al nuevo templo la sagrada imagen, estando presentes al solemne acto el rey Felipe III y varios ilustres personajes.

7. La observancia y el buen nombre de los monjes montserratinos se mantuvieron siempre a buena altura después de la muerte del abad García de Cisneros. Excelente prueba de ello la tenemos en la colaboración que se les pidió para restaurar y reformar los monas-

terios benedictinos de Portugal. Hacia 1556 D. Antonio de Silva, abad comendatario del monasterio portugués de S. Tirso, solicitó del General de la Congregación de Valladolid le enviase algunos monjes para reformar su monasterio. El General, Rmo. P. Diego de Lerma, que había sido abad de Montserrat, confió esta misión a los dos monjes de este monasterio P. Pedro de Chaves y P. Plácido de Villalobos, a quienes se unió el famoso confesor de S. Ignacio P. Juan Chanones. Los dos primeros fueron Generales de la Congregación Portuguesa, erigida por Pío V, y que adquirió gran desarrollo, pues llegó a contar 21 abadías de varones.

Con la fundación hacia 1631 del Priorato de nuestra Señora de Montserrat en Viena, a la que siguió la de Bezdez y la de Praga, la gran abadía catalana contribuyó a la formación de la Congregación Benedictina de Montserrat en Austria y Bohemia. A petición de los reyes de Hungría Fernando II y Fernando III, se introdujo en aquellos monasterios el género de vida que se practicaba en Montserrat.

Aunque por otros motivos muy distintos, la abadía montserratina dió origen a la fundación del monasterio de Nuestra Señora de Montserrat en Madrid. En 1641 a raíz del levantamiento de Cataluña contra Felipe IV tuvieron que salir de Montserrat todos los castellanos —unos 55— presididos por el abad D. Juan Manuel de Espinosa, noble andaluz. Establecieron en la capital del reino y después de varias peripecias, lograron levantar una iglesia y un monasterio. En la Guerra de Sucesión se repitió el mismo éxodo, en el que figuraba el Obispo Benito Sala, más tarde Cardenal.

8. Esos pequeños incidentes no deslustran la brillante historia de Montserrat todo el tiempo que perteneció a la Congregación de Valladolid. El estado de la comunidad era floreciente, pues en el abadiato del P. Lorenzo Nieto contaba con más de 70 monjes, 40 hermanos legos y 15 ermitaños. En 1621 los primeros ascendían a 90; y a 136 siendo abad el P. Bernardo Sastre (1797-1801).

Cerca de un centenar de entre ellos ocuparon las sillas abaciales de los distintos monasterios de la Congregación, y eso sólo en el espacio de trescientos años. Algunos, como Plácido de Salinas, Juan Manuel de Espinosa, Plácido Cortada y José Blanch, merecieron ser nombrados Generales de toda la Congregación Benedictina de España. Otros desempeñaron el mismo alto cargo en la Congregación

Claustral Tarraconense y, como ya se ha dicho, otros dos lo fueron de la Congregación de Portugal.

Muchos hijos de Montserrat son dignos de memoria por la santidad de su vida o por los talentos que gastaron en bien de la Orden y de la Iglesia. Ocupa puesto de honor entre los primeros el venerable abad D. García, de quien ya hemos hablado. Escucharon sus enseñanzas y siguieron sus ejemplos entre otros: el P. Bartolomé Garriga, que después de levantar las nuevas construcciones del tem-



MONTSERRAT. La biblioteca

plo, se retiró a la ermita de S. Dimas donde murió en olor de santidad en 1578; y el P. Benito Argerich muerto también en olor de santidad en 1764, después de vaticinar la ruina del santuario.

Hijo ilustre de Montserrat es el P. Boil, primer Vicario apostólico de América. En 1493 salía de su ermita de la Sma. Trinidad para acompañar a Colón en su segundo viaje. Por diversidad de miras con el Almirante hubo de regresar a su retiro a fines del mismo año.

El abad Benito de Tocco ocupó la silla episcopal de Vich y luego la de Lérida, donde murió en 1581. Lorenzo Nieto mereció ser promovido a los obispados de Alès y Alger en Cerdeña y luego al arzo-

bispado de Oristán († 1627). El desterrado abad D. Juan Manuel de Espinosa fué obispo de Urgel y luego arzobispo de Tarragona († 1679).

Por sus trabajos literarios, además del P. García de Cisneros, sobresalen: el abad D. Pedro de Burgos, primer historiador de Montserrat, pues escribió la *Historia del Santuario de Nuestra Señora de Montserrat y Milagros que ha obrado la Santísima Virgen* (1514). El P. Jerónimo Lloret o Laureto, muy versado en las Sagradas Escrituras, imprimió en 1570 su *Sylva allegoriarum Sacrae Scripturae, mysticos ejus sensus et magna ex parte litterales complectens*. Esta obra alcanzó gran aceptación y se reimprimió varias veces. El P. Francisco Sánchez fué también muy versado en Sagrada Escritura, y nos ha dejado varias obras interesantes comentándola. El hermano lego José de San Benito, conocido con el calificativo de los Llánties, se distinguió por su piedad. Es autor de varias obras ascéticas y místicas.

Al lado de estos hijos ilustres de Montserrat, debe figurar también el P. Francisco de Rizi († 1555), pintor notable y fecundo, cuyo pincel ha dejado en muchos sitios obras de verdadero mérito artístico.

La música tuvo excelentes cultivadores en el monasterio; los más eran directores de la capilla de la Escolanía. En el siglo XVII sobresalieron los Padres Juan March y Juan Cererols. Llamábase a este último el *maestro* por antonomasia, y de sus obras se conservan algunas que, como la antifona *Asperges me* y la *Misa de Requiem*, a cuatro voces, no desmerecerían de los grandes maestros.

He ahí lo que Montserrat había llegado a ser desde que se inició la reforma vallisoletana por el santo abad García de Cisneros.

El culto a la Virgen habíase extendido a todo el mundo, pues procedentes de todas sus partes acudían allí los peregrinos. El monasterio y la comunidad habían alcanzado su máximo esplendor en todos los órdenes de cosas; florecía la santidad, la fiel observancia de la regla y el cultivo de las ciencias y de las artes. Su benéfico influjo rebasó los contornos de la montaña santa para reformar otros monasterios. Estado de vida tan próspero debía debilitarse y luego sucumbir con las guerras y trastornos políticos del siglo XIX.

9. Cuando en 1808 los ejércitos franceses invadieron el territorio español, la montaña de Montserrat fué fortificada y convertida

en plaza de armas. Las Hospederías se utilizaron para hospital de sangre, servido por los mismos monjes; quienes no contentos con esto, entregaron toda la plata y alhajas del culto para los gastos de la guerra. Ni siquiera se exceptuaron las famosas 74 lámparas de plata que ardían ante la sagrada imagen, ni el trono, ni las puertas del Camarín que eran del mismo metal. El 25 de julio de 1811 el general Suchet se apoderaba de la montaña y casi todos los monjes y ermitaños hubieron de huir, refugiándose en el monasterio de Bagés, dependencia de Montserrat. Mucho tuvo que sufrir el edificio del santuario durante la permanencia de los franceses, que se prolongó hasta el mes de octubre. Al retirarse desmontaron los altares, colocaron las maderas debajo del cimborrio y a todo lo prendieron fuego.

Gracias a la previsión de los monjes que la habían puesto en lugar seguro, la sagrada imagen escapó de la destrucción. Los edificios del monasterio corrieron la misma suerte que la iglesia. Perdióse para siempre la biblioteca y el rico archivo, además de la biblioteca de música de la Escolanía que encerraba preciosas colecciones.

Al terminarse la guerra de la Independencia, Montserrat era un montón de ruinas. Para volver a establecerse allí los monjes debían empezar de nuevo y, sin amedrentarse, pusieron manos a la obra en el mismo año de 1814. Fué elegido abad el P. Simón Guardiola, el hombre providencial en aquellas circunstancias. Con grandes dificultades y escasos recursos decidió levantar tantas ruinas, y poco a poco lo consiguió, pues en 1817 ya pudo ser trasladada la sagrada imagen al templo reconstruido. Se construyeron celdas sobre las capillas de la iglesia y se habilitó la Escolanía que se encontraba en relativo buen estado, porque los franceses la destinaron a hospital de sangre.

Aun no se habían terminado las más urgentes reparaciones, cuando la exclaustación decretada en 1820 por las Cortes de Cádiz obligó a los monjes a abandonar de nuevo su amado Santuario. El Crédito Público Constitucional se adueñó del monasterio y de todas sus propiedades. La sagrada imagen fué trasladada a Barcelona, pero el tesoro que aun se había conservado no alcanzó la misma suerte, porque se lo llevó un comisionado del Gobierno. Es verdad que Montserrat era uno de los siete monasterios exceptuados de la extinción total y que a los monjes se les había asignado una pensión; pero

tan mezquina era ésta que no les daba para atender a las más perentorias necesidades. A este contratiempo vino a sumarse la desgracia de la guerra civil que dió en tierra con lo poco que aun quedaba en pie. En estas circunstancias los monjes y ermitaños tuvieron que padecer varias penalidades, ya que algunos de entre ellos estuvieron presos en las cárceles de Barcelona por considerarles como facciosos.

Terminadas las hostilidades con la capitulación de Barcelona el 1.º de noviembre de 1823, los monjes que se encontraban dispersos en distintas partes del Principado y aun fuera de él, pues algunos se habían refugiado en Francia, comenzaron a reunirse empezando por el abad D. Bernardo Bretón. En los comienzos del siglo XIX la comunidad montserratina se componía de 101 monjes, 12 ermitaños, 21 hermanos legos y 24 escolanes; pero ahora apenas llegaban a una veintena. Otra vez fué necesario renovar la iglesia y el monasterio medio destruidos por los constitucionales. Se adquirieron ornamentos para el culto y se comenzó la reparación interior del templo. Un ilustre visitante había de ser la providencia para llevar a buen término las obras de restauración.

El 12 de abril de 1828 se presentaba en Montserrat el rey don Fernando con su esposa D.^a Amalia. Lamentáronse los egregios monarcas del deplorable aspecto que ofrecía el santuario y prometieron al abad D. José Blanch enviarle la suma de medio millón de reales para cooperar a la restauración. Cumplieron fielmente su promesa y el sucesor del P. Blanch, el abad D. Benito Varoja, invirtió esa cantidad en construir un nuevo altar mayor y en decorar el interior del templo y el Camarín de la Virgen. En Agosto de 1830 ya pudo ser trasladada allí la sagrada imagen, alejada de su secular morada por espacio de diez y nueve años.

No habían dado fin las desventuras para Montserrat y sus pacíficos moradores, pues la funesta ley de la radical exclaustación estaba ya cerca. Como preliminares, los monjes montserratinos padecieron graves molestias en el año 1834 de parte de los soldados que allí se presentaron y que cometieron toda suerte de desafueros, hasta el de poner al abad D. José Blanch centinelas de vista. Para conseguir su libertad fué preciso pagar mil duros, más otros dos mil exigidos como subsidios de guerra. La ley del año 1835 decretando la exclaustación de todas las casas religiosas no comprendía a la abadía de Montserrat; pero, no obstante, la comunidad hubo de di-

solverse, después de ocultar la imagen de la Virgen. Era abad a la sazón, por segunda vez, el Rvmo. D. José Blanch, quien asumió el gobierno de la dispersa Congregación Vallisoletana por defunción de cuantos a él tenían derecho. Después de varias vicisitudes abandonó España y se retiró al Priorato de Nuestra Señora de Montserrat en Nápoles, dependencia de la abadía catalana, hasta que llegase el oportuno momento de regresar a su amado monasterio. Al efectuarse la exclaustación vivían en la montaña montserratina 32 monjes de Coro, 3 ermitaños, 6 hermanos legos y 23 escolanes. Dis-



MONTSERRAT. El refectorio (1925)

persáronse todos y el magnífico santuario de la Virgen Morena quedó abandonado. Sólo permaneció allí medio oculto el hermano lego José Campderrós, al que se unió el P. Procurador Jacinto Boada. Su presencia atraía a algunos romeros que se acercaban de tarde en tarde. Así debían transcurrir nueve años.

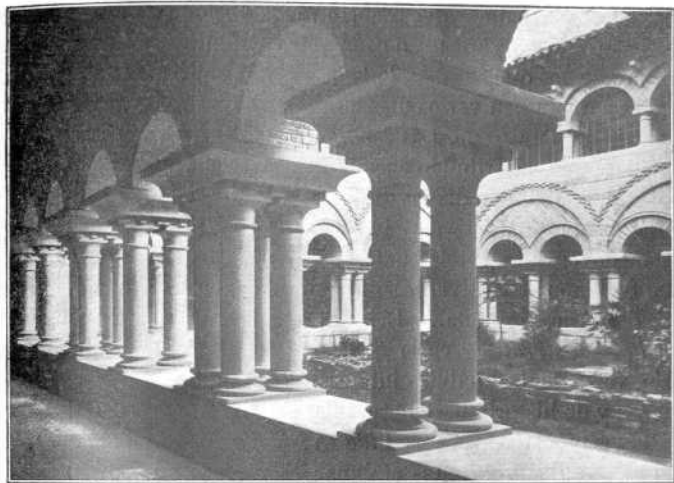
10. En 1844 la reina de España D.^a Isabel II expedía una Real Orden el 20 de julio mandando proceder a la reapertura del templo y a la devolución de la imagen de Nuestra Señora de Montserrat. El Obispo de Barcelona dió los pasos necesarios para complacer a la reina, pero ignorando el paradero de la imagen se dirigió al

exclaustrado abad del monasterio Rmo. D. José Blanch, que era el único que tenía noticias. Recibida la invitación, el Rmo. Blanch se dirigió desde Palermo a Barcelona para tratar el asunto con el Prelado diocesano. Se convino en que la imagen fuese reintegrada a su lugar el 8 de septiembre. Entre tanto, el P. Blanch dirigió una circular a los monjes montserratinos que vivían en los alrededores exponiéndoles la buena coyuntura para volver a Montserrat. Acudieron unos pocos, todos ellos ya entrados en años, que vivieron como en privado, pues no podían constituirse en comunidad formal. Uno tras otro fueron bajando casi todos a la tumba, incluso el Reverendísimo José Blanch que murió el 15 de septiembre de 1851. Su presencia sostuvo los mermados entusiasmos de la pequeña comunidad. «Animaos, hermanos—les decía—que para llegar el Santuario al estado en que lo vimos debieron transcurrir mil años; dejad que pasen otros mil y lo veremos como antes.» Relatando sencillamente los adelantos de la restauración y el estado actual lleno de vida en que se halla el Santuario, veremos que sus palabras han tenido plena realización.

Muerto el P. Blanch y en vista de los pocos monjes que quedaban, el Obispo de Barcelona comisionó a doce sacerdotes del clero secular para que se encargasen de sostener el culto. El proyecto no obtuvo resultado y los sacerdotes se retiraron de allí. Los monjes, no pudiendo elegir abad, fueron gobernados por presidentes. Tres monjes desempeñaron este oficio: D. Ramiro Torrents, D. Ignacio Corrons y D. Miguel Muntadas. Este último debía reanudar la serie de los abades montserratinos, pues en 1862 el Papa Pío IX le honraba con ese título. Con razón es considerado como el alma de la restauración; pues él emprendió la rehabilitación de los edificios, la apertura de la Escolanía y la construcción del Camarin y algunas Hospederías. Dió impulso a las peregrinaciones y a la devoción a la Virgen, viendo elevada la iglesia que él contempló casi destruída, a la categoría de Basílica. Su mayor acierto fué el haber aceptado en septiembre de 1884 la invitación del Ilmo. Rosendo Salvado para fundar en su abadía un Colegio de Misioneros para Ultramar. De ese modo se solucionó el problema de las vocaciones y Montserrat pudo rehacerse, además de contribuir a la fundación o repoblación de otros monasterios españoles. Considerando que el monasterio no podría subsistir por sus propias fuerzas lo unió a la Congregación Casinense

de la Primitiva Observancia el 13 de diciembre de 1862, y a ella pertenece en la actualidad, formando parte de la Provincia Española. El abad Muntadas murió el 8 de marzo de 1885, teniendo como sucesor al Rmo. D. José Deás.

El nuevo abad consolidó la obra de su predecesor terminando la construcción del Camarín y el embellecimiento de la iglesia, además de levantar las Hospederías de San José y Nuestra Señora de Montserrat y de inaugurar en la montaña el magnífico Vía-Crucis y el



MONTSERRAT. Claustro románico. (Construido en 1925)

Rosario monumental. Él mismo condujo en 1895 a las Islas Filipinas a los primeros misioneros educados en el Colegio de Ultramar; y él mismo venció las primeras y no pequeñas dificultades sentando las bases de aquella fundación que, corriendo el tiempo, había de ser la floreciente abadía de Nuestra Señora de Montserrat de Manila. El 8 de diciembre de 1912 recibió como coadjutor en el cargo abacial al Rmo. D. Antonio María Marcet, quien asumió todo el gobierno de la abadía cuando el 31 de agosto de 1921 dejaba de existir el Rmo. Deás, y desde entonces continúa ocupando su alto puesto. Son muchísimas las mejoras y las reformas que ha realizado en

Montserrat durante estos años, pues se ha construido la espléndida biblioteca enriquecida con cerca de 100.000 volúmenes; un hermosísimo refectorio y un pequeño claustro de estilo románico.

11. Por otra parte, y es lo que más vale, la comunidad ha visto aumentar su número rápidamente, pues cuenta en la actualidad con 153 miembros, de ellos 66 sacerdotes. Las actividades desplegadas en distintos órdenes de cosas hablan muy alto de la buena orientación que se ha infundido a este nuevo período de la historia montserratina. En primer término, se ocupan de fomentar y organizar las peregrinaciones que, casi sin interrupción, visitan la montaña. Por término medio suben cada año a Montserrat unos 200.000 visitantes, a los que se concede la asistencia espiritual que solicitan. Muchos permanecen varios días en la montaña hospedándose en los aposentos del Santuario. Las facilidades que ofrece el ferrocarril de cremallera han contribuido eficazmente a que el número de peregrinos se multiplique de día en día.

La abadía de Montserrat ha sido calificada recientemente de un «hogar de cultura intelectual», y la calificación es estrictamente justa. Sus monjes cultivan casi todas las ciencias: Liturgia, exégesis bíblica, música sagrada... Desde 1900 hasta 1917 publicaron la *Revista Montserratina*, en la que, además de trabajos sobre el Santuario, veían la luz pública interesantes estudios litúrgicos, gregorianistas y de historia benedictina. Desde 1914 hasta 1927 dirigieron los monjes montserratinos la *Vida Cristiana*, revista propulsora del movimiento litúrgico en Cataluña. Estas publicaciones han sido reemplazadas por *Analecta Montserratensia*, publicación anual dirigida por D. Anselmo Albareda. Consta ya de 7 volúmenes con trabajos históricos y colecciones de documentos para rehacer críticamente la historia del monasterio. Editanse otras excelentes colecciones, como: *Catalonia Monástica*, en la que se reúne todo lo relativo a los monasterios catalanes; *Místicos de Montserrat*, formada con las obras ascético-místicas de escritores montserratinos; *Biblioteca popular litúrgica*; *Biblioteca Monástica* sobre mística, ascesis e historia benedictinas. Todas, o casi todas, están escritas en catalán.

Ha llamado poderosamente la atención del público erudito la *Versión catalana de la Biblia* sobre los textos originales. Es el alma de esta monumental obra D. Buenaventura Ubach, gran autoridad en asuntos bíblicos. Paralelas a esta obra, ven la luz pública tres

series de folletos de divulgación escripturística, de los que ya han aparecido varios números.

De las obras debidas al esfuerzo de autores aislados mencionaremos el *Método de canto gregoriano*, traducido a varias lenguas, e *Introducción a la paleografía musical*, de D. Gregorio Sunyol, presidente de «La Associaccio Gregorianista» de Barcelona; *El Misal de los fieles*, *Misal Cotidiano* y otros varios libros de liturgia de don Alfonso María Gubianas, entusiasta divulgador del movimiento



MONTSERRAT. Una sala del Museo Bíblico

litúrgico en España. El mencionado D. Buenaventura Ubach ha escrito la conocida gramática hebrea *Legisne Toram?*, de texto en varios seminarios nacionales y extranjeros, y *El Sinái*, relato fiel de su larga permanencia en Palestina.

Varios monjes son colaboradores apreciados en centros científicos y de investigación, como en la fundación de Barcelona *Bernat Metge* para la traducción de clásicos griegos y latinos al catalán. Ya ha sido traducida directamente de la lengua helénica por D. Antonio Ramón la *Historia Lausiaca*, de Paladio.

No deja de ser dato interesante el apuntar que la mayor parte de las obras que hemos mencionado están estampadas en la imprenta

que, renovando las antiguas tradiciones, ha sido montada en el monasterio estos últimos años. El catálogo internacional del «Arte del Libro de Leipzig de 1927», hizo mención honorífica del arte de imprimir en Montserrat, reproduciendo como modelo de buen gusto la portada del primer volumen de la Biblia.

Con el restablecimiento de la tradicional Escolanía, algunos monjes se dedican a instruir a los 32 jóvenes que actualmente la componen, dando siempre preferencia a la música. Los escolanes son los encargados de solemnizar con su arte las funciones litúrgicas que se celebran en la Basílica. D. Manuel Germán devolvió su antiguo esplendor.

Al presente desempeña el cargo de maestro de capilla D. Anselmo Ferrer.

La pintura ha sido también cultivada con éxito en el monasterio, mereciendo un recuerdo especial el R. P. D. Lesmes López. Este monje artista ha ejecutado obras de relevante mérito pictórico, sobre todo en las iglesias de Montserrat, Nueva-Nursia y Samos, donde pueden verse las principales producciones de su pincel.

De la abadía montserratina depende la iglesia de Nuestra Señora de Montserrat, en Nápoles, servida por dos monjes. Además, varios viven en el palacio episcopal de Gibraltar, obispado que Pío X encomendó a los benedictinos. El actual obispo, por excepción no pertenece a la Orden, pero el Vicario General del Obispado es un monje de Montserrat, el M. R. P. D. Ildefonso Vilaplana. En el Priorato-Colegio de San José de Esparraguera, situado en las faldas de la montaña, fundado en 1894, cursan sus estudios filosóficos y teológicos los monjes montserratinos que se preparan para el sacerdocio. Finalmente, ha sido erigida una nueva casa en Jerusalén, destinada a servir de albergue a los monjes de la abadía que se dedican a los estudios bíblicos, y otra en Barcelona, en 1930, que será un monasterio completo, con el fin de armonizar los estudios científicos y la vida monástica.

Ya quedó insinuada la acertada determinación tomada por el Rmo. Abad Muntadas al establecer en su abadía el Colegio de Misioneros para Ultramar. Las vocaciones que ha llevado a Montserrat han permitido restablecer la vida benedictina en varios monasterios españoles. Además de la fundación del de Manila, se restauró el de Nuestra Señora de Valvanera en 1883; se fundó el del Pueyo en

1890 y el del Miracle en 1901; y en diversas circunstancias han prestado personal a otras casas que se estaban formando.

12. Después de este sumarisimo recuento de la historia antigua de la gran abadía montserratina y de su floreciente estado en nuestros días, ya es hora de que echemos una ojeada a cuanto de más notable allí se conserva, y no hemos ya mencionado anteriormente.

Por encima de todo está la sagrada imagen de la Virgen Morena, causa de toda la prosperidad del Santuario. Es una estatua de madera en la que predomina el estilo románico-catalán del siglo XII. Mide 95 cm. de alto por 35 de ancho. La cara y las manos son de color moreno. Ciñe corona de madera dorada y se sienta majestuosamente en una silla también de madera dorada. Ricos mantos visten a la bonita escultura. Ocupa el lugar preferente del altar mayor de la basílica.

La basílica fué construída en la segunda mitad del siglo XVI para reemplazar a la iglesia primitiva de estilo románico, de la que se conservan algunos restos. La actual es toda ella de piedra de sillaría sacada de la misma montaña. Tiene una sola nave, pero esbelta y espaciosa, pues mide, sin contar el camarín, 68'32 metros de largo por 15'45 de ancho y 33 de alto. Sus muros aparecen profusamente decorados, y lo mismo las seis capillas laterales en las que se levantan otros tantos altares.

El camarín que remata la cabecera de la basílica es de forma triabsidal y de buen gusto románico. En el ábside central está el Camarín propiamente dicho, hermosísima pieza revestida de mármoles, e iluminada por policromados ventanales.

Las colosales construcciones del monasterio remontan al siglo XVIII. Comenzó su construcción el abad D. Benito Argerich y duró la obra 20 años. En tiempo de la invasión napoleónica salió bastante mal parado el edificio, aunque pudo salvarse lo principal. De las construcciones más antiguas sólo queda un ala del claustro gótico de muy esbeltas líneas. Es notable el refectorio inaugurado el 25 de diciembre de 1925. Está formado por una pieza rectangular de 20 metros de largo y 8 de ancho, con tres bóvedas de arista, tres hermosos ventanales y pavimento de mosaico. Ha dirigido su construcción el monje de la casa D. Celestino Gusi. El claustro románico y lo mismo la biblioteca, son también de construcción moderna. La biblioteca está dividida en cinco salas con un total de 100.000 vo-

lúmenes, entre los que se custodian algunos incunables y restos del antiguo fondo.

Llaman la atención del visitante los museos de antigüedades y de botánica, muy bien surtidos, pero a los que aun supera el Museo Bíblico, el primero de su género en España, sumamente útil para el conocimiento de la Biblia. Fué fundado en 1916 por D. Buenaventura Ubach, quien después de haber recorrido las regiones de Palestina, Egipto y Asia Menor, ha reunido en sus salas interesantes ejemplares de madera y mineral del desierto, monedas, trajes, armas, flora bíblica, etc., etc.

Al lado de los edificios monasteriales se apiñan las Hospederías de S. José, S. Alfonso, Venerable José de S. Benito, Sta. Teresa, Nuestra Señora de Montserrat y el magnífico restaurant. En sus aposentos pueden albergarse unas 1.500 personas.

Completan este rico conjunto el monumento a la Inmaculada, el Vía-Crucis que termina en la capilla de la Soledad; el Rosario monumental, inaugurado en 1896, formado por esculturas de los más variados estilos. La Santa Cueva y algunas de las ermitas han sido restauradas y constituyen la meta de las piadosas excursiones que a diario realizan muchos de los peregrinos.

Al terminar la reseña de la historia de Montserrat y al contemplar la vida exuberante de que disfruta desde hace poco más de 40 años, vemos claramente que las esperanzas que abrigara el Reverendísimo D. José Blanch al posesionarse nuevamente de sus ruinas, están ya plenamente cumplidas. Sólo que, como él decía, no han sido necesarios los mil años.



II

LA ABADÍA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD
DE NUEVA NURSIA Y LA MISIÓN DE
DRYSDALE RIVER (AUSTRALIA)

SUMARIO:

I. LA ABADÍA DE NUEVA NURSIA

1. Los dos monjes exclaustros D. José Serra y D. Rosendo Salvado. Sus planes de apostolado. Salen para la Australia Occidental.—2. Los nuevos misioneros de Australia. La misión confiada a los dos benedictinos españoles. En medio de las selvas australianas. Evangelización de los salvajes. Una velada musical para allegar recursos. Pruebas y contratiempos. Instalación de una granja agrícola.—3. Fundación de la misión de Nueva Nursia. La primera cosecha. La primera escuela. El primer Sínodo diocesano. Mejoras en la misión.—4. Los monjes Serra y Salvado son nombrados Obispos. Llegada de una expedición numerosa. Amargas pruebas. Triunfo de los benedictinos. Retirada del Ilmo. Serra.—5. Nueva Nursia creada Abadía «Nullius». Nombramiento del Ilmo. Salvado para primer abad. Sus gestiones para abrir un noviciado. Unión de la abadía a la Congregación Sublacense.—6. Muerte del Ilmo. Salvado. Sus sucesores en la abadía. Los colegios de Santa Gertrudis y San Ildefonso. La misión de Drysdale River.—7. La comunidad actual y sus múltiples actividades. La jurisdicción del abad. Vida parroquial. La población de Nueva Nursia. Posesiones del monasterio; productos; industrias.—8. La iglesia catedral. El Monasterio. La Capilla interior. La biblioteca.

II. LA MISIÓN DE DRYSDALE RIVER

1. Fundación. Los primeros misioneros. Erección canónica de la misión.—2. Un día de traición, glorioso para los benedictinos misioneros. Un bautismo solemne.—3. Progresos de la misión. Estado actual.

BIBLIOGRAFÍA:

Ilmo. D. Rosendo Salvado, O. S. B., *Las Misiones de Australia* (Barcelona 1815).—Th. Bérengier, O. S. B., *La Nouvelle Nursie* (Paris, 1879).—Rmo. D. Ildefonso Guépin, *El Apóstol Benedictino de los salvajes de Australia*, en «Boletín de Silos», año 1901, págs. 123-145.—*New Norcia* (Londres 1908). *Annales Ord. S. Benedicti*, ann. 1909, 1910, 1927.—*Enciclopedia Espasa*, tomo 3º.—*St. Ildephonusus College Magazine* (1921 y 1929).—*Revista Montserratina*, especialmente año 1916.—*Ecos del Colegio de San Beda*.—*Boletín de Información Benedictina*.—*Anuario «Pax»*.

LA ABADÍA DE NUEVA NURSIA

1. Entre los pocos benedictinos que a raíz de la exclaustación de 1835 se alejaron de España para poder seguir viviendo en el extranjero la vida que aquí habían profesado, figuran los dos ilustres monjes D. José Serra y D. Rosendo Salvado. Ambos dieron su último adiós a la abadía de San Martín de Compostela en donde habían emitido los votos religiosos y orientaron sus pasos a tierra italiana. A fines de 1835 llegaban a la abadía de la Santísima Trinidad de la Cava cerca de Salerno, en el reino de Nápoles. Los dos monjes exclaustados fueron fraternalmente recibidos por los de la Cava a cuyo lado habían de permanecer por espacio de diez años. Allí y en Roma perfeccionaron su carrera eclesiástica los dos jóvenes monjes y después contribuyeron con sus excelentes dotes a levantar con honor las cargas de aquella comunidad. D. José Serra llegó a ser prefecto de estudios y D. Rosendo Salvado, además del cargo de organista, llevaba la administración general de todo el monasterio.

Los dos monjes habían abrigado esperanzas de poder retornar algún día a su patria y a su abandonado monasterio de San Martín. Efectivamente, ambos volverían a España, pero por caminos en que entonces ellos ni soñaran siquiera.

Un pensamiento extraño vino a mezclarse con esas esperanzas en el ánimo de los dos monjes. Recordando a tantos discípulos de San Benito que consagraron su vida a la evangelización de los infieles, ardieron en el mismo deseo, prefiriendo esa vida a la pacífica que en la Cava se iba para ellos deslizando. El 11 de septiembre de 1844 comunicáronse la idea los dos españoles y desde entonces estudiaron la manera de adelantar sus proyectos. A principios de enero del siguiente año se presentaban al Secretario de la Propaganda

exponiéndole sus planes y poniéndose incondicionalmente a su disposición. El día 14 del mismo mes comunicábase el Secretario que serían enviados a la misión de Sydney en tierras australianas, adonde los benedictinos ingleses habían trabajado y trabajaban aún por extender el Evangelio. Por entonces, quedó separada de la diócesis de Sydney la de Perth y a ésta fueron destinados los dos monjes españoles, bajo las órdenes de Monseñor Brady, consagrado Obispo el 5 de junio de 1845. El Prelado de Perth presentó sus misioneros al Papa Gregorio XVI, hijo también de la gran familia de San Benito, y en seguida dispuso todos los preparativos últimos para la partida.

Después de pasar por Lyon y París, se dirigieron a Londres y el 17 de septiembre del mismo año salía la expedición misionera dirigida por Monseñor Brady a bordo de la fragata *Isabella*. Contando a los dos benedictinos españoles, el número de misioneros elevábase a 20, todos de distinta nacionalidad. De ellos, 7 eran sacerdotes, 1 subdiácono, 8 catequistas, 2 hermanos legos y 2 novicios benedictinos. Figuraban también 5 hermanas irlandesas de la Orden de la «Mercy» y una novicia. El 7 de enero de 1846, después de una travesía de cuatro meses, divisáronse las costas australianas y al amanecer del siguiente día, cantando las letanias y otros himnos de circunstancia, desembarcaba el Obispo de Perth con su expedición misionera. Podemos asemejar este desembarco, recordando una de las más emocionantes escenas de la historia, al desembarco de San Agustín y de los monjes que le acompañaban, en las costas de Inglaterra.

Desde el primer momento pudieron contemplar los dos benedictinos españoles a aquellos pobres salvajes a quienes debían consagrar sus energías y que ya desde entonces les repetían con insistencia:

«*¡Maraña! ¡Maraña!* Tenemos hambre.» El P. Salvado se acercó a ellos y les repartió un pan que llevaba. Con esta obra de misericordia dió comienzo a su apostolado.

2. El día 9 del mismo mes se embarcó toda la expedición con rumbo a Perth; y allí, después de algunos días de descanso, se estudiaron los medios para dar comienzo a la evangelización de los salvajes australianos. Estableciéronse tres centros de misión, llamados del Norte, Sur y Centro. Este último fué el que se confió a los benedictinos españoles que recibieron como auxiliares a los dos cate-

quistas ingleses Dionisio Futell y Juan Gorman, y al novicio de Solesmes Fr. Leandro. El P. Serra quedó nombrado Superior y Vicario general del Obispo.

Mientras los misioneros del Norte y del Sur que, desgraciadamente, no lograron resultado alguno positivo, trabajaban en sus respectivos lugares, la misión confiada a los benedictinos empezaba a tomar excelentes derroteros.

El 16 de febrero de 1846, salían de Perth los misioneros benedictinos con la mochila a la espalda y la confianza puesta en Dios y en los santos apóstoles de su Orden. Sirviéndose de la brújula encamináronse hacia la tierra denominada Baggi-Baggi, tierra muy fértil, al decir de los salvajes. El paraje «Victoria-Plains», poblado de bellos árboles y de exuberante vegetación, encantó a los misioneros. Sólo tenían el grave inconveniente de no encontrar suficiente agua; por eso, los conductores de los carros los dejaron solos. Pero no se desanimaron, y allí mismo decidieron construir una cabaña. Luego encendieron una hoguera enorme y llenos de entusiasmo, como si estuvieran bajo las bóvedas de un templo abacial de España, se pusieron a cantar el Oficio Divino y el Santo Rosario. Atraídos por aquel espectáculo, algunos salvajes se habían acercado y los contemplaban atónitos.

Al amanecer del día siguiente celebraron la Santa Misa. Por la tarde los salvajes se acercaron más numerosos a la cabaña de los misioneros, de quienes no se apartaban ni de día ni de noche. Los misioneros lograron vencer su miedo y acercándoseles les presentaban azúcar y otros apetitosos manjares. Pronto se estableció una muda amistad entre los misioneros y aquellos pobres indígenas; pero, pronto también, agotaron éstos todas las provisiones que los benedictinos habían llevado consigo, y la situación hizose entonces sumamente difícil. Tuvieron que comer las raíces y las hierbas del campo y la carne de los kanguros, que allí se criaban en abundancia.

En vista de semejantes apuros, el P. Salvado decidió volverse a Perth para exponer al Obispo el estado en que la misión se encontraba y también para recaudar recursos. Recordando que era excelente pianista, pidió prestado un piano y anunció una velada musical. Los proyectos del misionero benedictino quedaron colmados. La numerosa concurrencia, perteneciente a todos los credos, admiró

durante tres horas, más bien que la singular maestría del pianista, el interesante aspecto que ofrecía aquel hombre curtido por el aire, y con los hábitos y zapatos deshechos por las malezas de la selva. Brindósele al terminar una entusiasta salva de aplausos y con ella cada uno ofrecióle la limosna que quiso.

Con lo que pudo recaudar, el P. Salvado compró todo lo necesario para asegurar la vida de los misioneros, sin olvidarse de las semillas ni del apero de labranza. Después emprendió la vuelta a la misión sufriendo en el viaje innumerables peripecias y peligrosísimas

aventuras, viéndose precisado a dejar el carro atascado en una laguna. Pero no por eso perdió ánimos el intrépido misionero, quien cargando una parte de las herramientas sobre los lomos de los bueyes, se dirigía hacia la misión con la jaula de las gallinas sobre la cabeza, sobre las espaldas, me-

tido en un saco, un gato, destinado a perseguir a los ratones que ya empezaban a molestarles y sujetos de una cuerda un gran perrazo



NUEVA NURSIA. Iglesia Abacial

y una cabra con su cabritillo.

Al llegar a la misión, y después de tantas fatigas, el P. Salvado experimentó el dolor más intenso. Durante su ausencia había fallecido el catequista irlandés Juan Gorman. Decidieron entonces, llenos de pena, abandonar a aquel lugar de tan tristes recuerdos y poco apto, además, para la agricultura y se internaron tierra más adentro. Sucedió esto a principios del año 1846.

En el nuevo terreno edificaron una cabaña y en el mes de agosto empezaron a cultivar aquella tierra australiana todavía virgen. En sus «Memorias» ha estampado el P. Salvado, refiriéndose a este momento, estas emocionantes palabras: «El P. Serra guiaba los bueyes y yo regía el arado..., regando aquel inculto terreno no sólo con

nuestro sudor, si que también con nuestra sangre». En el mes de septiembre dejaban sembrados dos extensos campos de trigo; habían plantado 900 cepas, 600 árboles frutales y 3.000 huesos de aceitunas, ensayando el cultivo de algunas legumbres. Poco después, y gracias a los socorros que les enviaba la Obra de la Propagación de la Fe, pudieron comprar 710 cabezas de ganado que reemplazaron con creces a la cabritilla aquella que el P. Salvado llevó consigo.

He ahí lo que dos monjes expulsados de su monasterio realizaban en medio de los bosques de Australia en pro de la implantación de la agricultura desconocida de los indígenas. Los dos monjes españoles habían hecho renacer los antiguos tiempos en que sus hermanos de Orden cultivaban y enseñaban a cultivar los terrenos vírgenes de Europa.

Pero no sólo se ocupaban los misioneros de los trabajos agrícolas. Ante todo eran monjes; y después de cantar con la solemnidad posible el Oficio Divino, se entregaban a la evangelización de los salvajes; estudiaban sus costumbres y sus creencias; ponían paz a sus luchas intestinas y hasta les curaban las enfermedades del cuerpo. Todo esto contribuía grandemente a que los salvajes se acercasen a los misioneros con mayor confianza, pero les decían: «Queremos creer en el Dios Jesús; mas antes dadnos de comer, porque tenemos mucha hambre y si no vamos de caza, moriremos nosotros y nuestras mujeres y nuestros hijos».

3. En seguida comprendieron los dos monjes españoles que es lo que debían hacer, imitar en todo a los antiguos evangelizadores benedictinos: construir un monasterio que fuese el centro de la misión; es decir un centro de acción religiosa y a la vez civilizadora. Allí vivirían los monjes del trabajo de sus manos y allí acudirían los salvajes o desde allí se les iría a buscar.

Presentáronse con estos dos planes los dos monjes ante el Obispo, quien les dió su absoluta aprobación. Con ella, más 5.000 francos que puso a su disposición la Obra de la Propagación de la Fe, regresaban el 20 de diciembre a su puesto. Cuando ya se acercaban creyeron que todos sus sueños se habían deshecho para siempre. Una manada de caballos salvajes había destruído la cabaña y todas las plantaciones. Para colmo de desilusiones, manifestóles el Gobernador del Distrito que debían abandonar aquel terreno.

Sin acabar de desanimarse, los dos misioneros levantaron segunda

vez sus reales y se internaron de nuevo en las espesuras del bosque. Cuando llegaron a las orillas del río Moore, adonde el Gobierno inglés les había cedido 40 acres de tierra, allí hicieron alto y allí edificaron una cabaña provisional, pues en aquel sitio lleno de encantos naturales, habían de establecerse definitivamente. Dieron de nuevo comienzo a las faenas de la siembra después de derribar enormes y seculares árboles. Ayudábanles en esta labor los mismos salvajes mientras sus hijos guardaban los rebaños. La actividad allí desplegada daba la sensación de una floreciente granja agrícola.

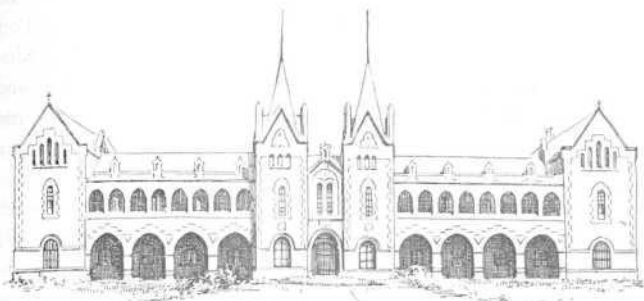
Vieron los dos monjes que aquél parecía ser el sitio más a propósito y determinaron poner los cimientos del monasterio. El día 1.º de marzo del año 1847, día aniversario de su llegada al continente australiano, ponían la primera piedra de la que, andando el tiempo, había de ser la gran Abadía «Nullius». Al cabo de cincuenta días, y con la ayuda desinteresada de artesanos venidos de Perth, estaba terminado lo más importante del edificio, parte en ladrillo y parte en madera. Medía 40 pies de largo por 14 de alto. En memoria de la patria de San Benito llamáronle Nueva-Nursia. La capilla, puesta bajo la especial protección de María Inmaculada, fué dedicada a la Santísima Trinidad como delicado recuerdo de su permanencia en la abadía italiana que tan hospitalaria se había mostrado con ellos durante diez años.

Ya estaban puestos los fundamentos y la obra no tardó en tomar notable incremento, pues el paso más difícil estaba ya bien dado. Los salvajes veían admirados aquella modestísima construcción que al lado de sus miserables chozas era más que un palacio. Ya no huían de la presencia de los misioneros y éstos pudieron empezar de serio a evangelizarlos. En noviembre hicieron la primera recolección y los salvajes aprendieron a manejar la hoz. Después, el P. Salvado emprendió el trazado de un camino desde la misión hasta Perth. Con la ayuda de 14 indígenas quedó terminada la obra en tres días, en una largura de 40 millas. Las 710 cabezas de ganado habían llegado ya a 1.200.

Atentos, sobre todo, a la obra de renovación religiosa y civil de los naturales, los misioneros españoles abrieron el 8 de diciembre la primera escuela, en la que desde el primer día fueron admitidos tres salvajitos que no tardaron en recibir el bautismo. Para solemnizar este acontecimiento se distribuyó entre todos sopa abundante; cos-

tambre que luego siguieron practicando, pudiendo de ese modo relacionarse más a menudo con los salvajes.

Al principio de 1848, visitó Monseñor Brady la Misión Benedictina, quedando gratamente sorprendido de los adelantos realizados en tan breve tiempo. Habíase construido un monasterio; se había cultivado la tierra y se había empezado el mejoramiento moral y civil de los australianos.



NUEVA NURSIA. Colegio de Santa Gertrudis

Después de felicitar a los benedictinos, quiso celebrar allí mismo el primer Sínodo diocesano, que empezó el 13 del mismo mes de enero y duró tres días. En él intervinieron el Obispo Monseñor Brady, su Secretario y los dos monjes, declarando que la Regla Benedictina estaba llamada a producir en el país los mismos resultados que en la vieja Europa. Determinóse también que el P. Serra partiese para Europa con el fin de reunir limosnas. Cuando el P. Serra llegó a Roma, tuvo noticia de que el 11 de julio de 1847 había sido nombrado Obispo de Port-Victoria.

Entre tanto, el P. Salvado estuvo en Perth trabajando por su obra, logrando adquirir 2.560 acres de tierra laborable y para pastos que, unido a lo que ya tenía, le hicieron dueño de una superficie de 12 kilómetros. Para hacer que los salvajes fuesen abandonando la vida nómada que llevaban, asignó una porción de tierra a cada uno de los que desde el principio se le habían mostrado más fieles. La idea obtuvo éxito. Además, determinó darles alguna retribución en metálico por su trabajo, enseñándoles que con aquello podían adquirir después una gallina, una oveja, etc. Los salvajes acogieron la

idea con entusiasmo y confiaban sus ahorros al cuidado del P. Salvado. La cosecha de aquel año fué abundantísima, con la natural alegría de los indígenas al recolectar lo que ya era suyo. Con la venta de lo que les sobraba para vivir, y la de la lana de las ovejas, la misión y los mismos salvajes pudieron disponer de algunos ahorros.

Al lado del monasterio iban levantando sus cabañas los salvajes, y de ese modo quedó establecido el primer núcleo de población.

4. El nombramiento del P. Serra para el Obispado de Port-Victoria, fué la causa de que Monseñor Brady nombrase al P. Salvado su Vicario y le enviase a principios de enero de 1849 a Europa para continuar recaudando limosnas con destino a la naciente misión. Dejó ésta al cuidado de los dos catequistas, y como compañeros de su viaje llevó a los dos salvajitos Conaci y Dirimera, que más tarde fueron monjes benedictinos en el monasterio de la Cava. Como Monseñor Brady hubiese pedido un coadjutor, la Propaganda designó para este cargo al P. Serra, nombrando entonces Obispo de Port-Victoria al mismo P. Salvado, quien no quiso aceptar, teniendo al fin que someterse a la voluntad de las autoridades romanas. Durante su estancia en Europa los dos benedictinos españoles lograron recoger abundantes limosnas, con las que pudieron pagar gran parte de los terrenos de la misión que habían comprado. El P. Serra regresaba a Australia en el mes de octubre, llevando consigo 39 misioneros; de ellos siete sacerdotes y todos los demás hermanos legos o artesanos entendidos en diversos oficios. El P. Salvado no regresaba hasta enero de 1853 al frente de otra expedición misionera compuesta de 42 hermanos y algunos operarios.

Durante este tiempo desarrolláronse algunos tristes episodios que amargaron los ánimos de los dos celosos misioneros. Por cuestiones de índole administrativa indispusose el Obispo de Perth con su coadjutor el Ilmo. P. Serra. A tanto llegó el encono, que Monseñor Brady dió órdenes terminantes para que el P. Serra y los suyos abandonasen la misión de Nueva Nursia. Los misioneros no tuvieron más remedio que dejar toda su obra y refugiarse en el valle de Guifort, distante seis millas de la ciudad de Perth, en espera de que llegase el fin de aquel conflicto. Todo quedó terminado con una Bula expedida por el Papa Pío IX el 3 de octubre de 1851 suspendiendo a Monseñor Brady y nombrando Administrador Apostólico de la diócesis de Perth al Ilmo. P. Serra, Obispo titular de Daulia.

El Ilmo. P. Serra, para terminar el arreglo de sus asuntos, volvió a Roma en 1854, y en mayo del siguiente año ya pudo regresar a Australia acompañado de diez misioneros y seis monjas de San José de Marsella. Desde su llegada consagróse de lleno a la administración de la diócesis de Perth, organizando el culto y ampliando el campo de los católicos.

Entre tanto las cosas de la misión de Nueva Nursia habían vuelto a mano de sus fundadores, y allí se encontraba trabajando como siempre el Ilmo. P. Salvado, pues nunca pensó en posesionarse del obispado de Port-Victoria. Pero los penosos incidentes que, por fuerza hemos resumido en pocas palabras, y que parecían dar al traste con todos los esfuerzos de los misioneros españoles, no se habían terminado.

El P. Serra, a pesar de su cargo de Administrador Apostólico de Perth, no había dejado de ser Superior de Nueva-Nursia, si bien el P. Salvado hacía en todo sus veces, pues aquél rara vez se presentaba en la Misión.

El Ilmo. Serra, contra lo que opinaba el Ilmo. Salvado, estimaba más conveniente el establecimiento de varios centros misioneros; por eso, erigió a poca distancia de Perth un monasterio que llamó Nuevo Subiaco, con las mismas características misionales que el de Nueva Nursia, y que a la vez sirviera de Noviciado para los misioneros. No agradó la resolución tomada al Ilmo. Salvado que abogaba por el sostenimiento de un centro único. Esta disparidad de miras motivó la renuncia que hizo el Ilmo. Serra del cargo que ocupaba en la diócesis de Perth y que además, mediante un decreto de la Congregación de Propaganda, fechado el 1.º de abril de 1859, quedaba separada de Perth e inmediatamente sujeta a la Santa Sede la Misión de Nueva Nursia. Por el mismo decreto quedaba nombrado el Ilmo. Salvado Administrador Apostólico de todo lo concerniente a la Misión. El Ilmo. P. Serra se retiró entonces a España, adonde murió el 8 de septiembre de 1886. Entre los muchos títulos de gloria a que se hizo acreedor este insigne monje benedictino, figura el de haber sido fundador de la Congregación de Hermanas Oblatas del Santísimo Redentor.

5. Aunque privado de la cooperación del compañero de toda su vida, el Ilmo. Salvado quedó entonces como único superior de Nueva Nursia y a su mejoramiento siguió consagrando todas sus energías.

Después de mucho esperar, recibió un decreto de Roma expedido el 12 de marzo de 1867, por el cual la misión era elevada a la categoría de Abadía «Nullius», siendo nombrado primer abad el mismo P. Salvado. Su jurisdicción se extendía entonces a 16 millas cuadradas.

Uno de los más graves problemas que siempre le habían preocupado, era el del reclutamiento de personal para la misión. Con ese fin alcanzó de la Congregación Casinense en el Capítulo General que celebró en abril de 1852, que se abriese un noviciado en el monasterio de Subiaco. Pero por la persecución y guerras que hubo en Italia, el proyecto no dió gran resultado, pues sólo profesaron seis novicios. En vista de esto pensó el P. Salvado abrir un Colegio y Noviciado en España, encargándose con ese fin de la presidencia del Seminario establecido en el monasterio de El Escorial, que le obligó a cerrar la revolución en 1869. En su lugar, y por iniciativa del P. Salvado se abrió más tarde en Montserrat el Colegio de Misiones de Ultramar. Después de todas estas gestiones, emprendidas siempre en pro de su misión, volvía el P. Salvado a Australia llevando consigo una colonia de 50 hombres, 4 sacerdotes, entre ellos su hermano el P. Santos, exclaustro como él de Compostela, y 39 jóvenes que fueron en Nueva Nursia los primeros novicios.

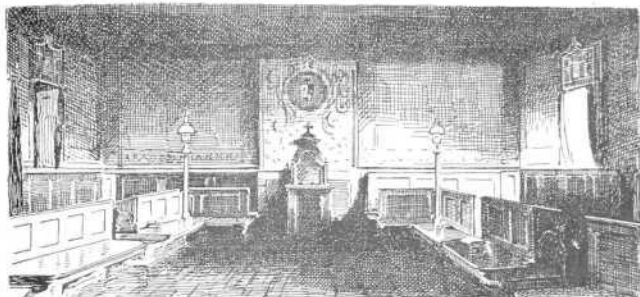
Queriendo asegurar para el porvenir la vida de su querida misión, trabajó para unir definitivamente su abadía a la Congregación Sublacense. Su deseo se veía plenamente cumplido el 12 de septiembre de 1900, pues desde ese día quedaba unida a dicha Congregación, formando parte de la Provincia Española.

6. En ese mismo año de 1900 el Ilmo. Salvado se encontraba en Europa trabajando por su Misión. Mientras estaba en Roma sorprendióle la muerte en el monasterio benedictino de San Pablo extramuros el 29 de diciembre. Sus restos mortales han sido trasladados a la iglesia que él edificó de Nueva Nursia y allí descansan inmediatamente detrás del altar mayor, en un bonito sepulcro de mármol blanco.

La figura de este monje que era a la vez misionero, músico, labrador, herrero, leñador, albañil, carpintero y que hasta enseñó a hacer camisas a las mujeres salvajes..., se destacará siempre gloriosamente en la historia moderna de la Orden benedictina. A su muerte, y después de un ininterrumpido trabajo de cincuenta años,

dejaba completamente instalada la Misión de Nueva Nursia. Había construido una iglesia de piedra de 102 pies ingleses de largo por 20 de ancho. También ensancho los edificios del monasterio y a poca distancia logró levantar dos casas de cien pies de largo destinadas a la educación de niños y niñas de los salvajes. Las cabañas de éstos se habían multiplicado y ya daban a la Misión el aspecto de una pequeña población civilizada.

Para ocupar el vacío que dejaba el Ilmo. Salvado fué destinado el Rvmo. D. Fulgencio Torres, monje de Montserrat y uno de los primeros misioneros benedictinos de las islas Filipinas, en donde actuó como superior de 1895 a 1897. El capítulo de Nueva Nursia,



NUEVA NURSIA. Sala capitular

de acuerdo con el decreto de la Sagrada Congregación de Propaganda le elegía por su abad perpetuo el 2 de octubre de 1902.

El nuevo abad continuó y aun activó las obras emprendidas por su predecesor. Mejoró en lo material los edificios del monasterio, levantando uno nuevo en la parte central del mismo y, además, dos bonitos oratorios. Para asegurar personal apto a la Misión fundó en España un Colegio de misioneros que primeramente estuvo en el monasterio del Miracle y en la actualidad está en el del Pueyo. Favoreció con todo su entusiasmo entre sus monjes las ciencias eclesiásticas y las aficiones artísticas, principalmente la pintura y la música.

Pero las obras más importantes del Ilmo. Torres son: la fundación de la Misión de Drysdale River emprendida en 1908, y de la

que luego se dirá algo por separado; y la erección de los Colegios de Santa Gertrudis (1908) y de San Ildefonso (1910) para la educación de niños de ambos sexos de la raza blanca. El Colegio de Santa Gertrudis está reservado a las niñas y para que responda al fin que el fundador se propuso, se divide en dos partes completamente independientes. En el primer departamento a cargo de las monjas españolas de la Compañía de Santa Teresa, reciben instrucción las niñas negras mantenidas gratuitamente por la Misión hasta que toman estado. En el segundo se reciben a todas las niñas hijas de blancos, sean católicos o protestantes, y son educadas por las Madres Irlandesas de San José. El edificio es de puro estilo gótico y capaz para cerca de 200 internas.

El Colegio de San Ildefonso, reservado para los niños, es un hermoso edificio de estilo bizantino que puede albergar hasta 300 alumnos. La dirección de la enseñanza corre a cargo de los Hermanos Maristas.

En pago de tantos trabajos, el Sumo Pontífice elevaba en mayo de 1910 a la dignidad episcopal al Ilmo. D. Fulgencio Torres, quien, juntamente con el Obispado titular de Dorilea, era nombrado Administrador Apostólico de Kimberley. El segundo abad de Nueva Nursia pasaba a mejor vida el 5 de octubre de 1914.

Don Anselmo María Catalán, era elegido el día 12 de octubre del mismo año para sucederle en la silla abacial. Con notable acierto ha encauzado este Prelado las empresas acometidas por sus antecesores, y, sobre todo, ha puesto su mayor cariño en la misión de Drysdale River a la que ya ha visitado en cuatro ocasiones distintas, teniendo la suerte de bautizar él mismo los primeros neófitos.

7. La comunidad actual de Nueva Nursia se encuentra en pleno florecimiento. Intéggranla, según la estadística de 1928, 47 individuos; de ellos 20 son sacerdotes, 10 monjes clérigos y 15 hermanos legos.

Para hacerse cargo de las variadísimas actividades a que, después de la celebración solemne del Oficio divino, deben consagrarse los monjes, baste decir que Nueva Nursia es a la vez cabeza de una diócesis, es misión, es pueblo, es centro de educación y de civilización...

La jurisdicción ordinaria del abad se extiende sobre un territorio de unos 50.000 kilómetros cuadrados, con una población de solos

6.500 habitantes de los que unos 2.500 son católicos. La diócesis está dividida en seis grandes parroquias, incluyendo la iglesia catedral del monasterio. Cada parroquia tiene a su cargo varias estaciones misionales, que en total son 27, con 16 iglesias y oratorios públicos. Al frente de cada parroquia hay un monje sacerdote. Además de los sacerdotes de su abadía, el abad de Nueva Nursia, dispone de otros 20 del clero secular para atender a las necesidades de los fieles.

En torno de la abadía se alinean las viviendas de los indígenas y colonos, con una población de 400 habitantes. Para darles educación se han levantado dos orfanatorios y dos escuelas de primeras letras. Los colegios para niños blancos de Santa Gertrudis y San Ildefonso, están puestos bajo la inmediata inspección general del abad. En los talleres de artes y oficios que posee el monasterio, encomendados a los hermanos legos, aprenden los nativos alguno de los oficios que les servirán para ganarse la vida. De ese modo, los monjes prosiguen en la gran obra civilizadora emprendida por el Ilmo. D. Rosendo Salvado.

Las cuatro extensas propiedades que posee el monasterio con un total de 8.000 hectáreas, exigen un ímprobo trabajo por parte de los monjes que deben llevar la dirección, pues en su cultivo se emplean todos los adelantos modernos. De esas propiedades se reservan 2.000 hectáreas para cultivo de cereales; todo lo demás es una vastísima dehesa en la que pastan grandes rebaños de ganado vacuno, lanar y caballar. Cosechase mucho vino, aceite, hortalizas, naranjas y otras exquisitas frutas. También posee el monasterio cuatro molinos harineros y una fábrica de excelentes macarrones. Sólo con el producto líquido de estas industrias pueden atender los monjes a sus necesidades y a los enormes gastos que se originan en todo el territorio de la misión, pues téngase en cuenta que por necesidad deben gastar crecidas sumas en la manutención y educación de los indígenas.

8. Describamos ahora los edificios de la abadía. Por su situación ocupa el lugar sumamente agradable y ameno de las orillas del Moore, que los monjes fundadores escogieron como más apto para sus planes. La iglesia es la misma que levantó el Ilmo. Salvado, pero muy mejorada y bellamente decorada en 1909. Por el exterior nada llama la atención, excepción hecha del esbelto campanario levantado en el año dicho y en el que se ha colocado una de las

campanas que llevó el Ilmo. Salvado de la torre de su antiguo monasterio de San Martín de Compostela. En el interior, además del altar mayor, con su bonito presbiterio, existen dos altares laterales. Llama la atención de los entendidos la rica y variada colección de pinturas que atesora; algunas son las mejores obras que ha producido el pincel del Padre Lesmes. Representan el martirio de Santo Tomás de Cantorbery, la muerte de San Bernardo, San Mauro en Francia, San Anselmo en el destierro, misión de San Agustín en Inglaterra y los últimos instantes de San Benito. En el centro del coro llama la atención un magnífico cuadro que representa la caída de Jesús en su camino al Calvario, reproducción intachable hecha por el mismo monje del célebre cuadro del Ticiolo. También posee el monasterio otras valiosas reproducciones de famosos pintores, que en su conjunto forman una buena pinacoteca de que pueden hacer gala los monjes de Nueva Nursia.

Un clásico arco rematado por el escudo de la abadía se abre a la entrada de los edificios monasteriales e introduce al visitante en un amplio patio formado por las cuatro alas del monasterio, cuyos frontis están ceñidos por una serie interminable de balcones y galerías.

En el interior del monasterio está construida la capilla que ideó el Rmo. Torres. Es un bello ejemplar de estilo bizantino, artísticamente decorada por el hermano Salvador. En ella rezan los monjes ordinariamente el Oficio, pues sólo los domingos y días festivos hacen uso de la Iglesia parroquial. Es maestro de capilla D. Esteban Moreno, autor de apreciadas obras musicales, por las que el célebre Perossi le ha calificado de «genio musical».

La biblioteca es una buena pieza con unos 10.000 volúmenes y completas colecciones de libros teológicos, muchos de los cuales fueron adquiridos por el Ilmo. Salvado. En ella se conserva un valioso reloj que la reina de España doña Isabel regaló al mismo ilustre fundador de la abadía.

Cuantos escriben o, por lo menos, hablan de pasada sobre lo que la abadía de Nueva Nursia significa en la Australia Occidental, todos concuerdan en decir que es un núcleo de civilización, un hogar de cultura y un centro de catolicismo. Si los benedictinos ingleses fueron los primeros apóstoles y misioneros que la Religión Católica tuvo en estos países, benedictinos españoles son en la actualidad los que siguen sus pisadas. Los benedictinos ingleses trabajaron en la evan-

gelización de las regiones del Este, los benedictinos españoles trabajan ahora lo mismo que hace setenta años en el Oeste y, desde hace poco, también en el Norte.

II

LA MISIÓN DE DRYSDALE RIVER

1. Este nuevo campo en el que los monjes de la abadía neonursina han emprendido las tareas de la evangelización, está situado a orillas del caudaloso río Drysdale en el Noroeste de Australia. En sus confines se han ido refugiando los salvajes a medida que los europeos ensanchan los límites de sus posesiones. Forman aquellos las tribus más abyectas y degeneradas de la humanidad y sus individuos son casi todos antropófagos.

Las autoridades católicas comprendieron el estado deplorable en que se encontraban aquellos pobres salvajes, privados de la luz del Evangelio y de las ventajas de la civilización. En el Sínodo plenario del Episcopado australiano reunido en 1906, formulóse un voto al abad y monjes de la abadía de Nueva Nursia, para que, en la medida de sus fuerzas, emprendiesen la evangelización de aquellas inexploradas regiones australianas.

No dejó de ocultárseles al abad y monjes neonursinos lo árduo de la empresa; pero, mirando a la historia del pasado de la misión fundada por el Ilmo. Salvado, se creyeron en el deber de aceptar, confiando que como aquel intrépido misionero, también ellos vencerían cuantas dificultades se pudieran presentar.

En el mes de julio de 1908 el mismo abad de Nueva Nursia, Ilmo. D. Fulgencio Torres, conducía hasta aquellas apartadas selvas la primera expedición misionera compuesta de los tres sacerdotes D. Emiliano Planas, D. Iñigo Alcalde, D. Nicolás, oblato benedictino, y del hermano Vicente. En las 500 millas inglesas que tuvieron que recorrer, presentáronseles grandes peligros, pues navegaron a bordo de un diminuto barquichuelo. Arribados al golfo de Napier Broome, buscaron un sitio para sentar sus reales, e inmediatamente trataron de entrar en relaciones con los salvajes, que los contemplaban recelosos. Repitióse entonces la misma escena que se verificó cuando llegaron los PP. Salvado y Serra. Repartiéronles abundantes

alimentos, pues, como antaño, ese es el único medio de hacer que se lleguen al misionero.

Después de la partida del Ilmo. Torres, la misión empezó a ensanchar poco a poco su actividad. Como consecuencia, el 4 de mayo de 1910 la Congregación de Propaganda expedía un decreto, por el cual se erigía canónicamente la misión de Drysdale River, desmembrándola del Vicariato apostólico de Kimberley y confiándosela a la abadía fundadora.



DRYSDALE RIVER. Repartiendo la comida a los salvajes

2. Los monjes misioneros consagrabanse con todo ardor a procurar el más estrecho contacto con los nativos, pero sus trabajos no siempre alcanzaron el rápido resultado que ellos deseaban. Los salvajes no sabían comprender el desinterés de aquellos abnegados monjes. Sobre este particular iba también a repetirse la historia de los primeros tiempos de la misión de Nueva Nursia, aunque con circunstancias todavía más trágicas.

El día 27 de septiembre de 1913 acercáronse a la misión de Drysdale los nativos que ya acostumbraban hacerlo para recibir la comida y frutas que los benedictinos les distribuían. Pero en ese día llevaban

premeditada una traición. Después de recibir los alimentos que como de costumbre les distribuyeron los misioneros, arrojáronse sobre ellos y hubieran sido muertos y después devorados en macabro banquete, si uno de los muchachos que estaban al servicio de la misión, no hubiera disparado al aire una escopeta; pues al oír el estampido huyeron precipitadamente todos los salvajes. Sin embargo, sólo el hermano Vicente pudo escapar ileso, pues los dos monjes sacerdotes sufrieron gravísimas heridas. D. Enrique Altimira fué alanceado en el hombro izquierdo por tres veces y despiadadamente apaleado.



DRYSDALE RIVER. Los salvajes manejando sus lanzas

D. Iñigo Alcalde sufrió también gravísimas heridas que le produjeron las repetidas lanzadas y golpes, dejándole en el suelo casi sin vida. Pero los dos mártires de su celo pronto pudieron restablecerse para volver a trabajar de nuevo por sus mismos enemigos.

En efecto, después de este lamentable suceso que puso en grave riesgo la marcha de la misión, los salvajes fueron acercándose otra vez en busca de la comida. Los misioneros tienen ahora el consuelo de ver que aquella sangre derramada ha producido sus frutos. Muchos de los nativos dejan ya su vida nómada y se acogen a las viviendas que para ellos han levantado los benedictinos. En 1923 fueron solemnemente bautizados dos neófitos ancianos por el Ilmo. D. Anselmo María Catalán, actual abad de Nueva Nursia.

3. El número de los que quieren recibir las aguas bautismales

aumenta todos los años, pero los monjes tienen que seleccionar a los que ofrecen mayores garantías de permanecer fieles. Los catecúmenos ascienden a cerca de 200.

El aspecto que presenta la misión es ya el de una pequeña población cristiana. Para reemplazar la provisional capilla, los benedictinos están edificando con sus propias manos otra más capaz; imitando así al Ilmo. Salvado cuando trabajaba en las obras de la que él construyó.

Uno de los principales edificios de la misión, es el hospital destinado a los inválidos, solícitamente atendidos con medicinas y alimentación abundante. A los demás nativos suministra la misión todos los días un rancho bien preparado que se recibe con singulares muestras de agradecimiento.

Para ir asegurando la vida, los benedictinos han comenzado a cultivar la tierra y a sostener varios rebaños de ganado lanar, caballar y vacuno. Si la divina Providencia sigue velando por esta arriesgada y trabajosa empresa de los benedictinos de Nueva Nursia, no pasarán muchos años sin que en aquellas apartadas regiones de la Australia del Norte se levante otro centro de apostolado y civilización parecido al de la abadía neonursina.



III

LA ABADÍA DE SAN JULIÁN DE SAMOS

SUMARIO:

1. Situación de la abadía de Samos. ¿A qué fecha remonta su fundación? Restauración por el Obispo Ermenfredo; huida de los monjes ante la invasión árabe; nueva restauración por el abad Argerico; Alfonso el Casto en Samos.—2. Llegada de monjes cordobeses al monasterio; Audofredo y Ofilón.—3. Nueva reforma por monjes leoneses de San Juan de la Peña; recuperación de todas sus posesiones; próspera etapa de la vida del monasterio; donaciones; jurisdicción de los abades samosenses en los siglos xi y xii; algunos abades insignes que nos son conocidos; San Alvito.—4. Extralimitaciones de algunos abades en el siglo xii; salen los monjes favorecidos. Arreglo de la abadía con el obispado de Lugo en 1195; la abadía sujeta inmediatamente a la Sede Apostólica. Los abades D. Arias González y D. Álvaro de Quiroga.—5. Unión del monasterio a la Congregación de Valladolid en 1499; primeros superiores temporales; vida floreciente del monasterio; riquezas; las famosas herrerías; mejoras en la iglesia y monasterio; situación desahogada de la comunidad.—6. Algunos de los abades insignes e hijos más ilustres de Samos.—7. Samos durante las turbulencias del siglo xix; la exclaustración de 1835; abandono.—8. El Rvmo. D. Gaspar de Villarroel restaura el monasterio y es nombrado su primer abad. Estado actual de la comunidad.—9. Descripción del monasterio y de su iglesia abacial.

BIBLIOGRAFÍA:

Gregorio Argaiz, *La Soledad laureada*, t. III. (1675) — Antonio de Yepes, *Crónica general...*, t. III. (1621).—*España Sagrada*, t. 40.—Manuel Murguía, *Galicia y sus Monasterios* (1888).—Antolín López Peláez, *El Monasterio de Samos* (1894).—J. Villamil, *Iglesias Gallegas* (1904).—Fausto Curiel, *Monasterium S. Juliani de Samos*, en la rev. *Studien und Mitteilungen...* (1908).—*Enciclopedia Espasa*, t. 53 (1928)—*El Monasterio de Samos* en «Anuario Eclesiástico» de 1928 (Barcelona), pág. 275-276.—*Revista Montserratina*.—*Boletín de Información Benedictina*.



1. En la provincia de Lugo, y a unos 37 kilómetros de la capital, se encuentra un valle profundo y pintoresco, regado por las aguas del Sarria. Los montes de San Mamet, le abrazan por todas partes con sus ingentes moles. El paraje ofrece todos los encantos para vivir vida monástica y, por eso, desde la más remota antigüedad ha sido lugar preferido de los monjes españoles. Allí se levanta el monasterio de Samos, llamado Samanos en los primeros tiempos, palabra goda que indica un lugar en que se vive en comunidad. Son sus patronos los santos mártires de Antioquía San Julián y su esposa Santa Basilisa, víctimas de la persecución de Diocleciano y a quienes los monjes veneraban con particular devoción por considerarles fundadores de dos comunidades, una para hombres y otra para mujeres que subsistieron después de su muerte.

De ordinario se hace remontar la aparición del cenobio de Samos al siglo VIII, pero una lápida de alabastro que en 1753 se descubrió entre las ruinas del claustro viejo— hoy desaparecida—, nos da noticia de su anterioridad.

Por los años de 653 a 656 ocupaba la silla de Lugo el Obispo Ermenfredo. Según rezaba la inscripción, Ermenfredo se interesó en el acrecentamiento del monasterio restaurando la observancia de las reglas, restituyéndole a su pasado esplendor y conservando lo bueno que ya existía. Termina la inscripción con una plegaria del Obispo pidiendo por la paz y bienestar de los claustros, y haciendo votos para que siempre resplandezca en aquel lugar la vida monástica y la *santa regla* estreche la unión de las almas. La mención que al final se hace de una santa regla ha dado margen a algunos autores para afirmar que se trata de la Regla Benedictina. Esta afirmación merece ser respetada por cuanto representa la tradición de los historiadores de la Orden, aunque no a todos parece bastante robusta la prueba sobre que descansa; tanto más que Ordoño II nos

dirá más tarde en uno de sus privilegios que, en el cenobio de Samos se vivía según la regla de los Santos Padres. ¿No podríamos ver en Samos uno de aquellos monasterios que, como San Valerio escribe, levantó San Fructuoso en el norte de España? Hasta la fecha nada puede afirmarnos la historia.

La restauración del Obispo Ermenfredo perduró en Samos hasta el 716. En este año los moros destruyeron el territorio de Lugo; huyeron sus habitantes y los monjes les acompañaron en la huida. Conquistada Galicia por Alfonso I, dieron comienzo los cristianos a la repoblación del país. Poco después también pudieron levantarse las ruinas del monasterio. El abad Argerico, a quien acompañaba su hermana Sarra, huye de la ciudad de Toledo y se acoge al amparo de los reyes que llevaban adelante la reconquista. Fruela I le concede licencia para restaurar el monasterio. Gracias a las donaciones del rey se levantaron los edificios que pronto albergaron numerosa comunidad de monjes. Además de los terrenos adyacentes, poseía el monasterio numerosas villas y alquerías en el Bierzo, Valdeorras, Quiroga y otros puntos. También debía ser muy floreciente la observancia regular, pues en 785 el presbítero Adilano se dirige al abad Argerico en demanda de monjes para fundar un monasterio en honor de San Esteban y San Pablo.

Es digno de apuntarse un suceso que basta por sí solo para acreditar la buena fama de que Samos gozaba en aquellos tiempos. Por muerte de Fruela I correspondía reinar a Alfonso II que era todavía un niño; pero sus enemigos no se lo permitieron. Para ponerle al abrigo de los revoltosos magnates, sus tutores encomendaron a los monjes de Samos el cuidado del rey niño. Al abrigo del claustro samonense permaneció el perseguido monarca, pudiéndose gloriarse los monjes de haber formado el carácter recto y valeroso de este rey que por sus morigeradas costumbres ha sido apellidado el «Casto». Si su estancia en Samos fué sumamente beneficiosa para Alfonso II, no lo fué menos para el mismo monasterio, pues el rey le miró siempre con particular cariño.

En 811 expedía el rey Casto un decreto confirmando a los monjes en la posesión de los bienes otorgados por su padre y poniendo coto a la rapacidad de los señores aledaños, que desde la muerte de Fruela I tenían puestos sus ojos en la pingüe hacienda del monasterio.

En el reinado del sucesor de Alfonso el Casto, don Ramiro, encontramos gobernando la abadía de Samos a Fatal, Obispo andaluz que dejando su sede a causa de la persecución sarracena, fué benígnamente acogido por el rey don Ramiro. Fatal fué puesto al frente de la comunidad monástica, a la que el rey enriqueció con nuevas posesiones y privilegios.

2. Por el año 852 aparecen en Galicia varios monjes procedentes de Córdoba capitaneados por Audofredo. Hízoles donación del monasterio de Samos, al parecer abandonado, el monarca reinante don Ordoño I, mediante la entrega por parte de los monjes de dos talentos de oro. Dotóles, en cambio, el monarca de todo lo necesario para el culto, principalmente de una hermosa colección de libros litúrgicos. Por este tiempo extendíase la jurisdicción del monasterio a más de milla y media. Una escritura del 13 de julio de 853 prohíbe con energía que los seglares se inmiscuyan en el gobierno del monasterio y administración de sus bienes.

Tres años más tarde, en 856, llegan de Córdoba nuevos monjes fugitivos, cuyos nombres nos ha conservado la historia: el abad Ofilón, el presbítero Vicente y la monja María. No debía guardarse fielmente en Samos la regularidad monástica, puesto que el rey don Ordoño encomienda al abad Ofilón la reforma de las costumbres. Ofilón llevó a feliz término su cometido y en 872 en unión de su hermana la monja María y del presbítero Vicente, donaba al monasterio todos los bienes que le pertenecían, varias preciosas alhajas para el culto y los pocos libros que había podido llevar consigo en la huida de Córdoba.

La misión reformadora del abad Ofilón no quedó limitada a solo el monasterio de Samos, pues, según un privilegio del rey Ordoño, que alcanzó a ver el padre Yespes, fué también comisionado para vigilar sobre la conducta de los monjes y aun de los mismos sacerdotes y clérigos de los alrededores. Debía corregirlos, extirpar sus vicios y predicarles palabras de edificación los primeros días de cada mes. Había, pues, empezado el abad de Samos a ejercer cierta jurisdicción espiritual en la comarca, que con el tiempo se extenderá considerablemente.

3. Muerto el abad Ofilón, conservóse por algún tiempo en su pureza la observancia religiosa en el monasterio, pues en 902 el arcepreste Teodenando pide monjes al abad para reformar el cercano

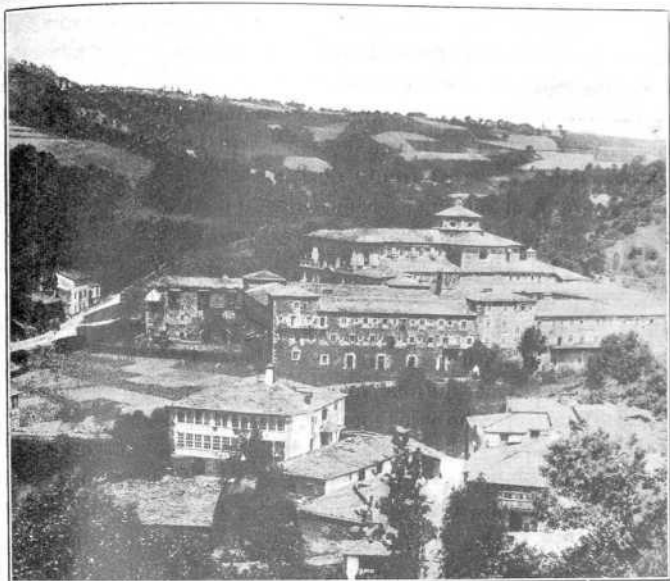
cenobio de San Esteban y San Pablo, minado por la más absoluta relajación. Pero poco a poco comenzó a decaer de nuevo en Samos la observancia regular, de suerte que pronto tuvo necesidad de radical reforma.

Florece a la sazón en León el monasterio de San Juan de la Peña, gobernado por el santo abad Virila. Los dos caballeros D. Arias Menéndez y D. Gutierre Menéndez, padre este último de San Rosendo, cumpliendo el encargo del rey Ordoño II, solicitaron monjes al abad de Peña, con destino a San Julián de Samos. El abad Virila envió una expedición compuesta de dieciséis monjes. Cuando llegaron a Samos lo encontraron todo en pésimo estado. Los edificios medio en ruinas y, lo que peor era, no lograron dar con documento alguno que acreditase las posesiones y bienes que eran del monasterio; la incuria de sus moradores había consentido abandono semejante. Inmediatamente ordenó el rey Ordoño que se transcribiesen las escrituras que obraban en el archivo de Oviedo, copia de las que a Samos habían otorgado sus antepasados. Encontráronse hasta 59, con las que pudieron recobrar la perdida hacienda. El monasterio pasó a ser entonces dependencia del de Peña en León, como único camino seguro para llevar adelante la reforma. Sinderigo y Adelfio le gobernaron a título de presidentes, hasta que este segundo fué puesto como abad por San Rosendo a raíz de un concilio que se reunió en Nocaria.

Había empezado para Samos una nueva etapa. No importa que Ero, Obispo de Lugo, se declare contrario a la restauración, ni que se acuda a la violencia, pues un concilio reunido en Lugo el año 927, falla a favor de los monjes. Pudieron levantarse con holgura los edificios, y reyes y pueblo, viendo la santidad de vida que los monjes guardaban, acrecentaron con numerosas donaciones la hacienda que ya poseían.

Nada le faltó entonces a Samos para ponerse a la cabeza de todos los monasterios que en la región había levantados. En el año 1610 estampaba el padre Yepes en su «Crónica General de la Orden de San Benito» la relación que le dirigiera el Rmo. D. Juan Muñoz. Su simple lectura permite hacerse una idea de la prosperidad de que la abadía de Samos disfrutaba por el siglo XI y principios del XII. Poseía más de doscientas villas y más de quinientos lugares. El coto que rodeaba al monasterio alcanzaba ocho leguas de largo y unas cuatro de ancho. Suyos eran los cotos de Ferrera de Pajares, con más

de tres leguas de extensión, y el de Barbadela y el de Pincida. Buena parte de su hacienda radicaba en el condado de Lemos, en el marquesado de Sarria, en el condado de Ribadavia, en la encomienda de Quiroga, etc. El número de iglesias en que Samos tenía jurisdicción casi episcopal se elevaba a 105. El abad visitaba, presentaba y examinaba a los clérigos; él daba licencia para administrar los Sacra-



SAMOS. Vista general del Monasterio

mentos y hasta para decir dos Misas un mismo sacerdote. Los monasterios que de una u otra manera reconocían a Samos como a su superior ascendían muy cerca de los 30. Entre ellos merece especial mención el de San Mateo, fundado en 930 «según la Regla de San Benito, destinado a la recepción de huéspedes, pobres y peregrinos»; prueba evidente de que por Samos pasaban muchos de los peregrinos que se dirigían a Santiago para venerar el sepulcro del Apóstol.

Al abad Adelfic sucedió en 969 Novidio, que estaba decorado con la dignidad episcopal. Conocemos también los nombres de cinco

abades que gobernaron el monasterio: Audorico, Brandilano, Diego, Mandino y Dromarico. D. Brandilano mandó hacer una riquísima cruz votiva de plata y oro, muy semejante a la famosa «Cruz de los Ángeles» donada a la catedral de Oviedo por Alfonso el Casto. La cruz ya ha desaparecido, pero la sola memoria que de ella hacen los historiadores es otra prueba más de cuán adelantada estaba la técnica de las bellas artes en aquellos siglos en nuestra patria. Los monasterios secundaban ese movimiento artístico, favoreciendo a los artistas de dentro y de fuera de sus claustros.

La abadía de Samos vió encumbrados a varios de sus hijos por este tiempo a importantes cargos eclesiásticos en la región. Si se admite que San Alvito, Obispo de León († 1063), es el mismo que por estos años estaba al frente del monasterio samonense, Samos puede apuntar en sus anales como a uno de sus más esclarecidos hijos a este santo varón, cuyos consejos tanto pesaron en la corte de Fernando el Magno.

4. A principios del siglo XII el abad de Samos D. Juan es designado para la silla episcopal de Lugo. Como obispo y como antiguo abad de la casa, D. Juan se vió precisado a intervenir en Samos para componer algunas diferencias surgidas entre su sucesor en la abadía D. Sancho y los monjes.

Parece ser que D. Sancho quería hacer suya la mayor parte de la renta que percibía la comunidad, no dejando a los monjes lo que les era necesario para vivir decorosamente. Oídas las partes, extendióse una escritura en 1167 estableciendo el principio de la claustra, reconociendo posesión de los monjes las tres cuartas partes de las rentas. Es muy interesante, además, esta escritura, porque en ella el Obispo Juan ruega a los monjes que vivan en adelante según las costumbres del monasterio de Cluni o del de Sahagún (1). El dejo de reprehensión con que están escritas sus palabras, parece indicar que había decaído un tanto la observancia regular. No sabemos si los monjes llevaron a la práctica las insinuaciones del Prelado. Refiriéndose a este suceso, escribía el padre Sarmiento esta irónica frase:

(1) *Hoc autem ideo ut omnem deinceps negligentiae circa ordinem B. Benedicti occasionem illius penitus tolleremus, et ut pax Monachi juxta consuetudines Monasterii, vel cluniacensis, vel Sancti Facundi, ubi sanctitatis religio florere creditur, Deo sub obedientia et observantia regulae Sancti Benedicti totis mentibus inclinarent.* España Sagrada, t. 40, pág. 221.

«No consta que los monjes quisiesen mudar costumbres a la francesa».

D. Pelayo, sucesor del abad D. Sancho, quiso imitar la conducta de su antecesor; pero también esta vez salieron los monjes favorecidos. Durante su abadiato tuvo lugar un suceso memorable. Desde hacía algunos años reinaba cierta tirantez entre el Cabildo de Lugo y la abadía de Samos por cuestiones de deslinde jurisdiccional.

Después de graves disensiones llegóse a un amistoso acuerdo en 1195, extendiendo la correspondiente escritura, en la que se expresan las iglesias que al cabildo de Lugo cede el monasterio. Este recibe en cambio la confirmación oficial de todas sus facultades, y, además se otorga al abad de Samos el título de canónigo y arcediano de Lugo, con poder de absolver todos los pecados. La escritura hace mérito de la excelencia de la abadía de Samos, distinguida entre todas las demás de la diócesis. La firman además de 20 testigos por parte del cabildo, el abad D. Pelayo y 50 monjes de su monasterio, indicio de una comunidad numerosa y floreciente. En 1250 D. Martín, Obispo de Lugo, reconocía de nuevo la exención de que gozaban las iglesias sujetas a Samos.

Después de estos sucesos la abadía de Samos disfrutó de tranquilos tiempos. Los abades eran de la elección del convento y sujetos inmediatamente a la Santa Sede desde una bula de Alejandro III. Por dicha suya no se abrieron nunca sus seculares puertas a los abades commendatarios.

Por lo demás, escasas noticias han llegado hasta nosotros relativas a este período. El abad Arias González funda a mediados del siglo XIV una capilla, que se hizo célebre después, para custodiar las reliquias de San Eufrasio, uno de los siete varones apostólicos. En el siglo XV se distingue entre todos el abad D. Alvaro de Quiroga, que después de profesar en la Orden de Predicadores, vistió la cogulla benedictina en el monasterio de San Vicente del Pino de Monforte. Elegido abad de Samos, mediante dispensa del Papa, administró sabiamente el monasterio.

Sin embargo, su actuación sólo fué pasajera, porque poco a poco vino a menos la comunidad. Los monjes disminuían y se hacía necesario un nuevo impulso venido de fuera.

5. Ese impulso le va a recibir de la naciente Congregación Benedictina de San Benito de Valladolid. En 1494 los Reyes Católicos impetraron del Papa Alejandro VI que el Prior de Valladolid queda-

se comisionado para reformar los monasterios de Galicia. En 1499 el Prior de San Benito Rodrigo de Valencia, privaba de su cargo al abad de Samos D. Bernardo de Castelo, encargando del Gobierno con título de presidente a Juan de Estella, monje profeso de San Juan de Burgos. Cuando el nuevo superior se personó en el monasterio, la comunidad se componía de solo tres monjes. Juan de Estella consagróse con ahinco a la restauración tanto moral como material del monasterio por espacio de más de 15 años, pues cuando en 1505 una Bula de Julio II le incorporaba definitivamente a la Congregación de San Benito de Valladolid, fué él mismo elegido con el título de prior. Una Bula de Julio II fechada el 27 de mayo de 1515, sancionaba definitivamente la unión.

La introducción de la nueva reforma, llevó consigo a Samos nuevos días de prosperidad y de esplendor. Las vocaciones que acudían aumentaron considerablemente el número de monjes, que alcanzó algunas veces a más de 80. Saneóse la hacienda del monasterio, cuyas rentas hicieron del de Samos uno de los más ricos de toda la Congregación. Por eso, pudo ayudar con subsidios pecuniarios a las demás casas y colegios benedictinos. Así; durante el trienio 1601-1604 desembolsó una buena cantidad para que pudieran terminarse las construcciones del monasterio de San Vicente de Salamanca y en 1604 puso 1.000 ducados a disposición de San Vicente de Oviedo.

La principal fuente de riqueza para Samos constituíanla las famosas herrerías que se explotaban bajo la dirección inmediata de los monjes. Eran las más importantes las de San Vicente, Rugando, Santalla, Quiroga y Gondriz. En ellas solía haber un monje con el título de administrador, amovible cada cuatrienio lo más tarde. Un mozo ayudábale a llevar las cuentas y vigilar el trabajo de la cuadrilla de operarios compuesta de dos fundidores, dos tiradores y un tazador. Merecería un especial estudio la parte preponderante que tomaron los monjes de los siglos XVI, XVII y XVIII en el desarrollo de la industria siderúrgica en el norte de España, pues no sólo en Samos sino en otros varios monasterios, como San Pedro de Montes y San Andrés de Espinareda, estaban montadas semejantes herrerías, precursoras de las grandes fábricas modernas.

Situación económica tan desahogada permitió a la abadía de Samos mejorar notablemente los edificios monasteriales, pues nunca habían pasado los antiguos de ser algo más que medianos. Merced a

las mejoras que cada año se ejecutaban, quedaron todos ellos totalmente renovados en el espacio de tres siglos. Levantóse una iglesia de amplias proporciones, que no fué terminada, y es la que hoy todavía está en pie. Dotóse la de ricos ornamentos y preciosas alhajas para el culto. En el ábside se colocó un suntuoso retablo y los bustos-relicarios de San Julián y Santa Basilisa, muy notables por su labor y riqueza. Se pusieron dos órganos, hermosas rejas, púlpitos, etc., etc. Según las cuentas presentadas a los Capítulos generales gastábanse en obras algunos años unos 300.000 ducados.

El bienestar interior de la comunidad fué igualmente próspero en todos estos siglos, pues la abadía de Samos estuvo siempre habitada por una comunidad que muchas veces pasaba de los sesenta monjes, que se hacían notar por su buen espíritu y amor al trabajo intelectual. Para ello disponían de una escogida biblioteca y de un rico archivo ordenado y clasificado. Además, de 1502 a 1621 estuvo allí establecido el Colegio de Artes y de Teología de la Congregación Vallisoletana al estilo del de San Esteban de Ribas del Sil y del de Santa María de Hirache, con el derecho de elegir abad el mismo colegio y monasterio. Cuando fué suprimido impúsose a Samos la obligación de llevar las cargas y observancias de las casas *grandes*.

6. El estado de vida floreciente que inició y desarrolló en Samos la Congregación de Valladolid, acaso fué sólo igualado por unos pocos de los demás monasterios que formaban parte de la misma. De justicia se debe atribuir la mayor parte de este éxito a las grandes figuras de abades que rigieron sus destinos. La larga serie de estos prelados comprende a algunos de los más insignes y que mayor gloria, por su sabia actuación, dieron a la Orden Benedictina en España hasta principios del siglo XIX. Apuntemos los nombres de los más beneméritos.

El P. Juan de Soria, profeso de Sahagún, fué el segundo de los superiores vallisoletanos que gobernaron a Samos y por sus preclaras dotes mereció ser elevado al generalato de toda la Congregación de Valladolid. Sucedióle en el cargo el P. Juan de la Barrera, monje samonense, con la particularidad de que fué abad del monasterio de San Julián por espacio de treinta y seis años consecutivos, de 1523 a 1553, caso singularísimo en toda la Congregación, en la que el cargo abacial sólo duraba tres o cuatro años en cada casa. El Rvmo. Juan de la Barrera mejoró las haciendas de Samos y salió

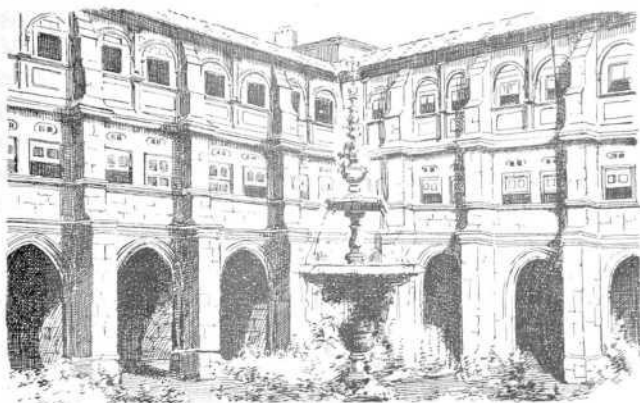
airoso en la defensa que hizo de la jurisdicción del monasterio. Murió en 1563 en olor de santidad y su cuerpo fué hallado incorrupto algunos años más tarde. No dejó menor fama de santo el P. Juan de Frómista († 1621), abad de Samos de 1583 a 1596. Dícese que fué visitado en su agonía por N. P. San Benito. El Rvmo. Cristóbal de Aresti, profeso del mismo monasterio, del que fué dos veces abad (1613-17; 1621-25), es uno de sus prelados más beneméritos, pues dió gran impulso a las obras de reforma de los edificios embelleciéndolos con mucho gusto artístico. Felipe IV le presentó para la silla episcopal de la Asunción en el Paraguay, desde donde fué trasladado al arzobispado de Buenos Aires, que fué también el lugar de su muerte, acaecida en 1638 en olor de santidad. El P. Anselmo de la Peña, abad de 1689 a 1693 continuó las obras emprendidas por sus antecesores, y mereció ser promovido al obispado de Grigenti en Sicilia. El P. Alonso García, que fué dos veces abad de Samos (1656-57; y 1661-65), fué nombrado obispo titular Constanciense, actuando varios años como auxiliar del de Plasencia, D. Diego Sarmiento Valladares.

Entre los abades samonenses del siglo XVIII descuella el ilustrísimo D. Antonio Sarmiento, varón dotado de excelentes dotes de inteligencia y de gobierno. Profesó en Samos y a los treinta y tres años de su edad fué nombrado abad del mismo monasterio (1717-21), por cuyo acrecentamiento trabajó lo indecible, aumentando los bienes y haciendas y adquiriendo muchas y escogidas obras para la biblioteca de la abadía. Fué designado como Teólogo real para defender el dogma de la Inmaculada Concepción y actuó de examinador sinodal en la archidiócesis de Toledo. Sus méritos le valieron el obispado de Jaca en 1728, de cuya silla pasó a la de Mondoñedo donde murió el 18 de octubre de 1751. Siguiéron sus huellas en el acrecentamiento del monasterio los abades Antonio Arias (1729-33), Antonio de Rivera (1733-37), aficionado a los estudios históricos, y Miguel Benito Gayoso (1781-85).

Abre la lista de los abades del siglo XIX el Ilmo. Pedro Colmenares, profeso de Samos y abad en su propio monasterio de 1801 a 1805. En 1818 fué destinado a gobernar la abadía de Montserrat de Madrid. Al terminar en 1824 su abadiato en la abadía madrileña fué elegido General de toda la Congregación. Apenas elegido General, Fernando VII le presentó para el obispado de Lérida (26 agosto

1824), aunque por dispensa del Nuncio retuvo algún tiempo el gobierno de la Congregación. Por espacio de siete años rigió con sabio celo la diócesis que se le había encomendado. Murió en Monzón, mientras giraba la Santa Pastoral Visita, el 20 de Junio de 1832.

Entre los monjes ilustres que florecieron en Samos durante estos tres últimos siglos mencionamos al P. Miguel Guntín, experto liturgista a quien el Capítulo de la Congregación confió el arreglo del Ceremonial; al P. Gregorio Rodríguez, contemporáneo del P. Yepes y como éste muy aficionado a los estudios históricos. Ha dejado ma-



SAMOS. Claustro. (Siglo XVI)

nuscrita una historia del monasterio de Samos en tres volúmenes. Al P. Gaspar Cardoso, «esclarecido por su ciencia» († 1615) y obispo de Potenza en Italia; al P. Cantabrana, continuador de la Crónica general que escribió el P. Yepes, aunque nunca se han dado sus originales a la estampa. Pero más que ninguno otro ha nimbado de gloria impercedera al monasterio de Samos el P. Benito Jerónimo Feijóo (1701-1764), en quien todos saludan uno de los hombres más doctos de su época. Fué poeta, filósofo, teólogo, escritor ameno, en una palabra, polígrafo profundo y, como él mismo se titulaba, «ciudadano libre de la república de las letras». Dormía apenas cuatro horas y leía y escribía sin descanso, además de regentar la cátedra de teología. Estaba dotado de tan feliz memoria que cuando

citaba algún pasaje literario daba razón del autor y del título del libro y aun de la página en que se hallaba. Los ocho volúmenes de su *Teatro Crítico* y los cinco de sus *Cartas Eruditas*, perpetuarán la memoria de este monje insigne de Samos a través de los siglos.

7. Mientras el monasterio samonense desenvolvía dentro de sus claustros una vida tan exuberante, fuera se estaba fraguando la tormenta que había de disipar sus riquezas y turbar su bienestar. La invasión de los soldados franceses dejó en Samos huellas de su paso, pues despojaron monasterio e iglesia de todas las alhajas y objetos de algún valor, aunque es verdad que ni destruyeron ni quemaron parte alguna de los edificios. La exclaustación de 1820 decretada por las Cortes de Cádiz puso nuevamente en fuga a los monjes de Samos. El Crédito Público se hizo cargo de las pocas cosas de valor que aun quedaban y, según apunta la relación enviada al Capítulo general de 1824, desaparecieron hasta las mesas, ventanas, puertas y ladrillos. Cuando les fué permitido reunirse en 1823 vivían en Samos 47 monjes y 35 criados, número que fué paulatinamente disminuyendo. Era abad a la sazón el Rvmo. P. Andrés de la Barrera.

De muy corta duración fué la etapa de vida sosegada que disfrutaron los monjes samonenses en aquel desventurado siglo XIX. La ley de exclaustación decretada a instigación de Mendizábal en 1835 no consintió que vivieran allí por más tiempo. Como todos los demás hermanos suyos de España, los monjes de Samos tuvieron necesidad de ganarse la vida del más decente modo posible, empezando por el abad P. Tomás de Quiroga. Como muchos de ellos estaban dotados de excelentes cualidades y eran hombres de talento, no les fué difícil encontrar colocación adecuada.

Vacío de sus pacíficos moradores, el inmenso edificio monasterial quedó completamente abandonado, a merced de la inclemencia del tiempo demoledor y de la codiciosa rapacidad de los hombres. Las ricas posesiones que habían formado el patrimonio de la comunidad pasaron a poder de particulares, contentos de poder disfrutar tan pingües haciendas por el irrisorio precio que en cambio les exigía el Estado desamortizador. Así pues, la abadía de Samos quedó sentenciada a desaparecer del mapa monástico de España si es que algún hombre emprendedor no llegaba a tiempo para remediar tamaño mal.

Dios tenía preparado ese hombre, pero ese hombre tardaría en llegar unos nueve lustros, después que las ruinas comenzaban a

amontonarse y después de que casi todos los monjes de la antigua comunidad de Samos habían desaparecido.

8. En el año 1880, cuando ya podían organizarse en España comunidades religiosas con enterali bertad, el P. Gaspar de Villarroel, antiguo monje de Celanova, y uno de los pocos supervivientes de la Congregación de Valladolid, pensó en rehabilitar algunos de tantos monasterios abandonados que habían pertenecido a la Orden Benedictina. Era a la sazón canónigo arcipreste de la catedral de Valladolid, pero deseoso de terminar sus días como verdadero monje benedictino no titubeó un momento en abandonar el buen puesto de que disfrutaba si es que algunos de sus hermanos de hábito secundaban sus planes. Comunicóselos a aquellos de que tenía noticia y no tardó en recibir adhesiones. Después de varios tanteos optaron por reunirse en comunidad en el monasterio de Samos. De la antigua comunidad de este monasterio no vivían entonces más que dos monjes, los Padres Tomás Salgueiro, que murió siendo canónigo de Lugo en 1908, y Benito González Arango, arcediano del Cabildo de Oviedo y catedrático de Teología en el Seminario diocesano. Como estos dos monjes samonenses no se sumaron al proyecto del P. de Villarroel, la nueva comunidad quedó formada por miembros de varios de los monasterios extinguidos que fueron llegando paulatinamente. Eran estos, además del P. de Villarroel, que fué nombrado superior y primer abad después de la restauración, los Padres D. Froilán González, profeso de Celanova; Remigio Hevia y Alejandro Domínguez, de S. Martín de Compostela; Gregorio de Santiago, de Silos; José Alvarez y Juan Arribas, de Obarenes; Leandro Moreno, de Dueñas; Pedro Pérez, de Nájera; Angel Macías, de San Millán; Salvador Rivaya, de Oña, y Benito Montero, de Cardeña. Diez en total.

La vida de aquella pequeña comunidad tuvo que ser por necesidad muy difícil en los primeros días de la restauración. Casi todos sus desvelos iban encaminados a sostener en sus ruinas aquel edificio que se venía al suelo y que sólo salvó el entusiasmo juvenil de aquellos monjes, ancianos todos ellos. A pesar de tantas estrecheces, la pequeña comunidad samonense pudo seguir viviendo y aun desarrollar cierta actividad.

En 1891 el Rmo. de Villarroel se hacía cargo del antiguo monasterio cisterciense de San Clodio en la provincia de Orense. A él envió un pequeño grupo de monjes para ayudar en su obra al P. Noya y

al P. Veremundo Diéguez, exclaustro de S. Martín de Santiago. También envió otro grupo para restaurar el monasterio de San Salvador de Lérez, que el P. Santos, hermano del Ilmo. Salvado, había elegido para establecer el Colegio de Misioneros benedictinos; pero la obra no pudo salir adelante.

Por otra parte, como las circunstancias en que se había hecho la restauración no hacían augurar para breve plazo días de vitalidad monástica, el Rmo. de Villarroel unió su monasterio y el de San Clodio en 1893 a la Congregación italiana de la Primitiva Observancia. Esta unión le valió algún refuerzo de personal que le fué enviado desde la abadía de Montserrat, unida a la misma Congregación. El Rmo. de Villarroel renunciaba a la abadía el mismo año en que se verificó la unión del monasterio a la Congregación Sublacense, muriendo santamente tres años más tarde.

Como sucesor en la silla abacial de Samos fué nombrado el Rmo. D. Pedro Rueda, profeso de Montserrat. Todas sus gestiones se encaminaron a proseguir la obra restauradora y al reclutamiento de vocaciones. Su obra más importante fué la creación en su monasterio de una preceptoría, autorizada por decreto episcopal el 24 de marzo de 1894. En ella se cursan las asignaturas de Latín y Humanidades, reconociéndose validez oficial a los estudios en ella aprobados. Además de contribuir a la formación de buena parte del clero diocesano, de este seminario han salido ya no pocas vocaciones benedictinas. El Rmo. Rueda pidió se le admitiese la renuncia a la abadía en 1911, muriendo siete horas después de serle comunicada la aceptación por parte del Superior General de la Congregación. A los esfuerzos del mismo Rmo. Rueda se debe la fundación (1900), después malograda, del Colegio de Los Cabos (Oviedo).

Obtuvo la silla abacial el 22 de diciembre de 1911 el Rmo. don José Alvarez, profeso del mismo monasterio cuyo gobierno se le confiaba y prior a la sazón del monasterio del Pueyo, cerca de Barbastro. El nuevo abad prosiguió la obra restauradora hasta 1927, año en que renunció a su oficio. Durante su abadiato se han llevado a cabo las fundaciones de Las Nieves y Viña del Mar en la República de Chile (1915 y 1919) y la de San Vicente del Pino de Montforte, en la provincia de Lugo (1923). Todas tres dependen aún de la abadía fundadora.

La comunidad ha estado gobernada desde 1927 por el R. P. don

Benito González, nombrado prior administrador por la Santa Sede, hasta que para ocupar la vacante, fué elegido el día 5 de febrero de 1930 el Rmo. D. Mauro Gómez, prior de Lorenzana.

La comunidad de hoy se compone de 59 individuos; de ellos 27 son sacerdotes, 17 clérigos y 15 hermanos legos; distribuidos muchos en las casas dependientes.

Los monjes de Samos dedican sus energías, después de celebrar con esplendor el Oficio divino, a muy distintas ocupaciones. Regentan una parroquia con su iglesia filial poblada por más de 500 almas. En la preceptoría que fundó el Rmo. Rueda atienden a la formación de unos cuantos alumnos matriculados. Esta noble tarea pedagógica absorbe la atención de varios monjes, desde el 15 de septiembre al 1.º de junio. Al trabajo de los monjes samonenses se debe la mayor parte del movimiento litúrgico que existe en Galicia, cuyos pueblos recorren dando misiones y conferencias y ayudando a los párrocos en sus ministerios sagrados.

9. Por la grandiosidad de sus edificios el monasterio de Samos es denominado muy a menudo el «Escorial de Galicia». El visitante queda grandemente sorprendido al contemplar todo aquel inmenso conjunto de paredes perforadas por infinidad de ventanas, en donde a trechos se levanta una especie de torreón fortificado. Por encima de todos ellos sobresale la mole de la iglesia dada de alta por los arquitectos, aunque haya quedado sin terminar, en 1748. Su aspecto general nos hace comprender que estamos en presencia de uno de los mejores monumentos de la época en que hizo furor el gusto neoclásico. En la iglesia de Samos predomina el orden dórico. Una escalinata monumental se abre delante de la hermosísima fachada que, desgraciadamente, está sin terminar. El interior del templo ofrece el aspecto de una gran catedral. Está dividido en tres naves formando la principal con el transepto una cruz latina. Su largura es de 51 metros por 27 de ancho. Sobre el transepto se levanta una esbelta cúpula hemisférica de 30 metros de altura. Los catorce altares que corren a lo largo de las naves son de un gusto realmente exquisito. El Mayor y los colaterales de San Juan, Santa Catalina, Nuestra Señora y San Benito, se atribuyen ordinariamente al genial arquitecto orensano Francisco Moure. Al decir de algunos modernos, son considerados como verdadera maravilla de arte por la perfección y delicadeza de sus líneas y la maestría que dirigió la mano de su

autor. El artista empleó siete años en ejecutar estos retablos (1613-1620).

En el trascoro se ve un moderno cuadro que representa al Sagrado Corazón de Jesús, en medio de sus grandes amantes San Agustín, San Bernardo, San Francisco de Asís, Santa Teresa y Santa Margarita de Alacoque. El tesoro de la iglesia no guarda ninguna de las notabilísimas alhajas antiguas, robadas por los franceses o confiscadas en tiempo de las exclaustraciones.

De las inmensas construcciones monasteriales son dignas de atención la escalera principal, terminada siendo abad el P. Antonio Sarmiento (1717-1721) y los espaciosos claustros. El llamado menor empezó a construirse en 1562 y se terminó en 1637. Dominan en él las características de la época con sus severas líneas rectas y grandes arcadas y ventanales. Ocupa el centro una fuente monumental, rematada por una cruz de hierro. El claustro mayor es unos setenta años más moderno que el anterior, adornado también de grandes arcadas y ventanales.

Cercana al monasterio se conserva todavía, si bien en poder de un particular, una diminuta capilla mozárabe que podrá datar de la octava centuria. Una puerta de extremada sencillez permite la entrada al interior dividido en nave y santuario por un arco triunfal elíptico. Cinco estrechas aspilleras iluminan este singularísimo oratorio.



IV

LA ABADÍA DE
NUESTRA SEÑORA DE VALVANERA

SUMARIO:

1. Situación geográfica.—2. Orígenes del Santuario. Ocultación y hallazgo de la santa imagen. Los ermitaños que la custodiaban.—3. ¿Cuándo apareció en Valvanera la Regla de San Benito? Privilegios reales y pontificios. Donaciones. Desarrollo de la Comunidad. Restaración que llevó a cabo del monasterio avilés de Nuestra Sra. de la Antigua. Los abades D. Iñigo «el Santo» y D. Juan Sánchez.—4. El Santuario en el siglo XIII; nuevas donaciones y nuevos privilegios. Magnificencia del templo. Observancia regular de los monjes. Valvanera en tiempo de las encomiendas y del Cisma de Occidente. Construcción de una nueva iglesia en 1419.—5. Visita de Isabel la Católica. Proyectos para introducir la reforma vallisoletana. El abad don Pedro de Anguiano. Obstáculos que se presentaron y unión definitiva a Valladolid. El primer abad temporal. Prosperidad a que llegó el monasterio hasta principios del siglo XIX.—6. Algunos de los monjes ilustres de este período. La comunidad.—7. Infortunios que trajo al monasterio la invasión francesa. La exclaustación de 1820. Dispersión completa de la comunidad en 1835 y ruina del Santuario.—8. La restauración verificada en 1880 y vuelta de los benedictinos.—9. Crecimiento de la nueva comunidad. Lista de sus superiores y priores. El primer abad.—10. Estado actual de la comunidad. Sus ministerios dentro y fuera del Santuario. Esplendor de las peregrinaciones. Otras actividades.—11. Cosas más notables de Valvanera: la iglesia; la santa Imagen; el Camarín; altares y retablos. El monasterio y la Biblioteca. La ermita del Santo Cristo; la «Fuente Santa».

BIBLIOGRAFÍA:

Antonio de Yepes, *Crónica de la Religión de S. Benito*, t. I.—Argáiz, *La Soledad Laureada*, t. 7.—Gregorio Bravo de Sotomayor, *Historia del Santuario de Valvanera* (1610).—Benito Rubio, *Hist. del venerable y antiquísimo Santuario de Nra. Sra. de Valvanera, en la provincia de la Rioja* (Logroño, 1761).—Hipólito Casas, *Historia de Valvanera* (Zaragoza, 1896).—Rmo. D. Agustín Urcey, *Historia de Valvanera* (Logroño, 1906).—Ilmo. P. Toribio Minguela y Arnedo, *Valvanera, Imagen y Santuario. Estudio histórico* (Madrid, 1919), contiene la traducción hecha por D. Domingo Castroviejo (1419) de la antigua historia de Valvanera.—*Revista Montserratina* (passim).—*Ecos de Valvanera* 1928 - 1930.



1. En 1883 volvióse a reanudar la vida benedictina, interrumpida desde la exclaustación de 1835, en el antiquísimo Santuario de Nuestra Señora de Valvanera. A tan grande antigüedad se remonta, que no se posee ninguna noticia cierta de sus orígenes.

Valvanera o «Valle de las venas», así denominado por la abundancia de mineral que allí existe, tiene su posición geográfica en la provincia de Logroño, en lo más profundo de los montes Distercios y a una distancia de 30 kilómetros de la villa de Najera. Montañas altísimas rodean por todas partes a este austero valle. Por el lado norte levántase el llamado monte Mori en el que está edificado el Santuario de la Virgen María y el monasterio benedictino, que han recibido del valle el nombre que les distingue. En invierno el clima es áspero y las nieves cubren por completo las cimas de los montes; pero con la llegada de la primavera, vístese el paisaje de suaves encantos. Entonces son deliciosos los días en Valvanera y por la empinada «cuesta del avellano» suben contentos los romeros hasta el templo de María.

2. Sábese que la imagen de Nuestra Señora de Valvanera es una de las primeras que en España recibieron la veneración de los fieles. La tradición quiere que sea tan antigua como la del Pilar; y los historiadores admiten que ya era venerada hacia el año 570. El pequeño monasterio de entonces estaba edificado algo más lejos que el actual y en él vivían los custodios de la sagrada imagen. Las soledades de los montes Distercios estaban pobladas de numerosos anacoretas; por eso se les ha dado el nombre de la *Tebaida riojana*. Supone la tradición—tradición que aparece en el siglo XVI—, que esos santos ermitaños fueron visitados por San Atanasio. Según eso, el santo doctor viviría algún tiempo en Valvanera, ocupándose en preparar la comida a los peregrinos y dejando a los anacoretas como

norma de vida la regla de San Antonio. No obstante lo inverosímil de esta visita del santo Obispo Alejandrino, siempre se le ha profesado en Valvanera extraordinaria devoción por parte de los monjes y se le venera aún como Patrono del monasterio.

Como sucedió con tantas otras imágenes sagradas y objetos del culto católico, la estatua de Nuestra Señora de Valvanera fué sustraída a las posibles profanaciones de los invasores venidos del desierto. Cuando España se vió libre de sus enemigos, tuvo lugar el milagroso hallazgo de la santa imagen.

Nuño Oñez, natural de Montenegro, antiguo salteador de caminos, vivía haciendo penitencia en la soledad de Trónvalos a las márgenes del río Najerilla, en compañía del presbítero Domingo, sacerdote de Brieva. Cierta día tuvieron la suerte de hallar la estatua de la Virgen en la cavidad de un roble corpulento, en la que— como repite la tradición— habían edificado su casa las abejas. Después del hallazgo trasladáronla a una cueva cercana, que es la que actualmente está incluida en la ermita del Santo Cristo.

Pronto se extendió la noticia de tan fausto suceso y al instante comenzaron a frecuentar los romeros las cumbres del Mori para venerar a la Virgen. Algunos se quedaban al lado de Nuño y de Domingo para someterse al mismo género de vida; y tantos se quedaron, que no tardaron en juntarse más de un centenar. Según nos lo dice la historia más antigua de Valvanera, estos santos ermitaños se preocuparon de construir por sus propias manos una iglesia. «Los más peritos de entre ellos —apunta dicha historia— labraban las piedras y levantaban con gran esmero los muros del templo. Ellos construyeron la iglesia con su capilla principal y otras dos secundarias.»

3. Después de esos pocos datos en que puede resumirse todo el primer periodo de la historia del Santuario y que algunos autores y la leyenda, sobre todo, han adornado a su sabor, es el momento de preguntarse cuándo hizo su aparición en Valvanera la Regla de San Benito.

Los autores no están de acuerdo para fijar la fecha; aunque, en verdad que, por ahora, es poco menos que imposible el pretender fijarla. El P. Yepes nos habla en su Crónica de una Regla de San Benito escrita en letra gótica datada en 954, guardada aún en el archivo de la abadía. Parece, pues, indicarnos esa copia de la Santa

Regla que por esos años ya era allí conocida la obra del santo Abad de Montecasino.

También parece muy probable que ya se la conocía algo antes de dicho año. Sin embargo, nada puede afirmarse rotundamente; por eso, nos contentamos con repetir aquí las prudentes palabras del Rvmo. D. Agustín Urcey en su *Historia de Valvanera*: «Dedúcese de esa misma regla latina, que se posesionaron los benedictinos de Valvanera antes de terminar el siglo IX; no podemos, sin embargo fijar el año en que se restauró la observancia regular». Queda, pues, en pie este problema y reclama otra solución más satisfactoria.

Si bien ignoramos la fecha exacta en que los benedictinos se posesionaron del Santuario de Valvanera, tenemos, en cambio, suficientes noticias que ponen de manifiesto la gran prosperidad a que poco a poco fué levantándose. Papas, príncipes y magnates dotáronle espléndidamente, en particular a partir del siglo X.

Don Sancho el Mayor, rey de Navarra, otorgóle en posesión perpetua la granja de Villanueva y las iglesias de Nuestra Señora del Mercado en Soria, San Miguel de Fonte Loba y San Quirce de Nájera. D. Sancho el Noble distinguió a Valvanera con singulares muestras de afecto. Al lado de los monjes y en compañía de su esposa D.^a Placencia pasó este monarca en Valvanera varios veranos, disfrutando de la amenidad que les brindaba la montaña. A su magnificencia se atribuye la ampliación de la iglesia consagrada en el mes de mayo de 1073. Este monarca donó también a los monjes de Valvanera el rico monasterio de San Saturnino de Ocón.

Igualmente fué gran favorecedor del Santuario Alfonso VI de Castilla, a cuyas expensas se levantó un nuevo templo, mucho más capaz y hermoso que el que hasta entonces había. Gobernaba a la sazón el monasterio el abad D. Álvaro, a quien en unión de los monjes otorgó carta de ingenuidad en Salinas de Añana.

Un hecho acontecido en tiempo y a instancia de Alfonso VI, nos revela la gran observancia regular que llevaban los monjes. Para repoblar la ciudad de Ávila había llevado este rey un buen contingente de riojanos. Deseoso también de restaurar la vida monástica en el monasterio de Nuestra Señora de la Antigua, pidió algunos monjes al abad de Valvanera, quien se los dió de buen grado. Gracias a los esfuerzos allí realizados por aquellos buenos monjes, el abandonado monasterio avilés alcanzó días de gran esplendor. Más

tarde, en el siglo xvii un hijo y abad de Valvanera, el Rvmo. don Luis Ariz, vivió algún tiempo en el monasterio de Ávila y escribió la historia de esta ciudad, historia que le ha dado merecida fama.

Como pruebas irrecusables del apogeo a que había subido la comunidad benedictina de Valvanera tanto en el orden intelectual como en el de la virtud, nos ha conservado la historia los nombres de dos de sus abades más ilustres.

Llámase el primero D. Íñigo, que ocupó la silla abacial desde el año 1092 al de 1117. En toda su vida resplandeció la más subida santidad y hasta mereció hacer varios milagros en favor de sus monjes y de los habitantes del contorno; por eso se le apellida siempre en Valvanera D. Íñigo el «Santo». Bajo su dirección vivió algunos años el taumaturgo riojano Santo Domingo de la Calzada, quien, en reconocimiento de los beneficios recibidos, donó al monasterio gran parte de los bienes heredados de sus padres.

El nombre del otro abad que figura entre los más esclarecidos de Valvanera es el de D. Juan Sánchez, denominado por los historiadores de la casa el «escritor lucidísimo». Gobernó la abadía desde el año 1282 a 1300; y su recuerdo es singularmente celebrado por haber escrito la primera historia del Santuario desde la invención de la sagrada imagen. No se conserva ningún ejemplar de esta obra en castellano y sólo la conocemos hoy día por la traducción latina que de ella hizo en el siglo xv el abad comendatario D. Domingo Castroviejo.

4. En vista de la vida tan edificante de los monjes de Valvanera, no es extraño que tuviesen muchos admiradores y protectores en aquellos siglos religiosos por excelencia. Sobre todo había gran devoción entre los fieles por escoger su sepultura en el Santuario. Tantos eran los que deseaban alcanzar esta gracia postrera, que los pueblos que se encontraban al paso de las fúnebres comitivas, estimando hacer un bonito negocio, exigían subidos tributos a los transeuntes. Los monjes no vieron con buenos ojos esta interesada intervención de los pueblos comarcanos y presentaron al Papa sus quejas. Escuchóles benignamente Inocencio III y en 1212 tomaba bajo su protección al Santuario y todas sus dependencias; decretando que los fieles tenían absoluta libertad para ser enterrados a los pies de la Virgen. Desde esta fecha el monasterio quedaba inmediatamente sujeto a la Silla Apostólica.

Por otra parte, los reyes continuaron favoreciendo con donaciones y privilegios al Santuario, al que se agregaron numerosísimas iglesias y bastantes monasterios. Eran las principales, además de las que ya se han mencionado, las de Anguiano, San Cristóbal de Tobía, San Martín de Emines, Santa María de Pinos, Ubaga de Ezcaray, Santa María de Levatorre, Santa María de Ibrillos y Santa María de Torre-Niger.



VALVANERA. Vista general del Santuario

Los Sumos Pontífices despacharon bulas y más bulas, por las que dispensaban gracias y favores a cuantos visitaban a la Virgen de Valvanera; por eso las peregrinaciones no cesaban de acudir a postarse ante su altar. Allí resplandecía la piedad y el arte. La Virgen y el Niño ostentaban preciosas coronas de oro esmaltado; doce lámparas de plata ardían ante las santas imágenes que se destacaban sobre el rico damasco carmesí que pendía del muro. Las romerías solían dar comienzo con la festividad de la Anunciación de la Santísima Virgen, cuando el paso por aquellos abruptos peñascos empezaba a ser más asequible. Entre las filas de los humildes labriegos, no era raro distinguir la presencia de algún gran señor, o también de personas reales que, como D. Sancho el Mayor, D. García, D. Sancho y D. Alfonso VI, se dirigían al Santuario para visitar a la Virgen y a los fervorosos hijos de San Benito. Los monjes de Valvanera son acreedores a ese calificativo más que a otros, porque, como ya

ha podido notarse y seguirá notándose en lo sucesivo, siempre se han distinguido por la pureza de su vida y la buena observancia regular.

Por algún tiempo estuvo amenazado el monasterio de caer en la relajación de costumbres con la presencia de los funestos abades comendatarios, y sobre todo, cuando estalló el gran Cisma de Occidente.

En 1419 se posesionó de la abadía D. Domingo de Castroviejo, vicario general del Obispo de Calahorra D. Diego de Estuñiga, que fué quien le obtuvo en encomienda la abadía de Valvanera. Poco antes de entrar a gobernar este Prelado, un voraz incendio destruyó el archivo y la iglesia del monasterio. Luego, empero, comenzóse la construcción de otra nueva, que es la misma que hoy subsiste. El rey D. Juan II, queriendo contribuir a la edificación del templo, concedió a los monjes las alcabalas que pagaban los judíos de Burgos. Por entonces el monasterio contaba con buenas hospederías para el alojamiento de los peregrinos.

5. En 1482 registra la historia de Valvanera una visita regia, que debía influir notablemente en la vida de la comunidad benedictina. En dicho año se presentaba en el Santuario para orar ante la Virgen la gran reina castellana doña Isabel la Católica. Durante su permanencia, pudo notar la reina que el monasterio no tenía abad propio, ya que estaba dado en encomienda al Cardenal de Santa Práxedes. La soberana púsose al habla con los monjes, quienes, y principalmente el P. Pedro de Anguiano, convinieron en que la mejor manera de cortar aquel abuso era introducir la reforma de la Congregación de San Benito de Valladolid. Para ultimar el asunto con mayor rapidez, comisionóse al mismo P. Pedro de Anguiano para que se dirigiese a Roma y recabase la autorización del Sumo Pontífice. Gracias a sus buenas gestiones el Cardenal de Santa Práxedes renunció a la abadía en él mismo, y de vuelta en España se hizo bendecir por el Obispo de Calahorra en 1497.

Dueño ya de la abadía, el P. de Anguiano se cuidó muy poco de cumplir lo estipulado, y eso a pesar de que él había sido uno de los más decididos defensores de la introducción de la reforma. Fallecida la reina doña Isabel, ni el abad ni los monjes pensaron en atenerse a los pasados acuerdos, tanto más que, como era verdad, el monasterio no necesitaba de reforma alguna.

En vista de esto, viéronse precisados a intervenir en el asunto el

rey D. Fernando el Católico en 1509 y el emperador Carlos V en 1523. De éste último consérvase una carta que dirigió al venerable abad de Montserrat D. Garcia de Cisneros, encargado de implantar la reforma en el monasterio de Valvanera. Entre otras cosas, decíale así: «Y porque he sido informado que el dicho Abad y los monjes que están en la dicha casa son personas honestas y de buen ejemplo y que según el lugar donde está fundada la dicha casa la religión y modo de vivir que guardan es buena y perfecta; Vos ruego y encargo que dandoos el dicho abad consentimiento para que entendais en la reformación de dicho monasterio y de los Religiosos de él conforme a Vuestros poderes... dejéis en la dicha por sus días al dicho Abad y así mismo a los Monjes que en ella residen, que de su voluntad quisieren quedar so la dicha obediencia». (1)

Pero de ningún modo quiso el abad D. Pedro cambiar su resuelta actitud y, antes que someterse a las nuevas constituciones y costumbres y a renunciar a la abadía, alejóse de Valvanera y residió en Anguiano, su pueblo natal, acompañado de dos monjes.

Mientras tanto, el abad Garcia de Cisneros, pudo cumplir con su misión nombrando por superior del monasterio, con título de presidente, al P. Diego de Sobrerias, a quien sucedió en 1512 con el mismo título el P. Pedro de Arenzana quien, algunos años más tarde, encabezó la serie de los abades temporales.

Ya definitivamente agregada a la Congregación Vallisoletana, la vieja abadía de los montes Distercios conservó y aumentó el caudal de su gloria y el esplendor de la devoción hacia la Santísima Virgen. Durante las dos centurias que transcurrieron hasta los infaustos sucesos del siglo XIX, acrecióse el catálogo de sus abades esclarecidos y de sus monjes ilustres.

En primer término se agrandaron y embellecieron los edificios del templo y del monasterio. Hacia 1629, siendo abad D. Mauro Olavarrieta, se decoró la capilla de la Virgen con gran magnificencia; se reformó el camarín y la sacristía y se labró el retablo del altar mayor. Los edificios monasteriales fueron totalmente reformados, principalmente desde que entró a gobernar en 1673 el emprendedor abad D. Benito Rodríguez, que desempeñó el cargo en tres distintas veces. Empezó la construcción de una nueva hospedería que, al decir

(1) Archivo de Silos. Ms. 56, pág. 134. Copia de la carta original.

del historiador Silva, «era un cuarto tan ilustre y de tanta magnificencia como lo restante del convento, con disposición hermosa de comodidad para huéspedes, bagaje y celdas de religiosos, con número tan crecido, que llegaron a treinta y dos aposentos en dos órdenes de la fábrica toda de piedra, guarnecidas las ventanas y divisiones de cintas rojas de mármol bruto». Y refiriéndose a lo difícil de la realización de la obra, añade: «Aquí descubrió la bizarria de su corazón, facilitando tantos imposibles como estorbaban a lo grandioso de este edificio. Porque fué necesario deshacer de un monte entero las cuevas para que quedase capacidad a otro monte de hermosura y habitación. Consumó la obra del panteón, concluyendo lo que faltaba a una torre y cubriendo las dos. En la iglesia añadió el ornato más célebre de un órgano, con la mayor diversidad de registros y músicas...»

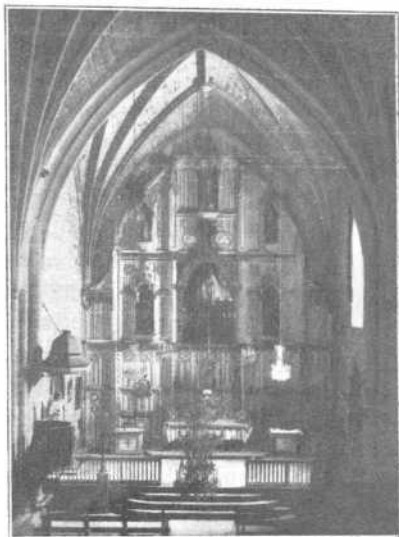
6. Para ser más completos debemos mencionar algunos hijos ilustres de Valvanera. El P. José Ruiz de Sotillo, fué Superior General de la Congregación de Valladolid en 1681 y por espacio de sólo siete meses, pues le sorprendió la muerte mientras giraba la visita a la abadía de Montserrat. El P. Melchor de Morales desempeñó el mismo elevado cargo durante el cuatrienio 1713-1717, después de ser dos veces abad de Valvanera. Felipe V quiso promoverle a la sede de Ampurias, pero el virtuoso abad no aceptó. Sin embargo, poco después ofreciósele el obispado de Jaca, que tampoco lo aceptó, retirándose a pasar en el monasterio de su profesión los últimos días de su vida, donde murió en olor de santidad. El P. José Barnuevo llegó a ocupar también la misma dignidad desde 1725 a 1729. Al decir de su discípulo el P. Feijóo era hijo de nobilísima familia. Antes de ser promovido al generalato regentó las abadías de Lerez, Hirache y San Martín de Madrid. En 1730, al terminar el cuatrienio de su generalato, fué nombrado obispo de Osma, diócesis que rigió por espacio de cinco años, en los cuales trabajó como celoso pastor de las almas.

Como ejemplar de la fervorosa vida de observancia que llevaban los monjes de Valvanera, es digno de especial mención el venerable P. Sebastián de Nájera, denominado más ordinariamente «de Villoslada», por haber nacido en dicho pueblo. Vistió la cogulla benedictina en Valvanera el año 1561. Había recibido distinguida educación graduándose en Artes en la Universidad de Zaragoza y de licenciado

en Teología en Alcalá de Henares. Abandonó el brillante porvenir que se le presentaba a raíz de un desafío frustrado. En el claustro de los montes Distercios fué modelo de monjes virtuosos. Llevaba continuamente el cilicio y una cadena de hierro, y dormía poco más de dos horas apoyando la cabeza sobre una piedra. Vaticinaba el porvenir y se extasiaba con bastante frecuencia. Aceptó por obediencia las abadías de San Juan del Poyo, Nuestra Señora del Bueso y San Martín de Madrid. Jamás quiso admitir el obispado de Palencia que insistentemente le ofrecía Felipe II. En todas partes, pero sobre todo en Madrid, donde murió como verdadero siervo de Dios el 7 de diciembre de 1597, dejó gran fama de sabio y de santo. Fué confesor y confidente de la familia real. Llevado de su ardiente caridad en pro de los desventurados, fundó el Hospita de la «Buenadicha» dedicado a la Concepción Inmaculada de María.

Por su ciencia brillaron por estos tiempos en Valvanera varios monjes, como el P. Gregorio Bravo, autor en 1610 de una *Historia de Valvanera*; el P. Luis Flórez, abad del monasterio en 1625, famoso por su saber y elocuencia, catedrático de Teología en las principales

Universidades de la Orden y definidor de la Congregación vallisoletana; el P. Giménez Barranco, abad también de Valvanera y de San Esteban de Rivas del Sil, autor de la sabia disertación titulada *Incognitus per se notus*. El P. Benito Rubio cierra esta serie de hijos ilustres de Valvanera hasta principios del siglo XIX, escribiendo la mejor historia del Santuario. En sus páginas ha procurado recoger el P. Rubio con esmerada crítica los hechos más notables y



VALVANERA. Iglesia abacial

las glorias más esclarecidas de Valvanera, de su Virgen y de los monjes benedictinos.

Este rápido recuento de la vida del Santuario del monte Mori, desde que se unió a la Congregación de San Benito de Valladolid hasta los aciagos días de la décimanona centuria, nos revela el grado de esplendor a que el monasterio había subido. Añádase, para completar el cuadro, que el número de religiosos que allí vivían y en sus cuatro anejos ascendía a 170; de ellos 84 eran monjes y 86 hermanos legos.

7. Pero todo este esplendor iba a ser deshecho por los enemigos de la patria, primero, y por los mismos compatriotas, después. En 1809 las tropas francesas redujeron el monasterio a montón informe de ruinas. Parece ser que en dicho año habíase refugiado en Valvanera un grupo de guerrilleros que allí se atrincheraron contra los franceses. Intimáronles éstos a rendirse, pero como no lo hacían, pusieron fuego a la iglesia y al monasterio, no quedando en pie más que las paredes. Al decir de las gentes, la rapacidad de aquellos soldados franceses pudo llevarse de Valvanera 13 arrobas de plata fundida. Únicamente pudieron salvarse seis ricos cetros de plata regalados por D. Diego Fernández de Bobadilla, escondidos en un hueco de la sacristía.

Después de estos tristísimos acontecimientos, viéronse precisados los monjes a abandonar su monasterio esperando tiempos mejores. El P. Benito Lobarriñas fué el único que se quedó allí con el encargo de velar por la imagen que pudo ser salvada de la catástrofe.

En 1814 reunióse la dispersa comunidad, que tuvo que consagrar todos sus esfuerzos a levantar parte de las ruinas. El número de sus monjes había disminuido considerablemente, pues en 1820 sólo contaba con 11 individuos, 9 sacerdotes y 2 hermanos legos. También habían considerablemente mermado los ingresos, así que la vida debía ser necesariamente lánguida en extremo. En dicho año aun poseía el monasterio 5.183 cabezas de ganado trashumante, 31 cerdos y 81 colmenas.

La desalmada ley de las Cortes de Cádiz, promulgada en 1820, obligóles a los monjes de Valvanera a desamparar de nuevo su monasterio, en el que sólo quedaron dos como custodios. La Regencia permitióles retornar en 1824 y entonces se dedicaron con mayor ahínco que la pasada vez a restaurar ruinas. Era abad a la sazón el

Rvmo. D. Bartolomé Mayor, y la comunidad se componía de cinco monjes y dos hermanos legos. Pudieronse recuperar algunas posesiones y rentas que se daban por perdidas, especialmente en Extremadura. En Salinas de Añana cobraba todavía el monasterio 700 fanegas de sal.

Gracias a estos recursos se propusieron los monjes un plan bastante vasto de edificación, según consta por la relación enviada al Capítulo General de 1824. Se hizo una nueva portería y escalera, después de demoler todo lo ruinoso. Se blanquearon los claustros y se adornó la iglesia. Al mismo tiempo aumentaban los miembros de la comunidad, pues en visperas de la exclaustración habían subido a 23

Cuando ya la comunidad se había casi completamente repuesto de las pasadas tropelías, las leyes antirreligiosas de 1835 fueron más fatales para el antiquísimo Santuario del monte Mori. Los monjes no tuvieron otro remedio que buscar refugios y colocaciones aisladas para poder vivir. Muchos de ellos quedaron encargados de las parroquias limítrofes; pero ninguno logró permanecer en su monasterio, que, abandonado, fué poco a poco desplomándose. La iglesia quedó sacrílegamente despojada de las pocas alhajas que aun guardaba y la misma sagrada imagen era arrancada de su Santuario secular, para ser trasladada al cercano pueblo de Brieba el 18 de diciembre de 1839.

A pesar de tanto abandono, las romerías aun seguían subiendo anualmente a visitar su amado Santuario; pero poco a poco fueron naturalmente decayendo de su pasado esplendor, aunque sin llegar a desaparecer por completo.

8. A fines del mismo siglo XIX que tan fatales principios le había traído, el Santuario de los montes Distercios tendría la fortuna de ver reedificados sus muros y de contemplar la presencia de sus antiguos y fieles custodios los hijos de San Benito.

En 1880 un entusiasta devoto de las glorias de la Virgen de Valvanera, el solitario Tiburcio Lanás, logra reavivar la devoción hacia el abandonado Santuario entre los fieles de la región. La romería anual del pueblo de Badarán, celebrada en el mismo año, sirvió para dar impulso al renaciente fervor. Interesáronse por la idea de restaurar el Santuario los párrocos circunvecinos y con ese fin dirigieron una solicitud a su Ordinario el Dr. D. Gabino Catalina. Contestó favorablemente este Prelado, aprobando el proyecto

de nombrar una Junta que activase los planes restauradores. El 16 de Julio del mismo año ya publicaba la primera circular para interesar a los riojanos a que acudiesen con limosnas.

Como primera providencia comenzóse la reedificación de la histórica ermita del Santo Cristo y el 14 de septiembre ya estuvo lista para celebrar en ella las funciones religiosas. Una romería de más de mil personas se congregó ese día en Valvanera. Al siguiente año los peregrinos pasaron de cinco mil. Como es natural, con el despertar de este entusiasmo popular se multiplicaban también las limosnas, y la restauración iba adelantando con bastante rapidez.

En vista del éxito obtenido por sus gestiones, la Junta de Restauración decidióse a realizar cuantos anhelos abrigaba. Para eso, lo más indicado era traer una comunidad de religiosos y de entre estos los únicos llamados eran los benedictinos, los seculares custodios del Santuario.

Dirigióse la Junta al abad de Nuestra Señora de Montserrat en demanda de una colonia de monjes. Salieron éstos de la abadía montserratina con dirección a Valvanera en el mes de octubre de 1883 y el día 29 entraban en el recuperado monasterio, semi derruido. La nueva comunidad componíase en parte de monjes exclaustrados de los distintos monasterios de la Congregación de Valladolid. Tenía el título de superior el P. D. Francisco Sobrón, antiguo monje de Valvanera. Acompañábanle los Padres D. Simeón Moreno, exclaustrado de Corias, D. Ramón Florenza, profeso de Montserrat y los hermanos legos Nicolás Sesma y Martín Saralegui. A estos se juntaron después los Padres D. Juan Lerena y D. Antonio Osorio Prado, exclaustrados de Lorenzana y D. Mauro Planas, profeso de Montserrat.

9. Instalada la comunidad, hízole la Junta entrega absoluta del Santuario y desde entonces los monjes benedictinos se han dedicado con todo cariño a la restauración de la iglesia y de los edificios monasteriales, sin desatender el fomentar la devoción entre el pueblo y procurar el desarrollo interno de la comunidad. Estas han sido las principales preocupaciones de todos los superiores de Valvanera que desde la restauración han gobernado la casa.

D. Francisco Sobrón moría el 4 de marzo de 1890, a los 82 años de edad, dejando tras de sí la fama de una vida santa y enteramente dedicada a los difíciles trabajos de los primeros tiempos de la res-

tauración. Él fué el que sirvió de lazo de unión entre la nueva comunidad y la anterior a la exclaustración, de la que él mismo formaba parte. Sucedióle en el cargo D. Antonio Osorio Prado, quien activó y terminó la construcción de las habitaciones destinadas a la comunidad y algunas para los romeros. Moría el 30 de abril de 1893.

El Capítulo general de la Provincia Española de la Congregación de la Primitiva Observancia, a la que desde su restauración por los monjes de Montserrat perteneció Valvanera, elevó el monasterio a la categoría de Priorato independiente el 1.º de noviembre de 1892. D. Ramón Fábrega, profeso de Montserrat, fué nombrado primer prior el 18 de marzo de 1893. Sólo conservó el cargo durante dos años, pues en 1895 presentaba la renuncia. Comenzó la construcción de la hospedería que terminó su sucesor D. Vicente García.

Vistos los progresos que hacía la nueva comunidad, el Capítulo General de la Congregación Sublacense reconoció a Valvanera el título de abadía en el mes de noviembre de 1900, pero disponiendo que el prior en funciones continuase hasta terminar el plazo de



VALVANERA. El Monasterio y la montaña

su gobierno con el título de Prior Administrador. D. Vicente García trabajó denodadamente por el engrandecimiento de su monasterio, pues además de terminar la hospedería, restauró y embelleció la iglesia con el artístico retablo y dispuso la traza del elegante camarín de la Virgen. Tuvo, no obstante, la pena inmensa de ver destruida parte de las obras realizadas por los monjes restauradores. En el día 6 del mes de abril de 1896 un terrible incendio devoraba por completo la antigua hospedería y el tejado de la iglesia, con los consiguientes derrumbamientos de una de las naves.

En 1901 se procedió por la comunidad valvanerense a la elección

de abad propio, siendo elegido D. Eugenio Alonso, a la sazón maestro de novicios en Montserrat. El designado no quiso aceptar y sólo gobernó el monasterio a título de Prior administrador, título que conservaron sus sucesores D. Vicente García desde 1905 y D. Wilfrido Arnáiz desde 1906, reelegido en 1908. Por fin, el 14 de mayo de 1914 el capítulo de la comunidad, presidido por el Rmo. Deás, elegía por su abad a D. Agustín Urcey, monje de Valvanera y prior a la sazón del monasterio del Pueyo, cerca de Barbastro. Después de 20 años de gobierno presentó la renuncia de su cargo, la cual le fué aceptada el 12 de mayo de 1928, abandonando definitivamente el gobierno de la casa el 12 de septiembre del mismo año. El 6 de octubre entraba a gobernar con título de Prior Administrador el R. P. D. Antonio Alonso.

10. La comunidad ha ido progresivamente desenvolviéndose y en la actualidad la componen cerca de 21 individuos, de ellos 13 son sacerdotes, 2 novicios y 8 hermanos legos. Como ya se ha insinuado, todas sus miras se han dirigido a levantar los edificios en ruinas y para eso han tenido no poco que luchar y trabajar, por más que la generosidad de los fieles no les haya nunca abandonado. El culto que a la Virgen Santísima allí tributa esta comunidad es solemne y esplendoroso. Además de predicar y ayudar a los párrocos de los contornos, ejercen en el mismo Santuario un fructuoso apostolado tanto en el púlpito como en el confesonario, pues Valvanera es como el centro de la vida religiosa de toda la comarca. Se nos ha comunicado como dato significativo que con ocasión de algunas romerías ha habido monjes que han estado escuchando confesiones desde las nueve de la noche hasta las ocho de la mañana del día siguiente.

Con esto dicho se está que las peregrinaciones al amado Santuario de los riojanos han aumentado considerablemente y hasta han llegado a tener la animación de los pasados siglos. Merece señalarse la gran peregrinación de los días 15 y 16 de septiembre de 1899 en la que formaban muy cerca de 20.000 riojanos, entre los que se destacaban más de 300 sacerdotes. En nuestros días son unos 20 los pueblos que realizan su visita anual a la Virgen; pero, además, llegan romeros de todas las partes de España y aún del extranjero. Todavía sirve de gran consuelo para los piadosos hijos de San Benito que allí viven el escuchar los cánticos que entonan con entusiasmo los romeros:

«Virgen que en el roble estáis
con panal y fuente pura
firmeza, gracia y dulzura
en Valvanera nos dáis.»

Hasta ahora no ha sido posible a los monjes, por las causas ya dichas, darse de lleno a trabajos científicos, pero, sin mucho tardar, se establecerá allí un centro de estudios histórico-monásticos para contribuir al estudio de la historia del país.

En 1928 emprendieron la publicación de la revista mensual *Ecos de Valvanera*, órgano del Santuario y de la Cofradía de la Virgen, restablecida en 1926. Difundida copiosamente por todos los pueblos de la Rioja, es la encargada de avivar y mantener la devoción a la Señora secular de los montes Distereios.

El P. León Alesanco publicó en el mismo año una traducción de la Regla de San Benito, y también la obra *De Vita regulari* del P. Rebsbock, O. S. B.

Al lado del monasterio está instalado un apiario modelo, dirigido por los monjes y destinado a divulgar el amor a esta industria por la región.

11. El visitante que en nuestros días se llegue hasta la montaña de Valvanera podrá admirar todo cuanto los monjes benedictinos han trabajado para devolver al Santuario el esplendor de otros tiempos. Casi la mayor parte de los arruinados edificios han sido levantados del suelo; sólo falta dar la última mano a la hospedería llamada de los «Franceses». Para facilitar la subida a los romeros se ha construido a expensas del monasterio una buena carretera que va escalando la empinada falda del Mori.

La primera cosa que llama la atención es la torre de la iglesia, de modesta elevación, porque más no permiten aquellas alturas. La fábrica del templo pertenece al estilo ojival, construida con sillares de color rojizo. Forma una cruz latina y mide 29 metros de largo por 9'5 de ancho, y unos 15 de alto. El conjunto, en medio de su sencillez, denota pulcritud y buen gusto. Todo el adorno es moderno, pues sólo, y por ventura, quedaron en pie después de tantos trastornos las paredes. En el altar mayor luce un bonito retablo construído en Vitoria en 1898 por encargo del hermano Tiburcio. En él se distinguen las estatuas de S. José, S. Francisco, S. Bernardo y su hermana Santa Umbelina. En el centro, en donde se abre vistosa hornacina,

está colocada la veneranda imagen de Nuestra Señora de Valvanera, vestida de ricos mantos. Le sirve de trono una imitación del roble en que fué encontrada. El Rvmo. Urcey nos la describe en su citado libro de esta manera: «Está sentada sobre cuatro aguilas de vista al pueblo. Con la mano derecha sostiene al Divino Infante y con tres dedos de la izquierda un corazón de plata maciza; los otros dedos los tiene plegados. Tiene frente espaciosa, cejas arqueadas y negras; ojos grandes, rasgados y hermosos en extremo. El rostro es ovalado; el color trigueño... De ella ha escrito la Venerable Madre María de Agreda, «que en el don particular de Madre de pecadores, en convertir almas y reducirlas al verdadero dolor de sus pecados ninguna puede competir con la de Valvanera».

Detrás del altar mayor y en comunicación con él, se encuentra el Camarín; la pieza de todo el Santuario que monjes y peregrinos miran con más cariño. Mide poco más de 9 metros en cuadro y la dan luz vidrieras de colores. Del centro de la cúpula cuelga una araña de metal dorado y todo alrededor corre un bello zócalo de azulejos de las fábricas de Sevilla, regalo de D. Gabriel Pérez Viniegra. Diez ángeles están haciendo la guardia de honor a la sagrada imagen; cuatro de ellos están alrededor del santo roble en actitud de devota adoración y cada uno sostiene un candelabro de metal sobredorado en su brazo derecho. Los piadosos romeros que suben al Camarín y se acercan a besar la medalla que pende de la mano de la Virgen pueden lucrar varias indulgencias. Dos grandes lienzos colocados en 1903 pintados por el Sr. América y el Sr. Paternina, que representan escenas de la invención de la Imagen, completan el esmerado adorno que embellece el recogido Camarín.

En los brazos del crucero se ven seis altares, ocupando los dos principales las estatuas del Sagrado Corazón de Jesús y de San Benito. En el altar dedicado a la Purísima Concepción se venera una artística imagen de la Virgen, regalo de la señora marquesa de Campo-sagrado. La sacristía está bien provista de ornamentos, algunos pertenecientes a los antiguos monjes.

Al lado de la iglesia y en apiñado conjunto están edificadas el monasterio y las hospederías. El monasterio consta de tres cuerpos cada uno de ellos con tres pisos. Delante ábrese amplia plaza construída en 1903, con un gran depósito de agua en el centro. Las habitaciones para monjes y romeros son espaciosas y bien acondicionadas.

La sala reservada a biblioteca contiene cerca de 9.000 volúmenes que aumentan notablemente todos los años.

Como a un tiro de piedra del monasterio, hállase la ermita del Santo Cristo, visitada con singular piedad por todos los romeros. Hay en el testero un altar dedicado a la Virgen y en una hornacina empotrada en el muro una imagen de Jesús Crucificado.

Muy cerca también se encuentra la Fuente Santa, la misma que señala la tradición manando al pie del roble de la aparición. El agua de esta fuente brota debajo de la santa imagen y corre canalizada por medio de la iglesia hasta sus dos terceras partes, saliendo al exterior por dos grandes caños de bronce. Los fieles beben con piedad y confianza de este manantial y no son pocos los favores que de la Virgen han recibido.

Resumiendo cuanto acerca de la restauración de Valvanera se ha dicho, se puede afirmar que el Santuario ha visto renovarse los antiguos tiempos en que romerías numerosas le visitaban y el monasterio benedictino ha alcanzado a ver días de vida próspera, y eso a pesar de las dificultades con que han tenido que luchar en medio de aquellas abandonadas soledades. Esperamos confiados que esa vida ha de seguir desenvolviéndose gracias a la ayuda de la Reina de los montes Distercios y también a la que les prestarán siempre los riojanos de buena voluntad que ven en ella a su secular protectora.





V

EL PRIORATO DE SAN CLODIO

SUMARIO:

1. Situación del monasterio; primeras noticias históricas.—2. San Clodio en el siglo xi; los condes Alvaro y Savita.—3. El abad D. Pelagio Gonzálviz; incorporación del monasterio a la Orden del Cister; donaciones regias. ¿Cuándo fué adquirida la *Divina Reliquia*? Influencia de los monjes en la región.—4. Agravios inferidos al monasterio en el siglo xv; su jurisdicción civil.—5. Agregación de San Clodio a la Congregación Cisterciense Reformada; preponderancia; mejoras materiales.—6. San Clodio defiende la patria en peligro en los siglos xvii, xviii y xix. La comunidad de entonces.—7. La supresión de 1820; rehabilitación. La exclaustración de 1835; abandono.—8. Restauración; la pasantía de San Clodio. Llegada de los benedictinos; desarrollo de la comunidad; los priores; la escuela monástica; comunidad actual.—9. Actividades externas de los monjes: la preceptoría; escuela perfección de 1.^a enseñanza; ministerios; la parroquia; los Oblatos seculares de San Benito; trabajos literarios.—10. Descripción de la iglesia; la *Divina Reliquia* y su culto; alhajas y ornamentos. El monasterio y sus dependencias.

BIBLIOGRAFÍA:

Antonio de Yepes, *Crónica general de la Orden de San Benito*, t. III. (1613).—Manrique, *Annales Cistercienses*, t. I. (1649).—Sandoval, *Fundaciones*, pág. 3.—Flórez, *España Sagrada*, t. XVII.—López Ferreiro, *Compendio de la Historia del Monasterio de San Claudio del Ribero de Avia* (1895).—*Annales Ordinis S. Benedicti*, 1911.—Antonio Alonso, O. S. B., *Breve noticia de la Reliquia venerada en el templo de Santa Maria de San Clodio* (1913).—Samuel Eiján, O. F. M., *Historia de Ribadavia y sus alrededores* (1920; *passim*).—D. Eladio Alonso y D. Fulgencio Riós, O. S. B., *Notas sueltas* (manuscritas) *sobre el Monasterio de San Clodio*.



1. El venerable abad D. Gaspar de Villarroel que, a fuerza de enormes sacrificios, logró restaurar en 1880 las ruínas de la abadía de Samos, debía enviar diez años más tarde una colonia monástica para volver a nueva vida el antiguo monasterio cisterciense de San Clodio, cuya interesante historia bien vale la pena de dar a conocer.

Lo primero que salta a la vista en San Clodio es la encantadora posición de que disfruta el monasterio. Con saber que el Ribero es una de las regiones más pintorescas de Galicia y con decir que ocupa San Clodio el corazón mismo del Ribero, está dicho todo. Perteneció a la provincia y diócesis de Orense; sepáranle 11 kilómetros de la villa de Ribadavia y fecunda sus posesiones el río Avia.

La opinión más corriente entre los historiadores, fundados sobre todo en la tradición, hace remontar los orígenes del monasterio a mediados del siglo VI. Después del martirio del abad Vicente, del prior Ramiro y de otros doce monjes del monasterio de San Claudio de León, los restantes que pudieron salvarse, llegaron huyendo hasta las orillas del Avia, y en el lugar llamado entonces Emeiheris fijaron su residencia. Esos fueron —según muchos afirman— los principios del monasterio de San Claudio o San Clodio, que más tarde dió su nombre a aquel lugar. Nada se sabe de su historia en los años que siguieron. Sólo en los comienzos del siglo X aparecen noticias ciertas que a él se refieren.

2. En el año 928 un documento que ha llegado hasta nosotros nos informa ampliamente sobre el monasterio. Los cercanos condes Alvaro y Savita otorgan a su favor grandes mercedes. Si dichos condes no fueron sus fundadores, comunicáronle por lo menos nueva vida. «Hemos creído conveniente—dicen los dos piadosos donantes— para bien y redención de nuestras almas, otorgar esta escritura de donación a la casa de los santos nuestros señores S. Martín Obispo y Confesor de Cristo, San Sixto Obispo, San Lorenzo arcediano y San Hipólito duque, mártires; y San Claudio, cuya basílica está sita en

tierra de Castela, en la villa de Emeiheris, a orillas del Avia, para sustento de los hermanos siervos y siervas de Cristo, que en el monasterio que allí construimos guardan la vida regular según la norma de los Apóstoles». Después siguen enumerando los condes las cosas que le conceden: tres viñas, seis caballos, treinta y una vacas, cuatro yuntas de bueyes, cincuenta cabezas de ganado lanar, treinta cerdos, etcétera, etc.

Este documento nos hace saber que el monasterio, fundado o reconstruido, era dúplice y su importancia comenzaba a ser grande en la región por lo que a los progresos de la agricultura se refiere. En esas tres viñas que en él se mencionan han creído ver algunos los primeros ensayos del cultivo de la vid en el Ribero.

3. La historia vuelve a guardar alto silencio. El monasterio debió seguir influyendo en la colonización del país, aunque con decaimiento de la vida regular entre los monjes, pues hacia 1158 el abad D. Pelagio Gonzálviz le encuentra medio abandonado. Dedicóse este prelado a hacerle resurgir de su inercia, logrando poner en vigor las nuevas observancias de la Orden del Cister, observancias que los monjes aceptaron de buen grado juntamente con el hábito blanco. D. Pelagio enumera con ostensible satisfacción en su testamento o carta de donación lo que ha hecho y lo que ha adquirido para el monasterio: cruces, ornamentos, libros litúrgicos, siervos moros, casas, posesiones. Hace hincapié en los muchos lugares que pobló y que entrega a la jurisdicción del monasterio.

Los reyes también otorgaron sus mercedes a San Clodio, protegiéndole contra los desafueros de príncipes y señores. Alfonso IX extendió en 1218 un privilegio, confirmado en 1255 por Alfonso X. En él se hace justicia a los monjes en contra de Fernando Gutiérrez, considerando su monasterio como de *Hijosdalgo* y eximiéndole con todas sus dependencias de pagar los tributos reales.

Una de las joyas que más ha enaltecido al monasterio de San Clodio es una insigne reliquia de la Vera Cruz, llamada ordinariamente la *Divina Reliquia*. El culto que en toda la comarca se la tributa remonta a la más lejana antigüedad. El P. Yepes, que estuvo en San Clodio, limitase a decir en su Crónica que «hay una gran reliquia del madero de la Cruz que trajo un santo Obispo que vino de Jerusalén». Nada más se sabe acerca del cómo y cuándo fué llevada a San Clodio tan insigne reliquia; pero no carece de verosimili-

tud el afirmar que el monasterio del Ribero se enriqueció por estos siglos con tan grande tesoro. Con esta afirmación está de acuerdo la tradición de la casa.

Los monjes desplegaban gran actividad tanto en lo religioso como en la colaboración que aportaban a los progresos materiales del país, sobre todo a los de la viticultura. Siempre han sido muy justamente estimados los vinos de Ribadavia.

También ejercían los monjes de San Clodio el ministerio parroquial en el pueblo formado en torno del monasterio y en las villas y caseríos cercanos. En el siglo xv surgieron algunas dificultades con el Obispo de Orense ya que, al parecer, no podían usar de su iglesia como propia y aunque ejercían la cura de almas les había retirado la facultad de administrar el bautismo y asistir a los matrimonios, sacramentos reservados a un sacerdote secular.

4. Las turbulencias que a mediados del mismo siglo xv suscitaron los nobles gallegos entre sí, repercutieron también en el monasterio, que tuvo no poco que sufrir. Los historiadores recuerdan principalmente la funesta aparición en San Clodio de Pedro Madruga. Vasco de Ponce dice entre otras cosas al enumerar sus fechorías: «Y prendió al Abad de San Clodio y trájolo por la Villa de Ribadavia encima de un asno y con una resta de ajos al pescuezo» (1).

La jurisdicción de San Clodio comprendía ricas posesiones, a las que sin cesar iban añadiéndose otras nuevas y numerosas feligresías. Sande, Seijadas, Villardebasas, Bóveda de Amoeiro, Vieite, Cuñas y Gomáriz, entre otras varias, a las que se añadió en 1469 la iglesia de Lebosende, que era la mejor de todas, estaban bajo el báculo del abad de San Clodio. No es, pues, de extrañar que en tiempos de las encomiendas fuesen apetecidas sus pingües rentas. Con la llegada de los abades comendatarios cayó en deplorable estado toda la vida del monasterio, y sólo una fuerte reacción en contra sería capaz de devolverle su antiguo prestigio.

5. Para recobrar su perdida libertad de acción, decidieron los monjes agregarse a la Congregación Cisterciense que había fundado en Toledo el P. Martín de Vargas. En 1520 el abad comendatario de San Clodio D. Rodrigo de San Ginés, Obispo de Laodicea, renunció la abadía en su sobrino D. Alonso de Seoan. El nuevo superior

(1) *Galicia Diplomática*, t. IV, pág. 159. Cit. por el P. S. Eiján en su obra *Ribadavia y sus alrededores*.

gobernó con el título de presidente, título que conservaron sus sucesores hasta 1525, año en que fué nombrado primer abad de la nueva observancia el P. Bernardo Cornejo, monje de Monte Sión.

San Clodio volvió a vivir vida desahogada y aun llegó a figurar entre los principales monasterios de la Observancia de España. El Capítulo General determinó que se estableciese allí el Colegio de Artes para la formación intelectual de sus monjes, pues no podía hallarse sitio más apropiado ni de más apacible clima.

La observancia regular de los monjes se mantenía en todo su vigor y la situación económica mejoraba notablemente. Es cierto que Felipe II, al igual que a otros muchos monasterios, privó en 1595 a San Clodio de sus derechos en las feligresías de Lebosende, Vieite, Cuñas y parte de la de Gomáriz, pero pudieron rescatarse poco después. Así conservó íntegro su extenso patrimonio.

Tanta prosperidad material permitió a los monjes renovar los edificios monasteriales y edificar otros nuevos. La iglesia se vió enriquecida en 1535 con una devota imagen de la Santísima Virgen, que fué hallada en San Miguel de Lebosende por el piadoso cristiano Juan de Ribera. Diósele preferente lugar en el altar mayor y hasta en nuestros días es venerada por todos los fieles de la comarca.

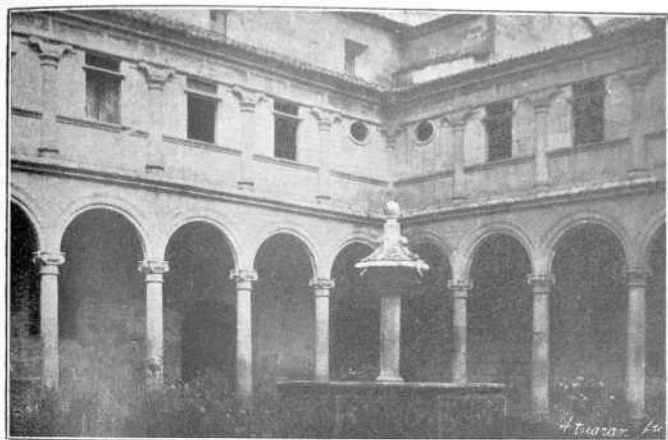
Los abades de San Clodio tomaron parte en varios sínodos diocesanos y algunos de ellos pasaron a ocupar elevados cargos eclesiásticos.

6. En el siglo XVII se acentuó aún más la prosperidad del monasterio; así lo prueban varios hechos. Cuando los cistercienses de Galicia, ante la amenaza de invasiones enemigas, pusieron en pie de guerra cien soldados, doce de estos corrían a cargo de los monjes de San Clodio, quienes gastaron con ellos 23.907 reales, sin contar los mantenimientos. El Capítulo General de los cistercienses impuso a San Clodio la obligación de atender a los gastos comunes de la Congregación, carga que también debía levantar el no menos opulento monasterio de Melón. En 1637 entregaban ambos monasterios a la bolsa común la cantidad de 900 doblones, que se invirtieron en la construcción de las casas que tenía la Orden en Valladolid.

Pero no sólo empleaban sus rentas los monjes de San Clodio en bien de su Orden, sino que repartían cuantiosas limosnas y hasta, cuando el caso se presentaba, eran voluntarios contribuyentes para atender a los gastos de la defensa de su patria en peligro. Algunos

apuntes pondrán de relieve el verdadero patriotismo que animaba a aquellos monjes, los metódicos colonizadores de las orillas del Avia.

En 1793 el General de los cistercienses ofrecía al Gobierno de España un millón de reales como subsidio voluntario de guerra contra los franceses. De esa cantidad, 27.892 reales procedían del monasterio de San Clodio. Por su parte no ignoraba el Gobierno la riqueza y la esplendidez de este monasterio, y así, cuando tuvo que hacer frente a los apuros en la guerra contra Inglaterra, el ministro



SAN CLODIO. Claustro del siglo XVI

de Hacienda se dirigió el 24 de abril de 1798 al abad y monjes de San Clodio en demanda de socorros pecuniarios. Las arcas del monasterio se encontraban entonces casi vacías, pero el patriotismo de los monjes no dejó sin respuesta la petición. Acordaron unánimemente deshacerse de la plata de su iglesia hasta encontrar la manera de reunir alguna cantidad de dinero que poner a disposición del Gobierno. Cuatro arrobas arrojaba el peso de los objetos de plata que se fundieron en esta ocasión. Y más tarde, cuando los males se acumulaban sobre España y se iniciaba la guerra de la Independencia, nuevamente volvieron los monjes de San Clodio a dar señales inequívocas de su patriotismo espléndido. Sin miedo a quedarse privados de sus pequeños ahorros enviaban continuamente a los directores

de la defensa nacional cuanto buenamente podían. 42 000 reales en 1809; dos arrobas y media de plata de los objetos del culto, más algún dinero en 1810; 1.500 reales para vestuario de las tropas en 1811; y en 1815 ofrecían al rey para acudir a sus obligaciones 15.000 reales, condonando, además, todo lo que el Tesoro adeudaba al monasterio por razón de reintegro (1).

He ahí la bella cooperación del monasterio de San Clodio al sostenimiento de la independencia nacional. De intento hemos querido recalcar este aspecto que ofrece la historia de San Clodio, por ser indicio del interesante estudio de conjunto que sobre el particular podría hacerse, pues otros muchos monasterios cooperaron también con sus bienes y hasta con sus personas a la defensa de la patria.

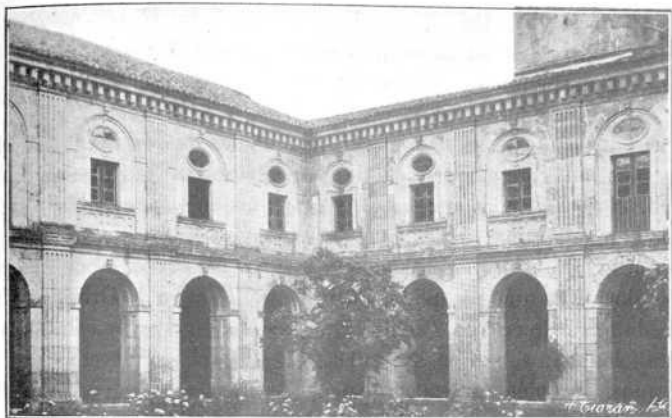
El monasterio de San Clodio no es digno solamente de recuerdo por el brillo de sus riquezas. Dentro de sus claustros, como en su tiempo atestiguaba el P. Yepes, vivía una comunidad observante y culta. A pesar de que en años anteriores, en virtud de las disposiciones apostólicas no podía tener más de doce monjes, en 1753 ascendía su número a 25, incluyendo tres novicios. De entre ellos cuatro estudiaban en Salamanca y otros tres estaban repartidos entre Alcalá, Palazuelos y Belmonte.

7. No obstante, monasterio de vida tan próspera y que tanto se había sacrificado por la patria, recibe de sus gobernantes como recompensa la orden terminante de supresión. El injusto decreto de las Cortes de Cádiz, promulgado en la *Gaceta* el 23 de septiembre de 1820 obligó a alejarse de su monasterio a los monjes de San Clodio. Al siguiente año ya se daba por caducada la jurisdicción del monasterio. Sólo cuando sobrevino el nuevo cambio político en 1823, que perduró diez años seguidos, pudieron volver los monjes a reunirse. Después de esta pasajera tormenta aun pudo recobrar algo de su esplendor. Uno de sus monjes, el P. Vicente Garza, llegó a ser General de los cistercienses españoles.

Este nuevo hábito de vida fué de muy corta duración. La exclaustración de 1835 cerró definitivamente el monasterio de San Clodio. Sólo consiguió permanecer allí el P. Manuel Rodríguez a título de párroco, cargo que desempeñó hasta 1844. Ahuyentados los monjes, las posesiones y granjas fueron malvendidas o arrendadas. El edificio,

(1) P. S. Eiján, obra cit. pág. 530.

salvo la parte destinada a casa rectoral, quedó como propiedad del Estado. En 1838 era destinado a cuartel de la milicia nacional y dentro de sus muros actuaron varias veces compañías teatrales. Uno de los claustros estuvo amenazado de muerte por pretender las autoridades aprovechar los materiales para obras públicas. Aunque se salvó de esta amenaza, quedó totalmente destruído por descuido de unos pobres su precioso artesanado. La sacristía, toda ella de bóveda de crucería, desapareció completamente. Los demás edificios iban



SAN CLODIO. Claustro del siglo XVII

también poco a poco agrietándose con amenazas de próxima ruina. Sólo podía salvarle la vuelta de los monjes.

8. Hacia 1883 abrióse en San Clodio una pasantía sostenida por los desvelos de D. Manuel Noya, después monje benedictino en el mismo monasterio. Este virtuoso sacerdote llegó a adquirir la mayor parte del edificio. En sus gestiones tuvo como colaborador al P. Veremundo Diéguez, exclaustro de San Martín de Compostela. Deseosos de restablecer allí la vida monástica, dirigiéronse al Rmo. D. Gaspar de Villarroel, restaurador y abad de Samos. Aceptó este prelado la invitación y en 1891 tomaba posesión del monasterio y dejaba establecida una pequeña comunidad benedictina, que ha ido consolidándose hasta llegar al estado de satisfactoria prosperidad en que hoy la contemplamos.

En 1893 adquiría vida propia y se unía con la abadía fundadora a la Congregación Casinense de la Primitiva Observancia. En 1902 mereció ser elevada a Priorato, categoría de que actualmente disfruta. Los Priors, todos ellos nombrados por el Capítulo General, han consagrado sus desvelos a levantar de sus ruinas los edificios y a comunicar nuevos impulsos a la expansión de la comunidad. Merecen señalarse los Priors D. Roberto Bas, que restauró gran parte del edificio en 1904 y D. Gregorio Millán, iniciador en 1917 de la escuela monástica, de la que en 1921 salieron los primeros monjes propios de San Clodio.

La comunidad actual se compone de 11 sacerdotes, 5 monjes clérigos y 3 hermanos legos. Desempeña el cargo de prior el M. R. P. D. Abundio Lomas.

9. Además de las ordinarias ocupaciones que la vida benedictina de ellos exige, los monjes de San Clodio realizan intensa labor en torno suyo. En primer lugar, y desde los comienzos de la restauración, dirigen una preceptoría de latín, con privilegio de examen. Algunas veces ha subido hasta 76 el número de sus alumnos, pudiéndose gloriarse de que un lucido contingente del clero de Orense y Tuy ha sido educado en San Clodio. No pocos miembros de cabildos catedralicios han salido de sus aulas. Hoy están frecuentadas por 58 alumnos. También corre a cargo de los monjes una escuela perfección de primera enseñanza muy acreditada en toda la comarca. Actualmente llegan a 40 los matriculados. Al frente de esta escuela está el P. Anselmo Vázquez, que tanta fama ha dejado en Asturias, pues fueron miles los alumnos que bajo su dirección se educaron en la suprimida casa de Los Cabos (Pravia).

Los monjes ayudan en su ministerio a los párrocos de las cercanas feligresías y predicán frecuentemente en todas las diócesis de Galicia. Uno de los monjes administra la parroquia de la misma villa de San Clodio que cuenta con 800 almas. Refiriéndose a esta labor, nos comunicaba D. Fulgencio Ríos, monje del monasterio, estas excelentes impresiones: «El trabajo en la iglesia monasterial es importantísimo. La parroquia se conserva muy cristiana y piadosa, habiendo obtenido verdaderos éxitos el actual ecónomo D. Braulio de Santiago, elocuente orador y muy conocido en la región gallega, principalmente cuando la cuestión de los foros en el Ribero el año 1920, pues ni un solo vecino de San Clodio se adhirió al movi-

miento popular. El pueblo canta con entusiasmo en las funciones religiosas, que son siempre concurridísimas. Los Oblatos seculares de San Benito pasan de los 300.

Tampoco han descuidado los monjes de la actual comunidad los trabajos literarios y de erudición. Conocemos varios de D. Antonio Alonso, titulados: *Los Benedictinos españoles en la época visigoda* (1912); *Breve noticia de la Divina Reliquia* (1913); *Civilización: Asuntos de actualidad*. D. Ricardo Romero, prior algún tiempo del monasterio del Pueyo, escribió en 1914 una interesante *Vida de San Benito*.

10. Los muchos visitantes que cada año pasan por San Clodio, pueden aún admirar unos pocos restos salvados de la desamortización de 1835. Es notable la iglesia monasterial. En ella—según la expresión de D. Jaime Solá—han firmado todas las arquitecturas. Dominan, sin embargo, las características del estilo románico-bizantino en su segundo período. La fachada y el ábside son de pulcritud intachable. Hasta el siglo XVIII estuvo cubierta por un precioso artesonado que, con mal acuerdo, los cistercienses reemplazaron por la actual bóveda ojival. También entonces fueron dados de cal los hermosos muros de sillería, que poco a poco van limpiando los monjes actuales.

En el altar mayor ocupa reservado lugar la devotísima imagen de la Santísima Virgen, que desde 1535 es la titular de la iglesia. La *Divina Reliquia*, el más rico ornamento de San Clodio, recibe culto en la nave lateral del lado del Evangelio. En el centro de la devota capilla se alza un retablo y en la hornacina principal está colocado un Crucifijo con el brazo derecho desclavado en ademán de abrazar a San Bernardo. Más abajo, en una especie de sagrario cuidadosamente cerrado con dos llaves y cubierto con una cortina de terciopelo carmesí, está guardada la *Divina Reliquia*. Las tres partes de la Cruz del Salvador unidas entre sí miden 20 centímetros de longitud y más de uno de diámetro. Están dispuestas en forma de cruz de Caravaca y dentro de una cruz preciosa que ostenta la misma forma. Esta Santa Reliquia es objeto de gran veneración, no interrumpida un solo día. Los principales festejos que se la tributan celebranse los días 3 y 4 de mayo y a ellos asiste imponente concurso de forasteros.

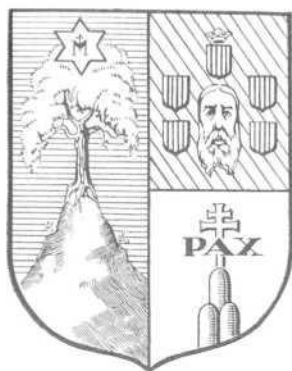
En la sacristía, restaurada a principios de este siglo, se custodia

un artístico cáliz del siglo XVI, procedente del antiguo monasterio de San Benito de Sevilla. Llamam también la atención de los entendidos un vistoso terno negro y algunos otros ornamentos.

El monasterio dispone de amplios salones. Uno de ellos está amueblado con la regia sillería que donó a los monjes en 1918 doña María Luisa, dama de la reina doña Isabel II.

Son vistosos y están bien conservados los dos claustros de los siglos XVI y XVII. Rodeando casi por completo al monasterio se extiende una magnífica huerta amurallada, donación de la mentada dama doña María Luisa.





VI


EL SANTUARIO Y PRIORATO
DE NUESTRA SEÑORA DEL PUEYO

SUMARIO:

1. Descripción del Pueyo de Barbastro.—2. Hallazgo de la sagrada imagen. El Santo Pastor Balandrán.—3. Incremento de la devoción a Nuestra Señora del Pueyo; el Patrimonio de la Virgen.—4. La desamortización y el Santuario. Se forma la «Sociedad protectora del Pueyo».—5. El Santuario encomendado a los Benedictinos.—6. Desarrollo de la comunidad benedictina; sus priores; mejoras; la comunidad actual.—7. Los trabajos de los monjes.—8. Descripción de la iglesia; la santa imagen; el Camarín; el Coro; la Sacristía; el monasterio y sus dependencias.

BIBLIOGRAFÍA:

Plácido Mérida Cruells. O. S. B. *Historia de Nuestra Señora del Pueyo de Barbastro*. (Barbastro, 1901).—J. A. Uztarroz. *Cronología de las imágenes de Nuestra Señora en Aragón*.—Blasco de Lanuza. *Historias seculares eclesiásticas de Aragón*; (t. I, lib. V. cap. 32).—J. M. Cuadrado *Recuerdos y bellezas de España. Aragón*.—*Boletín de Sto. Domingo de Silos*.—*Revista Montserratina*.—*Boletín de Información Benedictina*.



1. Por la región aragonesa, además del Santuario suyo por excelencia, el Templo del Pilar, están diseminadas multitud de iglesias y capillas en honor de María Santísima. Destácase entre ellas el celeberrimo Santuario de Nuestra Señora del Pueyo de Barbastro, en el que desde 1890 viven monjes benedictinos.

Pueyo es lo mismo que decir pequeña colina, por eso es tan común este vocablo en tierras de Aragón. Pero ahora *El Pueyo* por antonomasia es el Santuario de María, que está situado al este de la ciudad de Barbastro, a la corta distancia de siete kilómetros. Este pueyo tiene la forma de un cono truncado que se levanta 600 metros sobre el nivel del mar. Desde su cúspide divísase espléndido panorama. Viñedos, olivares y campos bien cultivados en la llanura, y allá lejos la cordillera que separa a España de Francia.

Su posición atrevida y estratégica fué muy codiciada en los tiempos antiguos. Tal vez los druidas, como en el cercano «Peñón de Mued», sacrificaban víctimas a sus falsas deidades. Cuando los moros conquistaron el país, levantaron en El Pueyo un fuerte castillo. En 1.100 lo conquistaba de su poder, en reñida batalla, el rey de Aragón don Pedro I. A raíz de esta victoria comienzan los orígenes del Santuario de María.

2. Entre las ruinas del castillo morisco había levantado su choza un sencillo pastor llamado Balandrán. Mientras un día descansaba, apareciósele la Virgen María, rodeada de ángeles y después de hablarle palabras de amor, mostróle junto a un almendro una imagen muy hermosa que la representaba. El pastor Balandrán recibió de María el encargo de comunicar el hallazgo a la vecina ciudad de Barbastro, y así lo hizo. Inmediatamente se organizó una espontánea procesión que subió hasta la cima del montículo. Hallaron la imagen de que Balandrán les había dado noticias y decidieron edificar allí mismo una capilla provisional. Esto sucedía el año 1101, siendo Obispo de Barbastro San Poncio, que había sido monje y abad en el monasterio benedictino de San Victorián.

La piedad y devoción de los fieles conservó con cariño en sus tradiciones la aparición en El Pueyo de la Madre de Dios, y de padres a hijos ha venido transmitiéndose el entusiasmo por el que consideran principal Santuario de su región.

El primer custodio del naciente Santuario de María fué el mismo



Nuestra Señora del Pueyo

Balandrán, que vivió como ermitaño en una cueva de todos conocida por la «Cueva de San Balandrán». Aunque este sencillo pastor no haya sido colocado oficialmente en los altares, es honrado en toda la comarca como verdadero siervo de Dios. La tradición afirma también que Balandrán fué sacerdote, y así le representa una estatua yacente colocada a la entrada de la iglesia. Sus restos mortales están actualmente depositados en un nicho de la sacristía.

3. La devoción de Nuestra Señora del Pueyo llevaba cada año mayor número de peregrinos hasta la cumbre de la colina para venerar la sagrada imagen. En el siglo XVII cincuenta pueblos de la comarca barbastrense hacían su visita anual a la Virgen.

La afluencia de tantos peregrinos requería un culto continuo en el Santuario y la improvisada capillita resultaba insuficiente. Ambas necesidades fueron desde un principio atendidas por los fieles. Poco a poco y merced a las donaciones que se le ofrecían, pasaron a ser propiedad del Santuario casi todos los terrenos colindantes. De ese modo se formó el llamado «patrimonio del Pueyo», cuyas rentas han servido para el desarrollo y conservación del Santuario y manutención de sus custodios.

Con su producto se pudo levantar ya en el siglo XII una iglesia para reemplazar la estrecha capilla. Es de estilo ojival y por la esca-

sez de terreno apto para edificar, de no muy vastas proporciones. A su alrededor y en distintas épocas se edificaron diferentes edificios destinados a viviendas del personal y para uso de los peregrinos que allí desean pernoctar. Por algún tiempo recibió el Santuario el título de colegiata, y estaba servida por una dignidad con el nombre de prior y cuatro beneficiados.

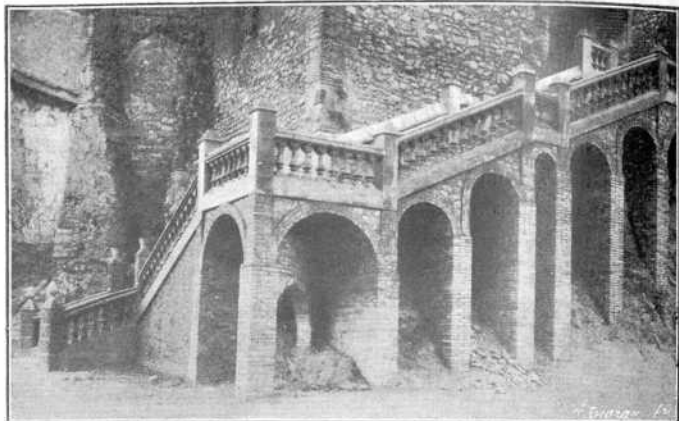
El Papa Inocencio XII, con fecha 4 de diciembre de 1694, erigió una Cofradía bajo la advocación de Nuestra Señora del Pueyo exclusiva para eclesiásticos y personas pertenecientes a la nobleza. Un año más tarde el mismo Pontífice la extendía a todos los fieles.

No obstante las numerosas peregrinaciones que anualmente subían al Santuario de María y el extenso patrimonio que le pertenecía, nunca llegó a gozar de vida exuberante. Las heladas tardías, los pedriscos y las pertinaces sequías malograban gran parte de las cosechas. Por fuerza tenían que ser pobres los edificios y pobre también el esplendor del culto. Sólo la devoción de la ciudad de Barbastro y pueblos del contorno suplía con su fervor la escasez de medios materiales. Todos los años por las Pascuas de Resurrección y Pentecostés renovaban su visita anual casi todos los pueblos. En el siglo XVII cuatro devotos de María ofrecieron al Santuario cuatro lámparas de plata que todavía se conservan.

4. En el siglo XIX el Gobierno desamortizador se incautó de todos los bienes que formaban el «patrimonio del Pueyo», sacándolos a pública subasta el 17 de febrero de 1843. Sólo un rasgo de piedad que honra a los habitantes de Barbastro, no permitió que los bienes de la Virgen pasasen a ser propiedad de particulares, librando al Santuario de una ruina completa. Varios vecinos de la referida ciudad formaron una sociedad con el fin de comprar al Estado los bienes arrebatados al Santuario. Consiguióse este fin principal a costa de grandes sacrificios. Los ciento quince socios, que pertenecían a todas las clases sociales, formaron después la llamada «Sociedad del Patrimonio del Pueyo de Barbastro». Por su cuenta corrió la conservación de la iglesia, de las casas adyacentes y de las heredades. Se repararon los edificios que amenazaban venirse al suelo y se buscó la manera de celebrar el culto en el Santuario con el mayor brillo. A pesar de todos sus esfuerzos, la «Sociedad protectora del Pueyo» no veía satisfechos sus anhelos de mantener el Santuario conforme lo exigía su historia. Para remediar tan crítica situación se estudió la manera de

encomendárselo a una comunidad religiosa que se hiciese cargo del Santuario con todas sus posesiones.

5. No lejos de Adahuesca se encuentra el Santuario de Treviño. En él trabajaban hacia ya algún tiempo varios monjes procedentes de la Abadía de Montserrat. Pero su trabajo no era coronado por éxito fructuoso como al principio se había esperado, ya que faltaban los medios requeridos para su desarrollo. Ofrecióles por este tiempo la «Sociedad del Pueyo» el Santuario con el patrimonio y demás po-



EL PUEYO. Monumental escalera-ingreso a la iglesia (1926)

sesiones que tenían a su cargo. Estudiada y aprobada la propuesta por el abad de Montserrat, Rmo. D. José Déas, trasladáronse los monjes benedictinos al Santuario del Pueyo dejando el de Treviño. Tuvo lugar la traslación el día 20 de mayo de 1890. A los tres monjes sacerdotes y cinco hermanos legos que componían la comunidad de Treviño, uniéronse otros cuatro, dos sacerdotes y dos hermanos, procedentes de Montserrat y Valvanera.

Desde sus primeros días, en el Pueyo trabajaron los benedictinos en el acrecentamiento del Santuario y sus trabajos no han resultado estériles. La devoción a la Virgen ha vuelto a renacer en el fondo de muchos corazones que la tenían olvidada; las peregrinaciones acuden otra vez más numerosas y el culto de la Virgen es celebrado con más esplendor que nunca en el antiguo Santuario.

6. A la vez la comunidad benedictina ha ido desenvolviéndose rápidamente, de suerte que el 1.º de noviembre de 1892 ya pudo ser elevada a la categoría de Priorato. Fué nombrado primer prior don Rosendo Casanovas que desempeñó el cargo por espacio de nueve años. Durante su gobierno llevó a cabo importantísimas mejoras en el Santuario. Era un monje sabio y celoso, muy conocido entre el clero y las comunidades religiosas por su meritísima labor como director de ejercicios espirituales.



EL PUEYO. Fachada de la iglesia y templete de la aparición de la Virgen

El 1899 sucedióle en el oficio de prior D. Mauro Planas. Levantó este prior la magnífica hospedería al lado del Santuario, concurridísima actualmente durante la estación veraniega, y abrió una espaciosa plaza frente a la portería del monasterio a fuerza de dinamita y constancia. También es obra suya la carretera que desde San José conduce hasta la cima del monte.

Fué su sucesor D. José Alvarez, profeso de Samos, nombrado al poco tiempo (22 de diciembre de 1911) abad de aquel monasterio. A su iniciativa se debe la inauguración del Colegio de niños u Oblatorio. De ese modo se ha aumentado el número de monjes del Pueyo, y

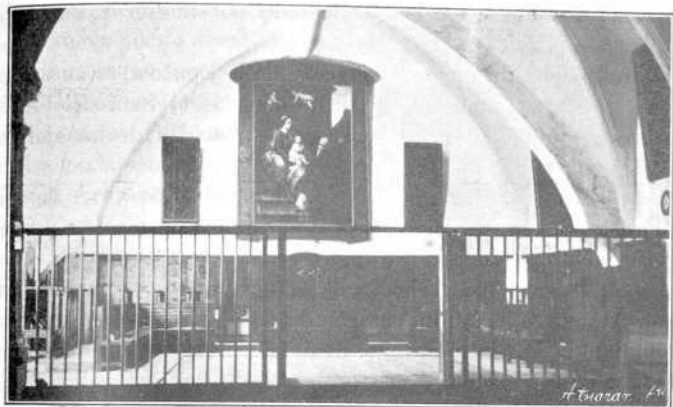
también del monasterio de Montserrat de Filipinas. D. Agustín Urcey, monje de Valvanera, fué designado para llenar la vacante, pero en 1914 era elegido primer abad después de la restauración del célebre Santuario de la Rioja. El siguiente prior, D. Ricardo Romero, emprendió la construcción de la fachada del monasterio, pero no la pudo terminar, pues renunció espontáneamente después de dos años de gobierno. Sucedióle D. Romualdo Simó, que no pudo gobernar los años reglamentarios por haber sido nombrado profesor de Teología en el Colegio internacional de San Anselmo en Roma.

Desde 1919 hubo una vacante de siete años, siendo gobernado el monasterio con el título de priores administradores por los padres D. Tomás López, D. Columbano López y D. Andrés Muñarriz. El Capítulo Provincial de 1925 nombró prior al monje profeso de la abadía de Nueva Nursia D. Román Ríos, que continúa en su cargo. En breve tiempo ha dado gran impulso a la vida del Santuario y del monasterio. En la parte norte ha dejado ya terminada una esbelta escalera, con todos sus escalones artísticamente macadamizados. Así se ha facilitado al público acceso directo a la iglesia, y los monjes pueden disponer del pequeño claustro contiguo a la vieja portada de ingreso. Al lado del coro, en un olvidado rincón, se ha construido una hermosa sala capitular y también se ha habilitado desahogado local para los juniros.

Mientras escribimos estas notas históricas, podemos afirmar que el Santuario-Priorato del Pueyo ha alcanzado floreciente vitalidad. La comunidad se compone de 32 individuos, 16 de ellos sacerdotes, 7 clérigos, 3 novicios de coro, 5 hermanos conversos y 2 postulantes. A este número hay que añadir los 45 niños educandos, que son la esperanza de otros tantos monjes para los monasterios del Pueyo, Nueva-Nursia en Australia y Montserrat de Manila.

7. Los monjes del Pueyo, además de llenar las atenciones que exigen el Santuario y el Colegio, se dedican a la predicación, siendo muy buscados en todas las parroquias limítrofes. Desde enero de 1926 redactan el «Boletín de información Benedictina», fundado por el P. Ríos. Consagra sus páginas a recoger las noticias más salientes de toda la Orden, contribuyendo a hacerla amar y apreciar por todos aquellos que le reciben. Algunos de sus monjes se han distinguido por la publicación de obras literarias. D. Plácido Mérida dió a la luz pública en 1901 la *Historia de Nuestra Señora del Pueyo de*

Barbastro, que contiene todo lo más importante del Santuario desde su fundación hasta esa fecha. Últimamente aparecen en varias revistas religiosas y científicas trabajos firmados por los monjes del Pueyo. D. Román Ríos colabora en la «Revista Española de Estudios Bíblicos», en la que ha publicado un extenso trabajo sobre los *Salmos directamente mesiánicos*. También es autor de algunas obras poéticas; entre ellas sobresalen: *Super flumina Babylonis*, *El Libro de la*



EL PUEYO. El Coro bajo (1926)

Cautividad, Canciones y Leyendas monásticas, El Cantar de los Cantares de Salomón y Con flores a María (versos).

8. De las cosas interesantes que pueden verse en el Pueyo apuntaremos las siguientes, empezando por la iglesia.

La iglesia actual es la misma que se levantó en el siglo XII o principios del XIII en el lugar que según la tradición se apareció la Santísima Virgen a S. Baladrán. Es de estilo ojival y de una sola nave. En el siglo XVII el Obispo de Barbastro D. Alonso de Fenollet y Requesens alargó y embelleció el altar mayor o capilla de la Virgen. En el fondo luce un artístico y majestuoso retablo labrado en 1630 a expensas del vecino de Barbastro D. Raimundo Caneer. En él aparecen ejecutadas con esmero estatuas de varios santos y altos relieves con escenas alusivas a la aparición de Nuestra Señora del Pueyo. Desde la llegada de los monjes benedictinos ocupa el

puesto de honor en el retablo la Santísima Virgen. El 18 de marzo de 1916 inauguróse la hermosa decoración del templete que la cobija, que, como la del presbiterio y lo restante de la iglesia, es obra de don Ignacio Torrents. La sagrada imagen aparece revestida de ricas telas recamadas de oro y plata que no permiten ver la escultura. Está sentada en un sillón que le sirve de trono; su mirada es dulce y grave y tiene al Niño Jesús sentado sobre la rodilla izquierda, sin que le toque para nada. En su mano derecha tenía la Virgen antiguamente el globo del mundo rematado por una cruz, sustituida actualmente por una flor.

Delante del altar mayor, en la parte de la Epístola, están suspendidas las cuatro lámparas de plata donadas al Santuario en el siglo XVII, que pudieron sustraerse a la rapacidad de los ejércitos franceses en 1808.

Detrás del altar está el camarín, obra del siglo XVIII de muy buen gusto. Sus muros están decorados por excelentes frescos atribuidos al pintor Francisco Bayeu.

La capilla mayor está aislada de la nave por una gran verja de hierro. Al lado se hallan los enterramientos de bienhechores y devotos del Santuario. En lo restante de la iglesia hay siete altares, tres en el lado de la Epístola y cuatro en el lado del Evangelio. El del Santo Cristo es de mérito artístico, y el del Bautismo de Jesucristo en el Jordán es un cuadro al óleo muy antiguo y de no escaso valor. El altar de San Benito es de factura moderna, y fué trabajado por los hermanos legos de Montserrat en 1897. El de Santa Escolástica se inauguró en 1928.

El Coro es espacioso. En el muro central cuelga un magnífico cuadro copia del lienzo de Mozzaroppi que se conserva en Montecassino. Representa a la Santísima Virgen sentada en su trono con el Niño Jesús en sus brazos bendiciendo a San Benito, quien señala con su mano derecha el Santuario del Pueyo. Le donó al monasterio como recuerdo de su profesión solemne el monje D. Braulio Condón.

La sacristía es una buena pieza del siglo XVII, con hermosa cajería. En el techo está pintado el Santuario del Pueyo. Junto al nicho en que está el arca con los restos de San Balandrán, hay una especie de escaparate en el que se conservan exvotos ofrecidos a la Virgen y variados objetos de piedad.

De los demás edificios contiguos a la iglesia, mencionaremos el

pequeño claustro comprendido desde hace poco dentro de la clausura monástica. Es una especie de galería con varios ventanales de estilo gótico; en el centro se ve una cisterna agrandada por los benedictinos y en la que se recogen las aguas que no abundan en el montículo. La comunidad actual ha ido renovando poco a poco según lo exigían las necesidades los antiguos edificios. Dentro de breve tiempo estará terminada gran parte de un monasterio de nueva planta de estilo románico, según los planos de D. Celestino Gusi, monje de Montserrat. Podrán vivir en él cómodamente hasta 80 monjes. Los aposentos destinados a los peregrinos de Santa Bárbara, San José, San Baladrán, etc., han sufrido grandes mejoras y se piensa construir otros

nuevos. La gran hospedería ya no es suficiente para tantas familias como allí desean pasar alguna temporada al lado de la Virgen y para disfrutar al mismo tiempo de los encantos que aquel sagrado y pintoresco lugar brinda a los amantes de la tranquilidad.

Las peregrinaciones retornan a recobrar su perdido esplendor. Son más numerosas en los meses de abril y mayo, y la función más solemne se celebra el segundo día de Pascua de Resurrección. El Pueyo presenta entonces animadísimo aspecto; los oficios litúrgicos se desenvuelven con pompa majestuosa; los pobres son atendidos con abundantes limosnas, y todos vuelven satisfechos a sus casas después de haber saludado a la Virgen y de haber admirado los progresos de su amado Santuario bajo la entusiasta dirección de los hijos de S. Benito.



EL PUEYO. Biblioteca nueva





VII

LA ABADÍA DE NUESTRA SEÑORA
DE MONTSERRAT, DE MANILA

SUMARIO:

1. Salida para Filipinas de la primera expedición misionera del Colegio de Ultramar. Llegada a Manila. Primeros tanteos para el establecimiento de los misioneros; instalación de algunos monjes en el barrio de Tanduay, de Manila.—2. Los benedictinos al frente de las misiones; obras que en ellas han realizado desde 1901 a 1909.—3. Estado de la pequeña comunidad del barrio de Tanduay; vida que en ella llevaban los monjes; ministerios. Fundación del Colegio de San Beda para la educación de la juventud filipina; éxitos de esta empresa. La «Cofradía del Santo Niño Jesús de Praga». Agregación del Colegio a la Universidad de Santo Tomás; facultades extraordinarias. La revista «Ecos.....».—4. Aumento progresivo de la comunidad benedictina. Elevación de la casa a Priorato y a Abadía; el primer abad.—5. Realización de vastos proyectos; construcción de nueva iglesia y nuevo colegio; inauguración. La comunidad actual.

BIBLIOGRAFÍA:

Ecos de la Congregación del Niño Jesús de Praga y del Colegio de San Beda (1916-1928); *passim*; especialmente los núms. de febrero y marzo de 1923: *The Order of Saint Benedict in the Philippines*.—*Revista Montserratina* (*passim*).



1. El Colegio de Misioneros de Ultramar fundado en la abadía de Montserrat en 1885 por iniciativa del Ilmo. D. Rosendo Salvado, abad de Nueva Nursia, había producido copioso fruto al cabo de diez años. Aquellos jóvenes burgaleses que el día 10 de febrero recibieron el hábito de alumnos benedictinos a los pies de la Mor-neta eran ya sacerdotes y estaban debidamente preparados para consagrarse a la empresa que durante su educación habían tenido en vista: la evangelización y dirección de parroquias en las Islas Filipinas. El Gobierno español expidió en ese sentido una Real Orden, encomendando a los benedictinos la dirección parroquial en la provincia de Surigao, que hasta entonces habían tenido los religiosos jesuitas.

Comprendió el Rmo. D. José Deás, abad entonces de Montserrat, que había llegado la hora de dar cumplimiento al tenor del Real Decreto, y preparó una expedición monástica con destino a Filipinas, formada por ocho monjes sacerdotes y seis hermanos legos. El mismo abad montserratino, a pesar de su avanzada edad, quiso dirigir en persona aquella expedición.

Después de una solemne función religiosa celebrada el 15 de agosto de 1895 en la basílica de María, se embarcaban todos en el puerto de Barcelona con rumbo a la Perla del Oriente. A su capital llegaron el 12 de septiembre, después de una feliz travesía que duró veintisiete días. La recepción que se les tributó por parte de las autoridades fué cordial y entusiasta. Eran los primeros monjes benedictinos que se presentaban en Filipinas, pues ninguna participación habían tenido antes en la obra allí realizada por los misioneros de otras órdenes religiosas. Para su provisional alojamiento, los jesuitas pusieron a su disposición la casa que poseían en el arrabal de Santa Ana.

Tras un breve descanso de las fatigas del viaje, el Rmo. Deás comenzó a practicar gestiones para proceder a la instalación de sus monjes en los lugares a que iban destinados. Acompañado de once

de ellos, trasladóse a la isla de Mindanao, en la que se encuentra la provincia de Surigao, para visitar las parroquias. Inmediatamente comenzaron los futuros párrocos y misioneros a adiestrarse en el aprendizaje del dialecto bisaya.

A su vuelta a Manila, el Rmo. Deás logró adquirir una casa en la calle Balmes, del Barrio de Tanduay, instalando en ella a los monjes restantes. En esta casa se estableció la procura general para las misiones benedictinas de las Islas. Nadie pensó por entonces que esta casa sería el principio del gran desarrollo que más tarde adquirieron las obras de los benedictinos.

2. Al cabo de un año, los padres jesuitas empezaron a traspasar bajo la dirección de los monjes benedictinos las parroquias, de suerte que en 1901 todas estaban ya en manos de sus nuevos administradores. El número de parroquias se elevaba a nueve y a seis el de las misiones, con una población de 80.000 almas, católicas en su mayoría.

La situación política de las Islas no fué en manera alguna favorable durante aquel período a la Iglesia. Las consecuencias de estas anomalías políticas, alcanzaron también a los benedictinos, que fueron hechos prisioneros por los perturbadores y hasta se vieron en peligro de perder sus vidas. Algunos pudieron refugiarse en Manila y otros regresar a España.

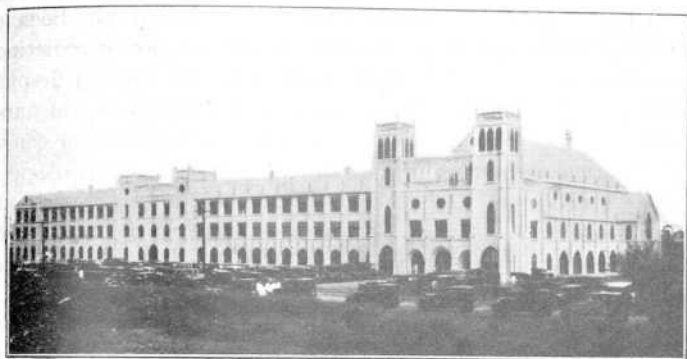
Hecha la paz en el país, lograron volver unos cuantos a sus parroquias, pero eran tan pocos que, con buen acuerdo, decidieron desentenderse de ellas, entregándoselas en 1909 a los Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús, que todavía las administran. Pudieron, además, tomar muy tranquilos esta resolución, puesto que cuando el Gobierno español acordó la cesión de las Islas Filipinas a los Estados Unidos, mediante el tratado de París, caducaba por lo mismo el convenio pactado entre el abad de Montserrat y el Gobierno de España.

A pesar del corto tiempo en que les fué permitido a los benedictinos ocuparse de las parroquias de Surigao, es justo apuntar que trabajaron con gran celo y verdadero acierto. Varias obras, cuyo recuerdo aun no ha podido borrar el tiempo, dan testimonio de su paso por aquellas cristiandades.

Además de la escuela y de la obra parroquial de que dotaron a todos los pueblos, erigieron en varios de ellos hermosas iglesias. En

Cantilán concluyeron la iglesia, levantando el crucero todo de piedra y la monumental torre de 108 pies de altura, obras planeadas y dirigidas por el monje D. Paulino García. En esta parroquia formaron cuatro nuevos pueblos que bautizaron con los nombres de Carmen, Consuelo, Madrid y Nursia. En cada uno de ellos se levantó una iglesia y la respectiva casa parroquial.

3. Mientras los monjes misioneros trabajaban en sus respectivos puestos, sus hermanos residentes en el barrio Tanduay, de la



MANILA. Colegio de San Beda e iglesia abacial

capital, orientaban sus actividades externas a la vez que procuraban afirmar la vida de la comunidad. «No es para escribirse —apunta un cronista de aquellos tiempos— la satisfacción y consuelo que experimentaron el 26 de abril de 1896 al celebrar la fiesta de Nuestra Señora de Montserrat en la casa de Tanduay. Ciertamente, que ni siquiera en miniatura se parecía al gran cenobio de Montserrat, pero al ver a sus monjes el Rmo. Deás ya en casa propia practicando la vida regular; al ver que la fundación en la ciudad de Manila se iba consolidando libre de tantos embarazos; al ver que su amada Virgen Morena contaba con un nuevo Santuario en estas Islas, las punzantes amarguras de su alma, se trocaron en júbilo inmenso» (1).

Después que el Rmo. Deás regresó a España, los monjes que quedaban en Manila siguieron celebrando con la mayor pompa que

(1) *Ecos de la Congregación del Niño Jesús de Praga*, año I, p. 230.

podían en su modesta capilla el culto litúrgico, dedicándose a los ministerios de la predicación y del confesonario. En 1898 quedó canónicamente erigida la Cofradía de Nuestra Señora de Montserrat.

Pero no se contentaron con esto, y decidiéronse a acometer una empresa que diese gloria a la nueva fundación y sirviese para consolidar su incipiente vitalidad, junto con su permanencia en la capital del Archipiélago.

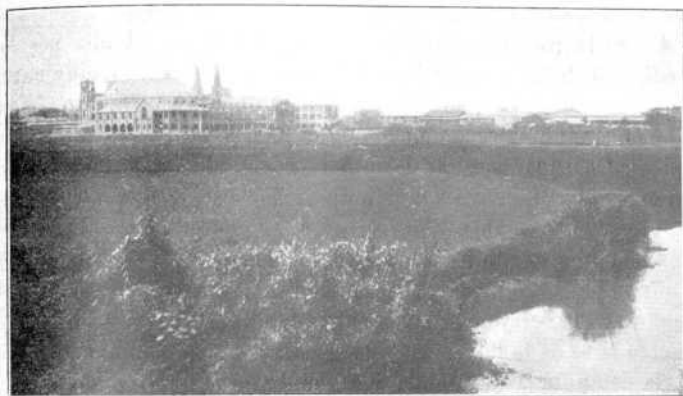
A instancias y ruegos de personas autorizadas, acordaron abrir un gran centro docente de Primera y Segunda Enseñanza y Comercio, bajo la advocación del gran escritor benedictino San Beda el Venerable. Para comenzar su obra pedagógica, los benedictinos adquirieron en la calle Arlegui una casa bastante capaz, y después de ultimados los más necesarios preparativos, inauguróse el curso escolar el 16 de julio de 1901. Era entonces superior de la comunidad D. Juan Sabater, quien nombró primer rector del Colegio a D. Silvestre Jofre. Al lado de estos dos nombres, es muy justo que figuren los de los otros monjes, primeros campeones de la naciente obra. Eran éstos: D. Romarico del Río, Secretario, D. Paulino García y D. Tomás López, profesores.

El éxito obtenido sobrepasó las esperanzas abrigadas por los iniciadores del Colegio. Muy pronto acudieron a sus aulas numerosos alumnos, de suerte que el local resultaba insuficiente. Fué, pues, necesario ensanchar la parte antigua del edificio y construir una nueva ala, en la que se instalaron los gabinetes de Física, Química e Historia Natural, que por sus ricas colecciones llamaron la atención en toda la ciudad.

La educación que daban en su Colegio los monjes benedictinos a la juventud de las Islas Filipinas se amoldó desde un principio al lema que hasta nuestros días siempre han tenido en vista: «Religión y Cultura». De modo que en San Beda, además de explicar las asignaturas de Comercio, Física, Química, Matemáticas, Ciencias Naturales y Literatura, no olvidan enseñar la Religión, obligatoria en todos los cursos para los colegiales, quienes también están obligados a cumplir con determinados ejercicios de piedad, mandados por la autoridad del Colegio. Para hacer más amable entre los jóvenes la práctica de las virtudes, se estableció la «Cofradía del Santo Niño Jesús de Praga», erigida canónicamente en el Colegio el día 24 de diciembre de 1904. En las listas del registro oficial se han inscrito

no sólo todos los colegiales, sino otras muchas personas. Todos los años se solemniza con gran esplendor el día de la función principal, que es el domingo inmediato a la fiesta de Epifanía.

Para dar más facilidades a sus alumnos, el 24 de enero de 1906 los benedictinos de Manila agregaban su Colegio a la Universidad de Santo Tomás, única que a la sazón existía en Filipinas. De ese modo, los títulos obtenidos por los alumnos de San Beda, son reconocidos por dicho centro universitario al ingresar en él cuantos desean cursar carreras especiales.



MANILA. Colegio y campos de juego

El 12 de mayo de 1910 Mr. N. W. Gilbert, comisionado de Instrucción Pública de las Islas Filipinas, facultaba al Colegio de San Beda para que pudiese expedir títulos de Bachiller en Artes y certificados de Primera Enseñanza y de High School, cuya validez debía ser reconocida en todos los centros oficiales.

Otro de los grandes aciertos que tuvieron los directores de San Beda fué la creación de un órgano propio en el campo de la prensa, y que empezó a publicarse en 1916 con el título *Ecos de la Congregación del Niño Jesús de Praga y del Colegio de San Beda*. Esta lujosa publicación, aparece mensualmente y sirve de lazo de unión entre el Colegio y los alumnos. En sus páginas escriben las plumas de los monjes y las de los alumnos sobre materias pedagógicas, cien-

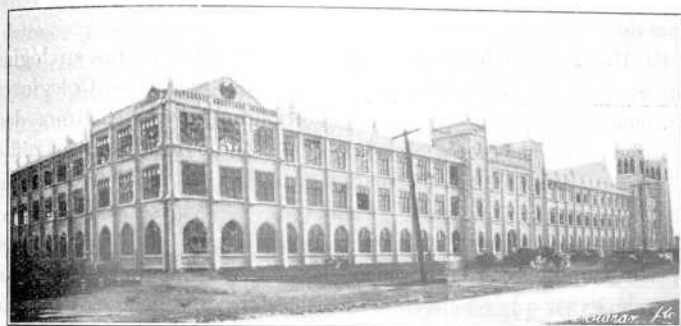
tíficas, religiosas, patrióticas, etc. Aun continúa publicándose y cada vez con vida más pujante, permaneciendo fiel al programa que trazaron sus fundadores en el primer número, cuando decían: «Nos proponemos dar a conocer las bondades del Santo Niño Jesús de Praga y extender y fomentar su culto en estas Islas; defender los intereses sagrados de la Religión y de la Patria, y proporcionar a las personas devotas, y a la juventud estudiosa de un modo especial, lectura religiosa, sana, instructiva y amena». Esta revista, tiene particular interés para la comunidad benedictina, puesto que en sus doce años de existencia lleva registrados todos los pasos que ha dado para llegar a su actual desarrollo.

4. Si la gran obra pedagógica emprendida en Manila por los benedictinos había tomado incremento tan prodigioso, es muy natural que la vida de la comunidad fuese también en aumento. Y así era en efecto, pues de otro modo no hubiera podido salir airoso en su empresa. En 1904, en vista de su floreciente estado, la casa de Nuestra Señora de Montserrat de Manila fué elevada a la categoría de Priorato, siendo nombrado primer prior D. Martín Diez. La comunidad de entonces, sin incluir los 12 monjes que trabajaban aún en las misiones, se componía de 14 miembros, 10 de ellos sacerdotes. Cuando en 1909 creyeron conveniente—según más arriba se apuntó—desentenderse de la dirección de las parroquias y misiones de Mindanao, la comunidad de Manila vióse singularmente reforzada, pues sus sacerdotes llegaron a ser 18. Con esto, dicho se está que la fundación montserratina habíase suficientemente consolidado y ya era hora de verla llegar a su perfecto estado de desarrollo.

No pasó desapercibida tanta prosperidad al Capítulo Provincial que celebró en marzo de 1919 la Provincia Española, pues en una de sus sesiones decretó, que el Priorato de Nuestra Señora de Manila fuera erigido en Abadía. Conforme con ese acuerdo, el Rmo. D. Benito Gariador, abad general de la Congregación Casinense de la Primitiva Observancia, expedía un decreto el 16 de julio de 1924, decorándola con el título de abadía. La noticia fué recibida con inmenso júbilo por los monjes de Manila, pues, al fin, veían plenamente coronados todos sus trabajos.

Para girar la visita canónica y presidir la elección del primer abad, llegaba a Manila el 3 de febrero de 1925, el Rmo. Abad General de la Congregación Sublacense, acompañado del Rmo. D. Luis

Palacios, consultor de la Provincia Española. El 12 del mismo mes verificábase la elección abacial, resultando elegido el Rmo. D. Raimundo Salinas, monje profeso de la abadía de Nueva Nursia (Australia Occidental). Sorprendióle la noticia de su nombramiento en las apartadas selvas de Drysdale River, misión dependiente de la abadía australiana, y de la que era Superior el Rmo. P. Salinas. Llegaba a Manila el 15 de octubre del mismo año, y recibía la bendición abacial el 29 de noviembre en la S. I. Catedral Manilense de manos del Sr. Arzobispo D. Miguel O'Doherty, quedando así abierta la serie de los abades de la casa de Manila.



MANILA. Colegio de San Beda

5. Al mismo tiempo que el Priorato de Nuestra Señora de Montserrat era distinguido con el título de abadía, aproximábase también el momento en que los vastos planes que venían trazando los monjes benedictinos adquirirían hermosa realidad. Esos vastos planes no eran otros que el proyecto de levantar una gran abadía, un nuevo colegio y un templo monumental dedicado al Santo Niño Jesús de Praga y a la Virgen de Montserrat. Ya desde 1904 veníanse practicando las necesarias gestiones, que llevó a feliz término en 1918 el enérgico y emprendedor D. Agustín Costa, último de los priores de la casa.

El terreno adquirido con ese fin está situado en la céntrica calle de Mendiola y mide una extensión total de cerca de siete hectáreas. Para cubrir los gastos de tan magna empresa, trabajaron los monjes y sus amigos, abriendo una suscripción entre los fieles de la ciudad.

Colocóse la primera piedra el 15 del mes de febrero, tres días después de la elección del primer abad, actuando en la ceremonia de la bendición el Rmo. Abad General D. Benito Gariador. Las obras avanzaron con rapidez vertiginosa, pues al cabo de un año los edificios estaban casi totalmente terminados.

El 13 de enero de 1926 verificóse la consagración e inauguración del nuevo templo, acontecimiento que comenzó con la magna procesión eucarística desde la vieja capilla de Tanduay, en medio de innumerable concurso de fieles, muchos de los cuales asistieron a la solemne vigilia de Adoración Nocturna celebrada en el nuevo templo, así como el triduo de los días siguientes en honor del Santo Niño Jesús de Praga.

El 15 de junio del mismo año tuvieron estas fiestas su lógico complemento con la bendición de las aulas del magnífico Colegio ya terminado, que culminó en el momento aquel en que el Rmo. don Raimundo Salinas colocó en el Salón de Estudios el mismo Crucifijo que durante veinticinco años había presidido en el Salón del antiguo colegio.

A estos actos asistieron numerosos amigos de los benedictinos, honrados también con la presencia de lo más granado de todos los ramos del saber que reside en la capital del Archipiélago. Con este motivo toda la prensa local habló en los términos más encomiásticos de la fecunda labor realizada por los hijos de San Benito.

El Colegio de San Beda y la iglesia del Santo Niño Jesús de Praga y de Nuestra Señora de Montserrat se hallan edificados en el centro de la ciudad de Manila. El edificio tiene la forma de una E mayúscula, cuya línea vertical corresponde a la fachada principal que mide 109 metros de longitud; la línea transversal inferior la ocupa la iglesia abacial. Su arquitectura pertenece al estilo gótico, adaptado a las exigencias climatológicas de Filipinas; por eso es considerada como una de las más cómodas y mejor ventiladas de aquel país. Su planta forma una cruz perfecta que mide 46 metros de largo por 20 de ancho. La decoración sencilla y escogida que se advierte en su interior, la hacen amable en seguida a cuantos la visitan. El altar mayor, dedicado al Niño Jesús de Praga, es todo de mármol procedente de las canteras de Carrara y labrado en Génova. Del mismo material es la artística balaustrada que cierra el presbiterio. Los otros seis altares, de los cuales dos están dentro del cama-

rín, son también de gusto exquisito. Las vidrieras policromadas por las que penetra abundante luz representan las escenas y santos más célebres de la Orden Benedictina. Un órgano de 30 registros deja oír en esta bonita iglesia gótica sus majestuosos acordes.

El nuevo templo de los monjes benedictinos de Manila se ve concurridísimo, sobre todo en los días de fiesta en que los automóviles invaden toda la parte de la calle que se extiende delante de la fachada del Colegio. El ministerio que allí realizan varios miembros de la comunidad es extenso y fecundo.

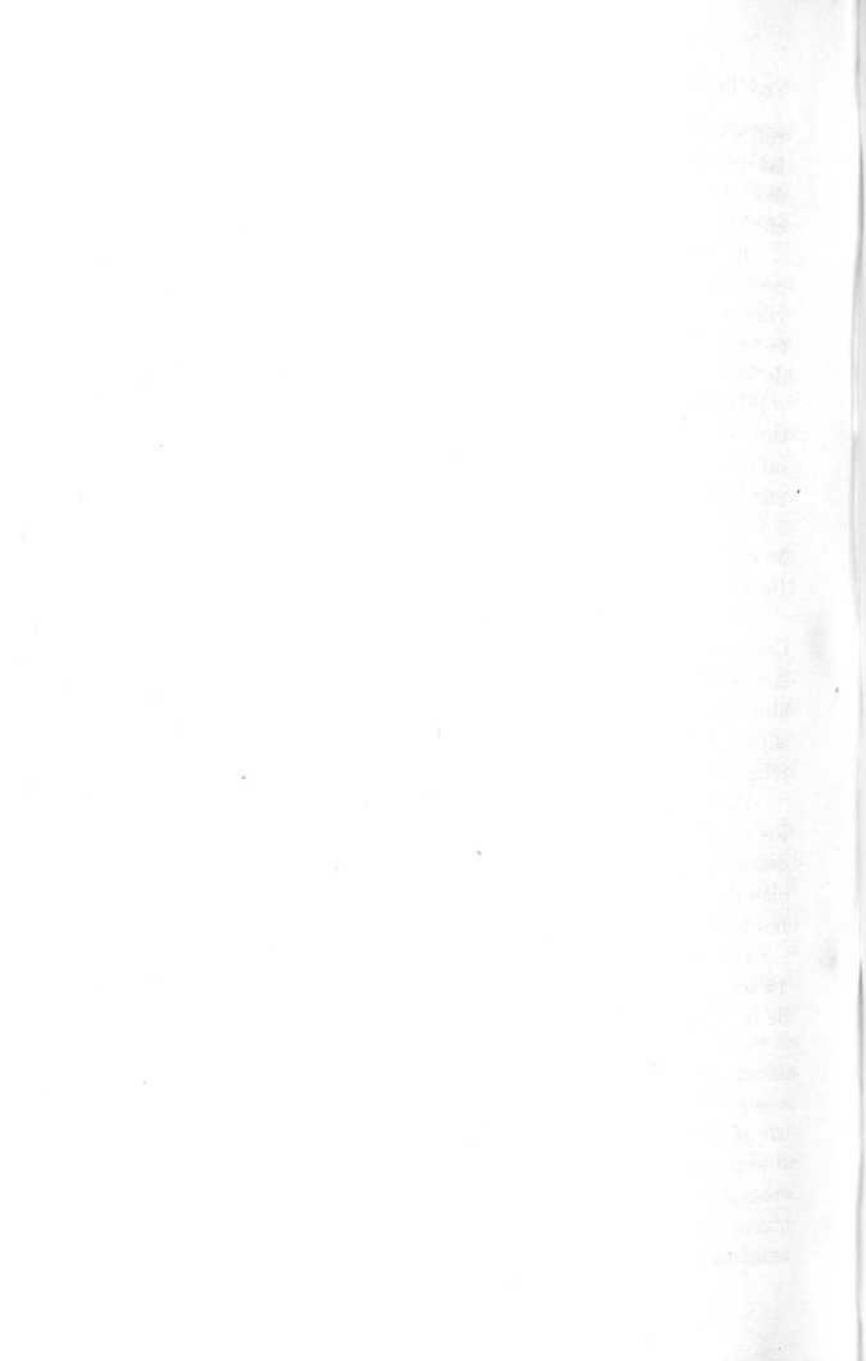
Todo lo restante del edificio lo ocupa el Colegio, cuya arquitectura armoniza perfectamente con la de la iglesia. Posee dormitorios, salones y corredores amplísimos, gabinetes de física y química, y material escolar de lo más moderno y escogido. Alrededor del edificio existe un espacioso campo de deportes con una superficie de 50.000 metros cuadrados. En él se entrenan los equipos de San Beda, célebres entre los deportistas por los triunfos obtenidos.

Este conjunto de cualidades y perfeccionamientos, ha ganado al Colegio de San Beda la renombrada fama de que goza en todo el Archipiélago. En la actualidad frecuentan sus aulas cerca de 1.000 alumnos, de los que son internos alrededor de 150. Todos reciben educación esmeradísima, además de la tradicional y sólida formación religiosa.

Para atender a las variadas exigencias de tan concurrido Colegio, los monjes benedictinos multiplican sus trabajos, sin que por eso descuiden la celebración solemne del Oficio divino, principal ocupación del monje. Treinta profesores seculares ayudan a los benedictinos en las tareas escolares.

La comunidad actual se compone de 26 individuos, de los cuales 18 son sacerdotes, dedicados en absoluto a la obra de la educación de la juventud filipina.







VIII

EL SANTUARIO Y PRIORATO
DE NUESTRA SEÑORA DEL MIRACLE

SUMARIO:

1. Situación y principios del Santuario dedicado a la *Verge Nena*.—2. Peregrinaciones; donaciones. Las distintas iglesias que se construyeron. La crisis del siglo xix. La desamortización y el Santuario del Miracle.—3. Restauración del Santuario. Se hacen cargo de él los monjes benedictinos. Expansión de la comunidad; sus priores.—4. Los trabajos de los monjes; los dos Colegios que regentan. Solemnidad del culto en el Santuario.—5. Descripción de la iglesia actual y del monasterio; las hospederías.

BIBLIOGRAFÍA:

Narciso Camós, *Jardín de María* (Barcelona, 1657).—Joaquín Sarret y Arbós, *Apuntes d'un viatge al Santuari del Miracle de Riner* (Manresa, 1895).—*Revista Montserratina*.—*Boletín de Santo Domingo de Silos*.—*Boletín de Información Benedictina*.



1. Otro de los célebres santuarios marianos encomendado a los benedictinos desde 1901 es el de Nuestra Señora de «El Miracle». Encuéntrase enclavado en el término de Riner, provincia de Lérida y diócesis de Solsona. Rodéanle inmensos bosques de pinos y desde las elevadas cumbres divisase vastísimo panorama, que tiene por fondo el Montseny, Montserrat y los Pirineos. La fundación del Santuario hizose en el siglo xv para honrar la milagrosa aparición de la Virgen María a dos pastorcitos.

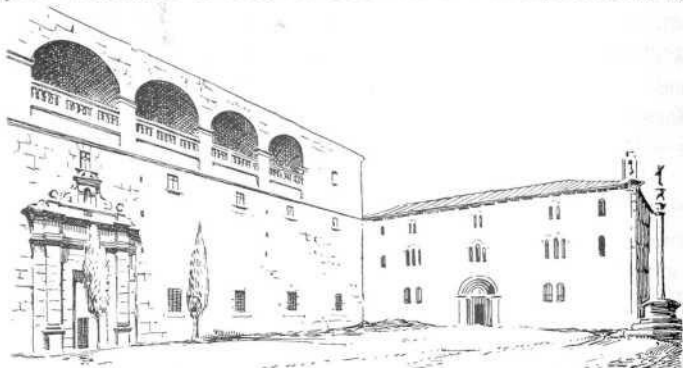
Al atardecer del 3 de agosto de 1458 los dos hermanos Jaime y Celedonio Ciroso, hijos de Juan y Constanza, feligreses de la parroquia de San Martín de Riner, habían ido separadamente a recoger el ganado que pastaba en el prado de la «Bassadoria». Manifestóse a los dos hermanos la misma aparición, pero de un modo más patético a Jaime, que sólo contaba nueve años de edad. Dejóse ver la Santísima Virgen en la persona de una niña de tres a cuatro años, rubia y muy hermosa. En sus brazos llevaba una cruz y decíale con exquisita ternura: «Di al pueblo que haga procesiones y que las haga con devoción; y que se confiesen y que se arrepientan y se conviertan y que se vuelvan a Dios; y que si lo hacen, Dios apartará de ellos sus castigos. Dilos que si no lo quieren creer que mi Hijo se lo hará creer... ¡No hay grande ni pequeño desde cuatro años para arriba que no destroce a mi Hijo!». Después, poniendo la cruz en la mano izquierda del niño lo besó cariñosamente, y desapareció.

Divulgóse rápidamente por los alrededores la noticia del milagroso suceso. Cinco días después, la autoridad eclesiástica instruía el conveniente proceso, que ha llegado íntegro hasta nuestros días y es un precioso documento para fijar los orígenes del Santuario.

2. Junto al prado de la «Bassadoria» comenzaron entonces a desarrollarse idénticas escenas a las que habían de desarrollarse junto a la Gruta de Lourdes cuatro siglos más tarde. Los fieles aco-

gieron con fervor los deseos manifestados por la Virgen y organizaron solemnes procesiones al lugar de la aparición y pronto cesó el azote de la peste que afligía a la comarca. En el siguiente año quedó erigida una capilla en el lugar de la aparición, colocándose una imagen de María Santísima bajo la advocación de la «Verge Nena del Miracle». Se la tiene como especial abogada contra las pestes y las pertinaces sequías.

Las peregrinaciones que cada año acudían al Santuario se multiplicaban considerablemente y pensóse en construir una iglesia más capaz. Comenzóse la obra en 1546 sobre una superficie de 307



EL MIRACLE. Fachada principal de la Iglesia y del Monasterio

metros cuadrados. Era de estilo gótico con reminiscencias greco-romanas, de planta rectangular con ábside pentagonal. En ella celebráronse las funciones religiosas por espacio de más de dos siglos y medio, pero tanto incremento tomaron las romerías que debió ser reemplazada por otra aun más espaciosa en el siglo XVIII.

En tiempos de calamidades públicas no era extraño ver congregados en el Santuario de El Miracle los habitantes de 25 a 30 pueblos del contorno. Las «Actas de las Procesiones» que se conservan, señalan peregrinaciones de siete mil, diez mil y aun once mil almas. Apúntase en ellas, entre otros datos curiosos, que en una sola romería se gastaron de 500 a 600 kilos de pólvora. Realmente reinaba un entusiasmo sin límites para hacer el «Voto a la Virgen Nena». No quedaba tampoco sin recompensa la piedad de los devotos, pues eran frecuentes los milagros con que la Santísima Virgen les favorecía.

Como natural consecuencia de esta devoción, eran numerosas y ricas las donaciones que se hacían al Santuario. Es célebre la otorgada en 1726 por D. José Trías del señorío de Suria a favor de El Miracle; por eso la Virgen era llamada la «Señora y Carlera de Suria».

Con las rentas de las posesiones del Santuario atendíase a las necesidades del culto y del personal adscrito a su servicio. En él vivían cuatro sacerdotes, que con los sacristanes y demás criados, hacían en total unas 42 personas. La administración de los bienes propiedad del Santuario corría a cargo de tres de los más pudientes vecinos de Riner.

Tanto prosperó el estado económico del Santuario a medida que pasaban los años, que a los administradores parecióles ya poco digna la iglesia levantada en el siglo XVI y proyectaron la construcción de un nuevo templo gigantesco en sus proporciones, que respondiese en todo a la afluencia constante de romeros y devotos. Dióse comienzo a los trabajos a principios del siglo XVIII, y en 1733 púdose trasladar la sagrada imagen a la nueva iglesia, que aun no estaba terminada. Sin embargo, las obras siguieron su curso y sólo se paralizaron cuando estalló la guerra de la Independencia. Agravóse la situación a medida que se sucedían los lamentables disturbios del siglo XIX, que también repercutieron en el retirado Santuario de El Miracle.

Por fin, en 1858 debía recibir el Santuario un golpe aun más funesto, pues en esa fecha el Gobierno desamortizador se incautaba de todos sus bienes. La vida del Santuario quedó paralizada, y tanto



EL MIRACLE.
Templete para el Santísimo

fué descendiendo, que en 1872 no había allí ni culto ni sacerdotes encargados de mantenerle. Para colmo de males, la iglesia quedó abandonada; por sus puertas, abiertas de par en par a todos los vientos, adentrábanse los ganados que en ella encontraban tranquilo refugio. Tal estado de cosas parecía indicar que ya nadie se acordaba del famoso Santuario, tan visitado y tan ricamente dotado por la piedad de los fieles.

3. No pasaron inadvertidas a la autoridad eclesiástica de Solsona las lamentables circunstancias en que el más importante Santuario de toda la diócesis había quedado y a toda costa quiso rescatarlo. Después de grandes trabajos y dificultades vencidas, D. Ramón Casals, vicario capitular de Solsona, logró adquirir en 1886 el abandonado Santuario y alguna partecita de sus antiguas propiedades. Se hicieron las más urgentes reparaciones y encomendóse su custodia a un sacerdote. Algo mejoró con esta providencia la triste situación de El Miracle que, al menos, mostraba el interés que las autoridades se habían tomado por su restauración.

Por este tiempo había sido nombrado administrador apostólico de Solsona el Ilmo. Sr. Dr. D. Ramón Riu y Cabanas, Obispo titular de Thamaso. Uno de los primeros cuidados de este celosísimo Prelado fué la rehabilitación del olvidado Santuario. A raíz de una visita que hizo a la ya restaurada y floreciente abadía de Montserrat, concibió la idea de hacer alguna cosa parecida en El Miracle, encomendándosele a los monjes benedictinos. Para ver colmados sus deseos formuló una entusiasta petición a los Superiores de la Provincia Española de la Congregación Casinense de la Primitiva Observancia. Estudiadas las probabilidades del éxito, fué autorizada la nueva fundación. Comenzó inmediatamente el Dr. Riu a poner por obra sus proyectos y se procedió a la colocación y bendición de la primera piedra del monasterio destinado a los monjes benedictinos. Efectuóse la ceremonia el 16 de julio de 1899 y a ella concurrieron unos tres mil peregrinos.

Ejecutáronse las obras rápidamente y el Dr. Riu tuvo la satisfacción, antes de trasladarse a regir la diócesis de Urgel, de hacer entrega de las llaves de la iglesia y del monasterio a los benedictinos procedentes de Montserrat. El domingo 1.º de septiembre de 1901 tomaba posesión de El Miracle el M. R. P. D. Pedro María Solá, nombrado Superior de la naciente comunidad. La fundación tuvo

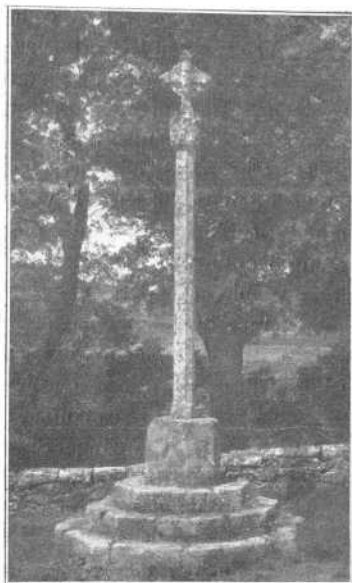
buenos comienzos; por eso, ya el 15 de agosto de 1903, el Capítulo Provincial la elevaba a Priorato, dejando con el título de prior al mismo P. Solá. Sucedióle en el cargo D. Pedro Damián Oliva, que aun continúa al frente de la comunidad. Compónese ésta de 8 monjes sacerdotes, un estudiante de Sagrada Teología, 6 hermanos legos y 14 niños educandos.

4. La labor realizada por los benedictinos en El Miracle es verdaderamente notable. Además del Colegio en que se educan los futuros monjes del monasterio, regentan otros dos centros de educación. Uno es enteramente gratuito y a él acuden los hijos de los labradores que viven en las cercanías. En el otro reciben esmerada instrucción más de 20 alumnos internos.

El culto a la Virgen ha ido en aumento y ya llegan a siete los pueblos que anualmente visitan El Miracle en piadosa romería. Sobresalen los pueblos de Cardona y Riner-Freixinet. Contribuye mucho al esplendor del culto la importante Escolanía que dirige el infatigable D. Bernardo Vilá, antiguo organista de Montserrat. Todos los días se canta una Salve solemne a la intención de los devotos que lo solicitan. La fiesta principal ce-

lébrase el domingo que sigue al día 3 de Agosto. En esa ocasión tiene lugar en la grandiosa iglesia una solemnisima función religiosa.

5. La iglesia es, sin ningún género de duda, una fábrica atrevida, sobre todo si se considera el lugar falto de medios de comunicación en que se ha edificado. Es la misma que empezó a construirse a principios del siglo XVIII y que las guerras y disturbios de aquel tiempo no permitieron terminar. Pertenece al estilo del rena-



EL MIRACLE. Cruz gótica de piedra
(Siglo XVI)

cimiento y ocupa un área de 1.650 metros cuadrados. Cuando esté terminada medirá de largo 58 metros, pues aun faltan por terminar 21 metros de los muros, que ya alcanzan una altura de 15 metros. Consta de una sola nave de 14'50 metros de ancho, con cinco capillas laterales. El altar mayor es una verdadera maravilla de arte, ejemplar acabado del estilo barroco. Mide 13 metros de ancho por 23 de alto, primorosamente dorado y decorado; sólo en esta tarea emplearon los artistas doce años. Consta de tres partes muy bien proporcionadas y de aspecto monumental. A cada lado de la hornacina en que está la *Verge Nena* se ven tres estatuas de unos 14 palmos de altura. En la parte superior destácase la gigantesca figura de San Martín, de unos 17 palmos. El templete para la reserva del Santísimo es de una ejecución artística insuperable.

De los altares laterales, llaman la atención los de S. Benito, Nuestra Señora del Rosario y el del Sagrado Corazón de Jesús, que han sustituido a las antiguas pinturas sobre el muro. En el del Santísimo Sacramento, muy devoto y recogido, puede verse un interesante retablo, acaso único resto de la antigua iglesia gótica.

El monasterio es de buena construcción, vistoso y con amplios salnes. En los alrededores existen siete cruces de piedra del siglo XVI, bellos ejemplares del estilo gótico y del renacimiento. A medio kilómetro elévase pintoresca colina, en cuya cumbre se ha edificado una capilla en honor del arcángel S. Gabriel. Muy cerca levantóse en 1913 una cruz monumental como recuerdo de las fiestas constantinianas.

La apacibilidad del clima y lo delicioso del paisaje atraen todos los años al monasterio a bastantes familias que desean vivir al lado de los monjes y beneficiarse de la bondad del sitio. Para atenderlas, los monjes de El Miracle edificaron las hospederías de San Antonio y la llamada «Casa gran»; pero resultando ya insuficientes, el prior actual D. Pedro Oliva, inauguró en 1926 los nuevos y magníficos aposentos que tan concurridos se ven todos los veranos.



IX

**EL PRIORATO DE
SAN SALVADOR DE LORENZANA**

SUMARIO:

1. Situación de Villanueva de Lorenzana. Fundación del monasterio de San Salvador. Su fundador el «Conde Santo». El mausoleo que encierra su cuerpo.—2. El monasterio de Lorenzana en el siglo XII. Ingerencias de los seglares en sus bienes y derechos. Su protector don Rodrigo. Dependencias de Lorenzana.—3. Abades comendatarios. Unión del monasterio a la Congregación Vallisoletana; época de prosperidad.—4. Abades y monjes ilustres en esta época.—5. Las calamidades del siglo XIX. Exclaustración de 1835.—6. La restauración de 1910. Desarrollo de la comunidad. Sus superiores. Estado actual y actividades de los monjes: la parroquia; el Oblatorio; los colegios de 1.^a y 2.^a enseñanza; ministerios.—7. Descripción de la grandiosa iglesia monasterial. La sacristía; alhajas y reliquias. La iglesia parroquial. El monasterio.

BIBLIOGRAFÍA:

Archivo de la Congr. de Valladolid, año 1824 (Archivo de Silos).—Antonio Yepes, O. S. B., *Crónica general...*, t. V.—Argáiz, *Soledad laureada*, t. III.—Enrique Flórez, *España Sagrada*, t. XVIII.—Sanvitores, O. S. B., *Sol de Occidente*.—F. Curiel, O. S. B., *Monasterium S. Salvatoris de Lorenzana*, en *Studien und Mitteilungen aus dem Benedictiner Order* (1908).—*Annales Ordinis S. Benedicti*, (1910-1911).—[Vicente Lampérez y Romea, *Los grandes monasterios españoles* (1920).—*Revista Montserratina*.—*Boletín de Silos*.



1. En el año 1910 los monjes de Samos se encargaron de llevar a cabo la restauración del antiguo monasterio de San Salvador de Lorenzana, cuya historia está decorada de gloriosos hechos.

Villanueva de Lorenzana es una villa muy céntrica e importante de la provincia de Lugo, de cuya capital dista 78 kilómetros. En lo eclesiástico pertenece a la diócesis de Mondoñedo, de cuya ciudad sólo la separan 9 kilómetros. En un ángulo de la plaza mayor está edificado el monasterio benedictino de San Salvador, el más bello ornato de toda la villa.

En la undécima centuria registra la historia de España el nombre de un conde ilustre y bueno, el conde D. Osorio Gutiérrez, hijo de los condes D. Gutierre y D.^a Aldonza, emparentados con el rey de León. D. Osorio era uno de los más famosos y afortunados guerreros de la época, ganador de reñidas batallas a los moros. Por ese medio logró aumentar considerablemente el rico patrimonio que había heredado de sus padres. Pero D. Osorio quiso un día retirarse de la vida de las armas y dedicar el resto de los años al cuidado de su alma. Para tan noble fin ningún sitio le pareció más indicado que el de su heredad de Villanueva a orillas del río Lorenzana.

Previo el consentimiento de un concilio provincial reunido en Naviego, bajo la presidencia de Teodomiro, obispo de Mondoñedo, el conde D. Osorio emprendió en 969 la construcción de un monasterio de la «Orden de San Benito, a servicio de Dios, de Santa María, de San Pedro y de San Pablo y de Santa Catalina y de todos los santos». Al cabo de doce años quedaba terminado el nuevo monasterio, capaz para dos docenas de monjes. Como el conde fundador era sumamente rico dotóle de muchos bienes, sometiendo a su jurisdicción numerosos pueblos, iglesias y monasterios. Para dejar auténtico testimonio de todo redactó la escritura de fundación, llamada ordinariamente el «Testamento de D. Osorio» y que, como dice el P. Antonio de Yepes, merecería estar escrito con letras de oro. Des-

pués de especificar las causas que le movieron a emprender esta obra y después de determinar los límites de las heredades y de hacer caudal de los ornamentos, de las tres cruces de plata y demás objetos para el culto divino y servicio del monasterio, añade estas palabras que resumían todos sus más fervientes anhelos: «Últimamente me ofrezco a mí mismo por monje para servir en él».

En efecto, el conde D. Osorio recibió el hábito benedictino en calidad de monje lego en el mismo monasterio que él había fundado. Su vida fué el más vivo ejemplo para todos los que allí vivían. Una historia muy antigua en que se relataban sus virtudes y prodigios y que el P. Yepes alcanzó a ver cuando visitó el monasterio, apuntaba acerca de su vida estos curiosos detalles: «Non cessava de fazer mucha abstinencia en todas las cosas, é tan grande fue la humildad suya, que noche é dia, non fazia otra cosa, sinon esmenchar las lamparas de la Iglesia, é servir a las Missas, é a todos los oficios de la Iglesia, así como es cerrar y abrir las puertas, barrer la Iglesia é claustra... Levantabase de noche a velar la estrella, é se veia que era tarde, iba a despertar al Convento con las tablas, é despues ibase a tañer las campanas a Maytines, y despues ibase al Coro a rezar los Maytines con los otros monges, é despues que acababa de Maytines, ibase a andar sus estaciones y devociones fasta que era de dia, y despues ibase a aparejar altares para las Missas...»

Practicando esta norma diaria de vida pasó el resto de ella el antiguo ganador de batallas, hasta que murió santamente el día 31 de agosto (año ?). Por el resplandor de sus virtudes pronto fué tenido en todo el valle de Lorenzana como verdadero siervo de Dios; por eso siempre se le ha llamado el «Conde Santo» por antonomasia. En algún tiempo, principalmente a fines del siglo XVIII, se trabajó activamente para conseguir su canonización, y hasta le compusieron Oficio y Misa muy originales, todavía custodiados en el archivo del monasterio. Aunque nada se consiguió entonces y nada se trabaja ya en ese sentido, el Conde Santo sigue siendo venerado por todos los fieles de la región que acuden a Lorenzana todos los años el último domingo de agosto para celebrar las tradicionales fiestas establecidas en su honor.

Los restos mortales del Conde Santo descansan en un mausoleo magnífico que se le erigió en una capilla de la iglesia parroquial de Santa María. Esta capilla tiene 40 pies de largo por 23 de ancho. A

través de una hermosa reja de hierro en que campean las armas de los Osorios—unos lobos y unas aspas amarillas en campo rojo— puede contemplarse el sepulcro del Santo Conde en igual estado de conservación que cuando lo visitó el P. Yepes y que luego describía en su Crónica con estas palabras: «Es de los más vistosos que se hallan en España, porque es de un grano de piedra o mármol que tiene color entre jaspe blanco y cárdeno, con otras pintillas azules y verdes muy relucientes...».

Son numerosos los milagros que se cuentan haber sido obrados por intercesión del Santo Conde Osorio, por eso todavía se le invoca como en los pasados tiempos. Su vida figura en casi todos los santorales el día 31 de agosto. Por haber visitado los santos lugares de Palestina representábase en traje de peregrino y así figura en la fachada de la iglesia actual y en la grandiosa sillería del Coro de San Benito de Valladolid.

2. El monasterio de Lorenzana, entonces y años más adelante, albergó dentro de sus claustros una comunidad de monjes observantes. El número de sus posesiones, que ya era muy crecido desde sus mismos principios, fué aumentando en los años sucesivos merced a la largueza de los descendientes del «Conde Santo», que tenían su sepultura al lado de su glorioso antecesor.

Sin embargo, no todos los descendientes del conde D. Osorio fueron favorables al monasterio por él fundado y enriquecido. En su «Testamento» había puesto el fundador una cláusula mandando a todos sus descendientes respetar las propiedades que le otorgaba. Mas hacia el año 1125 D.^a Hermesenda Núñez, de la familia de los



LORENZANA. Fachada de la Iglesia

Osorio, atentó contra el monasterio y sus bienes, alegando el derecho que a su propiedad la asistía por ser descendiente del fundador. Para cohonestar sus pretensiones requirió el apoyo del rey Alfonso VI, quien remitió todo el asunto al Obispo de Mondoñedo D. Gonzalo. Este prelado resolvió la cuestión de la manera más inesperada, pues cometió la incorrección de apoderarse de todos los bienes pertenecientes al monasterio y que para sí reclamaba doña Hermesenda. En vista de semejante atropello, acudieron los monjes de Lorenzana al arzobispo de Toledo D. Bernardo, quien, no pudiendo cambiar la resolución tomada por el Obispo, lanzó contra él la excomunión. Pero ni aun así pudo resolverse el litigio, hasta que intervino don Rodrigo Velaz Osorio, descendiente del Conde Santo. Don Rodrigo deseoso de favorecer a los monjes, pactó un arreglo con el nuevo obispo de Mondoñedo D. Munio, mediante el cual comprometíase éste a devolver todos los bienes usurpados a cambio de otros que aquel ponía a su disposición. De este modo quedó ventilado incidente tan enojoso.

Entre los monasterios que del de Lorenzana dependían, son los más notables el de Santa María la Mayor en la misma ciudad de Mondoñedo y el de San Martín de Juvia en el puerto de El Ferrol. Este último fué algún tiempo dúplice; en 1121 se adhirió a la Congregación de Cluny. Para verse libre de los abades comendatarios, quienes le saquearon despiadadamente, sometióse a la Congregación de Valladolid, uniéndose nuevamente a la abadía de Lorenzana.

Desgraciadamente, nada más se puede apuntar de la historia del monasterio fundado por el Conde Santo, ya que todos los historiadores se han mostrado muy parcos en recoger datos relacionados con este periodo. Ni siquiera poseemos una lista semicompleta de los abades más notables que le gobernaron, pues ni el mismo P. Yepes, aunque pudo hacerlo, no se atrevió, por encontrar el catálogo que se guardaba en el archivo del monasterio lleno de graves errores cronológicos.

3. Cuando la plaga de los abades comendatarios invadió abadías y monasterios, tampoco se vió libre San Salvador de Lorenzana, que era reputada por una de las más ricas abadías de toda Galicia. No faltaron, pues, pretendientes al disfrute de sus pingües rentas, pero, como en todas partes, la presencia de tales abades intrusos acarreó males incalculables a los monjes. No obstante, la historia nos dice

que algunos de esos abades fueron ilustres por su influencia en la marcha de los asuntos eclesiásticos y civiles de la región. Pero no nos es posible estampar aquí el nombre de ninguno de ellos.

Con el fin de zanjar los desafueros que al monasterio infligian los comendatarios, demandaron los monjes el auxilio de Carlos V, y el emperador, deseoso de complacerles, solicitó del Papa León X la unión de Lorenzana a la Congregación de Valladolid. En 1518 expedía el Papa una Bula autorizando la unión solicitada, que, junto con la independencia de abades interesados, llevó a Lorenzana días de verdadera prosperidad.

Saneada la hacienda del monasterio, los monjes podían aprovechar crecidas sumas para rehacer gran parte de los edificios y construir la suntuosa iglesia que aun hoy está en pie, verdadera joya arquitectónica del estilo barroco.

El número de monjes era bastante crecido y oscilaba entre los 20 y 30. Así vemos por la relación enviada al Capítulo General de 1824 que el monasterio sustentaba 24 monjes, incluido un cocinero seglar a quien se daba ración de monje, y 20 criados. Estos últimos se encontraban casi todos dedicados a la labranza de las extensas fincas propiedad de la abadía desde que fué dotada por el Conde Santo.

4. Desde la introducción de la reforma de Valladolid florecieron en Lorenzana insignes sujetos que dan honor a la historia del monasterio. En primer lugar destácanse los nombres de algunos de sus abades. El abad Mauro Villarroel, que ocupó dos veces la silla de Lorenzana (1613-17 y 1621-25), era varón de gran virtud y ciencia. En 1631 fué nombrado abad general de la Congregación Vallisoleтана y cinco años después era promovido a la sede episcopal de Jaca, a cuyo frente estuvo por espacio de 10 años. Moría en su palacio el 23 de noviembre de 1646, estando ya nombrado arzobispo de Zaragoza. El P. Manuel Villarroel gobernó la casa en el cuatrienio 1709-1713 y en el trienio 1721-1724. Tenía el grado de doctor en Sagrada Teología y desempeñó la cátedra de Sagrada Escritura en la Universidad de Salamanca. Lo que más fama le conquistó fueron sus profundos escritos. Los dos famosos tomos de su *Tautología* alcanzaron gran éxito, multiplicándose rápidamente las ediciones. Tal fué el número de lectores de esta obra que, con el producto de su venta, se levantó gran parte de la nueva iglesia abacial. Son también de su

pluma los dos libros *Ephemerides sacrae et profanae, thesaurus temporum in quatuor tempora* (Madrid 1730), y los *Panegiricos*, muy encomiados por toda la prensa nacional y extranjera.

Distinguióse por su valer y ciencia el monje de este monasterio D. Anselmo Rodríguez, general de toda la Congregación en 1773 y después Obispo de Almería de 1780 a 1798. También fué general de la Congregación de Valladolid el P. Anselmo Peláez durante el período 1814-1818.

Figura igualmente entre los hijos ilustres de Lorenzana el P. Benito Marín, doctor y catedrático de prima en Salamanca y abad de San Vicente y luego de Montserrat de Madrid. En 1748 entró a regir la diócesis de Barbastro, de la que se trasladó a la de Jaén, en donde murió el 10 de agosto de 1769.

5. Las desventuras del infausto siglo XIX también se dejaron sentir en Lorenzana. La invasión francesa primero y poco después la exclaustración de 1820 decretada por las Cortes de Cádiz, causaron graves desperfectos en los edificios del monasterio. Cuando en 1823 la Regencia permitió reanudar la vida de comunidad, los monjes de Lorenzana gastaron buenas sumas de dinero en reparar los edificios, decorando el claustro viejo y pintando la iglesia y puerta principal del monasterio.

Pero, como todos sus demás hermanos de hábito, poco iban a disfrutar de aquellos trabajos realizados en su propia casa. La ley anti-monástica de 1835, obligóles a abandonar su monasterio para siempre. Era abad a la sazón el Rmo. D. Ramón González Valle.

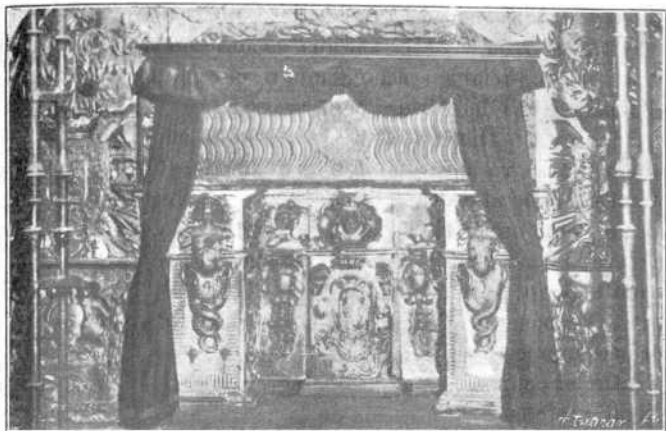
Los edificios pasaron a ser propiedad del Estado; pero andando el tiempo la mayor parte fué destinada a casa de Ayuntamiento, y la parte contigua a la iglesia pasó a ser propiedad de la Mitra de Mondoñedo.

Para el servicio de los fieles se fueron sucediendo los monjes exclaustrados supervivientes en calidad de ecónomos. Sólo se interpuso un sacerdote del clero secular entre el último de los exclaustrados de Lorenzana y la llegada de la nueva comunidad benedictina.

6. El Ilmo. D. Juan José Solís, Obispo de Mondoñedo, prelado muy entusiasta de la Orden Benedictina, se dirigió en 1909 a los Superiores de la Provincia Española de la Congregación Sublacense, pidiendo que algunos monjes fuesen destinados a San Salvador de Lorenzana para emprender la restauración de aquel célebre monas-

terio, cuyos edificios, sobre todo la iglesia, se encontraba aún en perfecto estado de conservación. La petición del Ilmo. Sr. Solís fué acogida favorablemente y a principios de enero del año 1910 llegaban a Lorenzana los primeros monjes procedentes de los monasterios de San Clodio, Montserrat y Samos.

La toma oficial de posesión tuvo lugar el 1.º de marzo, festividad de San Rosendo, patrono de la villa. Como, además de la restauración de la vida benedictina, debían encargarse los monjes de la iglesia, en



LORENZANA. Sepulcro del «Conde Santo»

calidad de ecónomos, en el mismo día el superior de la comunidad, D. Gerardo María Salvany, recibía la colación canónica de la parroquia en presencia del Ilmo. Sr. Solís.

Una Real orden puso a disposición de la nueva comunidad uno de los claustros, pues el otro continuaba ocupado por el Ayuntamiento. En las celdas que se habilitaron aun había algunas camas, mesas y sillas de los antiguos monjes exclaustros. Con no pequeños desembolsos quedó en estado de ser habitada una parte del antiguo monasterio.

La iglesia estaba mejor conservada y aun eran utilizables los dos órganos situados a los dos lados del coro. Los vecinos devolvieron algunos de los ornamentos que tenían en depósito, con lo cual y lo

que en la sacristía se guardaba, quedó completo el número de objetos para el servicio del culto.

Como toda la población de Villanueva había recibido con muestras de gran simpatía a los benedictinos, pudieron éstos afianzar su obra. El 15 de diciembre de 1911 entraba a gobernar en calidad de superior nombrado por el Visitador de la Provincia Española, el P. D. Martín Diez, benemérito prior desde 1925 del monasterio de Manila.

El 16 de abril de 1915 una Real Orden reconocía oficialmente la restauración de Lorenzana. Hasta 1927 no pudieron disponer los monjes del torreón y de la antigua cocina con sus terrenos adyacentes. En 1928 recibían pleno dominio sobre la parte del monasterio llamada «Casa del Abad».

A D. Martín Diez sucedió en el cargo de superior el R. P. don Antonio Alonso, reemplazado más tarde por D. Rosendo Fernández. El Capítulo general de 1928 decoraba al monasterio con el título de Priorato, nombrando prior al R. P. D. Mauro Gómez. Por haber sido éste elevado a la silla abacial de Samos en febrero de 1930, fué designado superior su antecesor inmediato el R. P. D. Rosendo Fernández. Compónese la Comunidad de Lorenzana de nueve sacerdotes y un hermano lego.

Entre las ocupaciones a que consagran su actividad externa, ocupa lugar preferente la dirección de la parroquia de Lorenzana con tres oratorios públicos y un total de 2.800 almas. Su trabajo por el bien de los feligreses obtiene amplio galardón, pues se registra un promedio anual de 21.000 comuniones y todas las asociaciones piadosas que en su iglesia radican se encuentran en estado floreciente. Sobresalen la del Apostolado de la Oración y la de Animas; pero la más simpática y la más numerosa es la que forman los Oblatos seculares benedictinos que pasan de los 700, con la particularidad de que figuran en sus filas casi todos los sacerdotes de la comarca.

Para reclutar vocaciones, los monjes de Lorenzana sostienen una escuela monástica u oblatorio, en el que reciben educación 10 niños. Además, dirigen una escuela de primeras letras, que se abrió desde los primeros días de la restauración, y dan lecciones particulares a unos 25 jóvenes matriculados en los tres primeros cursos de bachillerato.

Como la villa es un punto muy céntrico y con fáciles vías de

comunicación, los monjes de Lorenzana hacen frecuentes salidas a las parroquias cercanas, en donde predicán muchos sermones y algunas misiones.

7. El monasterio tiene gran fama por las joyas artísticas que atesora, las cuales, con ser sólo una pequeña reliquia de su pasado esplendor, son todas ellas muy notables. Por eso menudean las visitas de toda clase de personas, deseosas de admirar ese tesoro artístico.

Lo que más llama la atención es la iglesia monasterial, acabado ejemplar - al decir del Sr. Lampérez y Romea - de esas estupendas fábricas barrocas, de ese barroco gallego, en el que las grandes líneas arquitectónicas dominan la ornamentación, produciendo conjuntos de gran nobleza. Al exterior presenta todo el edificio magnífica perspectiva, coronada por una cúpula y dos altas torres - una de ellas sin terminar - de elegancia sin igual.

La portada se compone de tres cuerpos superpuestos. El primero consta de cuatro columnas aisladas de orden jónico, y en los intercolumnios se ven dos bellas estatuas de San Benito y su hermana Santa Escolástica. Sobre la portada está representada la Asunción de la Virgen rodeada de ángeles y nubes. En el segundo cuerpo, de orden corintio, realzado por dos grandes columnas y adornado de hermosos relieves, está la estatua del Salvador. En el tercer cuerpo, de orden compuesto, se abre espaciosa ventana que da luz al coro y sobre el cornisamento descansa una hornacina con la efigie del Conde Santo en traje de peregrino. Una estatua de la Fe remata esta fachada que presenta todo el aspecto de un retablo monumental.

El interior, por no estar aún terminado, no ofrece tanta grandeza. La planta tiene forma de cruz latina de 144 pies de largo por 78 de ancho. Sobre la intersección del crucero con la nave principal álzase una media naranja de 80 pies de circunferencia por 100 de altura. El altar mayor es de majestuoso aspecto. Cuatro gigantescas columnas de orden corintio, forman una especie de camarín y constituyen el marco al alto relieve que representa la escena de la Transfiguración. A los lados se ven dos buenas estatuas de los apóstoles San Pedro y San Pablo.

La sacristía es muy capaz y bella, muy bien provista de alhajas y ornamentos. De plata e incrustaciones en oro son la notabilísima cruz parroquial, un atril, una custodia, un juego de sacras, 12 can-

deleros y varios juegos de vinajeras, todo ello trabajado expresamente para el monasterio antes de la exclaustación. Pero lo más valioso que la sacristía atesora es un relicario en forma de altar con 28 bustos de santos hermosamente tallados, todos con reliquias, algunas insignes, del santo que representan.

Por la sacristía se pasa a la contigua iglesia de Santa María de Valdeflores que era la parroquial antes de la exclaustación de 1835. En su recinto se custodia el mausoleo que encierra el cuerpo del Conde Santo, según ya queda dicho. Otra puerta interior en la misma sacristía comunica con una interesante capilla al estilo de las basílicas romanas, dedicada a Nuestra Señora de Valvanera.

Al lado de las bellezas arquitectónicas y artísticas que acabamos de describir, lo demás del monasterio no llama tanto la atención, aunque es digna de señalarse la atrevida fábrica de la escalera que actualmente conduce al Ayuntamiento, que desde 1842 ocupa gran parte de los edificios que habitaron los antiguos monjes.

En resumen: la fundación, o mejor dicho, la restauración del célebre monasterio de San Salvador de Lorenzana, cuenta con buenas bases para preparar un porvenir tan próspero como fué su pasado.



X-XI

**LOS MONASTERIOS DE LAS NIEVES
Y VIÑA DEL MAR (CHILE)**

SUMARIO:

I. EL MONASTERIO DE LAS NIEVES

1. Implantación de la Orden Benedictina en la República de Chile.—2. Fundación del monasterio de Las Nieves.—3. Ocupaciones de los monjes; el porvenir.

II. EL MONASTERIO DE VIÑA DEL MAR

1. Fundación del monasterio de Viña del Mar. Iglesia y monasterio.—2. La parroquia de San Benito encomendada a los monjes.

BIBLIOGRAFÍA:

Revista Montserratina.—Boletín de Santo Domingo de Silos.—Boletín de Información Benedictina.

EL MONASTERIO DE LAS NIEVES

1. El establecimiento de la Orden Benedictina en la República de Chile data sólo del año 1915. El Dr. D. Ignacio González Eyzaguirre, celoso Arzobispo de Santiago de Chile, deseaba tener en su diócesis algún monasterio benedictino. Por mediación del actual Obispo de Chillán, Monseñor Rükler, expuso su demanda al Abad General de la Congregación Sublacense. Después de algunas repulsas, la abadía de San Julián de Samos aceptó las proposiciones que hacía el Prelado chileno.

A mediados de enero de 1915, salieron con dirección a la República de Chile los dos monjes de Samos D. Benito González y don Plácido Arias, quienes fueron amablemente recibidos por el Sr. Arzobispo y el Presidente de la República. En el público chileno la aparición de los primeros benedictinos llamó extraordinariamente la atención y despertó a su favor grandes muestras de simpatía.

2. El lugar designado para proceder a instalar la nueva fundación era una hermosa quinta situada a unos 16 kilómetros de la ciudad de Santiago, cerca de la importante población de Puente Alto y a un kilómetro de la estación del ferrocarril. El Sr. Arzobispo confió a los benedictinos la «Obra Pía de las Nieves», donación de la piadosa señora doña Tránsito Rossel de Rossel. El día 21 de marzo, fiesta de N. P. San Benito, quedó allí definitivamente inaugurada la vida monástica. Los monjes tenían a su disposición una casa con iglesia, más una huerta de regadío de unas 20 hectáreas y otros terrenos de inferior calidad; en total, unos 170.000 metros cuadrados de propiedad. Para reforzar el personal de la naciente comunidad, salía de la abadía de Samos el 1.º de junio del mismo año otra expedición, compuesta de dos sacerdotes y dos hermanos legos. Por su parte, el Supremo Gobierno de la nación otorgaba, por un decreto

del 15 de abril, su autorización para el establecimiento legal de la Orden Benedictina en la República.

3. Desde un principio los monjes de Samos comenzaron a trabajar con ardor y no pequeño fruto. En 1917 se encargaron de la parroquia vecina de Puente Alto, pero se juzgó conveniente dejarla en 1925 en vista de las dificultades que surgían para atenderla debidamente, por no estar enclavada en la iglesia monasterial. Ahora dedícanse los monjes a dar toda la expansión posible a la fundación de Las Nieves. Componen la Comunidad siete Padres y un hermano lego. Lleva el nombre de Superior el R. P. D. Gregorio Millán.

Refiriéndose a las tareas en que se ocupan, el «Boletín de Información Benedictina» (1), ha publicado estos interesantes datos: «A las cargas anejas a la fundación, añaden los Padres muchas otras que les ocupan totalmente las horas libres del día. Han recorrido la archidiócesis dando misiones, predicando multitud de ejercicios espirituales, ayudando a los párrocos en el púlpito, en la escuela y en el confesonario. No descuidan, por eso, la obra principal del monje: el oficio divino.

»Los pobres campesinos del contorno pueden ahora con suma facilidad cumplir con sus obligaciones de cristianos; nuestros monjes están siempre a su servicio de día y de noche. Sus pequeñuelos ya no medran hambrientos con hambre de pan divino y de la palabra del cielo; con diarias catequesis los Padres acuden ahora a socorrer su antigua miseria.

»Tampoco se descuida la agricultura. La propiedad es cultivada intensamente, y los mismos Padres, recordando aquello de la Regla *Quia tunc vere monachi sunt*, se ocupan dos horas al día en ayudar en las faenas agrícolas. Los árboles frutales ya viejos han sido reemplazados por otros nuevos y de calidad escogida. Se han plantado así mismo de selecta uva 70.000 metros cuadrados. Añádase a estos trabajos la dirección de una escuela frecuentada por 100 alumnos.»

El bien escrito resumen que precede es un fiel reflejo de la obra que realizan en Las Nieves los monjes benedictinos. En aquella hermosa propiedad del país chileno vuelve a repetirse una vez más la labor colonizadora y educadora realizada por la Orden Benedictina

(1) Número de mayo y junio de 1927, pág. 87.

en otras partes del mundo. De esperar es que tan próspera realidad se desenvolverá en toda su amplitud cuando la comunidad vea aumentado el número de sus operarios laboriosos y abnegados.

II

EL MONASTERIO DE VIÑA DEL MAR

1. Mientras los monjes establecidos en Las Nieves trabajaban en cimentar su obra, presentóseles una coyuntura favorable para emprender otra nueva fundación en la República. Aceptáronla gustosos pues respondía a maravilla para llevar adelante sus proyectos de implantar en aquella nación la Orden secular de San Benito.



VIÑA DEL MAR. Iglesia y Monasterio.

Ofrecióseles un lugar apto para establecerse en la población de Viña del Mar, muy próxima de Valparaíso, y allí se dirigieron en 1919 unos pocos monjes procedentes de Las Nieves. A principios de dicho año los esposos don Guillermo Brown y doña Manuela Carballo habían emprendido por cuenta propia la construcción de un monasterio con su correspondiente iglesia en el populoso barrio de Chorriillos, en las inmediaciones de la estación del ferrocarril:

El 21 de marzo del siguiente año se inauguró solemnemente el nuevo monasterio que fué entregado a los benedictinos. Ocupa una extensión de 6.000 metros cuadrados y ofrece un bello y elegante conjunto. La iglesita, de estilo gótico lo mismo que el monasterio, es de proporcionadas dimensiones, muy vistosa y bastante capaz.

2. Por decreto de 23 de noviembre de 1926, el Sr. Obispo de Valparaiso, Monseñor D. Eduardo Gimpert, erigió en parroquia la iglesia de los benedictinos, desmembrándola de la parroquia que ya existía de Viña del Mar, y asignándole por Patrono y Titular a



VIÑA DEL MAR. Interior de la iglesia.

N. P. San Benito. Desde entonces lleva el nombre de párroco el Superior de la casa auxiliado por un Coadjutor o Vicario Cooperador. Calcúlase que la nueva parroquia tendrá unas 5.000 almas que no tardarán en multiplicarse, dado el desarrollo de población que se advierte en el barrio de Chorrillos.

En la misma iglesia radican tres Asociaciones en estado muy floreciente: la del Sagrado Corazón de Jesús, la de la catequesis y la de los Oblatos de San Benito. La del Sagrado Corazón cuenta con más de 400 socios y a la catequesis asisten cada domingo 200 niños próximamente.

Además de las ocupaciones parroquiales, la comunidad dedica sus actividades a dar misiones y ejercicios, enseñar canto gregoriano, dar clases de Religión en cuatro Colegios, etc. etc. También sirven como capellanes el Hospicio y el Hospital de Viña del Mar.

La Comunidad se compone de seis sacerdotes, un hermano lego y un oblató adscrito al monasterio. Ha sido su primer Superior el M. R. P. D. Benito González, que allí ha trabajado por espacio de más de ocho años hasta que en 1927 tuvo que regresar a Europa para encargarse del gobierno de la abadía de Samos en calidad de Prior Administrador. Le ha sucedido en el cargo D. Bernardo Franco, que hasta el presente continúa en su cargo.



XII

**EL MONASTERIO DE SAN VICENTE
DEL PINO DE MONFORTE**

SUMARIO:

1. Situación de la ciudad y del monasterio de Monforte. Orígenes del monasterio; sus primeros abades.—2. Fundación de la villa de Monforte. Privilegios reales al monasterio. Desarrollo de la población. Discordias del monasterio con los Obispos de Lugo y con los condes de Lemos. Decadencia.—3. Unión a la Congregación de San Benito de Valladolid con el priorato de Zebreiro. Lucha de los reformadores con los condes de Lemos; solución favorable.—4. Fin de las desavenencias con el obispado de Lugo. La jurisdicción del monasterio; estado de prosperidad.—5. El monasterio en el siglo XIX; extinción; pasa a ser propiedad de la Mitra de Lugo.—6. La vuelta de los monjes benedictinos y restauración de los edificios. Variadas ocupaciones de los monjes. El colegio de latín y humanidades.—7. La iglesia; el relicario; otros edificios.

BIBLIOGRAFÍA:

Archivo de la Congr. de Valladolid, año 1824. (Arch. de Silos).—Antonio de Yepes, O. S. B., *Crónica general...*, t. IV.—Risco, *España Sagrada*, t. XL, pág. 227.—*Motivos Legales*, págs. 446 y sig.—Argaiz, *Soledad laureada*, t. III, pág. 444.—Antolín López Peláez, *Los Benedictinos de Monforte*. (Coruña, 1895).—*Anuario Eclesiástico 1928*. (Barcelona) pág. 283.



1. Monforte de Lemos es una importante ciudad de la provincia de Lugo, con una población de más de 10.000 almas. Agrúpanse los edificios a ambos márgenes del río Cabe, que atraviesa y riega con sus aguas todo el valle de suelo feraz y clima benigno. Un kilómetro dista solamente la estación del ferrocarril Madrid-La Coruña.

Como tantas otras, la ciudad de Monforte surgió y creció a la sombra de un monasterio benedictino, el de San Vicente del Pino de Monforte, de brillante historia, incorporado de nuevo a la Orden en 1923 por los monjes de la abadía de San Julián de Samos. Recórtase la silueta del cenobio monfortino sobre la cima del monte, como un altar hacia el que dirigen sus miradas los habitantes del pintoresco valle. Allí estuvo emplazada antiguamente la capital de los Lemavos, llamada Castro Lactonio.

La fundación de San Vicente remonta, según se cree, a los principios de la restauración de España, pero sin poder precisar fecha, pues, por desgracia, un incendio destruyó todas las escrituras del archivo. El primer documento conocido que menciona el monasterio de San Vicente data del reinado de Alfonso III. En él se refieren los privilegios que los asistentes al Concilio de Oviedo (902?) otorgan a Espasando, abad de San Vicente, quien recibe jurisdicción casi episcopal en todo el territorio de Lemos, en el que había más de 40 iglesias, con potestad de castigar y de «sembrar la semilla de vida eterna». El mismo abad estampó su firma en varios documentos por los años de 894 a 915. De sus antecesores sólo nos han quedado los nombres de Galendonio y Genserico, que fué después obispo.

Parece ser que la dignidad abacial era hereditaria, y por eso eran elegidos los más próximos parientes de los abades difuntos; motivo de muchos disgustos y pleitos, que ya empezaron a raíz de la muerte de Espasando. Disputábanse acaloradamente la abadía Arianoni, sobrino del abad Genserico, y un tal Emesindo. Para poner fin a la contienda, ordenó el rey D. Ordoño II se recurriese a la prueba Cal-

daria, muy en boga en aquella época. En la prueba resultó favorecido el primero, pues, si hemos de creer a las crónicas, un tal Macedonio que hacía para el acto las veces de Arianoni, permaneció tres días seguidos dentro del agua hirviendo.

2. Al comenzar el siglo XII, comienza también un nuevo periodo de la vida del cenobio de San Vicente, gobernado a la sazón por el abad Miguel. Hasta entonces el monasterio había permanecido en relativo aislamiento. Sólo vivían a su alrededor algunas familias, que habían alcanzado autorización de los monjes para levantar allí su morada, con el fin de labrar las fértiles heredades que rodeaban al monasterio. Pero por los años de 1104 comienza a edificarse una ciudad en toda forma.

El rey D. Alfonso VI y su mujer D.^a Constanza hicieron merced al conde D. Froilán Díaz, del Señorío de Lemos y Sarria. Ningún lugar le pareció más apropiado al conde para poner los cimientos de una nueva villa que las pintorescas laderas del monte en que se encontraba el monasterio de San Vicente. Los monjes quisieron complacer al conde, cediéndole gran parte de sus posesiones. En recompensa de tanto desprendimiento, D. Froilán construyó en la nueva población tres casas que dió en propiedad al monasterio.

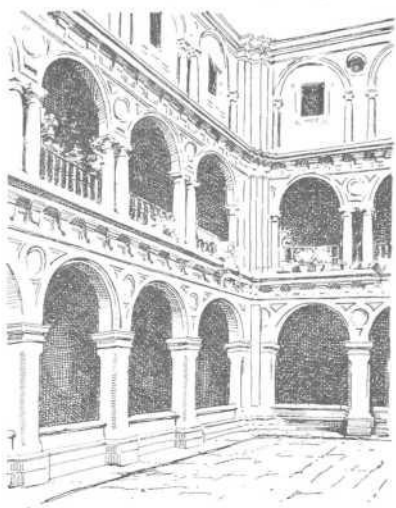
Más tarde, el conde de Galicia D. Ramón y su esposa D.^a Urraca, después reina de Castilla y de León, otorgaron al monasterio la tercera parte de la ciudad, más la de las ferias y kalendas o mercados del 1.^o de cada mes. Esta donación fué aprobada por Alfonso VII, Alfonso IX y Juan I. El Papa Inocencio III dió también su sanción favorable.

El rey D. Alfonso IX fué gran bienhechor del monasterio. Este monarca extendió en 1199 un documento por el cual concedía a San Vicente jurisdicción omnimoda sobre todas las iglesias de la villa hechas o por hacer. El abad era arcediano de la Iglesia de Lugo y tenía facultad para ocupar la primera silla del coro del lado derecho, aunque el cabildo no quería darle sino la última de las dignidades del lado izquierdo. Este asuntillo motivó una agria disputa entre el abad y el cabildo; y en vista de que no se le querían reconocer sus derechos, el abad de San Vicente decidió no asistir nunca a coro en la Catedral.

La pequeña villa que el conde don Froilán había fundado en derredor del monasterio monfortino fué creciendo notablemente, de

suerte que en el año 1332 llegó a ser la capital del condado de Lemos. En esta fecha otorgósele el rey Alfonso XI al conde Pedro Fernández, quien en la misma cima del monte y contiguo a los edificios del monasterio se hizo construir su castillo. Todo este nuevo estado de cosas acarreó a la abadía perjuicios y vejámenes sin cuento. La vecindad de los condes coartó la libertad de los monjes, quienes, además, perdieron casi la mayor parte de sus rentas. Puede decirse que desde ahora hasta el siglo XIX la historia del monasterio de Monforte no es más que una historia de pleitos con los condes de Lemos, llevando siempre los monjes la peor parte.

No escaseaban tampoco las dificultades del monasterio con los Obispos de Lugo respecto de la jurisdicción en las iglesias. Y a todo esto, juntóse la plaga de los abades comendatarios que, como dice gráficamente el P. Yepes, «fueron su total ruina y destrucción, y echaron la casa a los



MONFORTE. El claustro

hospitales». En efecto, la abadía se encontraba pobrísima a fines del siglo XV, sin haber podido dar expansión alguna a la comunidad, ni haber albergado dentro de sus claustros a monjes célebres por su santidad o sabiduría. Forma honrosa y única excepción el venerable D. Diego García que gobernó la abadía a mediados del siglo XIV y murió en olor de santidad.

3. El único medio capaz de inocular nueva vida al monasterio era el de hacer una reforma en toda regla, y, para eso, nada mejor que encomendar la empresa a los monjes de San Benito de Valladolid.

A petición de los Reyes Católicos, el Papa Alejandro VI anexionaba en 1496 la abadía de San Vicente de Monforte al priorato de Santa María de Zebrero, uniendo ambos a la congregación Vallisoleтана. El priorato de Zebrero estaba a la vera del camino que condu-

cía a Santiago de Compostela. Casi todas sus rentas se invertían en el entretenimiento del hospital o albergue destinado a la asistencia de los peregrinos que pedían hospitalidad o auxilio en sus enfermedades.

Los reformadores vallisoletanos hubieron de trabajar lo indecible para librar al monasterio monfortino de los pleitos en que andaba envuelto, a la vez que estudiaban la manera de mejorar su situación económica. Como primera providencia dispúsose que los abades fuesen nombrados por el Consejo del monasterio de Valladolid, único medio de atajar el mal de los comendatarios y el forzoso patronato que se habían arrogado los condes de Lemos. Pero ni aun así pudo lograrse el éxito apetecido.

El primero de los abades nombrado por los Vallisoletanos fué el Rmo. Andrés García. Defendió este Prelado con todas sus energías los derechos conculcados de la abadía; mas a pesar de todos sus esfuerzos, nada consiguió, porque los condes se hacían los desentendidos. Pero no sólo no quisieron no entender, sino que para deshacerse del para ellos tan molesto abad, mandaron darle muerte alevosamente en 1512. No obtuvieron mucho mayor resultado las gestiones de sus sucesores el P. Pedro de Aguilar y el P. Juan de San Cipriano, molestados e injuriados principalmente por la condesa. Esta señora mandó levantar un muro de regular altura pegando con las construcciones del monasterio, privándole así de gran parte de su solar.

En vista de que las contiendas no cesaban por culpa de los condes, se recurrió al emperador Carlos V. Recibió entonces este monarca a la abadía bajo su protección para defenderla de sus enemigos, mas sin que por eso quedase en lo sucesivo como de regia presentación. Al mismo tiempo, el Superior General de la Congregación mandaba que los monjes se trasladasen a un lugar más seguro, como así lo ejecutó el abad Benito de Ontiveros (1531-1538).

4. Más afortunado desenlace tuvieron las desavenencias, que tanto tiempo habían perdurado, por cuestión de la visita que querían hacer los Obispos de Lugo a las iglesias sujetas a la jurisdicción del abad de Monforte. En el año 1603 entró a gobernar la diócesis de Lugo el obispo D. Juan García de Valdemora, prelado de índole pacífica. Deseoso de poner fin a las diferencias del obispado con la abadía de San Vicente, pactó una concordia amistosa con el abad Luis de la Vega, confirmada por Paulo V en febrero de 1605. Estipulá-

base en ella que en adelante el Obispo de Lugo y el monasterio tendrían la jurisdicción de la villa de Monforte con sus arrabales a prevención en todo género de causas, sin apelación de la una a la otra parte. Respecto a la jurisdicción en las iglesias del Arcedianazgo la tendría el Obispo privativamente al monasterio, y éste también la tendría privativamente al Obispo en las iglesias de sus anejos, que por entonces eran los de S. Martín de Doade, S. Pedro de Valverde, S. Pedro de Ribas altas, S. Mamés de Villacha, Santa Lucía de Gontín y Santa María de la Régoa en un arrabal de Monforte. Además, el abad de S. Vicente tendría poder para nombrar al arcipreste.

Por entonces, el monasterio extendía su jurisdicción civil y criminal a los cotos de Doade y Valverde. En cambio, perdió el abad de Monforte el privilegio de proveer alcalde de la villa, entregándole la vara de su autoridad el día primero del año dentro del claustro.

Entretanto, la reforma emprendida por los monjes vallisoletanos seguía adelante y con excelentes resultados, pues la abadía monfortina logró recuperar gran parte de sus rentas y de la desahogada situación de que los condes de Lemos y señores de Monforte la habían despojado. Con el aumento de las rentas pudieron los monjes disponer de una iglesia bella y espaciosa, y al mismo tiempo construir y renovar los viejos edificios monasteriales.

5. En el siglo XIX la abadía de Monforte tuvo que soportar los mismos contratiempos que las demás casas de religiosos. Pero, a pesar de la invasión francesa, y a pesar, sobre todo, de la exclaustación de 1820 en que fué completamente desmantelado el monasterio por los comisionados del Crédito, la comunidad pudo reunirse en 1823,



MONFORTE. Fachada principal del Monasterio

siendo abad el P. Gabriel Rubio. Según la relación del estado del monasterio enviada al Capítulo General de 1824 vivían en él 22 monjes y comensales con ración de monje; dos boyeros, dos cocineros, un ayudante, un espolista, un criado para la cámara, un pastor y su zagal y dos sacristanes. Además, mantenía dos criados encargados del priorato de Doade. Tan mal parado quedó el monasterio en 1820, que hubo necesidad de renovar casi todo el tejado y surtir por completo a la sacristía, y aun se hicieron algunos objetos de valor, entre ellos un báculo de plata de mucho gusto artístico.

Poco pudieron disfrutar de sus trabajos aquellos excelentes monjes, porque el decreto de exclaustación de 1835 obligóles también a ellos a abandonar a su querido monasterio, ya tan perseguido en los pasados años por aquellos mismos que debieran haber estado más agradecidos, pues a su sombra se levantó y creció la villa de Monforte y cobró auge el palacio de los condes de Lemos.

Varios de los monjes expulsados quedáronse sirviendo las iglesias de la población, pero sin poder habitar en su antiguo monasterio que pasó a ser propiedad de la Mitra de Lugo. Destinósele para asilo de pobres y ancianos desamparados, y en él establecieron los Obispos una comunidad de Hermanitas de los Pobres. Esta medida fué la que libró de la ruina al venerable cenobio monfortino, que al cabo de larga ausencia debía volver a abrigar dentro de sus claustros a los hijos del Patriarca San Benito.

6. En 1922 la abadía de San Julián de Samos, gobernada por el Rvmo. D. José Alvarez, adquirió en propiedad el antiguo monasterio de S. Vicente, determinando enviar para su restauración a un grupo de monjes. El 21 de marzo, fiesta de N. P. San Benito, del año siguiente, tenían el consuelo de reanudar en él la vida monástica, interrumpida hacía cerca de 88 años. La labor que esperaba a los recién llegados era pesada sobremanera, pues además de tener que restaurar los edificios, que se encontraban en bastante mal estado, hubieron de encargarse desde el primer día de la dirección de las obras más variadas. Sin embargo, sus trabajos han sido coronados por el más halagüeño de los éxitos.

Han renovado gran parte del edificio, acondicionando la portería, el refectorio de los colegiales, la cocina, una espaciosa biblioteca, todo ello completamente nuevo y sencillamente decorado.

En la iglesia abacial también se han realizado grandes mejoras.

El P. Lesmes López, monje de Montserrat, y el hermano Salvador Alberich, de Samos, han decorado magistralmente los muros del lado del Evangelio y del lado de la Epístola. Sobre un rico fondo de oro resaltan bellas figuras, las cuales representan a los grandes santos y santas de la Orden Benedictina, presididos, respectivamente, por San Benito y Santa Escolástica.

La principal ocupación que, después del Oficio Divino, reclama la atención de los monjes monfortinos es el ministerio parroquial y la predicación. En la iglesia monasterial radican varias instituciones muy florecientes. En primer término la Cofradía de Nuestra Señora de Montserrat, instituida poco después de su llegada y en la que ya se han inscrito 4.350 cofrades. Han propagado entre todos los habitantes de la villa y en las parroquias limítrofes la devoción a San Benito, a quien se acude con confianza, pues recientemente se han registrado algunos milagros obrados por virtud del aceite de la lámpara que día y noche arde ante su altar. En la iglesia del monasterio se tiene el Catecismo para los niños y niñas de toda la población. En ella practicanse, además, solemnes y casi nunca interrumpidos cultos, registrándose un promedio anual de 29.540 comuniones.

Los monjes monfortinos son solícitamente buscados en toda la comarca para el ministerio de la predicación, de modo que cada año, entre misiones, triduos, panegíricos, pláticas, etc., alcanzan un total de 570 predicaciones aproximadamente.

Con excelentes resultados funciona en el monasterio un Colegio de Latín y Humanidades para seminaristas. Concurren a él 20 alumnos, de los que diez son internos.

La Comunidad de Monforte se compone actualmente de 6 individuos. Lleva el nombre de Superior el Muy R. P. D. Jerónimo Díez, quien ha desempeñado este cargo desde el mismo día de la restauración del monasterio.

7. Ya se han adelantado algunos datos acerca de la iglesia y del monasterio; añadamos aquí que el culto se celebra con toda pompa en la amplia iglesia de San Vicente Mártir. La sacristía está bien provista de ornamentos, que si bien no son antiguos, son escogidos. Allí puede verse un magnífico estuche que contiene un precioso cáliz, con vinajeras y campanillas de plata cinceladas, de respetable antigüedad.

En el relicario se guarda una espina de la Corona del Salvador,

dos hermosos relicarios con reliquias de San Benito y de San Blas y un curioso rosario que encierra santas reliquias en cada una de sus cuentas.

Es notable la gran fachada principal del monasterio, de hermosa piedra de sillería, levantada en los siglos XVII y XVIII y adornada de amplio balconaje. El claustro del siglo XVII es esbelto y de bellas proporciones. Llama la atención el aljibe abierto a pico y barreno que surte a los monjes de agua fresca y abundante.



Monasterios de la Provincia Francesa
de la Congregación Sublacense



I

LA ABADÍA DE NIÑO DIOS
EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

SUMARIO:

1. El primer monasterio benedictino en la República Argentina. Fundación de «Niño Dios».—2. Progresos del monasterio y su elevación a priorato y abadía. El Oblatorio.—3. Diversas obras encomendadas a la comunidad benedictina de Niño Dios: la parroquia de Victoria; el gran Colegio Comercial.—4. Nuevas fundaciones y nuevos ministerios. El Santuario de Itafí; la casa de Azul.—5. Los trabajos que realizan los monjes de Niño Dios. Asociaciones. El «Mensajero de las Almas». La nueva iglesia; descripción de la cripta; el nuevo monasterio.

BIBLIOGRAFÍA:

Los Padres Benedictinos en la Argentina (1900-1925).—*El Mensajero de las Almas*, principalmente el número correspondiente al mes de octubre de 1927.—*Annales Ord. S. Benedicti.*—*Boletín de Santo Domingo de Silos.*—*Revista «Pax» (1927).*



1. Los monjes benedictinos, evangelizadores y colonizadores de la vieja Europa, no debían faltar tampoco en la obra civilizadora del Nuevo Mundo. Su aparición en aquellas latitudes, al igual que en las Islas Filipinas, sólo tendría lugar a fines del siglo XIX.

A raíz del descubrimiento de América, los benedictinos españoles no orientaron sus miras hacia aquel inmenso continente que dejaron sin disputa a las demás Órdenes religiosas de la Península. En toda la América no hubo más benedictinos que el P. Boil, monje de Montserrat y primer Vicario Apostólico de las Indias Occidentales; los administradores de los prioratos procuras del santuario catalán en Lima, México y Ciudad de los Reyes; y, por fin, algunos monjes que gobernaron varias de las diócesis americanas. Ningún monje de la Orden de San Benito había pisado suelo argentino, a excepción del Rmo. D. Cristóbal de Aresti, profeso de Samos, que en 1628 fué propuesto por Carlos IV para el obispado del Paraguay, y el 7 de Agosto de 1635 fué trasladado al de Buenos Aires.

La primera fundación benedictina en tierras argentinas ha sido llevada a cabo por los monjes de la provincia francesa de la Congregación de la Primitiva Observancia; pero tan bien han sabido amoldarse al ambiente de la nación, que muy justamente debe figurar su historia al lado de las fundaciones realizadas por los monjes españoles.

Poco antes de expirar el siglo XIX, andaba preocupado Monseñor Rosendo de la Lastra y Gordillo, Obispo de Paraná, buscando la manera de atender a las necesidades espirituales de su diócesis de unos 200.000 kilómetros cuadrados de extensión. Un día, al salir de visitar el Santuario nacional de Nuestra Señora de Luján, encontré con un canónigo francés, Mr. Juan Albellide, a quien había manifestado sus deseos. Hablé entonces el canónigo de los benedictinos que él conocía, poniéndole en relaciones con el Rmo. D. Agustín Bastres, abad de Nuestra Señora de Belloc, en los Bajos Pirineos.

El Rmo. Bastres atendió a los ruegos del Prelado argentino, abrigando la idea de que una fundación en aquel país sería muy útil para los numerosos vascos que allí vivían.

Ocurría cuanto acabamos de referir en el año 1898; y ya el 29 de agosto del siguiente año llegaba a la ciudad de Victoria la primera expedición benedictina. Componíala ocho monjes sacerdotes y cinco hermanos conversos, teniendo como Superior a D. Adolfo Urricariet. La recepción que se les hizo exteriorizó la simpatía con que todo el país miraba la instalación de un monasterio benedictino. El lugar destinado para llevarla a efecto sitiase a unos tres kilómetros de la ciudad de Victoria, sobre una pequeña loma que domina la extensa planicie de la pampa.

2. La comunidad quedaba instalada en una sencilla casa de familia que desde entonces empezó a servir de monasterio, para llegar a ser, con el tiempo, un centro próspero de vida monástica. Al día siguiente de su llegada ya tenían el consuelo de comenzar la celebración del Oficio divino. Mientras tanto, los monjes buscaban el modo de atender a las más urgentes necesidades y de asentar las bases de su actuación entre los habitantes que les rodeaban. Cuando en 1903 giraba la visita, el Rmo. Bastres pudo comprobar los adelantos realizados y determinó enviar un grupo de estudiantes para poner las bases del Noviciado. Además, la nueva fundación adquiriría su independencia, siendo elevada a la categoría de Priorato el 2 de febrero del mismo año. Fué el primer prior D. Felipe Anians, a quien sucedió en 1904 D. Ignacio Gracy, reelegido por el Capítulo Provincial de 1910, reemplazado a su vez en 1919 por D. Francisco Javier Gelós.

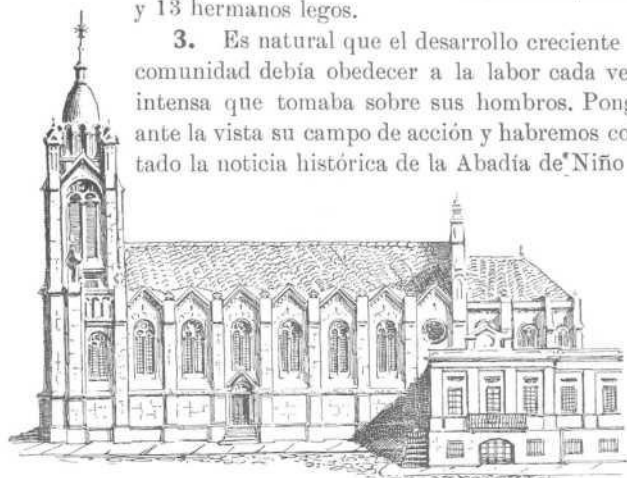
Finalmente, y como remate de todas las aspiraciones de la fundación de Niño Dios, el Capítulo celebrado a fines de abril de 1928 elevábala al rango de abadía, mereciendo de ese modo ser la primera en toda la América española. Para comenzar la serie de abades fué elegido, a los comienzos de 1929, el R. P. D. Salvador Laborde, que había sido, sucesivamente, maestro de oblatos y de novicios en el mismo monasterio, cuyo alto gobierno desempeña en la actualidad.

Para asegurar la vida de la comunidad estudióse desde un principio el establecimiento de una escuela monástica u Oblatorio. Inaugurábase éste, merced a las gestiones del prior D. Ignacio Gracy, el 10 de agosto de 1909. La idea no podía ser más acertada, pues no

sólo ha contribuído al sostenimiento de la fundación, sino también a su expansión rápida y floreciente. Actualmente elevase a 25 el número de oblatos, todos ellos argentinos. Además en el monasterio español de Lazcano recibe educación un grupo de 15 jóvenes con destino al monasterio de Niño Dios. Merced a este plantel de vocaciones las filas del Noviciado engrosan todos los años y en proporción el número de los operarios que reclaman las variadas obras emprendidas por el monasterio benedictino.

La comunidad actual consta de 35 sacerdotes, 10 monjes clérigos y 13 hermanos legos.

3. Es natural que el desarrollo creciente de la comunidad debía obedecer a la labor cada vez más intensa que tomaba sobre sus hombros. Pongamos ante la vista su campo de acción y habremos completado la noticia histórica de la Abadía de Niño Dios.



NIÑO DIOS. Iglesia y monasterio en construcción

A poco tiempo de su arribo a la Argentina, Monseñor de la Lastra confió a los benedictinos la administración de la extensa parroquia de Victoria, una de las más ricas ciudades de la provincia de Entre Ríos, con una población de 25.000 almas. A su servicio se vienen consagrando desde entonces con gran esmero y copioso fruto los monjes de Niño Dios. Para coordinar la vida monástica con el ministerio parroquial se ha establecido en la misma ciudad una *domus* o residencia dependiente del monasterio principal. En ella residen cinco monjes presididos por el Superior, D. Damian Errecart, que lleva además el título de párroco. Cuando las necesidades así lo

exigen reciben la ayuda de los demás sacerdotes del monasterio.

A estas actividades, vino a sumarse en 1901 otra muy importante. Haciéndose eco de los proyectos del Prelado diocesano en favor de la juventud católica y después de oír el parecer de personas autorizadas, los benedictinos de Niño Dios decidieron encargarse de la dirección de un Colegio Comercial. El 21 de marzo de dicho año tenía lugar la inauguración. Vióse tan favorecido el nuevo centro docente que los alumnos acudían a sus aulas cada vez más numerosos, por lo que fué preciso pensar en levantar un edificio de nueva planta con todos los adelantos modernos. Inauguróse el nuevo Colegio el 15 de marzo de 1905, y los actos celebrados con tal motivo viéronse revestidos de cierto carácter oficial, pues además de la presencia del Sr. Obispo y otros personajes ostentaba la representación del Gobierno de la República el Dr. Mariano E. López, ministro de Instrucción.

El Colegio Comercial está bellamente situado y cuenta con salones y dormitorios amplios y ventilados. Además de la educación sólidamente cristiana, los alumnos reciben las lecciones de competentes profesores que les educan con miras principalmente al movimiento agrícola de la región. Actualmente frecuenta sus aulas un centenar de jóvenes, entre internos y externos. Por él han desfilado los hijos de las mejores familias de los alrededores, muchos de los cuales han desempeñado cargos importantes en la vida pública de la nación.

4. Tan hermosos resultados repercutieron desde un principio en las poblaciones limítrofes, y en algunas de ellas solicitaron con empeño la presencia de los benedictinos para desarrollar idéntica labor educativa. Encargáronse por espacio de 13 años del Santuario de Nuestra Señora de Itatí en la provincia de Corrientes. Allí abrieron los monjes una escuela parroquial en la que han sido educados casi todos los jóvenes de la población y de los lugares del contorno. También fundaron la revista *El Mensajero de Nuestra Señora de Itatí*, destinada a propagar la devoción a la Virgen María. De la dirección de estas obras emprendidas por los benedictinos están ahora encargados sacerdotes del clero secular.

La fama del Colegio Comercial que se extendió por todo el país fué también la causa de la expansión de la comunidad de El Niño Dios. En 1921 la Pía Asociación del Sagrado Corazón de Damas de la ciudad de Azul, en la provincia de Buenos Aires, entregaba a la dirección de los monjes benedictinos el Asilo de San Antonio. Abrióse

allí inmediatamente un Colegio idéntico en todo al de Niño Dios, al que ya acuden unos 40 jóvenes. En el mismo edificio está establecido un asilo para huérfanos y los monjes les dan esmerada y completa enseñanza que les hace capaces para valerse más tarde en la vida. Con ese fin se han montado talleres de zapatería, encuadernación, imprenta, etc., etc.

La dirección de este centro educativo de Azul, ha sido el origen de que se hayan sentado las bases de otra dependencia de Niño Dios. El 13 de julio de 1923 el Rmo. Abad General de la Congregación



NIÑO DIOS. El coro de la cripta

Sublacense autorizaba el establecimiento de una comunidad regular, filial del monasterio fundador. Actualmente está formada por seis monjes sacerdotes, y es su Superior D. Gerardo Ilarán.

5. La comunidad de Niño Dios ha afrontado siempre con esfuerzo coronado por el éxito tan arduas y variadas obras. Pero, además, el radio de acción de su ministerio se extiende mucho más lejos. Los monjes son llamados para predicar misiones y ejercicios espirituales en distintos puntos de la República y aun de fuera de ella. En Montevideo dirigen periódicamente misiones exclusivas para los vascos allí residentes. Se ven siempre muy concurridas y son grandes los frutos espirituales que se cosechan.

Desde Mayo de 1912 quedó erigida en la capilla provisional del

monasterio de Niño Dios la «Cofradía de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento bajo la protección de San Benito, para ayudar a las almas del Purgatorio». Poco después era incorporada a la Archicofradía del mismo nombre establecida en la Abadía austriaca de Lambach.

Para propagar tan hermosa devoción entre los católicos argentinos, comenzó a publicarse en noviembre de 1921 la revista mensual *El Mensajero de las Animas*,

dirigida por D. Bernardo Daguerre. Esta publicación puede también considerarse como órgano del monasterio, pues en sus páginas se registran los principales acontecimientos que se van sucediendo en la vida de la comunidad. Son ya muy numerosos los suscriptores con que cuenta, por cuyo conducto se reciben cada día nuevas inscripciones en las listas de la Cofradía. Imprímese la revista en el taller tipográfico apellidado «San Benito», instalado en uno de los locales del monasterio. De su dirección están encargados los mismos monjes.



NIÑO DIOS. Iglesia parroquial de Victoria

Por los datos que apuntamos, son bien evidentes los progresos realizados en esta nueva abadía; presentándose el porvenir más rico aun en bellas realidades. Así parece ser desde el año 1924 en que la comunidad celebró el 25.º aniversario de su llegada a la República Argentina. Para solemnizar tan memorable fecha con algo estable, los monjes de Niño Dios decidieron a dar cuerpo a los vastos proyectos que desde hacía tiempo acariciaban. El monasterio y sus dependencias y, sobre todo, la capilla, no responden a la vitalidad que la comunidad había alcanzado. Era menester reemplazar aquellos provisionales edificios por otros nuevos y mejor acondicionados. El 9 de noviembre procedíase a la colocación de la primera piedra de una gran iglesia definitiva. Actuó en la ceremonia el excelentísimo Sr. Nuncio de Su Santidad, Monseñor Beda Cardinale, O. S. B., rodeado de otros Prelados y numerosos amigos de los monjes.

Desde entonces las obras comenzadas han ido surgiendo poco a poco de sus cimientos. El 28 de agosto ya fué posible inaugurar la espaciosa y elegante cripta de la proyectada iglesia abacial, que ofrece una ligera idea de lo que será toda la construcción el día en que esté terminada.

La nueva cripta forma un gran cuadrilátero de 28 metros de largo por 18 de ancho. Está dividida en tres naves por una doble serie de columnas. En la central, que mide unos ocho metros de



NIÑO DIOS. El Colegio Comercial

ancho, se encuentra el coro, cuya sillería ha sido labrada en excelente roble austriaco. El altar también es de roble y consta de una simple mesa sostenida por cuatro columnas. En el centro sonríe la imagen del Niño Dios en actitud de bendecir a los habitantes de su monasterio y a cuantos por su prosperidad se interesan. Siete ventanas dejan pasar abundante luz, que se desparrama sobre los paños de los muros, pintados de verde-nilo, y las columnas de amarillo pálido, y los bonitos zócalos que imitan diversidad de mármoles.

Mientras tanto, también avanzan los trabajos en la obra del nuevo monasterio, el cual formará bello conjunto con la iglesia. Ya está terminada una de sus alas principales, en la que se ha instalado el Noviciado de la Abadía.



II

**EL MONASTERIO
DE SANTA TERESA DE LAZCANO**

SUMARIO:

1. Llegada de los monjes benedictinos de la abadía francesa de Belloc a Lazcano; su vuelta a Francia; estado actual de la comunidad.—2. Breve noticia de la historia antigua del convento carmelitano.—3. Las cosas más notables del monasterio.

BIBLIOGRAFÍA:

Reforma de los Descalzos De Nra. Sra. del Carmen de la Primitiva Observancia..., tomo quinto, por el R. P. Fray Manuel de San Gerónimo .. (1706).—*Boletín de Santo Domingo de Silos*, y *Revista Montserratina*.



1. Al igual que otras muchas comunidades religiosas expulsadas de Francia por las leyes sectarias a principios del siglo xx, buscó un refugio en España la del monasterio de Nuestra Señora de Belloc, en los Bajos Pirineos. La comunidad escogió un antiguo convento que había pertenecido a los Carmelitas, situado en la villa de Lazcano, en la provincia de Guipúzcoa y perteneciente al partido judicial de Tolosa, de la que dista 18 kilómetros.

La villa de Lazcano está asentada en un hermoso valle, formado por los montecillos Lazcaumendi, Ayerdi y Urbarandia, cubiertos de hayas, robles y castaños. Por el fondo del vallejo se desliza el río Agaunza.

La comunidad de Belloc posesionóse del antiguo convento carmelitano, puesto bajo la advocación de Santa Teresa, el año 1909, y allí se alojaron los monjes esperando mejores días para regresar a su patria.

Los benedictinos franceses acomodaron lo mejor que los fué posible aquella casa abandonada, y en ella trataron de practicar del mejor modo las observancias y costumbres de la Regla Benedictina, hasta que, terminada la guerra europea, pudieron volver a su abadía de los Bajos Pirineos.

Sin embargo, no abandonaron totalmente la casa que les había servido de refugio, pues en ella se quedaron varios monjes, que son los que actualmente forman la comunidad de Santa Teresa de Lazcano. Desde el 21 de julio de 1926 se le considera como Priorato, si bien dependiente aún de la abadía fundadora. Componen la comunidad 23 religiosos, de los cuales 14 son monjes de Coro y 9 hermanos legos. Los primeros, después de llenar las exigencias de la vida conventual, se dedican a la educación y preparación a la vida monástica de 60 oblatos, destinados todos ellos a Belloc, excepto 15 pertenecientes a la abadía de Niño Dios, en la República Argentina.

Todos los niños educandos, tanto españoles como franceses, reciben una preparación especial para el bachillerato francés.

Además de esta ocupación, que es en la que los monjes de Lazcano tienen concentrados todos sus esfuerzos, varios de ellos realizan algunos ministerios entre los habitantes del contorno.

Desde hace veintidós años tienen a su cargo la capilla de la fábrica de vagones de Beasain, predicando a los obreros en las dos Misas que se celebran los días festivos.

Gobierna la comunidad el R. P. D. Emiliano Balerdi, español; pero dependiente, como queda dicho, de la abadía fundadora.

2. Pasando ahora a reseñar brevemente la historia del monasterio de Lazcano, anterior a la llegada de los benedictinos, tendremos completa esta corta monografía.

El convento de Santa Teresa de Lazcano, fué fundado por la virtuosa señora doña María de Lazcano, viuda del almirante D. Antonio de Oquendo. La proposición que hizo a la Orden Carmelitana fué aceptada por el Definitorio celebrado en Ávila el 22 de septiembre



LAZCANO. Fachada de la Iglesia

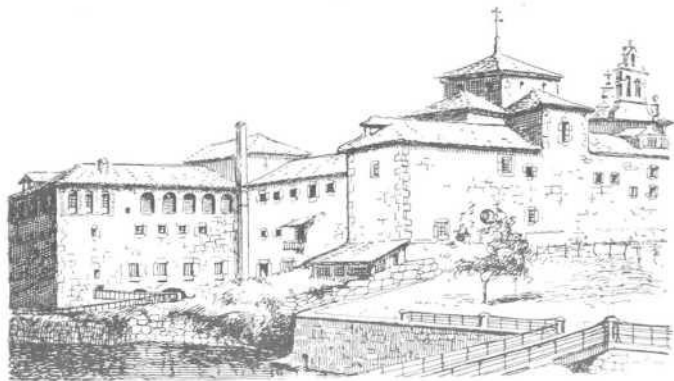
de 1640, tomando posesión el 7 de junio del siguiente año. Fué nombrado primer vicario el P. fray Pedro de San Elías.

Como el convento no era más que el mismo palacio de la familia de la donante, fué preciso adaptarle a las necesidades de la vida de los religiosos carmelitas, y a su lado fuéronse levantando otros edificios, costeados por la fundadora.

Con el tiempo, el convento de Lazcano llegó a ser considerado como uno de los mejores que poseía la provincia de Castilla la Vieja. En él vivían unos 20 frailes y observantes, quienes se distinguieron por su especialísima devoción a la Sagrada Eucaristía; devoción que extendieron por los caseríos aledaños. Los carmelitas poseyeron pací-

ficamente su convento hasta la exclaustación de 1835, fecha en que lo abandonaron.

De entre los religiosos que fueron conventuales de Lazcano, merece destacarse el P. fray Juan de Jesús, sobrino de la Fundadora y prior del convento, muy distinguido por su vida ejemplar († 1687), y el padre fray Juan de San Joaquín, también prior, muy celebrado por su espíritu mortificado y austero.



LAZCANO. Vista general del monasterio

3. En el monasterio no hay cosa especial que llame la atención fuera de la iglesia, modesta, pero muy decente. En ella se veneran dos milagrosos crucifijos. La sacristía sí que es realmente muy notable, pues en ella se guardan ornamentos de gran precio, dejados la mayor parte de ellos por los monjes de Belloc a su regreso a Francia.

La biblioteca está bastante bien surtida, mereciendo señalarse las primeras ediciones de Durand de Mende y de Hugo de San Víctor.



Í N D I C E

Páginas

PRÓLOGO	7
-------------------	---

PRIMERA PARTE:

NOTICIA HISTÓRICA DESDE 1835 HASTA NUESTROS DÍAS

I. Los Benedictinos españoles y la exclaustración de 1835	13
II. Restauración de la Orden Benedictina en España	23
III. Estado actual de los Benedictinos españoles	47

SEGUNDA PARTE:

MONOGRAFÍAS HISTÓRICAS DE ABADÍAS Y MONASTERIOS

Monasterios afiliados a la Congregación de Solesmes:

I. La Abadía de Santo Domingo de Silos	61
II. El Priorato de Nuestra Señora de Cogullada	95
III-IV. Las fundaciones de la Abadía de Silos en la República de Méjico	107
V. El Priorato de San Benito de Buenos Aires.	119
VI. El Priorato de Nuestra Señora de Montserrat, de Madrid	129
VII. El Santuario y Priorato de Nuestra Señora de Estibaliz	145

Monasterios de la Provincia Española de la Congregación Sublacense:

I. La Abadía de Nuestra Señora de Montserrat	157
II. La Abadía de la Santísima Trinidad de Nueva Nursia y la Misión de Drysdale River (Australia)	181
III. La Abadía de San Julián de Samos.	201
IV. La Abadía de Nuestra Señora de Valvanera	219
V. El Priorato de San Clodio	239

	<u>Páginas</u>
VI. El Santuario y Priorato de Nuestra Señora del Pueyo.	250
VII. La Abadía de Nuestra Señora de Montserrat, de Manila.	263
VIII. El Santuario y Priorato de Nuestra Señora del Miracle	273
IX. El Priorato de San Salvador de Lorenzana	283
X-XI. Los Monasterios de las Nieves y Viña del Mar (Chile).	295
XII. El Monasterio de San Vicente del Pino de Monforte	301

Monasterios de la Provincia Francesa de la Congregación Sublacense:

I. La Abadía de Niño Dios en la República Argentina	313
II. El Monasterio de Santa Teresa de Lazcano.	323



†
P A X

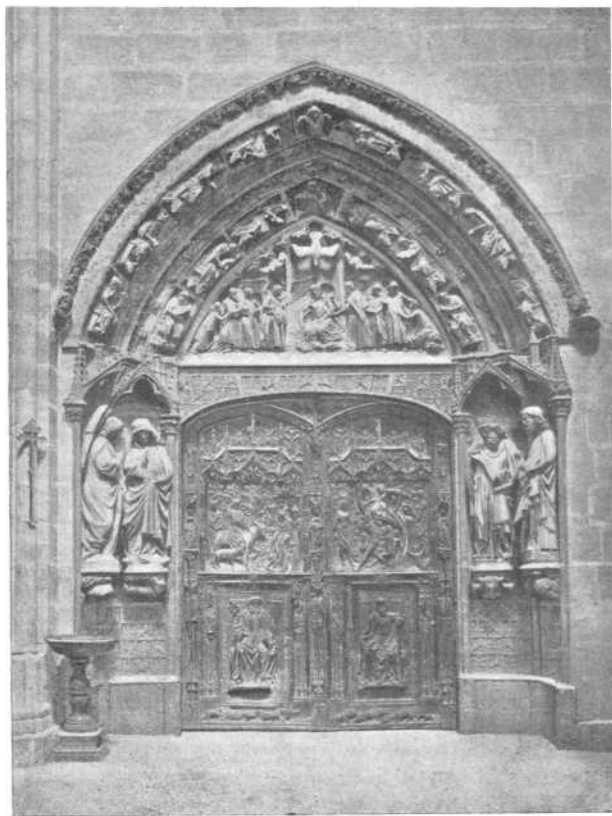
ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA
OBRA EL DÍA 18 DE DICIEMBRE
DE 1930, DÍA DEL 50.º ANIVER-
SARIO DE LA RESTAURACIÓN
DE LA ABADÍA DE SILOS.

PAZ :: HONOR :: GRATITUD

L. O. G. D.

EDICIONES H. S. R.

LA CATEDRAL DE BURGOS. Guía histórica descriptiva, por **A. Dotor**
y **Municio**, Académico C. de la Real de Bellas Artes de San



Fernando. Prólogo del Excmo. Sr. D. MARCELIANO SANTA
MARÍA. Tomo en 8.º mayor, de 316 páginas de texto, con

variados dibujos y 62 fotograbados impresos sobre papel estucado superior, con artística cubierta, **7 pesetas.**

EDICIÓN ESPECIAL DE LUJO. Tirada limitada y única. Ejemplares numerados. Volumen 25 × 18 ctros. El texto impreso en dos colores sobre papel registro y los fotograbados sobre papel especial estucado. Encuadernado en tela, con planchas doradas, **25 pesetas.**

LA REAL CARTUJA DE MIRAFLORES (Burgos). Su historia y descripción, por **F. Tarín y Juaneda.** 3.^a edición ilustrada. Tomo



en 8.^o, de 236 páginas de texto, con 30 fotograbados y dibujos impresos sobre papel estucado y con artística cubierta en colores, **5 ptas.** Encuadernado con lomo y puntas tela, **6 ptas.**

NUEVA GUÍA DE BURGOS Y SU PROVINCIA, por **Pedro Diez Pérez,** Profesor Normal. 200 páginas con 36 dibujos originales de

Fortunato Julián. 14 itinerarios, 1 mapa de la provincia (tamaño 35 × 28 ctros) en siete colores, **3 pesetas.**

EL REAL MONASTERIO DE SANTO DOMINGO DE SILOS (Burgos).

Su historia y tesoro artístico, por el **P. Luciano Serrano, O. S.**



B. Tomo en 8.º mayor, de 196 páginas de texto. con 36 fotografados impresos sobre papel estucado y con artística cubierta en cuatricolor, **5 ptas.**

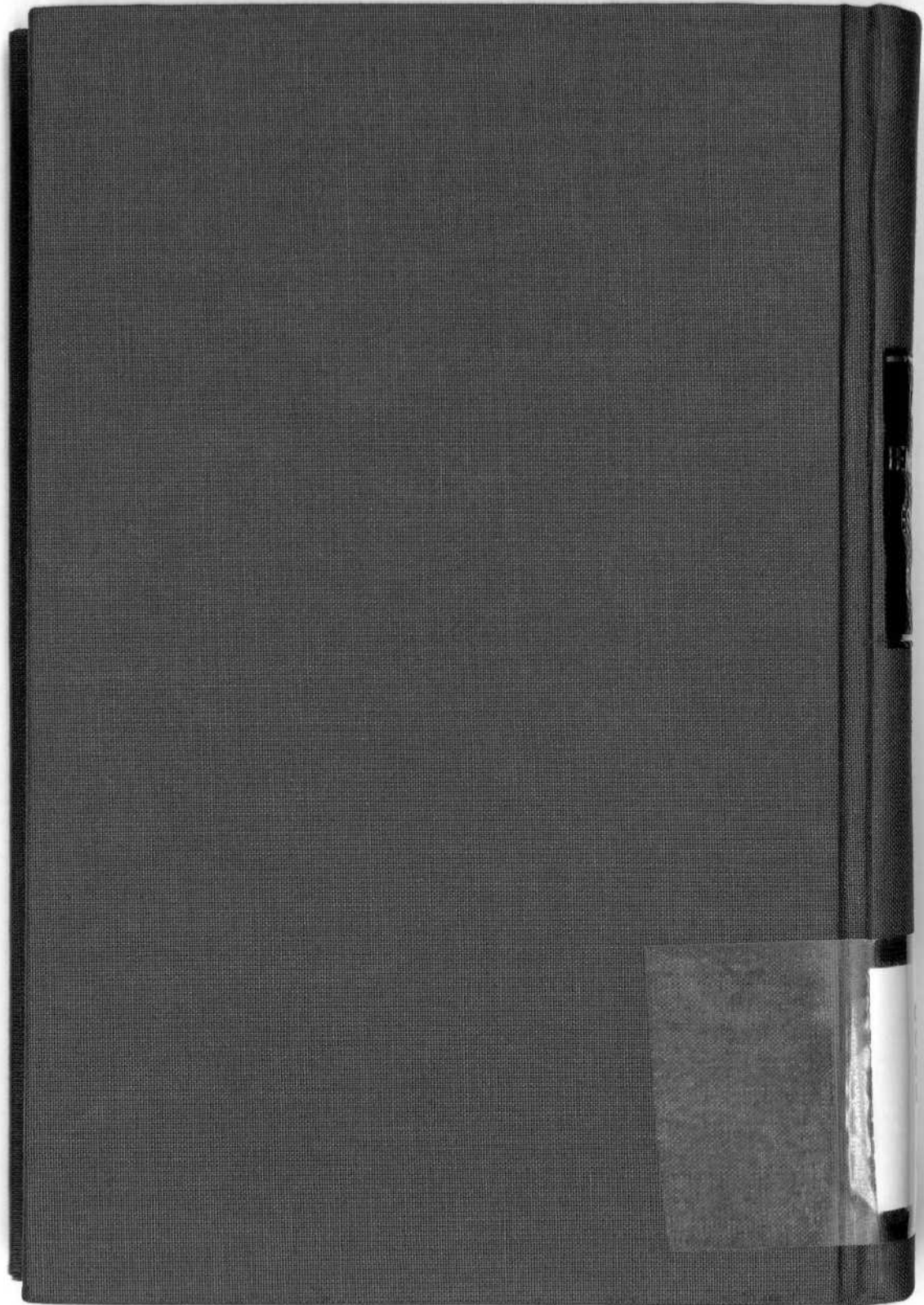






10.022

13 449



L. SECO

BENEDICTINOS

ESPAÑOLES

SIGLO XX

G - 5739